
Cold
WILDWATER FALLS 2
ROMANCE DE RESCATE MÉDICO
AMELIA S.

COLD

Wildwater Falls 2

Amelia S.

Derechos de autor © 2026 Amelia S.

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, distribuida, comunicada públicamente, transformada, almacenada o transmitida por ningún sistema o medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, escaneo o cualquier otro) sin autorización previa y por escrito del titular de los derechos.
Cualquier uso no autorizado será perseguido civil y/o penalmente.

Obra de ficción: los nombres, personajes y situaciones son producto de la imaginación de la autora o se usan de forma ficticia. Cualquier semejanza con personas reales es mera coincidencia.
Marcas: los nombres comerciales y marcas citados pertenecen a sus respectivos titulares.

Diseño de la portada de: Amelia S.
Corrección y edición: Amelia S.
Editorial: Publicación independiente

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
PRÓLOGO
UNO
DOS
TRES
CUATRO
CINCO
SEIS
SIETE
OCHO
NUEVE
DIEZ
ONCE
DOCE
TRECE
CATORCE
QUINCE
DIECISÉIS
DIECISIETE

DIECIOCHO
DIECINUEVE
VEINTE
VEINTIUNO
VEINTIDOS
VEINTITRÉS
VEINTICUATRO
VEINTICINCO
VEINTISÉIS
VEINTISIETE
VEINTIOCHO
VEINTINUEVE
EPÍLOGO
PRÓXIMAMENTE
¡GRACIAS POR LLEGAR HASTA AQUÍ!
LA AUTORA
OTROS LIBROS DE LA AUTORA

PRÓLOGO

Logan

Doce años antes

El aire de Wildwater Falls cortaba como un bisturí de hielo. El asfalto del aparcamiento del instituto estaba cubierto por una fina capa de aguanieve que crujía bajo mis botas desgastadas. Pero el frío que me rodeaba no era nada comparado con el nudo de humillación que me quemaba la garganta.

—¡Eh, Pierce! ¿Quieres un lacito de princesa para tu pelo? —gritó uno de los tíos que siempre rodeaba a Carson. Las risas estallaron a mi alrededor como disparos—. ¿Puedo dejarte uno de mi novia para que te vistas como la princesita que eres?

Mantuve la cabeza baja. Era un adolescente larguirucho, todo codos y rodillas, que todavía no sabía cómo habitar su propio cuerpo. Me gustaba llevar el pelo un poco largo, siempre me había gustado De niño era adorable, pero al llegar a la adolescencia se había convertido en motivo de burla, algo que había ido aumentando hasta convertirse en una auténtica tortura diaria. Me negaba a cortarme el pelo, joder. Me negaba a dejarme doblegar. Aunque cada día se hacía más difícil ser yo mismo. A mi lado, sentía la tensión de mis únicos amigos.

—Déjalos, Logan. No valen la pena —murmuró Hannah, apretándome el brazo con esa lealtad feroz que siempre la caracterizaba.

—Ignóralos, son trogloditas con sobredosis de testosterona —añadió Savannah, intentando tirar de mí hacia la seguridad del autobús escolar.

—¡Vaya! —saltó Noah, ajustándose las gafas con un gesto desafiante—. No sabía que el club de los cromañones hubiera recibido permiso para salir de la cueva hoy. ¿Os han enseñado ya a usar los pulgares o seguís comunicándoos mediante eructos?

Fue una respuesta ingeniosa, muy propia de Noah, pero en aquel ecosistema de instituto, el ingenio no servía de anda si no estabas en el grupo adecuado. Los populares se cerraron más sobre nosotros.

Me obligué a mirar hacia arriba y lo vi.

Carson Donovan estaba apartado unos metros, apoyado contra un todoterreno. No estaba lanzando los insultos, nunca lo hacía directamente, pero se reía. Era una risa histérica, fuerte, que parecía alimentar el fuego de los demás. A su lado, Avery Collins permanecía de pie, impecable con su pelo negro y sus ojos verdes fijos en la escena. No se reía, pero tampoco hacía nada por detenerlo. Estaba allí, siendo el testigo silencioso y cómplice de mi escarnio público.

La risa de Carson fue el detonante. No era la risa de un enemigo; era la risa del niño con el que solía construir fuertes de madera en el bosque, el que me había prometido que siempre seríamos mejores amigos.

Algo en mi interior se quebró.

Solté la mochila, que golpeó el suelo húmedo con un sonido sordo, y antes de que Hannah pudiera reaccionar, me lancé.

—¡Eres un cabrón, Carson! —rugí, recorriendo la distancia que nos separaba en tres zancadas y estrellando mi puño contra su mandíbula.

El impacto me dolió a mí tanto como a él, pero no me detuve. Nos desplomamos sobre la aguanieve, una maraña de brazos, piernas y rabia.

—¡Te odio! —le grité en la cara mientras intentaba asestarle otro golpe—. ¡No entiendo cómo puedes haberte convertido en semejante capullo! ¡Tú no eras así!

En ese momento, entre los golpes y el sabor metálico de la sangre en mi labio, lo que sentía no era solo odio. Era una decepción tan profunda que me desgarraba el pecho. Echaba de menos a mi amigo. Echaba de menos al Carson que no necesitaba pisotearme para sentirse el rey del mundo.

—¡Basta! ¡Logan, para! —Noah se lanzó en medio de nosotros, agarrándome por la chaqueta y tirando hacia atrás con todas sus fuerzas.

Varios de los seguidores de Carson intentaron intervenir, pero la figura de Noah y la llegada inmediata de los profesores los frenaron. Hannah y Savannah aparecieron a mi lado, tomándome de los hombros, tratando de recomponerme mientras yo jadeaba, con el corazón martilleando contra mis costillas.

Carson se levantó lentamente, limpiándose un rastro de sangre de la comisura de los labios. No dijo nada. No me devolvió el insulto. Avery se acercó a él y le puso una mano en el brazo, empezando a tirar de él para llevárselo de allí. Por un segundo, antes de girarse, vi algo en los ojos de Carson que no era burla. Parecía un destello de arrepentimiento, una sombra de duda que desapareció tan rápido como llegó.

—¡Pierce! ¡Donovan! —La voz del director tronó por encima del bullicio del aparcamiento.

Diez minutos después, estaba sentado en el despacho del director, con un labio hinchado y la sentencia dictada.

—Dadas las circunstancias y la gravedad de la agresión física, Pierce, estás castigado. No subirás al autobús para la excursión de esquí de mañana —sentenció el director, sin querer escuchar mis razones sobre el acoso constante.

—¡No es justo! —protesté, sintiendo las lágrimas de rabia agolparse en mis ojos—. ¡Ellos empezaron! ¡Él es el que no para!

No sirvió de nada.

Salí del edificio cuando el aparcamiento ya estaba despejado de coches y el último autobús escolar se había ido. Vi a Carson cerca de la puerta trasera del coche de su madre. Me detuve a unos metros, con mis amigos esperándome a una distancia prudencial.

—Espero que estés satisfecho, Carson —le solté, con la voz rota por la impotencia—. Pero espero que algún día vuelva el Carson de antes. El que no era un cabrón con todo el mundo.

Carson se quedó petrificado, mirándome fijamente mientras yo me daba la vuelta. Me alejé con Hannah, Savannah y Noah, sintiendo su mirada clavada en mi espalda hasta que doblamos la esquina.

Esa fue la última vez que lo vi con vida. Al día siguiente, ellos subirían a un autobús hacia la montaña, y yo me quedaría en casa, castigado por una pelea que me había salvado la vida, pero me perseguiría durante doce años.

UNO

Avery

El zumbido constante de la máquina de café de la sala de descanso solía ser mi ruido blanco favorito, pero hoy me resultaba irritante. Me froté las sienes, sintiendo el inicio de una migraña mientras sostenía el móvil contra la oreja. La migraña era mi fiel compañera desde hacía doce años. Un oscuro recordatorio de todo lo que pasó aquel día y todo lo que vino después. Por los grandes ventanales del hospital, el sol de julio caía implacable sobre los bosques que rodeaban Wildwater Falls, recordándome que estábamos en plena temporada alta.

—Mamá, te lo digo en serio, es un desastre —susurré, bajando la voz al ver pasar a un celador por el pasillo—. Una semana. El señor Rummage me ha dado exactamente siete días para empaquetar mi vida porque ha vendido el edificio. Dice que el nuevo dueño quiere convertir los apartamentos en alquileres vacacionales de lujo.

—Oh, cariño, lo siento mucho —la voz de Catherine Collins llegó cálida y cargada de esa empatía materna que siempre lograba desarmarme —. Pero no puedes pretender encontrar algo nuevo ahora. El pueblo está a reventar de turistas y senderistas. Sabes que en verano no queda ni un estudio libre en diez kilómetros a la redonda.

Solté un suspiro largo. Vivir sola había sido mi mayor logro tras los años oscuros de la terapia y la reconstrucción de mi identidad. Mi pequeño apartamento cerca de Old Mill Row era mi santuario, el

lugar donde no tenía que ser nadie más que Avery. No era la reina del instituto, ni la hermana del héroe del pueblo, ni la última persona que le sostuvo la mano a Carson Donovan.

—Lo sé. He mirado las listas esta mañana y no hay nada. Pero no voy a volver a casa, mamá. Os quiero, pero necesito mi espacio.

—Nadie ha dicho que vuelvas aquí, aunque papá estaría encantado de tener a alguien a quien vigilar —bromeó ella, aunque percibí el tono práctico que solía usar cuando ya tenía una solución en mente—. He hablado con Maggie esta mañana mientras tomábamos café en el porche. Sabes que está preocupada por la ocupación de las cabañas de la zona norte.

Me tensé de inmediato. Maggie Pierce. La madre de Logan. Las madres de Wildwater Falls eran una red de inteligencia más eficiente que cualquier satélite. Catherine y Maggie eran el núcleo duro de esa red desde antes de que yo naciera.

—Dijo que tienen una de las cabañas de *Stillwater Lodge* libre para el resto de la temporada —continuó mi madre, ignorando mi silencio—. Es pequeña, pero tiene de todo. Y está lo suficientemente lejos de todo para que tengas privacidad. Y lo suficientemente cerca del hospital para que sea cómodo ir al trabajo.

—Mamá, no —corté, sintiendo un nudo en el estómago—. No puedo alquilarle una cabaña a los Pierce. Es... No. Eso es territorio de Logan. Ya es bastante difícil trabajar con él cada día en el quirófano sin sentir que estoy invadiendo su casa también.

Logan Pierce y yo éramos precisos como un reloj suizo bajo las luces de cirugía, pero fuera de ellas, él me trataba con una frialdad que congelaría el río *Whitetail* en agosto. Y me parecía bien, no estaba buscando hacerme su amiga. Además, entrar en su propiedad familiar se sentía como una provocación que no estaba dispuesta a llevar a cabo. Mi estrategia con Logan cada vez que coincidíamos con nuestros amigos en común era hacerme invisible, estar lo más callada posible y quitarme de su camino.

—Logan vive en su propia cabaña, Avery. Y Maggie es mi amiga. Te lo ofrece a ti porque sabe que cuidarás el sitio. Además, es eso o

dormir en el coche, porque en el hotel del pueblo no hay sitio ni para una maleta. No puedes permitirte el lujo de rechazar una oferta así, cariño.

Miré el reloj de pared. Mi turno de tarde estaba a punto de intensificarse.

—Lo hablamos luego en la cena, ¿vale? Tengo que volver al puesto. Gracias, mamá. Te quiero.

Colgué el teléfono y me tomé un segundo para recomponerme. Me ajusté el uniforme blanco, comprobando que mi pelo negro y liso estuviera perfectamente recogido. En el espejo, mis ojos verdes —el rasgo inconfundible de los Collins— me devolvieron una mirada cansada pero decidida.

Salí de la sala de descanso y caminé hacia el puesto de enfermería principal. Al cruzarme con un grupo de auxiliares, les dediqué mi mejor sonrisa, esa que todos en el hospital conocían como amable y cálida.

—¿Cómo va esa pierna del paciente del 204, Sarah? —pregunté, deteniéndome un momento.

Escuché su respuesta, comenté un par de detalles sobre la medicación y seguí mi camino. Era buena en mi trabajo, respetada y querida por mis compañeros. Pero mientras anotaba unas constantes en el sistema, mi mente seguía en las cabañas de *Stillwater Lodge*.

La idea de vivir en terreno de los Pierce me aterraba y me atraía a partes iguales. Era una complicación que mi instinto me decía que debía evitar, pero la realidad de Wildwater Falls en verano no me dejaba muchas opciones. Sabía que Logan Pierce no se tomaría bien la noticia, y solo de imaginar su mirada sarcástica de ojos violeta, sentí un escalofrío que no tenía nada que ver con el aire acondicionado del hospital.

* * *

Las puertas automáticas de Urgencias se abrieron de par en par, dejando entrar una ráfaga de aire cálido de julio y el estruendo del Equipo Alfa en movimiento. Eran la élite en los rescates de montaña en toda la región. Caleb Donovan, Noah Grant y mi hermano Ian eran a quienes llamaban si hacía falta volar en plena ventisca, hacer vuelos estacionarios imposibles o colgarse de una cuerda a sesenta metros del suelo para sacar del desfiladero a cualquier senderista incauto.

—¡Abran paso al guerrero del rappel! —la voz de Noah resonó con su habitual energía, rompiendo la tensión del pasillo mientras empujaba la camilla junto a Ian.

—Noah, por favor, dile que voy a sobrevivir para mi próxima cita —balbuceó el paciente, un hombre de unos treinta años con el rostro cubierto de polvo y sudor.

—Amigo, con esa fractura, lo único que vas a ligar es una firma en el yeso de la enfermera más guapa del hospital —bromeó Noah, guiñándole un ojo a Savannah mientras hacían la transferencia a la camilla de trauma con una precisión coreografiada.

Caleb entró justo detrás, quitándose los guantes de vuelo con gesto serio, mientras Ian mantenía su posición estoica al pie de la cama, informando a Hannah con frases cortas y técnicas. Verlos a todos juntos siempre me recordaba por qué esta nos habíamos convertido en una familia de elección; éramos los restos de la peor tragedia que había visto este pueblo.

Hannah O'Malley, nuestra jefa de Trauma se movió hacia el paciente como un rayo.

—Presenta una deformidad evidente en el hombro derecho tras una caída de seis metros —informó Ian a Hannah—. Le pusimos una vía y 50 de fentanilo en el lugar, pero el dolor sigue siendo agudo.

—Logan, necesito tus manos aquí —llamó Hannah sin levantar la vista.

Logan Pierce se acercó a la camilla. Llevaba tres meses de vuelta en el pueblo y, en todo ese tiempo, Logan solo se había dirigido directamente a mí en el trabajo. Fuera del hospital solo había

recibido un par de miradas gélidas y algún que otro hola y adiós. Sin embargo, verlo aquí, con su uniforme quirúrgico ajustado a sus hombros anchos, su pelo rubio recogido en ese moño masculino y sus ojos violeta escaneando la lesión con una confianza absoluta, me provocaba un tirón en el pecho que me costaba ignorar.

—Es una luxofractura de la cabeza del húmero con posible compromiso del manguito rotador —diagnosticó Logan, su voz era profunda y carente de cualquier rastro de la duda que a veces veía en sus ojos cuando me miraba fuera del trabajo.

Hannah examinó las placas de rayos X rápidas que acababan de llegar al monitor.

—Avery, como experta en el instrumental de esta unidad, ¿qué opinas de la estabilidad? —me preguntó Hannah, incluyéndome en el círculo de decisión.

Sentí la mirada de Logan sobre mí. Era una mirada de evaluación profesional. Sus miradas de desdén se las reservaba cuando no llevábamos el uniforme hospitalario.

—Si intentamos una reducción cerrada, corremos el riesgo de desplazar el fragmento óseo hacia la arteria axilar —respondí, manteniendo mi voz firme y técnica—. Para un paciente joven y activo, la osteosíntesis con placa bloqueada es la única forma de asegurar que vuelva a escalar.

Logan asintió casi imperceptiblemente, un gesto que en su lenguaje corporal equivalía a un aplauso.

—Coincido. El ángulo de la fractura es demasiado inestable para un manejo conservador —añadió él, y por un segundo, nuestras miradas se cruzaron por encima de la mascarilla quirúrgica que ya colgaba de su cuello.

—Bien. Quirófano dos. Ahora —ordenó Hannah.

Logan se giró hacia mí, recuperando esa máscara de profesionalismo distante que era su marca registrada.

—Prepara el set de grandes fragmentos y los tornillos de compresión, Avery. Tenemos que movernos rápido antes de que el

edema empeore —dijo, usando un tono práctico y competente. Al menos en este terreno sabía que tenía su confianza. Me lo había ganado con creces.

—Ya están en camino, doctor Pierce —respondí, utilizando su título para marcar la distancia que él mismo imponía.

Nos movimos en perfecta sincronía. Mientras el Equipo Alfa se retiraba para reponer fuerzas tras el rescate, Logan y yo nos dirigimos a la zona de lavado. Sabía que en cuanto saliéramos de esa cirugía, volveríamos a ser dos extraños que comparten una pizza con amigos comunes sin dirigirse la palabra, pero en la próxima hora, nuestras manos y mentes serían una sola entidad.

El sonido rítmico del monitor cardíaco era la única música que necesitaba. Aquí solo importaba la anatomía, el acero y la precisión.

Logan extendió la mano hacia atrás sin apartar la vista de la incisión en el hombro del paciente. No tuvo que pedirlo. Antes de que sus dedos se cerraran, yo ya había depositado el instrumental en su palma.

—Avery, mantén la tracción del deltoides. Un poco más a la izquierda —ordenó él con voz amortiguada por la mascarilla.

—Entendido, Doctor Pierce —respondí de inmediato, ajustando el separador con firmeza.

Él se tensó un milisegundo al escuchar el título, pero no dijo nada. Había una eficiencia brutal en sus movimientos. Logan trabajaba con una confianza que rozaba la arrogancia, pero era una arrogancia ganada con talento real. Sabía que en Chicago se le consideraba una superestrella de la cirugía ortopédica. Estaba limpiando el foco de la fractura con una pericia que me obligaba a admirarlo, muy a mi pesar.

Cada vez que él terminaba una maniobra, yo ya tenía listo el siguiente paso: la solución salina para irrigar, las pinzas de reducción, el medidor de profundidad. Había un respeto implícito en la forma en que él confiaba en mi ritmo, una valoración profesional que jamás se traducía en palabras o elogios.

Sin embargo, mientras mis manos se movían con la agilidad de quien ha nacido para esto, mi mente no podía evitar levantar muros. Fuera de aquí, Logan Pierce era un iceberg que solo me dedicaba silencios cortantes o sarcasmos defensivos. Por mucho que compartiéramos a Savannah, a Hannah y a los demás en las cenas de los viernes, la realidad es que él me seguía viendo como la cómplice de su torturador.

Llamarlo "Doctor Pierce" no era solo una formalidad profesional; era mi armadura. Era el recordatorio constante de que, aunque nuestras mentes se sincronizaran perfectamente sobre la mesa de operaciones, nuestras almas estaban a kilómetros de distancia. No iba a imponerme, no iba a mendigar un perdón que él no estaba listo para dar, pero tampoco iba a permitirme olvidar que, para él, yo seguía siendo una enemiga.

—Placa de bloqueo de húmero proximal. Seis orificios —pidió Logan.

Se la entregué, rozando sus guantes con los míos. El contacto, aunque mediado por el látex, envió una chispa eléctrica por mi brazo que me obligó a apretar la mandíbula. Y, además, odiaba lo mucho que me afectaba su presencia cuando dejaba de ser un cirujano para volver a ser Logan.

—Perfecto. Tornillos de bloqueo listos —sentenció él tras unos minutos de silencio tenso, verificando la estabilidad de fijación bajo el intensificador de imágenes.

La cirugía había sido un éxito rotundo. El paciente recuperaría la movilidad total de su hombro gracias a la destreza de Logan y a nuestra coordinación perfecta.

—Cierre de plano profundo. Avery, encárgate tú de la sutura—dijo él, soltando el instrumental—. Buen trabajo de campo, equipo.

Y, sin una mirada más, sin un "gracias, Avery" o un gesto que rompiera el hielo, se despojó de la bata quirúrgica y salió del quirófano con paso rápido, dejándome atrás con el eco de sus pasos.

Me quedé sola con el paciente anestesiado y el personal de enfermería circulante. Mientras empezaba a cerrar la piel con puntos invisibles y precisos, suspiré profundamente. El contraste era agotador. En el quirófano éramos invencibles; en la vida real, solo éramos dos personas rotas por el mismo pasado.

—Todo listo para recuperación —anuncié a los celadores, limpiando con cuidado la zona quirúrgica—. Ha sido una buena intervención.

Pero mientras preparaba el traslado, solo podía pensar en que, seguramente, la semana que viene tendría que mudarme a una de sus cabañas. Si trabajar con él era un campo de minas, vivir en su terreno iba a ser una guerra abierta.

* * *

La casa de mis padres siempre olía a una mezcla de cera para muebles, pino y, los viernes por la noche, a estofado de ternera. Al entrar en la cocina, encontré a mi madre, Catherine, terminando de poner la mesa mientras mi padre, David, leía unos informes de la tienda en su sillón. Ian ya estaba allí, sentado en la barra, tan serio y callado como siempre.

—Llegas justo a tiempo, Avery —dijo mi padre, levantándose para darme un beso corto en la frente—. ¿Cómo ha ido el turno?

—Intenso. Una fractura de húmero complicada, pero ha salido bien —respondí, sentándome al lado de mi hermano.

Ian me dedicó un asentimiento de aprobación. Él no era de muchas palabras, pero su presencia era como un muro de carga: sólida y protectora.

—He hablado con Maggie hace un rato —comentó mi madre mientras servía los platos—. Está encantada de que te quedes en la cabaña número cuatro. Dice que le da mucha tranquilidad que sea alguien de confianza.

Me tensé un poco al oír el nombre de la madre de Logan.

—¿Estás segura de que no les importa? —pregunté—. Estamos en plena temporada alta.

—Maggie insiste en que prefiere tenerla ocupada por alguien del pueblo que por turistas que no saben cuidar la madera —aseguró mi madre—. Y no paró de hablar de lo bien que le va a Logan en el hospital. Dice que está impresionada con lo mucho que ha crecido profesionalmente. Es un chico estupendo, Avery. Me alegra que estéis trabajando juntos.

Intercambié una mirada rápida con Ian. Él sabía mejor que nadie que "trabajar juntos" no era precisamente un camino de rosas, pero no dijo nada delante de nuestros padres. Papá dejó los cubiertos sobre la mesa y me miró con esa seriedad que le había ganado el respeto de todo Wildwater Falls.

—Es una buena solución, hija. *Stillwater Lodge* es un lugar seguro y estarás cerca si necesitas algo —sentenció mi padre. Mi padre podía ser serio y estoico, pero era un protector. Era de esos hombres de pocas palabras y muchas acciones, alguien que sabías que estaría ahí pasara lo que pasara. Un rasgo que Ian había heredado y perfeccionado.

—Haré la mudanza este fin de semana —dije, intentando cambiar de tema—. No es mucho. Ropa, mis libros y mis cosas personales. El apartamento era pequeño y no tengo muebles propios, así que será rápido.

Ian dejó su vaso de agua e intervino por primera vez.

—Iré a ayudarte el sábado por la mañana —dijo con ese tono que no admitía discusión—. Reclutaré a Noah y a Caleb. Con la camioneta de Caleb lo tendremos todo hecho en un par de viajes.

—Ian, de verdad, no hace falta que molestes a los chicos. Puedo hacerlo yo sola en mi coche —protesté, aunque sabía que era inútil.

—No es una molestia—replicó él—. Cuanto antes estés instalada, antes podrás descansar. Además, a Noah le vendrá bien sudar un poco fuera del gimnasio.

Sonreí a pesar de todo. La dinámica de mi familia era así: directa y eficiente. Se cuidaban unos a otros sin cuestionarlo. Pero mientras mi madre seguía elogiando la inteligencia de Logan y mi padre hablaba de la logística del fin de semana, una duda me recorría la mente.

Solo esperaba que Logan no se tomara como una intrusión personal que ahora fuera a vivir en una de las cabañas de sus padres. Ya era bastante difícil lidiar con su frialdad cada vez que me lo encontraba, como para tener que preocuparme por si se enfadaba al verme aparecer por *Stillwater Lodge*.

Tras la copiosa cena que mi madre preparaba cada domingo, Ian y yo salimos al jardín trasero, era nuestro pequeño ritual. Desde el porche, solo se oía el murmullo de mis padres trasteando en la cocina, el tintineo de los platos, el zumbido del lavavajillas y sus voces bajas compartiendo retazos del día.

Ian estaba apoyado contra la barandilla de madera, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada perdida en la oscuridad del jardín. Mi hermano siempre había sido un hombre de silencios elocuentes. Él no necesitaba llenar el aire con palabras vacías para hacerme saber que estaba allí, vigilando, protegiendo.

—¿Cómo estás de verdad, Ave? —preguntó Ian sin mirarme, su voz grave rompiendo la quietud de la noche.

Me encogí de hombros, balanceando ligeramente mis pies mientras permanecía sentada en el columpio del porche.

—Bien. Cansada, supongo. Ha sido un turno largo.

—No me refiero al hospital —replicó él, girándose finalmente para clavar sus ojos verdes, tan parecidos a los míos, en mi rostro—. Me refiero al apartamento. A tener que dejarlo.

Suspiré, dejando que mi cabeza reposara contra la cadena del columpio. El frío del metal contrastaba con el calor de mi piel.

—Es una mierda, Ian. No hay otra forma de decirlo. He estado allí los últimos cinco años. Fue lo primero que hice cuando me gradué en la universidad y regresé al pueblo: encontrar un lugar que fuera

solo mío. Ese apartamento ha sido mi refugio, el sitio donde aprendí a ser yo misma otra vez después de… de todo.

Ian asintió lentamente. Él mejor que nadie sabía lo que me había costado reconstruir mi vida tras la muerte de Carson y la depresión que le siguió. Aquellas cuatro paredes habían sido testigos de mis noches de estudio para la especialidad de enfermería quirúrgica y de mi paz.

—Reconozco que no llevo bien los cambios —continué, sintiendo una punzada de frustración—. Y este parece demasiado abrupto, demasiado apresurado. Una semana para empaquetar cinco años de vida porque el señor Rummage ha decidido que el beneficio turístico pesa más que el contrato de una vecina de toda la vida. Me siento… acorralada.

—Sabes que mi piso tiene una habitación extra —dijo Ian con naturalidad, como quien ofrece un vaso de agua—. Está vacía, solo sirve para acumular trastos de la base. Podrías instalarte allí el tiempo que necesites. Sin presiones.

Le dediqué una sonrisa triste, agradeciendo sinceramente el gesto. Ian era el mejor hermano que alguien podía pedir, serio y protector hasta la médula.

—Gracias, Ian. De verdad. Significa mucho para mí —le dije suavemente—. Pero sabes cómo soy. Me gusta la soledad. Necesito mi propio espacio, mis propios horarios, mi propio desorden. La idea de volver a compartir paredes con alguien, incluso contigo, se siente como dar un paso atrás en mi independencia. Necesito saber que, cuando cierro la puerta al final del día, el mundo se queda fuera.

Ian validó mi sentimiento con un leve movimiento de cabeza. Él también valoraba su independencia, aunque su forma de ejercerla fuera distinta a la mía.

—Lo entiendo. Por eso aceptaste lo de las cabañas de los Pierce, ¿verdad?

—Es lo único que hay disponible en pleno verano —respondí con pragmatismo—. Pero no puedo evitar sentir que estoy saltando de la sartén para caer directamente en las brasas.

Hubo un silencio prolongado, cargado de la tensión que ambos evitábamos mencionar. Ian se separó de la barandilla y se sentó en el peldaño superior de la escalera del porche, dándome la espalda, pero manteniendo la cercanía.

—Hablando de los Pierce… ¿Cómo van las cosas con Logan? —preguntó, y supe que habíamos llegado al núcleo de su preocupación—. Mamá no deja de parlotear de lo buen médico que es. Pero veo tu mirada cada vez que estáis en la misma habitación.

Me froté las manos sobre los muslos, sintiendo la aspereza de la tela de mis vaqueros.

—En el trabajo somos… eficientes. Logan es un cirujano ortopédico brillante, Ian. Es rápido, es inteligente y tiene una confianza que hace que todo parezca más fácil bajo las luces de cirugía. Nos entendemos con una mirada. Ni siquiera necesito que me pida el instrumental; sé lo que va a necesitar antes de que él mismo lo verbalice. Es, profesionalmente hablando, la mejor dinámica que he tenido nunca.

—¿Y fuera de la mesa de operaciones?

—Fuera de la mesa de operaciones, soy invisible para él —confesé, dejando que la verdad pesara en el aire—. O peor que invisible. Soy un recordatorio de todo lo que odia de este pueblo. Me mantengo alejada, Ian. Soy educada, soy cordial, le saludo por los pasillos porque es lo que dicta la madurez emocional, pero no paso de ahí. No puedo.

—Él tiene sus motivos para estar resentido —observó Ian con su habitual franqueza—. Lo que le hicieron en el instituto… Carson y los demás no fueron precisamente amables.

—Lo sé —le interrumpí, sintiendo cómo se me cerraba la garganta—. Dios, lo sé mejor que nadie. Y me culpo por ello cada vez que le veo. Me culpo por no haber sido más valiente entonces, por haberme quedado al margen mientras Carson lideraba ese acoso sistemático contra él y sus amigos. Logan tiene todo el derecho del mundo a odiarme, o a ignorarme, o a tratarme con esa frialdad que parece su nueva armadura.

Me levanté del columpio y me acerqué a la barandilla, mirando hacia el bosque oscuro que rodeaba nuestra propiedad. En Wildwater Falls, el pasado nunca moría; solo se quedaba agazapado entre los árboles, esperando el momento oportuno para volver a emerger.

—Siento que hay demasiadas heridas sin cerrar —continué en un susurro—. La muerte de Carson no solo se llevó a un chico de quince años; dinamitó todas las relaciones de este pueblo. Creó deudas emocionales que todavía estamos pagando. Han pasado doce años, pero cuando miro a Logan, siento que todavía estamos en aquel aparcamiento del instituto el día antes del accidente.

—Ave, tú no puedes cargar con los pecados de Carson para siempre. Fuiste a terapia, te recuperaste, has construido una carrera increíble. No solo eres buena persona, eres magnífica.

—Hay cosas que Logan jamás supo, Ian —dije, girándome hacia él con urgencia en la mirada—. Cosas sobre Carson, sobre por qué hacía lo que hacía, sobre lo que pensaba de verdad de Logan antes de que todo se torciera. Soy la guardiana de sus secretos, la única que sabe cuáles fueron sus últimas palabras en aquel autobús mientras le sostenía la mano.

Ian se tensó visiblemente. Él sabía que yo guardaba una parte de la historia que nadie más conocía, pero nunca me había presionado para revelarla. Su respeto por mi silencio era parte de su código de honor.

—¿Crees que saberlo le ayudaría? —preguntó Ian con cautela.

—No lo sé. Ese es el problema. A veces pienso que Logan necesita esas verdades para sanar, para dejar de vivir desde la rabia. Pero otras veces… otras veces siento que remover el pasado solo traería más dolor. Especialmente ahora que su vida parece haber encontrado un equilibrio. Se ha convertido en alguien brillante.

Ian se levantó y me puso una mano pesada en el hombro, un gesto de anclaje que me devolvió a la realidad del porche.

—No tienes que decidirlo hoy, Ave. Ahora mismo, tu única prioridad es sobrevivir a la mudanza y encontrar tu sitio en *Stillwater*

Lodge. Logan tendrá que lidiar con tu presencia en su vida, igual que tú lidias con la suya.

—Va a ser un desastre, ¿verdad? —pregunté con una pequeña risa nerviosa—. Vivir en su terreno, trabajar en su quirófano, compartir a sus amigos…

—Probablemente —admitió Ian con una leve sonrisa—. Pero eres una Collins. Y si algo sabemos hacer los de esta familia es resistir en la montaña, sin importar lo fuerte que sople el viento.

Me apoyé en él, agradeciendo su solidez. Mientras mis padres apagaban las luces de la cocina y la casa se sumía en el silencio nocturno, supe que Ian tenía razón. El viento iba a soplar fuerte, y la mudanza a las cabañas de los Pierce era mucho más que un cambio de dirección; era el inicio de un enfrentamiento inevitable con los fantasmas que ambos llevábamos alimentando durante más de una década.

DOS

Logan

El rugido de *Bridal Veil Falls* era una constante que se filtraba por las juntas de la madera. Estaba apoyado en la barandilla de mi porche, con una botella de agua fría en la mano que empezaba a sudar por el calor residual de la tarde de julio. La cabaña que ocupaba en Stillwater Lodge era, técnicamente, una de las unidades turísticas de mis padres, pero se había convertido en mi base de operaciones improvisada.

Miré hacia el horizonte, donde el sol empezaba a teñir de naranja las copas de los abetos. Allí arriba, en una zona elevada que mis abuelos me habían dejado en herencia, estaba mi futuro. Tenía planos, ideas y mucha paciencia. Quería construir algo de verdad, algo que fuera mío desde los cimientos, pero no tenía prisa. Después de diez años fuera, había aprendido que las cosas importantes se cocinan a fuego lento.

Sin embargo, no podía evitar sentir que mi regreso había sido… precipitado. Un poco como un aterrizaje de emergencia. Había dejado Chicago con una maleta y un contrato firmado, y ahora me encontraba viviendo en una cabaña de alquiler mientras el pueblo se inundaba de turistas con cámaras al cuello y botas de senderismo impecables. Wildwater Falls en verano era un hervidero de gente buscando aventuras que a veces terminaban en mi mesa de operaciones.

Dejé la botella vacía en la cocina y cogí las llaves del coche. Tenía cena en casa de mis padres y, si llegaba tarde, mi madre era capaz de empezar sin mí y luego recriminarme que la lasaña se había quedado fría.

El trayecto hasta el pueblo fue un ejercicio de paciencia. *Riverbend Road* estaba inusualmente transitada. Esquivé un par de autocaravanas que conducían como si nunca hubieran visto una curva y aparqué frente al restaurante de mis padres.

Al entrar, el olor a albahaca y ajo me golpeó como un abrazo familiar.

—¡El hijo pródigo ha vuelto! —gritó mi padre, Charles, desde detrás de la barra. Llevaba una camiseta de una banda de rock que probablemente ya no existía y una sonrisa que le arrugaba las esquinas de los ojos.

—Hola, viejo. Veo que todavía no te han echado de aquí —le solté, rodeando la barra para darle un choque de manos sonoro.

—Tu madre lo intenta a diario, pero soy como el moho: imposible de eliminar —bromeó él, guiñándome un ojo.

Mi madre, Maggie, salió de la cocina secándose las manos en el delantal. Sus gafas de montura roja brillaban bajo las luces del local. Se acercó a mí y me plantó un beso sonoro en cada mejilla antes de que pudiera protestar.

—Estás más delgado, Logan. ¿Es que no hay comida en esa cabaña? —preguntó, escaneándome con esa mirada de rayos X que solo las madres poseen.

—Como como un animal, mamá. Es el estrés del quirófano —mentí a medias, dejándome guiar hacia la mesa que ya tenían preparada en la parte trasera del restaurante. Ambos sabíamos que no podía cocinar ni un huevo frito. La única comida caliente que tenía en toda la semana eran las fiambreras preparadas que a veces Hannah compartía conmigo o la cena de los domingos con mis padres. El resto del tiempo me limitaba a sándwiches, ensaladas preparadas y algún plato de pasta básico.

—Entonces, cuéntame —empezó Maggie, sirviendo una ración generosa de lasaña—. ¿Cómo ha ido la semana en el hospital? He oído que las urgencias están para volverse loco con tanto turista haciendo el cabra por el cañón.

—No te haces una idea —respondí, agradeciendo el cambio de tema—. Hemos tenido de todo. Hoy mismo, un tipo que se creía experto en rappel ha acabado con el hombro hecho trizas. Ha sido una cirugía larga, pero la hemos salvado. Entre el calor y la gente que no respeta la montaña, no paramos.

—¿Y tus amigos? —insistió ella, clavando sus ojos en los míos—. ¿Cómo están Hannah, Savannah y Noah? ¿Y Avery? Me dijo Catherine que estuvo en la cirugía contigo.

Maldita sea la red de información del pueblo.

—Están bien —dije, esquivando la mención a Avery como si fuera un bache en la carretera—. Hannah y Caleb están… bueno, están en una nube. Se les ve felices y tranquilos. Octavia tiene una competición de judo este verano y su cumpleaños es en unas semanas.

—Se lo merecen —apostilló mi padre, sirviéndome más vino—. Han pasado por mucho. Es bueno ver que algo sale bien en este pueblo de vez en cuando.

—¿Y Savannah? —continuó mi madre, ensombreciendo un poco el gesto—. He oído que Phillip se está portando como un auténtico energúmeno con el divorcio.

Mi instinto protector saltó de inmediato. Dejé el tenedor sobre la mesa y me incliné hacia delante.

—Sí, está exigiendo cosas que no le pertenecen, poniéndole las cosas difíciles a Savannah, como si fuera ella la culpable de que él sea un capullo integral y un adúltero—dije, sintiendo cómo la mandíbula se me tensaba. Phillip Brooks siempre había sido un tipo despreciable, pero herir a Savannah era cruzar una línea roja.

—Tranquilo, tigre —dijo mi madre, poniéndome una mano en el brazo—. Savannah es más fuerte de lo que parece. Pero hablando

de revoluciones… no os lo vais a creer. Me he apuntado al grupo de teatro.

Me quedé a mitad de un bocado de lasaña.

—¿Teatro? ¿Tú?

—Sí, señor. La abuela de Noah, esa mujer es increíble —dijo mi madre con entusiasmo—. Se ha empeñado en que los mayores del pueblo tenemos mucho que decir. Ha creado una compañía de teatro sénior y dice que vamos a revolucionar Wildwater Falls. Tiene una energía que ya querrían muchos de veinte años.

La cena continuó entre risas, cotilleos del pueblo y el calor de una familia que, a pesar de diez años separada, se mantenía sana y unida. Mis padres eran mi ancla. Pero mientras escuchaba a mi madre hablar de sus próximos ensayos, una parte de mi mente seguía en el quirófano, recordando cómo Avery Collins me había pasado el instrumental hoy sin que yo tuviera que decir ni una palabra.

Odiaba lo que Avery representaba, por su silencio cómplice, por ser el recordatorio vivo de mi infierno adolescente. Pero verla moverse con esa madurez, verla tratar a Savannah con esa ternura… me jodía la narrativa.

Me despedí de mis padres con la sensación de que, por mucho que Chicago me hubiera moldeado como cirujano, en esta cocina siempre sería el niño que necesitaba que le recordaran que debía comer más lasaña. Al salir del restaurante, el aire nocturno de Wildwater Falls me golpeó con una mezcla de humedad y el aroma dulzón del bosque en verano. Conduje con las ventanillas bajadas, dejando que el aire templado barriera el olor a hospital que parecía haberse quedado pegado a mi piel tras la cirugía de hoy con Avery.

Al llegar a *Stillwater Lodge*, aparqué el coche y me quedé unos minutos en silencio, escuchando el rugido sordo y constante de *Bridal Veil Falls*.

Subí los peldaños de madera de mi porche y me senté en la mecedora, mirando hacia el río. Fue entonces cuando, como casi

todas las noches desde que regresé, los fantasmas de hace doce años decidieron sentarse a mi lado.

Para todo el mundo en este pueblo, aquel día era una cicatriz compartida. Hannah lleva la marca física en su pierna; Noah, el recuerdo del dolor en su clavícula y su impotencia de no poder ayudar; Savannah y Avery, el peso de haber sido las cuidadoras en mitad del infierno. Pero yo… yo solo tenía el vacío. No estuve allí. Mientras mis amigos luchaban por no congelarse y veían cómo la vida se le escapaba a Carson, yo estaba encerrado en mi habitación, consumido por la rabia de haber sido castigado por una pelea que ahora me parecía el acto más estúpido y, a la vez, más salvador de mi vida.

Siento una punzada de culpa cada vez que lo pienso. Una culpa retorcida y asfixiante. Me siento un cobarde por no haber compartido ese trauma con ellos. Sé que Avery estuvo allí hasta el final. Sé que fue de las últimas en ser evacuadas porque se quedó ayudando, y sé que ella fue quien sostuvo la mano de Carson hasta que dio su último suspiro.

A veces me pregunto qué se dijeron. Me carcome no haber tenido esa última conversación con él. La última vez que nos miramos a los ojos, yo le estaba gritando que era un cabrón y le estampaba un puño en la cara. Esa pelea es una losa que llevo sobre los hombros. Pero luego, la parte de mí que todavía recuerda el acoso escolar me dice que Carson no era una víctima inocente antes de aquel accidente.

El acoso era real. Y era cruel.

Recuerdo la sensación de náuseas cada mañana antes de entrar en el instituto. Aquel adolescente desgarbado que yo era entonces sentía que las paredes se cerraban sobre él. Las burlas, las risas histéricas de Carson que validaban cada insulto de su grupo… aquello me estaba destruyendo. Si no hubiera tenido a Hannah, a Savannah y a Noah, no sé si habría salido de ese agujero. Ellos eran mi balsa de salvamento en un mar de hostilidad. Hannah siempre dando la cara por mí, Noah usando su sarcasmo para desviar los

ataques, Savannah ofreciendo ese apoyo silencioso que me recordaba que yo no era el problema.

Justo antes del accidente, estaba sumido en un estado depresivo que me estaba apagando. Mis notas caían, mi comportamiento era errático y el miedo se había convertido en mi sombra. De haber seguido así, de no haber ocurrido el desastre, no sé cómo habría acabado mi historia. Quizás me habría marchado mucho antes, o quizás me habría roto del todo.

Y ahí es donde reside la parte más oscura de mi culpa: el accidente cambió esa tendencia. Cuando el autobús cayó, el acoso cesó. De repente, los que se burlaban de mí tenían cosas mucho más graves en las que pensar: funerales, rehabilitaciones, pesadillas nocturnas. Siento que mi paz, mi capacidad de volver a estudiar y convertirme en el cirujano que soy hoy, se compró con la sangre de los que estuvieron en el fondo de ese barranco. Para que yo dejara de ser la víctima, mi mejor amigo de la infancia tuvo que morir.

Entré en la cabaña y cerré la puerta, pero el sonido de la cascada me siguió al interior. En Wildwater Falls, el pasado siempre encontraba la forma de colarse por las rendijas de las ventanas.

* * *

El café de la máquina de la sala de descanso del hospital era uno de los peores cafés que había probado, pero resultaba extrañamente reconfortante en un lugar en el que cada decisión suponía la diferencia entre la vida y la muerte. Era viernes por la tarde, el final de mi turno estaba a un par de horas de distancia y, por el momento, el busca que llevaba sujeto en el pantalón médico permanecía en un bendito silencio.

Estaba sentado a una de las pequeñas mesas circulares frente a Hannah. Mi mejor amiga tenía unas ojeras pronunciadas que delataban una guardia dura, pero sus ojos brillaban con esa energía incombustible que siempre la había caracterizado. Verla así, consolidada como jefa de trauma y visiblemente feliz, era una de las

pocas cosas que lograban aflojar el nudo perpetuo que llevaba en el pecho desde que regresé a Wildwater Falls.

—Te lo digo en serio, Logan —estaba diciendo ella, dándole vueltas a su café con un palito de madera—. Octavia va a convertirse en una máquina de las artes marciales. Violet Grant está decidida a enseñarle Kickboxing. Caleb está horrorizado, pero Octavia ya está pidiendo guantes rosa chicle para su cumpleaños.

Solté una carcajada, imaginando la escena. Caleb Donovan como padre era una mezcla de protector letal y oso de peluche, y la pequeña Octavia, con sus diez años y su afición por el judo, lo tenía comiendo de la palma de su mano.

—Déjalo estar. Es un papá oso, Hannah. Es mejor que ella aprenda todo lo que pueda y sepa defenderse sola —respondí, dándole un sorbo a mi taza humeante.

El ambiente era relajado. Ese era nuestro refugio. Hasta que la puerta de la sala de descanso se abrió y el oxígeno pareció desaparecer de la habitación.

Avery entró. Llevaba el uniforme impecable, su pelo negro liso cayendo sobre los hombros y esos grandes ojos verdes escaneando el espacio. En cuanto me vio, noté cómo su postura se volvía un poco más rígida, aunque su rostro mantuvo esa expresión de serenidad educada que me sacaba de mis casillas.

—Hola, chicos —saludó Avery con voz suave, dirigiéndose directamente hacia la nevera para sacar una botella de agua.

—¡Avery! —Hannah se iluminó al instante. La conexión especial que habían forjado desde que Hannah regresó al pueblo era evidente, y a mí todavía me costaba asimilarla. Para mí, ver a mi mejor amiga, a la chica a la que yo quería proteger por encima de todo, confraternizando con alguien que perteneció al grupo de Carson, era una disonancia que me negaba a procesar.

—Hola —murmuré, un saludo seco, áspero y estrictamente necesario para no parecer un sociópata. Clavé la mirada en mi teléfono móvil, fingiendo leer un correo urgente sobre suministros ortopédicos.

—¿Qué tal el turno, Ave? —preguntó Hannah, ignorando deliberadamente mi actitud glaciar.

—Sobreviviendo. Acabo de salir del postoperatorio de la apendicectomía de la cama cuatro —Avery se apoyó en la encimera, desenroscando el tapón del agua—. Todo en orden.

—Me alegro. Oye, sobre mañana... ya lo tenemos todo organizado —dijo Hannah con entusiasmo—. Caleb va a llevar la camioneta a primera hora. Ian y Noah se encargarán de las cajas más pesadas, aunque ya nos ha dicho Ian que casi todo son libros. Y Octavia está emocionadísima, ha exigido ser la directora de logística de tu mudanza.

Avery sonrió, y por un segundo aparté la vista del teléfono para mirarla. Era una sonrisa genuina, cálida, que le iluminaba toda la cara. Joder, era preciosa.

—No hacía falta que involucraras a Caleb y a Octavia en esto, de verdad —dijo Avery, aunque el agradecimiento en su voz era evidente—. Es mi día libre y no quiero arruinar el vuestro.

—Ni hablar. Para eso estamos —replicó Hannah.

Yo seguía en silencio. No sabía a dónde se mudaba, ni tampoco me importaba. Solo el hecho de que todo nuestro grupo de amigos estuviera orbitando a su alrededor para ayudarla a trasladar unas cuantas cajas me generaba un rechazo irracional. Era como si el pasado se estuviera reescribiendo frente a mis ojos, borrando los bandos que yo llevaba doce años manteniendo intactos en mi cabeza.

Avery bebió un poco de agua, cruzó una mirada rápida y neutra conmigo, y se separó de la encimera.

—Me vuelvo al control. Gracias por lo de mañana, Hannah. Nos vemos.

—¡Hasta mañana! —se despidió mi amiga.

La puerta se cerró con un clic suave. El silencio que siguió en la sala de descanso fue espeso, cargado de todo lo que no se había

dicho. Guardé el teléfono en el bolsillo y miré a Hannah, esperando el sermón. No tardó en llegar.

—¿Hasta cuándo vas a seguir haciendo esto, Logan? —preguntó Hannah, bajando el tono de voz, pero no la intensidad de su mirada.

—¿Hacer el qué? La he saludado —me defendí, apoyando los codos en la mesa.

—Sí, con la misma calidez con la que saludarías a un brote de estafilococo —replicó ella, cruzándose de brazos—. Sé que es difícil para ti. Sé mejor que nadie lo que pasamos en el instituto. Pero Avery no es Carson.

El nombre de Carson flotó entre nosotros como ceniza tóxica. Tensé la mandíbula.

—No, no es Carson —admití, con la voz endurecida—. Pero estuvo a su lado todos y cada uno de los días en que él y su grupo me hicieron la vida imposible. No lanzó los insultos, no me empujó contra las taquillas, pero se quedó ahí mirando, Hannah. Fue su cómplice. Y su silencio me validaba que yo era exactamente la mierda que ellos decían que era.

Hannah suspiró, una mezcla de empatía y agotamiento. Ella siempre había sido mi escudo en aquella época, pero ahora parecía empeñada en desmontar el mío.

—Éramos adolescentes, Logan. Avery era una chica asustada que seguía la inercia para no ser el blanco de esa misma crueldad. No te estoy diciendo que lo que hizo, o lo que no hizo, estuviera bien. Te digo que han pasado doce años. Ella ha cambiado. Se ha enfrentado a sus propios demonios. Es una enfermera brillante y una amiga leal.

—Es fácil para ti decirlo —repliqué, sintiendo que la rabia defensiva empezaba a burbujear en mi estómago—. No estuve allí. Mi última interacción con ese grupo fue una pelea a puñetazos con mi ex mejor amigo. Para mí, el pasado sigue aquí. No puedo mirarla y no ver el pasillo del instituto.

Hannah extendió la mano y cubrió la mía sobre la mesa. Su tacto era cálido, firme.

—Nadie te pide que olvides, Logan. Pero, si sigues aferrado a esa versión de ella, si sigues castigándola por pecados que no cometió directamente y que ocurrieron hace más de una década, te vas a acabar perdiendo a una de las mejores personas de Wildwater Falls. Avery es amable, es real, y no merece que la sigas mirando como si fuera el enemigo.

Iba a responder. Iba a decirle que ella no entendía lo humillante que era depender de Avery en el quirófano, y lo retorcido que era sentirme atraído por la misma mujer que representaba mi peor época.

Pero entonces, el sonido agudo y estridente de nuestros buscas cortó el aire de la sala de descanso.

Miré la pequeña pantalla negra. Accidente de tráfico múltiple en la carretera de *Granite Pass*.

La adrenalina barrió cualquier rastro de duda o conversación emocional. Me puse en pie de un salto, al mismo tiempo que Hannah.

—*Granite Pass*. Accidente múltiple —dijo ella, su tono de mejor amiga desapareciendo para dejar paso a la frialdad de la jefa de Trauma.

—Vamos —asentí, caminando rápidamente hacia la puerta.

Mientras corríamos por el pasillo hacia Urgencias, mi mente ya estaba organizando los protocolos de triaje ortopédico. Y, muy en el fondo, sentí una oleada de alivio absoluto. Soldar huesos rotos y detener hemorragias siempre sería infinitamente más fácil para mí que hablar de Avery Collins.

TRES

Avery

El caos de Urgencias siempre tiene una frecuencia específica, un zumbido de voces tensas, pasos rápidos y el eco metálico de las camillas golpeando las puertas batientes. Pero dentro del quirófano, ese ruido se filtra hasta convertirse en un silencio presurizado.

El paciente de *Granite Pass* era un desastre óseo. Un joven turista que había acabado con el fémur destrozado y una fractura de pelvis inestable. En cuanto entró en el área quirúrgica, el aire cambió. Logan ya estaba allí, lavado y con los brazos en alto, esperando que yo le ayudara con la bata. Su imponente presencia física, acentuada por el pijama quirúrgico ajustado a sus hombros anchos, llenaba la sala.

—Avery, necesito el fijador externo. Ahora —dijo Logan, su voz profunda y carente de cualquier inflexión emocional.

—Ya lo tengo preparado, doctor Pierce —respondí de inmediato, dejando caer el instrumental en su mano con la precisión de un autómata.

Comenzamos la danza. Es una coreografía que no habíamos ensayado nunca, pero que ejecutábamos con una maestría que asustaba. Logan se movía con una seguridad que rozaba lo sobrenatural. Sus manos, grandes y firmes, trabajaban entre la sangre y el tejido con una delicadeza que contrastaba con la brutalidad de las herramientas que manejaba.

Sabía cuándo iba a pedir el irrigador, cuándo el ángulo del tornillo no le convencía y cuándo necesitaba que aumentase la tracción. Éramos un engranaje perfecto. A través de las gafas de protección, sus ojos violetas estaban fijos en el campo quirúrgico, brillantes de concentración. En esos momentos, era imposible no admirarlo. No quedaba ni rastro del adolescente larguirucho y desgarbado que Carson solía humillar en los pasillos. El Logan de ahora era un hombre sexy, seguro de sí mismo y con un talento que me dejaba sin aliento.

Estaba intrigada por el misterio en el que se había convertido. ¿Cómo fue su vida en Chicago? ¿Quién le enseñó a ser tan implacable y a la vez tan empático con sus pacientes? Una punzada de arrepentimiento me atravesó el pecho. Pensé en el instituto, en las risas de Carson y en mi propio silencio. Ojalá hubiera sido más valiente. Ojalá hubiera tenido la fuerza para pararles los pies a los acosadores o para influir en Carson de forma positiva para que no se comportara como un auténtico capullo con él. Pero en aquel entonces, yo solo era una adolescente con una lealtad malentendida.

—Pelvis estable. Procedemos a cerrar —anunció Logan, rompiendo mi flujo de pensamientos.

La cirugía había sido rápida y precisa. Trabajamos en silencio durante los últimos minutos, la comunicación excelente y fluida, puramente técnica. Pero en cuanto el último punto de sutura quedó fijado y el anestesista confirmó que el paciente estaba estable, el hechizo se rompió.

Logan se quitó los guantes con un movimiento brusco. Se bajó la mascarilla y, por un segundo, me miró fijamente. Sus ojos violetas se clavaron en los míos con una intensidad que me obligó a sostener la respiración.

Luego, sin despedirse, se dio la vuelta y salió del quirófano con su habitual paso largo.

Me quedé allí, rodeada del instrumental sucio y el personal de limpieza que empezaba a entrar. Respiré hondo y me obligué a mantener la compostura. Me había acostumbrado a su frialdad y me

decía a mí misma que no me importaba, que era una profesional y que su actitud no podía afectarme.

Pero mientras empezaba a preparar al paciente para la sala de recuperación, sabía que me estaba mintiendo. Era difícil impedir que me afectase cuando el hombre que más admiras profesionalmente te trata como si fueras el virus que él mismo intenta extirpar.

* * *

El sol apenas empezaba a teñir de rosa las crestas de las montañas cuando salimos del hospital. Tenía esa sensación de agotamiento que solo te deja un turno de noche lleno de urgencias, donde el café es lo único que te mantiene en pie y tus neuronas conectadas. Caminamos hacia *The Blackbird Coffee* en un silencio cómodo; el aire del amanecer en Wildwater Falls todavía era fresco, un breve respiro antes de que el calor del verano se instalara de nuevo en el valle.

Nos sentamos en una de las mesas del fondo, rodeadas por el aroma a grano tostado y canela. Hannah y Savannah se hundieron en sus sillas con un suspiro idéntico, mientras yo entrelazaba mis dedos alrededor de una taza de porcelana desparejada.

—No puedo creer que los turistas sigan siendo tan inconscientes —dijo Savannah, frotándose los ojos—. Pero en serio, Ave, lo que hicisteis ayer con el paciente de *Granite Pass* fue de otro planeta.

—Sav tiene razón —añadió Hannah, mirándome con orgullo—. Logan es una fiera con el fijador externo, pero tú te movías como si pudieras leerle el pensamiento. Esa sincronización en el quirófano... no se enseña en la facultad. Es pura química profesional.

Sentí el calor subir por mis mejillas. La enfermería era mi vocación, el motor que me permitía sentir que reparaba algo del daño del pasado, pero todavía me costaba aceptar los elogios.

—Solo hacíamos nuestro trabajo —respondí, bajando la mirada a la espuma de mi café—. Logan dirige, yo facilito. Fue una cirugía limpia porque el paciente tuvo suerte de llegar a tiempo. A veces

siento que deberíamos poder hacer más, que el sistema debería ser más rápido....

—Eres una perfeccionista, Avery Collins —me interrumpió Savannah con una sonrisa pequeña—. Y eres una de las mejores enfermeras que ha visto este hospital.

Hannah se inclinó hacia delante, cambiando el tono de la conversación.

—Hablando de Logan... —empezó, observándome con curiosidad —. ¿Cómo está la situación fuera de las luces de cirugía? Porque en el pasillo parece que os vais a congelar mutuamente, pero en el quirófano el hielo se derrite por completo.

Suspiré, dejando que el vapor del café me empañara la vista un segundo.

—Es el único momento en que nos entendemos —confesé, abriéndome con ellas—. Bajo presión, somos un equipo. Pero en cuanto nos quitamos los guantes, él vuelve a su armadura y yo mantengo mi distancia. Sé que se ve raro desde fuera, pero no quiero invadir su terreno. Logan tiene sus razones para no querer tenerme cerca, y yo respeto eso. No quiero imponerle mi presencia más de lo necesario.

Hannah negó con la cabeza suavemente.

—Avery, ya te lo he dicho antes. No tienes que pagar pecados ajenos. Lo que pasó en el instituto fue hace doce años. No puedes vivir el resto de tu vida cumpliendo una penitencia por algo de lo que no fuiste instigadora.

Escuché a Hannah con atención, sintiendo el consuelo de su amistad, esa conexión especial que solo los que estuvimos en aquel autobús comprendemos de verdad. Pero en el fondo, una parte de mí seguía gritando que el acoso que Logan sufrió fue imperdonable y que mi silencio me hacía partícipe.

—Bueno —dijo Savannah, rompiendo el momento de introspección—, basta de fantasmas por hoy. En unas horas nos vemos en tu piso.

—Sí —asentí, agradeciendo el cambio de tema—. Ian ya ha reclutado a Caleb y a Noah para que ayuden con los bultos pesados. No es mucho, sobre todo libros y ropa, pero quiero dejar el apartamento listo antes del lunes.

—Te ayudaremos a instalarte en la cabaña en un abrir y cerrar de ojos —aseguró Hannah, levantándose para ir a pagar—. Una de las turísticas de los Pierce... Quién nos lo iba a decir.

—Es solo por el verano —me recordé a mí misma en voz alta, aunque sentía un nudo en el estómago—. Una solución temporal.

Nos despedimos en la puerta de la cafetería, quedando en vernos en unas horas para iniciar la mudanza a *Stillwater Lodge*. Mientras caminaba hacia mi apartamento, no podía dejar de pensar en que Logan no sabía que yo iba a ser su nueva vecina. Y aunque mis amigas decían que no debía pagar penitencias, sentía que mudarme a su terreno era, de alguna forma, el inicio de la prueba de fuego definitiva para ambos.

Cerré la puerta de mi apartamento y me apoyé contra la madera un momento, dejando que el silencio me envolviera. El sol de la mañana entraba por las ventanas, iluminando las motas de polvo que flotaban sobre las cajas de cartón medio llenas. Mi hogar de los últimos cinco años estaba dejando de serlo a pasos agigantados.

Caminé por el pasillo, esquivando una pila de libros, y entré en mi dormitorio. Me senté en el borde de la cama, que ya no tenía sábanas. Sabía que debía descansar antes de que Ian y los chicos llegaran para la mudanza, pero mi mente estaba demasiado acelerada. Me acerqué al armario empotrado y saqué una caja de madera que siempre guardaba en el rincón más oscuro del estante superior.

Me senté en el suelo, rodeada de cajas vacías, y abrí la tapa. Lo primero que encontré fue un álbum de fotos de nuestra época en el instituto. Lo abrí con cuidado, sintiendo el tacto frío del plástico de las fundas. En la primera página, Carson Donovan me devolvía la sonrisa. Tenía quince años, el pelo revuelto por el viento y esa chispa de travesura en los ojos que lo hacía parecer invencible.

Dios, Carson.

La gente en el pueblo hablaba de él como una leyenda trágica, pero muy pocos conocían al Carson que yo conocía. En las fotos no se veía al líder de los populares, sino al chico que se sentaba conmigo en el *Whitetail Bridge* durante horas, simplemente escuchando el agua pasar. Éramos mejores amigos porque nos guardábamos secretos que habrían dinamitado nuestras reputaciones en aquel entonces. Secretos que Carson me pidió custodiar, y que yo había mantenido bajo siete llaves durante doce años.

Pasé las páginas. Había fotos de nosotros con el grupo de los "populares": Trevor, el hijo de la alcaldesa; los hermanos Morris; y un par de chicos más de familias con apellidos que pesaban en el ayuntamiento. Recuerdo perfectamente cómo nos acercamos a ellos. No fue por afinidad real, sino por un intento desesperado de encajar. Un deseo desesperado que Carson tenía y que yo, por lealtad, seguí.

Pero todo tenía un precio.

Al entrar en ese círculo, consentimos cosas de las que hoy me avergüenzo profundamente. El acoso a Logan, a Hannah, a Noah... no participábamos activamente con insultos o golpes, pero estábamos allí. Carson se reía. Dios, su risa era lo peor. Era una risa histérica, casi forzada, que servía como señal de aprobación para que los otros siguieran adelante. Yo simplemente miraba hacia otro lado, siendo la cómplice silenciosa que validaba el infierno de Logan.

Debajo del álbum, en el fondo de la caja, encontré algo que me hizo detener la respiración: el cuaderno de dibujo de Carson.

Era un cuaderno de tapas de cuero negro, gastado por el uso. Carson nunca iba a ninguna parte sin él. La gente creía que solo tomaba notas o hacía garabatos, pero era un artista excepcional. Abrí el cuaderno y mis ojos recorrieron los trazos rápidos y precisos a lápiz. Carson veía el mundo en líneas y sombras. Había dibujos de los pinos bajo la nieve, del perfil de las montañas y, sobre todo, dibujos de personas.

Muchos de los secretos que guardaba estaban dibujados en estas páginas, aunque nadie más sabría interpretarlos. Carson dibujaba lo que no se atrevía a decir. Dibujaba la vulnerabilidad que ocultaba tras su fachada de chico popular. En los márgenes de un boceto del *Granite Pass*, había notas pequeñas, casi ilegibles, que hablaban de su miedo a no ser suficiente, de su rabia contra sí mismo por no saber cómo detener la inercia de crueldad en la que se había metido.

Carson no era una mala persona por naturaleza. No era un acosador despiadado por placer. Era un adolescente con defectos, humano, perdido en una red de expectativas y malas decisiones. Tenía una lealtad feroz hacia los suyos, pero no sabía cómo extender esa lealtad a los que estaban fuera de su círculo.

Cerré el cuaderno de dibujo con un suspiro hondo, sintiendo el peso de la madera bajo mis dedos. Me dolía el pecho al pensar en lo que Carson podría haber sido si hubiera sobrevivido. Estoy segura de que habría enmendado sus errores. Se avergonzaba de lo que le hacían a Logan.

Me levanté del suelo, sintiendo los músculos entumecidos. Guardé el álbum y el cuaderno en la caja, cerrando la tapa con firmeza. No era el momento de hundirme en el pasado; tenía una mudanza que terminar y una vida que seguir construyendo, aunque fuera en el terreno de la persona que más motivos tenía para odiarnos a ambos.

Eché un último vistazo a mi dormitorio. Cinco años de independencia se resumían ahora en unas cuantas cajas de cartón. Me sentía acorralada por la mudanza a *Stillwater Lodge*, pero también sabía que no podía seguir huyendo de los fantasmas. Quizás vivir cerca de Logan era la forma en que el universo me obligaba a dejar de ser la guardiana silenciosa y empezar a afrontar las consecuencias de mi pasado.

Me lavé la cara con agua fría, me recogí el pelo negro en una coleta tirante y me dispuse a recoger lo poco que quedaba en los estantes. Era hora de moverse.

CUATRO

Logan

El sonido de un motor rompió el santuario de mi sueño. Me removí entre las sábanas, enterrando la cabeza en la almohada, intentando ignorar el ruido que se filtraba por las paredes de madera de la cabaña. El turno de noche del viernes me había dejado molido. Las cirugías múltiples por el accidente en Granite Pass habían sido una maratón de adrenalina y precisión, y mi cuerpo sentía cada una de esas horas como si me hubieran pasado por encima con un camión de bomberos.

Miré el reloj en la mesilla: las diez y media de la mañana de un sábado. El sol de julio ya pegaba con fuerza, colándose por las rendijas de las persianas y dibujando líneas de polvo dorado en el aire.

—Maldita sea —gruñí, sentándome en el borde de la cama.

Escuché el portazo de una camioneta y luego voces. Muchas voces. Risas masculinas, el tono agudo de una conversación femenina y el sonido inconfundible de cajas siendo arrastradas sobre metal. Me pasé una mano por la cara, intentando despejar la niebla del sueño. ¿Turistas? No era raro que algún despistado con GPS se equivocara de camino y acabara frente a mi puerta buscando la recepción del Lodge, pero el volumen de la charla sugería una confianza que los desconocidos no suelen tener a esas horas.

Me puse unos pantalones de chándal grises, dejando el torso al descubierto, y caminé descalzo hacia la sala principal. No me

molesté en recogerme el pelo; el moño que solía llevar en el hospital era un recuerdo lejano frente al desorden rubio que ahora me caía sobre los hombros.

Abrí la puerta principal y salí al porche, parpadeando ante la intensa luz del día. El rugido de *Bridal Veil Falls* de fondo era el único sonido familiar en una escena que no tenía ningún sentido.

Abajo, en el camino de grava, estaba la camioneta de Caleb. Y allí estaban todos. Caleb descargando dos maletas enormes, Hannah con una caja de libros, Savannah riendo con Noah mientras sostenían una lámpara, e Ian, con su habitual gesto de bloque de granito, cargando dos cajas grandes como si no pesaran nada.

Y en el centro de todo, sosteniendo una caja pequeña y mirando hacia la cabaña con una mezcla de ilusión y cansancio, estaba Avery Collins.

—¿Qué narices está pasando aquí? —mi voz, ronca por el sueño y la irritación, cortó el aire como un látigo.

El grupo se quedó petrificado. Caleb soltó ambas maletas, que golpearon el suelo con un estruendo. Hannah se ajustó las gafas de sol, Noah soltó una carcajada nerviosa e Ian simplemente me miró, evaluando mi mal humor.

Pero fue Avery la que más me impactó. Sus ojos verdes se abrieron de par en par, perdiendo toda la serenidad que solía mostrar en el hospital. Se puso roja como un tomate, una mancha de rubor que subió por su cuello y se instaló en sus mejillas, dándole un aspecto tan humano y vulnerable que me sentí incómodo.

—¿Logan? —la voz de Avery fue apenas un susurro dubitativo.

—El mismo —respondí, cruzándome de brazos sobre el pecho, consciente de que mi aspecto desaliñado y mi falta de camiseta no ayudaban a rebajar la tensión—. ¿Alguien me explica por qué estáis vaciando un camión de mudanzas frente a mi casa?

Hannah dio un paso al frente, haciendo de escudo instintivo, como siempre hacía cuando yo sacaba las garras.

—Logan, no sabíamos que estabas aquí... bueno, sabíamos que vivías en el Lodge, pero no en *esta* cabaña —dijo Hannah, intentando sonar razonable.

—Vivo aquí desde que llegué al pueblo hace tres meses, Hannah —repliqué, bajando un par de escalones del porche.

Avery dejó su caja en el suelo con manos temblorosas y sacó su teléfono móvil del bolsillo trasero de sus vaqueros. Su respiración era errática.

—Tu madre... Maggie me envió un mensaje anoche —dijo Avery, con la voz entrecortada por la vergüenza—. Me confirmó que la cabaña número cuatro estaba libre para la temporada. Mi casero vendió el edificio y tenía que irme ya.

Caminó hacia el porche y me mostró la pantalla. Ahí estaba: un mensaje de mi madre, claro y directo, dándole la bienvenida a *Stillwater Lodge* y dándole las instrucciones para la "Cabaña de la Cascada".

—Esa es esta cabaña —sentencié, sintiendo cómo una presión fría empezaba a cerrarse en mi estómago—. Pero aquí vivo yo.

La mirada de Avery recorrió mi pecho desnudo, mi pelo revuelto y luego la puerta abierta detrás de mí. Parecía querer que la tierra se la tragara. Ian se acercó a nosotros, dejando las cajas a un lado.

—¿Quieres decir que Maggie le ha alquilado a mi hermana la misma casa donde vives tú? —preguntó Ian, con su voz de bajo profundo cargada de una sospecha peligrosa.

—Parece ser el caso —gruñí.

Me di la vuelta, entré en la cabaña y cerré la puerta con más fuerza de la necesaria. Podía oír sus voces fuera, un murmullo de confusión y discusiones rápidas. Busqué mi móvil en la cocina y marqué el número de mi madre.

—¡Logan, cariño! ¿Has visto qué día hace? Ideal para... —empezó, con ese tono alegre que solía usar cuando sabía que había metido la pata.

—Mamá —la interrumpí, intentando mantener la calma—. ¿Por qué está Avery Collins en mi porche con cinco cajas de libros y la camioneta de Caleb?

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Luego un suspiro.

—Oh. Ya han llegado.

—Mamá, me dijiste que esta cabaña era para mí.

—Y lo es, cielo. Pero me equivoqué de calendario —la voz de mi madre se volvió rápida, esa táctica que usaba cuando quería convencerme de algo imposible—. Creí que la cabaña seis quedaba libre hoy, pero los turistas de Portland han decidido ampliar su estancia dos semanas más. Y la cabaña tres tiene una gotera en el baño que Charles todavía no ha arreglado.

—Eso no explica por qué le has dado las llaves de mi casa a Avery Collins.

—¡Porque la pobre se quedaba en la calle, Logan! Catherine me llamó desesperada. Es verano, no hay un solo alquiler en Wildwater Falls. No podía dejar que la hija de mi mejor amiga durmiera en el hospital.

—Puede dormir en casa de sus padres. O con su hermano.

—Ella necesita su espacio, igual que tú. Además —mi madre bajó el tono, volviéndose pragmática—, tu cabaña tiene dos habitaciones completas. Es la más grande. Solo tenéis que compartir el baño un par de semanas hasta que la seis quede libre. O quizá todo el verano si la temporada sigue así.

—¡No voy a compartir casa con Avery Collins! —estallé, olvidando por un momento que ella estaba justo al otro lado de la madera de la pared.

—Logan Pierce, escúchame bien —el tono de mi madre cambió a uno que no admitía réplicas—. Eres un hombre adulto y un cirujano excelente. No eres un desalmado. Avery es una mujer maravillosa, una profesional impecable y está en un aprieto. Tienes una habitación vacía que solo usas para tirar la ropa sucia. Dale las llaves, pórtate como un caballero y deja de ser tan testarudo.

Colgó. Me quedé mirando el teléfono, incrédulo.

Respiré hondo, intentando que el oxígeno calmara la rabia que sentía. No era solo el hecho de compartir espacio; era el hecho de que mi refugio acababa de ser invadido por la persona que representaba todo lo que intentaba olvidar.

Salí de nuevo al porche. El silencio fuera era sepulcral. Todos me miraban: Hannah con preocupación, Noah con una ceja levantada y Avery... Avery no me miraba. Tenía la vista fija en sus propios pies, con los hombros hundidos. Parecía pequeña, a pesar de ser una mujer alta y fuerte en el quirófano.

—Mi madre dice que ha habido un error con las reservas —dije, y mi voz sonó más cansada que furiosa—. Dice que todas las demás cabañas están llenas por turistas y que la otra que quedaba libre tiene una avería.

Ian dio un paso hacia Avery, protegiéndola.

—No te preocupes, Ave. Cargamos todo de nuevo y te vienes a mi piso —dijo Ian, mirándome con un desafío gélido.

Vi a Avery dudar. Sabía, por lo que Hannah me había contado, que ella valoraba su independencia por encima de todo. Volver a vivir con su hermano mayor, bajo su vigilancia constante, era lo último que quería.

Miré a Avery. A pesar del resentimiento, a pesar de los doce años de silencio y de la pelea con Carson, no soy un cabrón. Soy un médico. Mi instinto es cuidar, no destruir. Y verla allí, dispuesta a rendirse y volver a la sombra de su familia por no molestarme, me hizo sentir una punzada de algo que se parecía peligrosamente a la empatía.

—No hace falta —solté, sorprendiéndome a mí mismo—. Hay dos habitaciones. La de la izquierda está vacía.

Avery levantó la cabeza, sus ojos verdes encontrándose con los míos. Estaban empañados, pero mantenían una chispa de orgullo.

—Logan, no quiero... no quiero ser una carga. Si te molesta tanto, de verdad puedo irme con Ian.

—Me molesta —admití, con una franqueza que hizo que Noah hiciera una mueca—. Me molesta que mi madre use mi casa como hotel de beneficencia. Pero no voy a dejar que te quedes sin sitio por un error de gestión. Puedes quedarte hasta que quede otra cabaña libre.

Me quedé allí arriba, con los brazos cruzados y la espalda apoyada contra uno de los postes de cedro del porche, observando cómo mi vida privada se desmantelaba caja a caja.

Caleb y Noah estaban descargando el somier de la camioneta, haciendo bromas sobre la fuerza de Ian, mientras Hannah y Savannah subían los escalones cargadas con cajas rotuladas con la letra clara y ordenada de Avery.

No moví ni un dedo. No es que fuera un vago, pero mi orgullo herido y la sensación de haber sido emboscado por mi propia madre me mantenían anclado al porche. Si ayudaba, de alguna forma estaría validando este desastre.

Avery se acercó al porche. Llevaba una caja pequeña entre las manos. Se detuvo a un par de escalones de distancia, mirándome con esos ojos verdes que, bajo la luz directa del sol, parecían cristales de jade.

—Logan —empezó ella. Su voz era suave, pero tenía esa firmeza madura que me costaba tanto ignorar—. Sé que esto no es lo que esperabas para tu fin de semana.

—Eso es decir poco, Avery —mascullé, sin descruzar los brazos.

Ella suspiró y dejó la caja en el suelo para frotarse las manos en los vaqueros. Se veía cansada; las sombras bajo sus ojos delataban que ella también había arrastrado el turno de ayer, pero no había rastro de queja en su gesto.

—Siento mucho invadir tu espacio. De verdad. No tenía ni idea de que esta era tu cabaña hasta que abriste la puerta hace un rato. Te aseguro que mi estancia es absolutamente temporal. En cuanto encuentre cualquier otro alquiler en el pueblo, me marcharé. No quiero ser una carga ni obligarte a convivir con alguien que… bueno, que preferirías tener a kilómetros de distancia.

La miré fijamente. Su disculpa era genuina, directa, sin victimismo. Avery no estaba mendigando nada; simplemente estaba exponiendo una realidad que nos jodía a los dos. Y eso, por alguna razón, me irritaba todavía más. Quería que fuera la chica superficial del instituto para poder odiarla con más facilidad, pero esta mujer madura y respetuosa no me daba ni un solo resquicio para el desprecio.

—Espero que encuentres algo pronto —me limité a gruñir, desviando la mirada hacia el río. Fue lo más amable que pude sonar sin traicionar mi propio cabreo.

Avery asintió, recogió su caja y entró en la cabaña, pasando por mi lado con un rastro de lavanda que me resultó perturbadoramente familiar.

—Vaya, Logan. Te ha faltado ofrecerle un té y unas pastas —la voz de Hannah me sacó de mis pensamientos.

Mi mejor amiga se detuvo a mi lado, secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano. Me miró con esa mezcla de decepción y cariño que solo ella sabía proyectar.

—¿Cómo estás? —preguntó ella, apoyándose en la barandilla.

—¿Cómo crees que estoy, Hannah? Estoy cabreado. Mucho —respondí, bajando la voz para que los demás no me oyeran—. Mi madre se ha pasado tres pueblos. Todo esto me huele a una estratagema de Maggie Pierce para hacer de casamentera. Sabe perfectamente que Avery y yo no nos llevamos bien, pero le da igual. Cree que, si nos encierra en el mismo espacio, los problemas del pasado se evaporarán por arte de magia.

—Maggie te quiere, Logan. Y quiere a Avery. Quizás solo piensa que os vendría bien hablar sin un paciente sangrando de por medio —dijo Hannah con suavidad.

—Mi madre no tiene ni idea de las implicaciones de nuestra "no-relación" —repliqué, sintiendo cómo la frustración me desbordaba—. No sabe lo que es tener que trabajar codo con codo con alguien que te recuerda cada segundo por qué te fuiste de aquí en primer lugar. Me siento atrapado en mi propia casa.

—No estás atrapado, Logan. Estás asustado —soltó Hannah con esa franqueza que a veces me daban ganas de gritar—. Estás asustado de que Avery Collins resulte ser la persona increíble que el resto ya sabemos que es, y que eso te obligue a soltar tu rencor.

Antes de que pudiera responder a eso, sentí una mirada pesada clavada en mí. Miré hacia el pie del porche. Ian Collins estaba allí, de pie junto a la camioneta de Caleb.

Ian no decía nada. No hacía falta. Sus ojos verdes, los mismos ojos que los de Avery, me estaban lanzando una advertencia clara y meridiana: «Es mi hermana. Si la haces sufrir, si la tratas mal en esta casa, te las verás conmigo».

Aguanté su mirada, manteniendo la barbilla alta. No iba a acobardarme ante Ian, pero tampoco quería pelearme con él por culpa de Avery.

Vi cómo Avery, que salía de la cabaña para recoger otra carga, captaba la tensión entre su hermano y yo. Se detuvo un segundo, miró a Ian y le hizo un gesto sutil con la mano, una señal muda para que dejara de mirarme mal. Ian relajó los hombros mínimamente, pero no apartó la vista de mí hasta que Avery le tocó el brazo al pasar a su lado.

—¡Eh, Logan! —gritó Noah desde la camioneta, con esa sonrisa burlona que siempre precedía a una de sus jugarretas—. No pongas esa cara. Piénsalo por el lado bueno: si te atragantas con un hueso de pollo cenando solo, ahora tienes a la mejor enfermera del condado para hacerte la maniobra de Heimlich. ¡Es un servicio de valor añadido de *Stillwater Lodge*!

Caleb soltó una carcajada mientras cargaba el colchón, y Savannah puso los ojos en blanco, aunque no pudo ocultar una sonrisa divertida.

—¡Cállate, Noah! —le espeté, aunque sabía que era inútil.

—Solo digo que la convivencia tiene sus ventajas —continuó Noah, subiendo los escalones con una lámpara—. Podéis jugar al Monopoly o practicar suturas en naranjas. Va a ser como un

campamento de verano médico, pero con más tensión sexual y menos mosquitos.

—Vete a la mierda, Noah —mascullé, aunque sentí que las orejas me ardían.

Noah pasó a mi lado riéndose, e Ian volvió a descargar otra maleta con un golpe seco que resonó en todo el claro. La mudanza continuó durante una hora más. Fui testigo de cómo mi salón se llenaba de cajas de cartón, de cómo el baño compartía ahora mi cepillo de dientes con una bolsa de aseo femenina y de cómo la habitación de los trastos, la que yo usaba para dejar la ropa que no quería doblar, se convertía en el dormitorio de Avery Collins.

Cuando finalmente terminaron y el grupo se reunió en el porche para despedirse, me sentí como un extraño en mi propio territorio.

—Bueno, pareja, os dejamos solos para que decidáis quién saca la basura —dijo Caleb, dándole una palmada en el hombro a Ian y arrastrándolo hacia la camioneta—. Ave, si este tipo se pone demasiado insoportable, llámame y mandamos un helicóptero de rescate solo para ti.

Avery soltó una pequeña risa, una de esas risas que me recordaban por qué Carson no podía dejar de mirarla en el instituto. ¿Por qué narices tenía que ser tan preciosa?

—Estaré bien, Caleb. Gracias a todos por la ayuda —dijo ella, apoyándose en el marco de la puerta de *nuestra* cabaña.

Vimos cómo se alejaban. El ruido de los motores fue desapareciendo hasta que solo quedó el rugido constante de *Bridal Veil Falls* y el susurro del viento entre los pinos. El silencio que se instaló entre Avery y yo era tan denso que casi podías cortarlo con un escalpelo.

Me giré para entrar, pero ella todavía estaba allí, en el umbral.

—Logan —dijo ella antes de que yo cerrara la puerta del salón—. Sé que no me quieres aquí. Y de verdad, voy a ser lo más invisible posible. No tienes que fingir que somos amigos, ni siquiera tienes

que hablarme si no quieres. Solo… gracias por no dejar que Ian me llevara a rastras a su piso. Sé que para ti es un esfuerzo.

No supe qué responder. No quería ser amable, pero su gratitud me hacía sentir como un monstruo innecesariamente cruel.

—Bueno —solté, y mi voz sonó demasiado fuerte en la estancia vacía—. Supongo que esto es lo que hay. Ya has visto la mayor parte, pero deja que te enseñe dónde vas a… bueno, dónde vas a estar.

Caminé hacia el pequeño pasillo que distribuía la cabaña. Avery me siguió a una distancia prudencial, con sus pasos ligeros apenas haciendo crujir el suelo de pino. Me detuve frente a la puerta de la izquierda.

—Esta es tu habitación —dije, abriendo la puerta. El espacio era luminoso, Caleb y Noah habían instalado la cama de Avery y al fondo había un armario empotrado. Olía a madera limpia y a aire de montaña—. La de la derecha es la mía. No entres. Es el único espacio que me queda de privacidad real.

Avery asintió en silencio. No dijo ni una palabra, limitándose a observar el cuarto con una expresión neutra. Me irritaba que no dijera nada. Esperaba una queja, una ironía, algo que me permitiera saltar y descargar la frustración que llevaba acumulada desde que vi a Caleb aparcar en mi entrada.

—Y aquí —continué, señalando la puerta del centro— está el único baño de la cabaña.

Entramos en el pequeño aseo. Era funcional, con una ducha amplia y azulejos blancos. Una sola ducha para dos adultos de veintisiete años que apenas se dirigían la palabra fuera de un quirófano.

—Vamos a tener que establecer turnos —sentencié, cruzándome de brazos—. Yo suelo levantarme a las cinco y media cuando tengo turno de mañana. Si tú entras a las siete, podemos organizarnos. No quiero encontronazos por la mañana, Avery. Ni quiero que nos molestemos. Yo usaré el baño primero, y cuando termine, será tuyo. Soy rápido, así no tenemos que preocuparnos si tardas mucho en

secarte el pelo o lo que sea. Por las noches… bueno, ya veremos cómo lo hacemos, pero la regla de oro es dejarlo todo impecable. No soporto el desorden en el baño.

Yo sonaba como un gilipollas, y lo sabía. Pero la situación me superaba y solo de pensar en que ella estaría desnuda, duchándose, en el mismo espacio que yo, hacía que me ardiera la piel de una forma muy poco apropiada.

Avery volvió a asentir. Seguía sin ser elocuente, sin mostrar ni un ápice de combatividad.

—Entendido —dijo finalmente, con una voz tan suave que casi se perdía con el ruido de la cascada—. Procuraré estar fuera de tu camino, Logan. No te darás ni cuenta de que estoy aquí. Intentaré ajustar mis horarios para que no coincidamos en las zonas comunes.

Su actitud comprensiva me sentó como una patada en el estómago. Me molestaba profundamente que fuera tan… perfecta. Tan razonable. Si ella hubiera protestado por los turnos o se hubiera quejado de la falta de espacio, yo podría haberla encasillado de nuevo en el papel de la chica privilegiada y caprichosa que solía ser. Pero esta Avery madura y silenciosa me dejaba sin armas. Me hacía sentir como un imbécil enfurruñado sin motivo real.

—Bien. Eso espero —mascullé.

—Iré a mi habitación a deshacer las maletas —anunció ella, señalando las los tres grandes bultos que Caleb e Ian habían dejado en el pasillo—. Pero voy a dejar las cajas con mis cosas sin colocar. Solo sacaré lo imprescindible. Por si finalmente encuentro algún alquiler en el último momento o si Maggie me dice que alguna otra cabaña queda libre antes de lo previsto.

—Haz lo que quieras —respondí, dándome la vuelta para volver al salón.

La vi recoger una de sus maletas y entrar en la habitación de la izquierda, cerrando la puerta con un clic suave que marcó el inicio de nuestra convivencia forzada. Me quedé solo en el salón, respirando el aire que ahora parecía cargado con una energía distinta.

Me senté en el sofá de cuero gastado y clavé la vista en el porche. Debería estar pensando en la cirugía del lunes o en el papeleo que tenía pendiente del hospital. Pero mi mente, ese traidor biológico, insistía en proyectar imágenes que no tenían nada que ver con la ortopedia.

Avery era increíblemente preciosa. Siempre lo había sido, incluso cuando era la chica que se reía de mí en los pasillos, pero ahora… ahora tenía una belleza rotunda, física, de mujer adulta que me golpeaba con la fuerza de un trauma cerrado. Sus ojos verdes, el contraste de su pelo negro contra la piel pálida, la forma en que sus vaqueros se ajustaban a sus piernas largas…. Y lo peor de todo: mi imaginación, alimentada por meses de tensión reprimida y atracción negada, insistía en visualizarla desnuda, tumbada en mi cama, con el pelo desparramado sobre mis almohadas.

Sentí una oleada de calor que no tenía nada que ver con el verano de Wildwater Falls. Me levanté de un salto, frustrado conmigo mismo. Era patético.

—Joder —susurré, apretando los puños.

Necesitaba salir de allí. Necesitaba que el aire frío de la montaña me bajara la excitación y que el ruido del agua borrara la imagen de Avery deshaciendo su maleta al otro lado de la pared. Cogí una toalla, me puse el bañador y salí por la puerta del porche sin mirar atrás.

Caminé por el sendero que llevaba hacia el río, esquivando las raíces de los pinos. *Bridal Veil Falls* caía con una fuerza majestuosa a unos cientos de metros, generando una bruma plateada que refrescaba el ambiente. Había una zona de pozas naturales cerca de la caída, donde el agua estaba lo suficientemente profunda y fría como para detener cualquier pensamiento impuro.

Llegué a la orilla, tiré la toalla sobre una roca y me lancé al agua sin pensarlo. El impacto fue brutal. El agua de deshielo estaba gélida, incluso en pleno julio, y sentí cómo mis pulmones se contraían y mi piel se erizaba al instante. Nadé con fuerza, luchando

contra la corriente suave, dejando que el frío entumeciera mis músculos y, con suerte, mi cerebro.

Cuando salí a la superficie, jadeando, me apoyé en una roca lisa en mitad de la corriente. Miré hacia arriba, hacia la cabaña que se asomaba entre los árboles. Avery estaba allí arriba. Estaba en mi espacio, en mi vida, y por mucho que nadara en agua helada, sabía que por la mañana tendríamos que compartir el mismo café y el mismo quirófano.

CINCO

Avery

El mundo se había reducido a un pulso rítmico y despiadado detrás de mi ojo izquierdo. Conocía bien esta sensación. Las migrañas siempre aparecían cuando el estrés decidía que ya era suficiente. Y los últimos días en Wildwater Falls habían sido el caldo de cultivo perfecto.

Llevaba dieciséis horas de pie. Un doble turno en el quirófano que empezó con una fractura abierta de tibia y terminó con una reconstrucción de cadera que se complicó más de lo esperado. Pero el cansancio físico no era lo que me estaba matando. Era la tensión. La tensión de vivir en *Stillwater Lodge* con Logan Pierce.

Habíamos pasado los últimos tres días perfeccionando el arte de la evitación. En la cabaña, éramos como dos fantasmas invisibles: yo me levantaba cuando lo oía salir para su carrera matinal para ducharme y salir hacia el hospital antes de que regresara, y él solía volver por la tarde cuando yo ya estaba encerrada en mi habitación, fingiendo que dormía mientras escuchaba sus pasos pesados sobre la madera. Habíamos establecido una frontera invisible en la cocina y en el baño. Pero mantener ese muro levantado consumía una energía que hoy, simplemente, se me había agotado.

La sala de descanso de enfermería estaba abarrotada. Había demasiada luz, demasiado ruido de charla sinsentido y demasiados olores cargantes. Necesitaba oscuridad. Necesitaba silencio absoluto. Y necesitaba aire limpio. Por eso, con la audacia que solo te da el

dolor extremo, me había colado en una de las salas de guardia de los médicos. Era una habitación pequeña, apenas un cubículo con una cama estrecha de sábanas rígidas, pero estaba a oscuras.

Me quité los zuecos con manos temblorosas y me tumbé de lado, encogiéndome sobre el colchón. Me cubrí los ojos con el brazo, tratando de bloquear la mínima rendija de luz que se filtraba por debajo de la puerta. Cada vez que cerraba los ojos, veía destellos, auras blancas que me recordaban que mi cerebro estaba en huelga.

«Solo diez minutos».

«Solo necesito que el mundo se detenga diez minutos».

Pero el hospital nunca se detiene.

Escuché el sonido del picaporte girando. Fue un sonido seco, metálico, que retumbó en mis sienes como un disparo. La puerta se abrió y la luz del pasillo inundó la habitación, hiriéndome la vista incluso a través de mis párpados cerrados. Solté un gemido ahogado, apretando el brazo contra mi cara.

—¿Qué demonios…?

Reconocería esa voz en cualquier lugar. Era profunda, vibrante y, en este momento, estaba cargada de una irritación que conocía demasiado bien. Logan.

Escuché sus pasos acercándose. Olía a él: una mezcla de jabón neutro y café. A pesar del dolor punzante, mi cuerpo traidor reaccionó. Sentí un chispazo de calor en el vientre, una excitación involuntaria que me hacía odiarme a mí misma. Era ridículo. Tenía el cráneo a punto de explotar y mi mente insistía en recordar lo sexy que resultaba Logan cuando estaba enfadado, con esa presencia física que parecía consumir todo el oxígeno de la habitación. Aún recordaba su expresión el día que me mudé a su cabaña, con el pelo suelto sobre sus hombros y vistiendo unos finísimos pantalones de chándal que dejaban poco a la imaginación.

—Collins, ¿es que no tienes suficiente con invadir mi cabaña? ¿Ahora también invades los dormitorios de médicos? —soltó Logan.

Intenté responder, pero la náusea me subió por la garganta. Me limité a apretar más los dientes, deseando que simplemente se fuera.

—Levántate —insistió él, y escuché el roce de su uniforme mientras se cruzaba de brazos—. Esta es la sala asignada a ortopedia para esta guardia. He tenido tres urgencias seguidas y necesito tumbarme cinco minutos antes de que Hannah me llame para la siguiente. Vuelve a tu zona.

Su voz martilleaba mi cerebro. Cada palabra era un clavo más en mi sien. Quería gritarle que se callara, que me dejara en paz, que no podía moverme porque el simple hecho de levantar la cabeza me haría vomitar. Pero no tenía fuerzas. La migraña me había robado la capacidad de defenderme, dejándome vulnerable en un lugar donde no quería estar: frente a él.

—Logan… por favor —susurré. Mi voz sonó rota y pequeña. Ni siquiera pude añadir el "Doctor Pierce" que solía usar para marcar distancias.

Logan no pareció notar el tono de mi voz. Estaba demasiado envuelto en su propia frustración, en ese cansancio acumulado de un doble turno que nos estaba pasando factura a todos.

—No me vengas con esas, Avery. Hemos establecido unas reglas. Yo respeto tu espacio en la cabaña, así que tú respeta el mío aquí. Sal de esa cama. Ahora.

Se acercó más. Pude sentir el calor de su cuerpo cerca del colchón. Fantaseé por un segundo absurdo con que sus manos, esas manos grandes y precisas que había visto salvar vidas en quirófano, se posaran sobre mi frente para calmar el fuego. Quería que me tocara, quería sentir su fuerza, pero al mismo tiempo quería que desapareciera de la faz de la tierra.

—No puedo —dije, y esta vez una lágrima de puro dolor se escapó y mojó la sábana—. No puedo moverme.

—Avery, no estoy para juegos. Si estás cansada, vete a la sala de enfermería. Yo necesito esta cama —Logan extendió la mano y agarró el borde de la manta, tirando de ella con impaciencia.

La luz volvió a golpearme. Me encogí más, tapándome la cara con ambas manos, respirando de forma errática. El dolor alcanzó un nuevo nivel de intensidad, un pico agudo que me hizo ver estrellas.

—Vete… —logré articular, aunque sonó más como una súplica que como una orden—. Por favor, cierra la luz.

Logan se quedó paralizado. Por fin, algo en mi postura, en el temblor de mis manos o en la forma en que el dolor me había doblado, pareció romper su armadura de irritación. El silencio se prolongó unos segundos, un silencio en el que solo se escuchaba mi respiración entrecortada y el zumbido lejano del hospital.

—¿Avery? —su voz había cambiado. Seguía siendo profunda, pero el filo del sarcasmo había desaparecido, dejando paso a una nota de duda, de una preocupación que intentaba ocultar tras su habitual frialdad.

Yo no respondí. Solo deseaba que el suelo me tragara o que la migraña me dejara inconsciente de una vez. Estar así, indefensa ante el hombre que más me despreciaba y que más me atraía en este pueblo, era mi peor pesadilla hecha realidad.

Esperaba que él se marchara. Me mantuve en silencio e inmóvil con los ojos firmemente cerrados. Un gesto que Logan interpretó como una provocación.

—¿Vas a hacer esto otra vez? —preguntó Logan. Su voz bajó un octava—. ¿Vas a quedarte callada y mirar hacia otro lado? Porque ya hemos pasado por esto, Avery. En el instituto funcionaba. Te quedabas ahí, callada, con esa actitud de superioridad intocable mientras el resto hacía el trabajo sucio. Pero aquí no. Esta es mi sala de descanso.

La mención al instituto, la injusticia de su comparación a este preciso momento fue la chispa que detonó el polvorín.

Abrí los ojos de golpe y clavé mi mirada directamente en la suya.

Logan estaba muy cerca. Demasiado cerca. Llevaba el pijama quirúrgico azul oscuro ligeramente arrugado, y su pelo rubio, normalmente recogido en un moño perfecto, estaba suelto y

revuelto, cayendo sobre sus hombros con un desorden que lo hacía parecer aún más salvaje y atractivo de lo normal. Tenía sombras de agotamiento bajo esos ojos violeta que me miraban con fijeza. Me ponía nerviosa. Me aterraba lo mucho que me atraía el hombre que más me odiaba.

Pero no iba a dejar que me pisoteara. No esta noche.

—¿Qué quieres de mí, Logan? —estallé, mi voz rasposa pero cargada de una fiereza que no había usado con él jamás—. ¡Dímelo! Porque te juro que no lo sé.

Logan parpadeó, claramente sorprendido por mi reacción. Soltó la manta y dio medio paso hacia atrás, cruzándose de brazos, pero no apartó la mirada.

—Quiero que salgas de mi cama —replicó con terquedad.

—He intentado todo lo humanamente posible para mantenerme alejada de ti —continué, ignorando su respuesta, dejando que las palabras salieran a borbotones, impulsadas por el cansancio y el dolor—. Me mudo a una cabaña a kilómetros del pueblo porque me echan de mi casa, y resulta que es la tuya. ¿Crees que lo planeé? Te aseguro que habría preferido dormir en el coche. Desde que llegaste al pueblo, he sido un puto fantasma. En tu casa camino de puntillas por el pasillo, uso el baño cuando tú no estás, me encierro en mi habitación y ni siquiera respiro en la cocina para no contaminar tu preciado espacio.

—Avery... —empezó él, frunciendo el ceño, pero levanté una mano para cortarle. No había terminado.

—En el quirófano soy una extensión de tus manos. Trabajo más duro que nadie para asegurarme de que cada intervención sea perfecta, para que no tengas ni una sola queja profesional sobre mí. He aceptado tu frialdad, tus comentarios ácidos, tus miradas de desprecio. He aceptado que me castigues todos los días por pecados que cometí hace doce años. Pero no me lo pones fácil, Logan. No me dejas espacio ni siquiera para existir sin sentir que te estoy ofendiendo. Y ahora, después de un doble turno en el que he estado de pie dieciséis horas viendo huesos destrozados, entro en la única

habitación a oscuras del puto hospital porque mi cuerpo ha dicho basta... ¿y tú vienes a echarme en cara el instituto?

Me detuve, jadeando, sintiendo que el monólogo había consumido la poca energía vital que me quedaba. La cabeza me dio un latigazo de dolor tan fuerte que tuve que llevarme una mano a la sien, cerrando los ojos con fuerza mientras ahogaba un gemido.

Cuando volví a abrir los ojos, la expresión de Logan se había transformado. La ira y el sarcasmo se habían evaporado de sus facciones, dejando paso a la fría y aguda evaluación de un médico.

Sus ojos violetas escanearon mi rostro con una intensidad clínica. Observó el sudor frío que perlaba mi frente, la palidez de mis mejillas y la forma en que mis hombros se curvaban instintivamente hacia adelante, como si quisiera protegerme de un impacto físico.

—Tienes muy mala cara —soltó finalmente. No fue un insulto, sino un diagnóstico en voz alta.

Solté una risa seca, desprovista de cualquier tipo de humor, que terminó en una mueca de dolor.

—Gracias, Doctor Pierce. Siempre es un placer contar con tu exquisita sensibilidad —respondí en tono ácido, dejándome caer de nuevo sobre la almohada y cubriéndome los ojos con el antebrazo—. Gracias por hacerme ver lo mal que estoy. Como si no lo sintiera en cada maldita terminación nerviosa.

Logan descruzó los brazos y dio un paso más hacia la cama. La luz del pasillo seguía entrando por la puerta abierta, torturándome.

—¿Qué te pasa? —preguntó. Su tono era neutro, resistiéndose a mostrar verdadera preocupación. El médico le estaba ganando la batalla al hombre resentido.

—Migraña —murmuré desde debajo de mi brazo—. De las fuertes. Las sufro desde que era adolescente. Normalmente las mantengo a raya, pero el estrés de esta semana, las guardias y.… todo lo demás, han sido el detonante perfecto. Me he venido aquí porque la sala de descanso de enfermería está llena de gente

hablando, y esta es la sala más silenciosa del hospital. La luz me está taladrando el cerebro.

Le escuché suspirar. Fue un sonido pesado, cargado de una frustración diferente. Estaba frustrado porque ahora tenía un dilema ético: odiaba a Avery Collins, pero Avery Collins era una paciente improvisada sufriendo en su sala.

—Deberías estar en observación si es tan fuerte —dijo Logan, y aunque intentaba sonar puramente clínico, no pudo evitar la nota de preocupación que se filtró en su voz—. Tienes que ir al control de enfermería para que te pongan algo por vía intravenosa. Un analgésico potente, quizás algo para las náuseas. Estás temblando, Avery.

—No voy a ir a ninguna parte —sentencié, quitándome el brazo de la cara lo justo para mirarle con un solo ojo—. Ya me he tomado mi medicación. Solo necesito que haga efecto. Y para eso necesito oscuridad, silencio y no moverme de este colchón. Si me pongo de pie ahora mismo, voy a vomitar sobre tus carísimos zuecos de cirugía.

Logan miró sus propios zapatos y luego volvió a mirarme a mí. Se frotó la nuca con una mano, tensando los músculos del cuello y de los hombros. Yo sabía que estaba agotado. Sabía que él también necesitaba dormir antes de que el busca volviera a sonar reclamándolo para otra emergencia.

La cama de la sala de guardia era estrecha. Una cama individual diseñada para que un médico residente pudiera cerrar los ojos un par de horas sin llegar a ponerse cómodo del todo.

—Mira, Logan —dije, reuniendo mi último gramo de determinación y energía que me quedaba—. Yo no me voy a mover de aquí. No puedo. Físicamente, me es imposible. Y tú necesitas descansar.

Me pegué a la pared, dejando libre la mitad exacta del colchón. Era un espacio minúsculo, ridículo para dos personas de nuestra altura, pero era lo único que podía ofrecer.

—Si quieres dormir algo en la próxima hora, vas a tener que compartir la cama —le lancé el ultimátum, con la voz templada por la resignación—. Cierra la puerta, apaga la luz y túmbate. O vete y déjame agonizar en paz. Pero yo no me muevo.

Logan se quedó paralizado. Su mirada bajó hacia el pequeño hueco que yo había dejado en el colchón, y luego volvió a mi rostro. Vi la batalla interna reflejada en sus ojos. Pero también vi el cansancio aplastante que le pesaba en los hombros.

El silencio se prolongó durante lo que parecieron horas. Podía oler su perfume más cerca ahora. La tensión sexual, inapropiada y completamente desquiciada dadas las circunstancias, vibró en el aire estrecho que nos separaba. Yo quería que cediera. Quería, con una desesperación secreta, sentir su peso hundiendo el otro lado del colchón.

Finalmente, Logan soltó un gruñido ininteligible.

Se giró sobre sus talones. Por un segundo pensé que se marchaba, que el orgullo había ganado la partida. Pero en lugar de eso, caminó hacia la puerta, agarró el pomo y la cerró con un clic definitivo. La oscuridad cayó sobre la sala como una manta protectora, aliviando inmediatamente la cuchillada de luz en mis ojos.

Escuché el sonido de sus zuecos al caer al suelo. Luego, el crujido del colchón cuando Logan, con un suspiro que sonaba a derrota absoluta, se sentó en el borde de la cama y dejó caer su gran cuerpo a mi lado, en el minúsculo espacio que yo había dejado libre.

Logan se tumbó de espaldas. Podía oír su respiración, un poco más acelerada que la mía, y sentir el calor que emanaba de su cuerpo como si fuera una estufa encendida en mitad de un invierno ártico.

Me quedé rígida, pegada a la pared fría, con el corazón martilleando contra mis costillas. Mi mente, traicionera y febril, no dejaba de registrar cada detalle: el sonido de su ropa rozando la sábana, el olor a desinfectante y a algo puramente masculino que lo

envolvía, y la inmensidad de su cuerpo ocupando el espacio que yo consideraba mi último reducto de seguridad.

Pasaron los minutos. Me sentía vulnerable, no solo por el dolor, sino por la extraña intimidad de compartir una cama de hospital con el hombre que me miraba como si fuera lo peor que había visto. Quizás fue la migraña, que siempre me dejaba las defensas emocionales bajo mínimos, o quizás fue la oscuridad, que actuaba como un suero de la verdad, pero sentí la necesidad imperiosa de romper el hielo antes de que nos congelara a ambos.

—Temía que volvieras —susurré. Mi voz sonó pequeña, casi perdida en la penumbra, pero en el silencio de la habitación retumbó como una confesión—. Cuando me enteré de que habías aceptado la plaza en Ortopedia, pasé noches enteras sin dormir. No sabía cómo mirarte a la cara sin sentir que me hundía.

Logan no respondió de inmediato. Sentí cómo se tensaba a mi lado, su respiración deteniéndose un instante. El silencio que siguió fue tan denso que casi podía tocarlo. Esperaba un sarcasmo, una respuesta cortante que me recordara que mi miedo era insignificante comparado con su resentimiento. Pero no llegó nada.

—Sin embargo —continué, tomando aire y lamentando el pequeño pinchazo de dolor que el esfuerzo me provocó—, me alegro de que lo hayas hecho. No solo por el hospital, aunque Dios sabe que necesitábamos a alguien con tu talento. Me alegro por ti. Te has convertido en un cirujano increíble, Logan. He trabajado con muchos médicos, gente con currículos impresionantes, pero nunca he visto a nadie con tu maestría. Tienes algo que no se aprende en los libros.

Me callé, asustada por mi propia honestidad.

Logan seguía inmóvil. En la penumbra, solo podía ver el contorno de su perfil, la línea dura de su mandíbula y el desorden de su pelo rubio sobre la almohada. Parecía que las palabras se le habían quedado atascadas en la garganta. Sabía que no sabía qué decir; para un hombre que había construido su regreso al pueblo sobre la base de la frialdad, recibir un elogio sincero de la persona que

consideraba su enemiga debía de ser como recibir un impacto directo.

—No he hecho un ranking —dijo finalmente. Su voz era grave, baja, despojada de la acidez habitual—. No soy de los que guardan estadísticas de sus compañeros.

Hizo una pausa larga, y por un momento pensé que eso sería todo. Pero entonces, exhaló un suspiro largo.

—Pero probablemente eres la mejor enfermera de quirófano con la que he trabajado nunca. No solo aquí. En cualquier sitio. Te adelantas a mis movimientos antes de que yo mismo sepa qué voy a hacer. A veces… a veces da miedo lo bien que nos entendemos ahí dentro.

Esa confesión fue como un bálsamo. No era una declaración de paz, pero era un reconocimiento mutuo. Éramos dos profesionales excelentes que se respetaban, aunque como personas estuviéramos a años luz de distancia. Me permití relajar un poco los hombros, aunque el movimiento hizo que el pulso de mi sien se intensificara, recordándome que la migraña no se había ido a ninguna parte. Solté un pequeño quejido involuntario y me removí en el colchón, intentando encontrar una posición que no me hiciera sentir como si me estuvieran clavando un piolet en el cráneo.

—Avery —dijo Logan. Esta vez no era una orden, sino una sugerencia teñida de algo que no lograba identificar—. Date la vuelta. Mira hacia la pared.

Me quedé quieta un segundo, reticente. Pero el dolor era demasiado fuerte y mi voluntad estaba demasiado agotada para pelear. Lentamente, me giré sobre el costado izquierdo, encarando la pared fría y grisácea de la sala de guardia.

Sentí el colchón ceder más cuando Logan se giró hacia mí. El calor de su cuerpo ahora estaba justo detrás de mis omóplatos. Y entonces, ocurrió.

Sus dedos rozaron mi sien. Fue un contacto eléctrico, inesperado y abrumadoramente cálido. Solté un jadeo ahogado, pero no me alejé. Logan apoyó la palma de su mano en el lateral de mi cabeza,

con una firmeza que solo un cirujano que conoce cada milímetro de la anatomía humana puede poseer. Empezó a aplicar presión en los puntos gatillo, moviendo las yemas de sus dedos en círculos lentos y rítmicos.

—No te muevas —murmuró cerca de mi oído.

Me quedé petrificada, abrumada por la sensación. Logan Pierce me estaba tocando. No era el contacto accidental en el quirófano, mediado por guantes de látex y la urgencia de una hemorragia. Era algo íntimo, deliberado. Sus dedos eran fuertes, pero se movían con una delicadeza que me desarmó por completo.

Con cada movimiento, el dolor empezaba a ceder un poco. Pero lo que realmente me sorprendió fue cómo el masaje empezó a cambiar de naturaleza. Ya no era solo una maniobra médica. Logan empezó a pasar los dedos por mi pelo, desenredando los mechones uno a uno, acariciando el cuero cabelludo más que simplemente presionando. Sus dedos se deslizaban por mi nuca, rozando la piel sensible de la base del cráneo con una ternura que me hizo estremecer.

Era una faceta de Logan que no conocía. No era el cirujano arrogante ni el adolescente herido; era un hombre cuidando de una mujer. Me gustaba. Dios, me gustaba tanto que me asustaba. Sentí cómo la excitación que había sentido antes se transformaba en algo más profundo, una calidez líquida que me recorría la columna.

Me relajé contra el colchón, dejando que mi respiración se sincronizara con el movimiento de sus manos. El roce de sus dedos en mi pelo era hipnótico. Logan no decía nada, y yo tampoco quería romper el hechizo con palabras que pudieran devolvernos a nuestra realidad. En ese pequeño cubículo, en mitad de una guardia interminable, el tiempo se había detenido.

Poco a poco, el pulso en mi cabeza se convirtió en un eco lejano. Mis párpados, que habían estado apretados por el dolor, se relajaron. Sentía el peso de su cuerpo cerca, la seguridad de su tacto y la extraña paz que emanaba de su silencio. Logan seguía allí,

acariciando mi nuca con una constancia que me hacía sentir protegida.

Empecé a hundirme en un sueño pesado y reparador. Lo último que registré fue la sensación de sus dedos rozando suavemente mi oreja y el calor de su aliento contra mi cuello. En ese estado de duermevela, ya no era la cómplice silenciosa de Carson ni él era el chico acosado. Éramos simplemente Logan y Avery.

.

SEIS

Logan

El primer indicio de que algo era diferente no fue un sonido, sino un olor.

Olía a lavanda. Una lavanda suave, natural, mezclada con el toque dulce y vibrante de los cítricos. Era un aroma limpio, fresco y perturbadoramente íntimo que no encajaba en absoluto con el entorno estéril del *Wildwater Regional Trauma Center*.

Abrí los ojos con lentitud, sintiendo la pesadez en los párpados tras apenas tres horas de sueño ininterrumpido. Milagrosamente, ninguno de nuestros buscas había sonado. El hospital nos había concedido una tregua en medio del caos del fin de semana. La sala seguía a oscuras, iluminada únicamente por el débil resplandor de la luz de emergencia que se filtraba por debajo de la puerta.

Intenté moverme, pero me encontré atrapado.

La razón del olor a lavanda y mandarina cobró sentido de golpe, golpeándome con fuerza. Avery ya no estaba de espaldas a mí, pegada a la pared como si intentara fundirse con el yeso. En algún momento durante nuestra breve y profunda caída en la inconsciencia, se había dado la vuelta. La estrechez del camastro de guardia no dejaba margen para el espacio personal, y nuestros cuerpos habían buscado instintivamente el calor del otro para combatir el frío del aire acondicionado.

Avery estaba pegada a mí. Sus piernas se habían enredado con las mías, y su rodilla descansaba justo por encima de mi cadera. Su brazo izquierdo cruzaba mi pecho, con la mano relajada sobre mi esternón, subiendo y bajando al ritmo de mi propia respiración.

Y ahí no acababa el problema.

La naturaleza humana, sumada a la fricción inconsciente y al hecho de tener a una mujer objetivamente despampanante apretada contra mí, había provocado una reacción fisiológica imposible de ignorar. Estaba duro. Una erección matutina completa, pesada y exigente, que ahora mismo estaba presionando directamente contra la suavidad del muslo desnudo de Avery, justo donde el pantalón de su pijama quirúrgico se había subido por encima de la rodilla.

Maldije en silencio. Mantuve el cuerpo completamente rígido, paralizado por una mezcla de pánico y un deseo tan agudo que me cortaba la respiración. Si me movía un solo milímetro, ella iba a notarlo. Quería apartarme, quería empujarla suavemente y sentarme en el borde de la cama antes de que despertara y se diera cuenta de lo patético que era. Quería volver a ponerme la armadura de hielo que me protegía.

Pero no lo hice. Porque era débil y me encantaba torturarme.

En lugar de retroceder, giré el rostro apenas unos centímetros para poder mirarla.

En la penumbra, Avery Collins era una visión que cortaba la respiración. Dormida, sin la tensión de la guardia, sin el dolor de la migraña y sin esa máscara de serenidad educada que me volvía loco, parecía más joven. Más vulnerable. Sus pestañas oscuras descansaban sobre sus mejillas pálidas, y sus labios, ligeramente entreabiertos, soltaban pequeños y rítmicos suspiros que chocaban con la base de mi garganta.

Era preciosa. Era un hecho objetivo, anatómico y estético que mi cerebro había registrado desde el instituto, pero que ahora se manifestaba con una urgencia brutal. El pelo negro como la tinta se desparramaba por la almohada y sobre mi hombro, desprendiendo ese olor a lavanda que me estaba drogando lentamente.

Sabía que Avery era una línea que no debía cruzar. Al otro lado de esa línea estaba lo prohibido. Estaba el pasado, estaban los fantasmas, estaba el acoso escolar, la humillación y el dolor de una época que todavía me definía más de lo que quería admitir. Acercarme a ella, permitirme desearla de esta forma, era como pactar con el enemigo. Era traicionar a ese adolescente aterrorizado que solía esconderse en los baños para evitar los golpes.

Sin embargo, aquí estaba, atrapado en una cama de hospital, sintiendo que ella era una tentación constante, un imán que me arrastraba fuera de mi zona de seguridad. Era la mejor enfermera con la que había trabajado, la única persona capaz de leerme la mente en el quirófano, y ahora, la mujer que me estaba provocando una excitación tan intensa que me dolían los músculos de puro esfuerzo por contenerme.

De repente, Avery suspiró profundamente. Medio en sueños, como buscando más comodidad, movió la pierna.

El roce fue letal.

Su muslo se deslizó contra mi erección con una presión lenta y sensual. La fricción de su piel contra la tela de mi pantalón me arrancó un gruñido ahogado que tuve que asfixiar apretando los dientes. No fue un movimiento intencionado, pero su cuerpo parecía encajar con el mío con una naturalidad pasmosa. Su mano, la que descansaba sobre mi pecho, subió perezosamente, y sus dedos rozaron la piel de mi cuello. Fue una caricia suave, somnolienta, cargada de una intimidad que me dejó fuera de combate.

Mi respiración se volvió pesada, inestable. El pecho me subía y bajaba con demasiada fuerza, delatando la tormenta que se desataba en mi interior.

Ese cambio en el ritmo respiratorio fue lo que la sacó de su letargo.

Sentí el instante exacto en que Avery dejó de dormir. Su cuerpo se tensó imperceptiblemente. La mano que rozaba mi cuello se quedó congelada, y el ritmo de su respiración se cortó.

Lentamente, como si temiera lo que iba a encontrar, Avery abrió los ojos.

Nuestros rostros estaban a escasos centímetros. Pude ver el verde claro de sus irises dilatándose en la penumbra, enfocándose en mis ojos violeta. Estábamos tan cerca que compartíamos el mismo oxígeno. Sentía el calor de su aliento rozando mis labios. No se apartó de inmediato.

Yo estaba mirándola fijamente. No intenté disimular lo que sentía, ni mi cuerpo intentó ocultar la erección que seguía latiendo con fuerza contra su muslo. Sabía que ella lo notaba. Tenía que notarlo. El rubor empezó a trepar por su cuello, visible incluso en la oscuridad de la sala.

Bajé la mirada hacia su boca. Sus labios se abrieron un poco, un gesto involuntario, una invitación muda que destruyó la poca cordura que me quedaba.

Me acerqué unos centímetros más. Fue un movimiento casi imperceptible, la inclinación de un depredador cediendo a su instinto. Cerré un poco los ojos, anticipando el roce de su boca, el sabor de ese aliento cálido. La tensión en el aire era tan espesa que casi podía morderla.

Pero justo cuando mis labios estaban a milímetros de los suyos, a punto de cruzar el punto de no retorno, la realidad nos cayó encima como un bloque de cemento.

Avery abrió los ojos de par en par, como si acabara de recordar quién era yo. O quién era ella. El pánico destelló en su mirada, sustituyendo a la neblina del deseo somnoliento.

Con un movimiento brusco, retiró la mano de mi cuello, desenredó sus piernas de las mías y se echó hacia atrás, pegando la espalda contra la pared de la sala de descanso. El frío golpeó la zona de mi cuerpo que ella acababa de abandonar, dejándome con una sensación de vacío que me descolocó.

—Yo... Dios mío, lo siento —balbuceó Avery. Su voz temblaba, y sus manos se apresuraron a alisar su pijama quirúrgico arrugado, como si pudiera borrar la evidencia de lo que acababa de pasar—.

No quería... Me he movido en sueños. Lo siento mucho, Logan. Invadí tu espacio. Yo no...

Estaba aterrada. La vi encogerse, recuperando esa distancia profesional que habíamos perfeccionado.

Tragué saliva. Necesitaba recuperar el control. Necesitaba volver a ponerme la máscara del cirujano de hielo antes de que ella viera lo mucho que me había afectado.

Me senté en el borde de la cama, dándole la espalda para ocultar el bulto evidente en mis pantalones, y me pasé ambas manos por la cara, frotándome los ojos con fuerza.

—Olvídalo, Collins. Son camas pequeñas. Pasa —dije, y odié lo ronca y áspera que sonó mi propia voz. —¿Cómo tienes la cabeza? —pregunté, girando el rostro apenas lo justo para verla calzarse. Mi tono intentaba ser profesional—. ¿Ha cedido la migraña?

Avery se detuvo en seco con la mano en el picaporte. No se giró para mirarme.

—Sí —respondió rápidamente, su voz sonando demasiado alta en la habitación en silencio—. Sí, estoy mejor. Sorprendentemente. El haber dormido... o la medicación que tomé antes. Parece que han funcionado. Ya no me duele.

No fue la medicación. Ambos lo sabíamos. Fueron mis dedos en su nuca, pero ninguno de los dos iba a atreverse a decirlo en voz alta. Reconocerlo sería admitir que éramos capaces de curarnos mutuamente, y eso daba mucho más miedo que seguir odiándonos.

—Me alegro —logré decir.

—Tengo... tengo que ir a repasar las constantes del paciente de la cama cuatro —se excusó de inmediato, abriendo la puerta. La luz del pasillo nos cegó a ambos por un segundo, rompiendo definitivamente la magia—. Nos vemos luego, Doctor Pierce.

Ni siquiera esperó mi respuesta. Salió de la habitación a paso rápido, cerrando la puerta tras de sí con un sonido seco que resonó en mi cabeza con la contundencia de un martillazo.

Me quedé allí, solo, sentado en el borde de la cama estrecha. El olor a lavanda y mandarina todavía flotaba en el aire estancado del cubículo, burlándose de mí. Hundí la cara entre las manos y solté un gruñido largo, frustrado y gutural.

* * *

El trayecto en coche desde el *Wildwater Regional Trauma Center* hasta las cabañas de mi familia solía ser mi momento de descompresión. Veinte minutos de asfalto serpenteante flanqueado por abetos centenarios, con la ventanilla bajada y el viento cálido del verano limpiando el olor a antiséptico y café rancio de mis pulmones. Pero esta mañana, el paisaje me resultaba invisible. Mi cerebro estaba atascado en un bucle cerrado, repitiendo una y otra vez los últimos minutos que había pasado en la sala de médicos con Avery Collins.

Apreté las manos alrededor del volante forrado en cuero hasta que los nudillos se me pusieron blancos.

Casi la beso.

Frené bruscamente ante un semáforo en rojo en la entrada de *Riverbend Road*. Apoyé la frente contra el volante y cerré los ojos, sintiendo el peso aplastante de mi propia contradicción.

No debería gustarme. De todas las mujeres de este puto planeta, Avery Collins debería ser la única radiactiva para mí. Era la mejor amiga de Carson Donovan. Era la chica que, mientras a mí me empujaban contra las taquillas, me tiraban los libros al suelo o me insultaban hasta hacerme dudar de mi propio derecho a existir, se quedaba a un lado, impasible. Su silencio en aquel entonces era el sello de aprobación que Carson y los demás necesitaban para seguir destruyéndome.

Era una traición a mí mismo. Una traición al adolescente aterrorizado que solía vomitar el desayuno antes de subir al autobús escolar por puro miedo.

El semáforo se puso en verde. Pisé el acelerador con más fuerza de la necesaria, haciendo que los neumáticos chirriaran contra el asfalto.

Mi cabeza era un campo de batalla. Por un lado, la química brutal, evidente e innegable que teníamos en el quirófano y que se había filtrado a esa cama de la sala de guardia; una atracción magnética que me hacía fantasear con desnudarla. Por otro, la certeza de que nunca podríamos congeniar de verdad, de que el fantasma de Carson siempre estaría sentado entre nosotros en el sofá del salón. No importaba lo buena enfermera que fuera, ni lo mucho que me hubiera sorprendido su madurez en los últimos días. El abismo entre nosotros era demasiado profundo.

Y para colmo, estaba convencido de que este deseo enfermizo era completamente unilateral. Avery había tolerado mi masaje porque estaba desesperada por el dolor de la migraña, no porque anhelara mi contacto. Su retirada brusca y su huida del cuarto de guardia me habían dejado claro que, para ella, la línea que casi cruzamos era un error garrafal que no pensaba repetir.

El cartel de madera de *Stillwater Lodge* apareció en mi campo de visión. Giré el volante y el coche se adentró en el camino de grava, el sonido de las piedras aplastadas bajo las ruedas anunciando mi llegada.

Aparqué el coche y apagué el motor, pero no me moví del asiento. Me quedé mirando la puerta principal. En un par de horas, el turno de Avery terminaría y ella entraría por esa misma puerta. Compartiríamos la cocina, nos cruzaríamos en el pasillo estrecho hacia el baño y dormiríamos con solo una pared de madera separándonos. Sabiendo a qué olía. Sabiendo cómo se sentía el peso de su pierna sobre la mía.

Respiré hondo, pasándome ambas manos por la cara, sintiendo la barba de un día raspar contra mis palmas. Estaba jodido. Tremendamente jodido. La tregua que habíamos alcanzado en esa sala a oscuras no había solucionado nada; solo había destapado la caja de Pandora.

El silencio de la cabaña era un alivio engañoso. Al cerrar la puerta principal a mis espaldas, me apoyé contra la madera y dejé escapar un suspiro que pareció vaciar mis pulmones, pero que no hizo absolutamente nada para aliviar la presión que me aplastaba el pecho. Avery aún no había llegado. Su turno terminaba un par de horas después del mío, lo que me daba una ventana de tiempo preciosa para poner en marcha mi nueva estrategia: la evasión total.

Caminé por el pasillo hacia el baño compartido, evitando mirar la puerta cerrada de la habitación de la izquierda. Me quité el pijama quirúrgico por el camino, dejando la tela verde arrugada en el cesto de la ropa sucia, y abrí el grifo de la ducha. Necesitaba agua. Necesitaba que la temperatura casi hirviendo relajara los músculos de mi espalda y lavara el rastro de la guardia.

Pero, sobre todo, necesitaba quitarme de la cabeza y de la piel el maldito olor a lavanda y mandarina.

Entré bajo el chorro de agua caliente, apoyando ambas manos contra los azulejos fríos de la pared y dejando caer la cabeza hacia adelante. El agua me golpeó la nuca, resbalando por mi espalda, pero no logró arrastrar consigo las imágenes que llevaban torturándome desde que salí de la sala de descanso.

Cerré los ojos y ahí estaba ella.

Solté un gruñido grave, un sonido animal que se perdió bajo el ruido del agua cayendo. Estaba furioso. Furioso con la situación, furioso con mi madre por meternos en esta cabaña, pero, sobre todo, furioso conmigo mismo por mi falta de control.

Llevé una mano hacia abajo, envolviendo mi propia erección con un agarre firme. Necesitaba liberar esta tensión antes de que me volviera loco, antes de que ella cruzara la puerta de la cabaña y yo cometiera el error de mirarla de una forma que dejara en evidencia lo jodido que estaba. Empecé a mover la mano con un ritmo duro y constante, buscando un alivio rápido, puramente mecánico.

Pero mi mente no me iba a dejar escapar tan fácilmente.

La imagen de Avery en la sala de guardia se desdibujó, transformándose en una fantasía oscura y embriagadora que llevaba

meses intentando reprimir.

Visualicé sus manos reemplazando a la mía. Imaginé cómo se sentiría su tacto suave y experto deslizándose por mi piel húmeda, apretando donde yo necesitaba, cediendo el control que siempre mantenía con tanto recelo. La fantasía se volvió más intensa, más profunda. La vi arrodillándose sobre los azulejos mojados frente a mí, el agua empapando su pelo negro mientras me miraba hacia arriba con esos ojos de jade oscurecidos por un deseo ciego, completamente sometida a mí.

«Joder, Avery»

Aceleré el ritmo de mi mano, perdiendo el aliento.

Imaginé sus labios, esos mismos labios que casi había besado horas antes, abriéndose para mí. Visualicé la forma en que me tomaría en su boca, envolviéndome en un calor húmedo que me haría perder la razón por completo. La idea de que ella, la chica intocable del instituto estuviera dispuesta a rendirse ante mí de una forma tan absoluta, a arrodillarse y complacerme con esa docilidad sumisa, era un afrodisíaco letal que dinamitaba todas mis barreras.

—Avery... —su nombre se escapó de mis labios como una maldición, ahogado por el sonido de la ducha.

La fricción, combinada con la imagen mental de su boca sobre mí y la rendición en sus ojos, me empujó al límite a una velocidad aterradora. Mis músculos se tensaron como cuerdas a punto de romperse. Eché la cabeza hacia atrás, apretando la mandíbula mientras la ola del clímax me embestía. Me vacié en un espasmo largo y profundo, un orgasmo intenso que me dejó temblando, apoyando todo mi peso contra la pared de la ducha.

Me quedé allí, inmóvil, intentando recuperar el aliento. El corazón me latía desbocado contra las costillas y mis piernas se sentían de plomo.

Salí de la ducha y cogí una toalla seca, frotándome el cuerpo con movimientos bruscos, casi agresivos. Era una dicotomía insoportable. Quería odiarla. Necesitaba odiarla para mantener intacta mi lealtad hacia el adolescente que fui, para no perdonar el

silencio cómplice que ella y Carson habían mantenido mientras a mí me destruían en aquellos pasillos. Pero mi cuerpo tenía otros planes. Mi cuerpo me exigía hacerla mía, doblegar su resistencia y perderme en ella hasta borrar cualquier rastro de dolor y rencor.

Me vestí rápidamente en mi habitación con unos pantalones de chándal grises y una camiseta de algodón blanco. Cuando salí al salón, el ruido del motor del coche de Avery acercándose por el camino de grava me heló la sangre.

Ya estaba aquí.

SIETE

Avery

El silencio en la cabaña era casi ensordecedor. Había pasado todo el domingo en mi habitación, leyendo artículos médicos y ordenando la ropa que había sacado de las cajas, en un esfuerzo hercúleo por mantenerme fuera de las zonas comunes. Logan había hecho lo mismo en su lado de la casa.

Pero a medida que el sol empezaba a descender detrás de las montañas, filtrando una luz naranja a través de los pinos, el estómago me recordó que no había comido nada desde el desayuno.

Salí de mi habitación con cautela, descalza para no hacer ruido sobre la madera. La cabaña estaba vacía, o al menos lo parecía. La puerta de la habitación de Logan estaba cerrada y no se escuchaba ni un murmullo. Me dirigí a la cocina, un espacio rústico, pero bien equipado que hasta ahora solo había usado para preparar café y un par de ensaladas que me había comido en mi habitación.

Al abrir la nevera, el contraste era evidente. En mi estante había verduras frescas, pollo, yogures y fruta. En el de Logan, apenas había un par de paquetes de pan de molde, fiambre, huevos y cerveza. Había notado que su alimentación básica consistía en sándwiches rápidos y comida para llevar del restaurante de sus padres. Para un hombre que pasaba doce horas de pie reconstruyendo fémures, era un combustible pésimo.

Saqué los ingredientes sin pensarlo mucho. Pollo, pimientos, cebolla, unas especias que siempre llevaba conmigo y una bolsa de

arroz basmati.

Mientras cortaba las verduras, el ritmo acompasado del cuchillo contra la tabla no fue suficiente para ahogar el torrente de pensamientos que llevaba horas intentando contener. Mi mente, traicionera e implacable, regresaba una y otra vez a la sala de descanso de médicos.

No podía olvidar cómo me había despertado.

El calor de su cuerpo contra el mío. La pesadez de su pierna bajo la mía. Y esa presión, esa reacción física innegable y dura que había rozado mi muslo en la penumbra. Solo de recordarlo, sentí que la temperatura de la cocina subía un par de grados. Me había paralizado el pánico, sí, pero no porque me asustara su deseo. Me había aterrorizado el mío propio.

La forma en que Logan me había mirado cuando abrí los ojos... Había un fuego ahí dentro, un hambre contenida que me dejó sin aliento. Y el casi beso. Dios, ese milisegundo en el que estuve a punto de mandar a la mierda doce años de precaución para probar el sabor de su boca.

Pero no era solo la atracción cruda lo que me tenía desestabilizada. Era el masaje.

Eché el pollo a la sartén, dejando que el sonido del aceite caliente llenara el silencio. Recordé sus dedos fuertes presionando mis sienes, aliviando la migraña con una precisión asombrosa. Pero luego, la forma en que sus manos se habían enredado en mi pelo, acariciando la base de mi nuca... Eso no era un procedimiento médico. Había ternura en ese toque, una protección instintiva que me había permitido bajar la guardia y dormir por primera vez en años sin sentir el peso del mundo sobre los hombros. Me había cuidado. Y esa revelación me aterraba más que cualquier hostilidad.

Hacer esta cena era mi forma de dar las gracias. Una forma de compensar su cuidado sin tener que usar palabras que pudieran detonar nuestras defensas.

El aroma a curry, ajo y pollo dorado empezó a inundar la cabaña, desplazando el olor a madera de cedro y pino. Estaba removiendo el

arroz cuando sentí una presencia a mi espalda.

Me giré, sujetando la cuchara de madera con fuerza. Logan estaba de pie en el umbral que separaba el salón de la cocina. Llevaba unos vaqueros gastados y una camiseta gris de manga corta que se ajustaba a sus hombros anchos. Tenía el pelo rubio suelto sobre sus hombros y su mirada violeta estaba clavada en la sartén humeante.

—Huele… diferente —dijo, su voz profunda rasgando el silencio. No había sarcasmo, solo una ligera confusión.

—Es pollo al curry con arroz basmati —respondí, intentando que mi voz sonara casual, aunque mi corazón había empezado a galopar —. He hecho suficiente para los dos.

Logan frunció el ceño, cruzándose de brazos y apoyando un hombro contra el marco de la puerta.

—¿Por qué? —preguntó entrecerrando los ojos.

—Porque he notado que tu dieta de sándwiches de pavo va a terminar causándote escorbuto, Doctor Pierce —bromeé suavemente, aunque la broma cayó en saco roto. Suspiré y dejé la cuchara sobre la encimera, mirándolo directamente a los ojos—. Y porque es mi forma de darte las gracias. Por el masaje de anoche. Y por permitir que me quede en la cabaña, a pesar de que es lo último que querías.

Logan se quedó paralizado. La mención directa a la noche anterior hizo que su mandíbula se tensara. Vi cómo sus ojos bajaban durante una fracción de segundo hacia mis labios antes de volver a clavarse en mi mirada.

—No tenías que hacer eso, Avery —dijo finalmente, aunque su tono era más áspero de lo normal.

—Lo sé. Pero quería hacerlo —repliqué, volviendo mi atención a los fogones para evitar la intensidad de su escrutinio.

Logan no se fue. Se quedó allí, en silencio, observando cada uno de mis movimientos. Sentía el peso de su mirada en la nuca, en la curva de mi espalda, en mis manos mientras servía la comida. Era

una observación silenciosa y pesada que me ponía terriblemente nerviosa, pero de la que no quería escapar. Había una intimidad extraña en compartir ese silencio doméstico, en estar los dos en la misma cocina sin discutir o mirarnos con frialdad.

Cuando el arroz estuvo listo, saqué dos platos. Serví una ración generosa en uno de ellos, llenándolo de pollo y salsa humeante, y lo dejé sobre la barra de la cocina junto a un tenedor y una servilleta.

—La cena está servida —anuncié.

Logan se separó del marco de la puerta y se acercó a la barra, mirando el plato como si fuera un artefacto alienígena. Aspiró el olor y, por primera vez en días, vi cómo la tensión de sus hombros disminuía un poco.

—Gracias —murmuró, y supe que lo decía en serio.

Me sequé las manos en un trapo de cocina y agarré mi propio plato vacío. Empecé a servirme una cantidad mucho menor, apartándome un poco de su lado.

—¿No vas a comer aquí? —preguntó Logan, dándose cuenta de mi movimiento hacia el pasillo.

—Comeré en mi habitación —respondí, forzando una pequeña sonrisa que no llegó a mis ojos—. Tengo que terminar de leer un artículo sobre fijación interna que me dejó Hannah, y… bueno, te prometí que intentaría ser invisible y no invadir tu espacio. Prefiero cumplirlo.

Agarré mi plato y me di la vuelta, dispuesta a huir antes de que él pudiera ver lo mucho que me costaba mantener la distancia.

Pero antes de cruzar el umbral del pasillo, me atreví a echar una última mirada sobre mi hombro. Logan seguía de pie junto a la barra, con las manos apoyadas en la madera. No estaba mirando el plato de comida caliente que acababa de prepararle. Me estaba mirando a mí.

Y en esa mirada violeta, bajo la máscara del cirujano de hielo, me pareció ver un destello fugaz, rápido y doloroso, de decepción.

* * *

El calor en la habitación era denso como una manta de lana invisible que me asfixiaba lentamente. Julio en Wildwater Falls siempre traía consigo estas noches pesadas, donde el aire se estancaba en el valle y la humedad del río cercano parecía infiltrarse por las rendijas de la madera. Pero sabía que no podía culpar exclusivamente a la meteorología de mi falta de sueño.

Me di la vuelta por enésima vez, apartando de una patada la sábana fina que se me había enredado en las piernas. El colchón de la cama de invitados era cómodo, mucho mejor que el de mi antiguo apartamento, pero mi cerebro se negaba a apagar los interruptores.

El insomnio y yo éramos viejos conocidos. Desde el accidente, pasaba por largos periodos en los que el estrés, los cambios o cualquier cosa fuera de mi control provocaba una falta de sueño crónica. Había pasado por temporadas de no dormir más de tres horas seguidas, funcionando a base de café negro y pura inercia. Sin embargo, esta noche, no eran los recuerdos trágicos del accidente lo que me mantenía despierta mirando las sombras del techo.

Era Logan.

Mi mente, atrapada en un bucle obsesivo, reproducía una y otra vez la escena que había tenido lugar en la cocina hacía apenas unas horas. Veía su postura tensa, la forma en que sus ojos violeta habían seguido mis movimientos mientras le servía la cena, y, sobre todo, la expresión que había cruzado su rostro cuando le di la espalda para encerrarme en esta habitación.

Había sido un destello de decepción. Rápido, casi imperceptible si no lo estuviera buscando, pero innegablemente real.

Me pasé las manos por la cara, soltando un gemido de frustración en la habitación vacía. ¿Por qué le había decepcionado? ¿Acaso no era eso lo que él quería? Me había dejado muy claras las reglas el primer día: turnos para el baño, no invadir su espacio, mantener las distancias. Yo solo estaba cumpliendo con mi palabra. Le había cocinado como un gesto de agradecimiento, pero retirarme era mi

forma de asegurarle que no pretendía forzar una domesticidad que él rechazaba.

Me giré sobre la espalda, clavando la vista en el ventilador de techo que giraba perezosamente sin mover realmente el aire.

¿Cómo serían las cosas entre nosotros si no hubiéramos sido la reina del instituto y el chico al que todos acosaban? Fantasear con los "y si" era un juego peligroso, pero en la oscuridad de la madrugada, no tenía fuerzas para evitarlo. Si simplemente nos hubiéramos conocido hace tres meses en el control de enfermería de Trauma...

Si no hubiera doce años de rencor entre nosotros, estoy segura de que ya habríamos cruzado la línea. La química en el quirófano era innegable, pero la atracción física era abrumadora. Solo recordar la forma en que nos habíamos despertado en la sala de médicos me provocaba un latigazo de calor que no tenía nada que ver con la temperatura ambiente. El peso de su cuerpo contra el mío, la fricción, esa dureza inconfundible presionando contra mi muslo, la respiración entrecortada cuando nuestros labios estuvieron a punto de rozarse.... Por mucho que intentara ocultarlo bajo su frialdad, su cuerpo lo había delatado. Y yo me sentía terriblemente atraída por él. Era un hombre sexy, brillante, y como descubrí ayer, protector.

Y ahí radicaba la paradoja más grande y dolorosa de toda esta situación.

Y, sin embargo, sabía que debía mantener las distancias. A pesar de la atracción evidente que bullía bajo la superficie, Logan no estaba cómodo con ella, ni conmigo. Su lealtad a su propio dolor del pasado era más fuerte que cualquier deseo presente. Acercarme más a él, forzar una intimidad para la que él no estaba preparado emocionalmente, solo terminaría haciéndonos daño a los dos. Yo no quería ser su secreto vergonzoso, ni el tropezón que le hiciera odiarse a sí mismo a la mañana siguiente.

—Basta —susurré en voz alta, rompiendo el silencio de la habitación.

Rendida ante la evidencia de que no iba a pegar ojo mientras siguiera sudando sobre las sábanas, me senté en el borde de la cama. Necesitaba aire. Necesitaba que la brisa fría que bajaba de la montaña me despejara la cabeza.

Me levanté y me estiré, notando cómo la tela de mi ropa de dormir se me pegaba a la piel por el sudor. Llevaba puesto un pijama de verano muy básico: un pantalón corto de algodón, tan viejo y desgastado que apenas me cubría la parte superior de los muslos, y una camiseta de tirantes ajustada y de una tela finísima. Debido al calor insoportable y a la certeza de que estaba sola y a oscuras, me había metido en la cama sin ropa interior. Era la única forma de soportar las altas temperaturas de la cabaña. No me molesté en buscar un sujetador ni en ponerme una bata; Logan debía estar profundamente dormido en su habitación.

Abrí la puerta de mi cuarto con un cuidado milimétrico, evitando que las bisagras chirriaran. El salón estaba sumido en la más absoluta oscuridad, iluminado únicamente por la pálida luz de la luna que se filtraba a través de los ventanales que daban al porche. Caminé de puntillas por el suelo de madera, cruzando la estancia hasta llegar a la cocina.

Abrí la nevera, y la luz interior me deslumbró por un segundo. El frío que emanaba del electrodoméstico fue un bálsamo glorioso contra mi piel acalorada. Saqué el cartón de leche fresca, me serví un vaso grande y me quedé un momento apoyada en la encimera, bebiendo pequeños sorbos. El líquido frío me bajó por la garganta, calmando la sed y la temperatura de mi cuerpo.

Con el vaso medio lleno en la mano, me dirigí hacia la puerta mosquitera que daba al porche principal. La abrí deslizándola con suavidad y salí.

La noche en Wildwater Falls siempre tenía un sonido propio. El murmullo constante y poderoso de *Bridal Veil Falls* dominaba el paisaje acústico, acompañado por el canto lejano de los grillos y el crujir del viento entre las copas de los abetos. El aire aquí afuera era

considerablemente más fresco, cargado de humedad y del olor inconfundible de la tierra mojada y la resina de pino.

Caminé hacia una de las mecedoras de madera frente a la barandilla. Me dejé caer en ella con un suspiro de alivio.

Estiré las piernas, subiendo los pies descalzos a la barandilla de madera, y apoyé la cabeza en el respaldo de la mecedora. Tomé otro sorbo de leche, cerrando los ojos. Aquí, bajo el cielo estrellado y el ruido de la cascada, los problemas parecían un poco más lejanos. La cabaña a mis espaldas era silenciosa.

Por primera vez en todo el día, me sentí en paz. El aire rozaba mi piel expuesta, proporcionando un alivio físico que poco a poco empezó a calmar mi mente acelerada. El pantalón de mi pijama dejaba ver una franja de piel casi indecente, pero poco me importaba en ese momento. Solo esperaba que un rato al aire libre fuera suficiente para agotar mis pensamientos y permitirme volver a la cama para dormir un par de horas antes de que el sol saliera y tuviéramos que retomar nuestra rutina habitual.

El sonido de la puerta mosquitera deslizándose sobre sus rieles metálicos me sacó de mi estado de duermevela.

Me tensé instintivamente, apretando los dedos alrededor del vaso de leche fría que descansaba en mi regazo. Giré la cabeza justo a tiempo para ver a Logan salir al porche. Llevaba unos pantalones de chándal grises que le colgaban bajos en la cadera, el torso desnudo, descalzo y con el pelo rubio revuelto cayéndole sobre la frente. Parecía tan agotado y falto de sueño como yo.

Se detuvo un segundo al verme. Sus ojos violeta me escanearon en la penumbra, registrando mi presencia en la mecedora, pero, para mi sorpresa, no dio media vuelta ni soltó un gruñido hostil. En su lugar, caminó hacia la otra silla de madera, situada a un par de metros de la mía, y se dejó caer en ella con un suspiro pesado.

No dijo nada. Se estiró, apoyando los pies en el suelo de madera y cruzando los brazos sobre el pecho, fijando la vista en la silueta oscura de los pinos y escuchando el rugido de *Bridal Veil Falls*.

Durante unos minutos, el único sonido fue el crujido rítmico de mi mecedora y el viento nocturno. La tensión inicial de su llegada empezó a diluirse, reemplazada por una extraña camaradería de insomnes.

—Ha sido una semana brutal en Urgencias —dijo Logan de repente.

Su voz grave y rasposa rompió el silencio con tal naturalidad que casi derramo la leche. Parpadeé, sorprendida de que hubiera iniciado una conversación por voluntad propia, sin que hubiera un paciente sangrando delante de nosotros o una discusión sobre el baño de por medio.

—Sí —respondí, aclarándome la garganta para que mi voz no sonara tan frágil—. El accidente de *Granite Pass* nos ha dejado los recursos bajo mínimos. Y con la ola de calor que se espera para la semana que viene, supongo que tendremos más golpes de calor y fracturas por caídas en el cañón.

—El turismo de aventura es el mejor amigo de la ortopedia —comentó él, con un tono neutro, casi reflexivo—. El chico del fémur destrozado... su evolución es buena. Los clavos han fijado bien.

—Lo sé. Revisé sus constantes antes de salir de mi turno. Está estable.

Mantuvimos la conversación en el terreno seguro de la medicina. Era impersonal, aséptica, pero el simple hecho de que estuviéramos charlando sin lanzarnos cuchillos envenenados con la mirada me hizo abrigar una pequeña esperanza. Quizás, si lográbamos comunicarnos así, podríamos tener una relación funcional. No solo como compañeros de quirófano, sino como algo parecido a personas civilizadas compartiendo un techo.

El silencio volvió a instalarse entre nosotros, pero esta vez no era pesado. Era cómodo. Bebí un sorbo de leche, relajando los hombros contra el respaldo de la mecedora.

—Gracias por la cena —dijo Logan, cambiando el rumbo de la conversación de forma abrupta.

Giré la cabeza para mirarle. Su perfil estaba iluminado por la débil luz de la luna, y su expresión era ilegible.

—No era necesario, Avery —añadió, repitiendo la misma idea que había esbozado en la cocina, pero sin la capa de suspicacia defensiva.

—No tiene importancia, Logan. Había comprado ingredientes de sobra y... bueno, era una tontería que comieras un sándwich triste habiendo comida caliente —le quité hierro al asunto, intentando que no sonara como el enorme esfuerzo emocional que realmente había sido para mí.

Logan giró el rostro hacia mí.

—Aun así, estaba muy bueno. Pero escucha —su tono se volvió un poco más firme, más autoritario, el tono que solía usar para dar indicaciones precisas en el trabajo—. La próxima vez que cocines para los dos, no te marches a tu habitación.

Me quedé quieta. Mi corazón dio un vuelco.

—Logan, yo...

—Es una situación incómoda, lo sé —me interrumpió, manteniendo la voz baja—. Ambos sabemos que no queríamos estar compartiendo esta cabaña. Pero estamos aquí. No tenemos por qué hacer las cosas peores de lo que ya son. Comer solos en habitaciones separadas cuando hay una mesa a dos metros de distancia es ridículo.

—Solo intentaba mantener mi promesa —repliqué a la defensiva —. Te prometí que no iba a invadir tu espacio.

Logan no respondió a eso.

Vi cómo su mirada, que hasta ahora se había mantenido en mi rostro, empezó a descender. Lenta. Deliberadamente.

El rayo de luz pálida de la luna iluminaba perfectamente la barandilla donde yo tenía apoyados los pies descalzos. Logan recorrió con los ojos la línea de mis piernas al descubierto, subiendo por mis pantorrillas hasta llegar a mis muslos. El pantalón corto de mi pijama era apenas una franja de tela que no dejaba nada a la

imaginación. Sentí el rastro de sus ojos violeta sobre mi piel como si fuera un contacto físico real, caliente y áspero.

Su escrutinio no se detuvo ahí. Subió hacia mi torso. La brisa nocturna, que hasta hace un momento me había parecido refrescante, de repente se volvió un problema. La tela de mi camiseta de tirantes blanca era finísima, casi translúcida bajo la luz correcta, y el frío había hecho que mis pezones se endurecieran, marcándose claramente a través del algodón. No llevaba sujetador. Él lo sabía. Yo sabía que él lo sabía.

Vi cómo su mandíbula se tensaba. Un músculo palpitó en su mejilla mientras sus ojos se clavaban en mi pecho con una fijeza que me dejó sin respiración. Era una mirada cruda, cargada de un hambre visceral que no hizo ningún esfuerzo por ocultar. No era la mirada de un colega, ni siquiera la de un excompañero de instituto resentido. Era la mirada de un hombre que estaba imaginando exactamente cómo sería arrancar esa fina barrera de algodón con los dientes.

Finalmente, su mirada subió. Encontró mis ojos. Los suyos estaban oscurecidos, dilatados, brillando con una intensidad que me clavó a la mecedora. Y entonces, lentamente, bajó la vista hacia mis labios.

Una punzada de calor líquido y pesado estalló entre mis muslos.

Fue instantáneo. Una respuesta biológica y abrumadora que me dejó completamente a su merced. Tragué saliva, sintiendo que los latidos de mi corazón retumbaban en mis oídos. Mis dedos se aferraron al vaso de leche con tanta fuerza que temí romper el cristal.

Logan Pierce acababa de lograr con una sola mirada, sentado a dos metros de distancia y en absoluto silencio, lo que todos mis novios anteriores habían intentado conseguir con semanas de esfuerzo y atenciones. Me había excitado hasta el punto de mojar mis propias bragas... si las hubiera llevado puestas. Estaba empapada, latiendo por él, sintiendo una necesidad tan aguda de

separar las piernas e invitarlo a cruzar la distancia que nos separaba que me asustó mi propia falta de control.

La tensión sexual era un ente físico entre nosotros. Espesa, eléctrica, sofocante. Si él se levantaba, si daba un solo paso hacia mí, yo no iba a detenerlo. Lo sabía. Él también parecía saberlo. El aire vibraba con la posibilidad inminente de que todo saltara por los aires.

Logan se agarró a los reposabrazos de su mecedora. Sus nudillos estaban blancos. Durante un segundo interminable, pensé que iba a hacerlo. Pensé que iba a acortar la distancia, agarrarme y devorarme allí mismo, contra la madera del porche.

Pero entonces, cerró los ojos con fuerza. Inhaló profundamente, como un hombre que está a punto de ahogarse y toma una última bocanada de aire, y se puso en pie de un salto brusco.

—Intenta dormir, Avery —dijo. Su voz salió ronca, casi irreconocible, un sonido rasgado que delataba el brutal esfuerzo que estaba haciendo por contenerse.

No me miró una segunda vez. Se dio la vuelta y cruzó el umbral de la puerta mosquitera con pasos rápidos y pesados. Segundos después, escuché el sonido inconfundible de la puerta de su dormitorio cerrándose.

Me quedé allí, congelada en la mecedora, con el vaso de leche a medio terminar y el pecho subiendo y bajando de forma errática.

Apreté los muslos, intentando aliviar la humedad y la presión que me torturaban, mientras cerraba los ojos. La situación acababa de volverse infinitamente más complicada entre Logan y yo. La pregunta era: ¿Cuánto tiempo íbamos a resistir sin saltar el uno sobre el otro?

OCHO

Logan

Me desperté antes de que el sol lograra trepar por encima de las crestas de los abetos. La habitación estaba sumida en esa penumbra grisácea de las cinco y media de la mañana, pero mi mente ya estaba a pleno rendimiento, proyectando en bucle las imágenes de la noche anterior. No importaba cuánto cerrara los ojos; la visión de Avery en el porche, reclinada en la mecedora con sus piernas interminables apoyadas en la barandilla, se había quedado grabada a fuego en mi retina. El recuerdo de su camiseta de tirantes, tan fina que dejaba adivinar la curva de sus pechos y el relieve de sus pezones endurecidos por la brisa, me provocó un tirón involuntario en la ingle nada más desperezarme.

Me quedé un momento mirando el techo, escuchando el silencio de la cabaña. Solo se oía el rugido lejano de las cataratas, un sonido que solía calmarme pero que hoy parecía acompasarse con el latido acelerado de mi sangre.

Me levanté y salí al pasillo con cautela. La puerta de la habitación de la izquierda estaba cerrada. Me quedé un segundo frente a la madera, imaginándola allí dentro, dormida, con el pelo negro desparramado sobre la almohada y ese aroma a lavanda y mandarina impregnando las sábanas. La tentación de entrar fue un impulso breve y peligroso que aplasté de inmediato.

Bajé a la cocina. El plato que ella me había preparado anoche seguía en mi mente; había sido la mejor cena que había tomado en

semanas. Me sentía extraño, con una mezcla de gratitud y una confusión que no sabía dónde colocar. Decidí que, al menos por hoy, podía devolverle el favor.

Preparé café del bueno, no el aguachirle que solía beber por las mañanas, y dejé listo un desayuno decente: fruta cortada, unas tostadas y un par de huevos revueltos que mantuve calientes bajo una tapa. No era un gran despliegue, pero comparado con mis habituales sándwiches de gasolinera, era un banquete. Lo dejé todo sobre la barra de la cocina con una nota breve y escueta:

"Para que no empieces el turno con el estómago vacío. L."

Necesitaba salir. El aire dentro de la cabaña se sentía cargado, demasiado denso para respirar. Me puse las zapatillas de *trail*, unos pantalones cortos y salí por la puerta principal hacia el sendero que se internaba en el bosque.

Correr por la montaña era mi santuario. El impacto de mis pies contra la tierra húmeda, el esfuerzo de mis pulmones y la subida de adrenalina mientras esquivaba raíces y rocas eran lo único que lograba resetear mi cerebro después de las guardias brutales del hospital. Empecé con un ritmo suave, dejando que el frío de la mañana despertara mis músculos, pero pronto aceleré, buscando ese punto de agotamiento físico donde los pensamientos dejan de doler.

Sin embargo, hoy el bosque no era suficiente.

Mientras mis piernas devoraban el sendero, mi mente seguía enredada en la figura de Avery. La veía en el quirófano, moviéndose con esa elegancia eficiente, anticipándose a cada uno de mis movimientos con una precisión que me fascinaba. Y luego la veía en la cocina, preparada para recluirse en su cuarto solo por no molestarme. Era amable, joder. Era reservada, seria y tenía una bondad intrínseca que empezaba a filtrarse por las grietas de mi armadura.

Pero el fantasma del instituto siempre asomaba la cabeza.

«No te engañes, Logan»

«Es la misma chica. Es la que se sentaba al lado de Carson mientras él se reía de cómo te habían dejado el ojo morado. Es la que nunca dijo “basta”».

Mis creencias estaban demasiado arraigadas, cimentadas en años de humillación y soledad. No era fácil borrar la imagen de la "reina del instituto" solo porque ahora cocinara curry y tuviera unos ojos verdes que me quitaban el sueño. La dicotomía entre la Avery de mi pasado y la Avery de mi presente me estaba volviendo loco.

Me di cuenta, con una punzada de sorpresa, de que ya no me molestaba tanto que viviera en mi casa. De hecho, la idea de volver a una cabaña vacía se sentía repentinamente menos atractiva que la posibilidad de encontrarla allí.

Miré el reloj. Si acortaba la carrera y volvía ahora, quizás la pillaría desayunando. Quizás podríamos sentarnos a la barra y hablar un poco más, como anoche en el porche. Con ese pensamiento en mente, di media vuelta y emprendí el regreso a una velocidad mucho mayor, con el corazón golpeándome las costillas por algo que no era solo el esfuerzo físico.

Llegué a la cabaña sudando, jadeando y con la esperanza absurda de un escolar. Abrí la puerta y me detuve en seco.

Silencio.

Caminé hacia la cocina. El café seguía allí, pero la cafetera estaba apagada. Mi plato de huevos revueltos y las tostadas habían desaparecido. En el fregadero, los platos estaban limpios y escurriendo. Avery se había despertado, había desayunado sola y se había marchado. No había rastro de ella.

Sentí una oleada de decepción tan amarga que me dejó un sabor metálico en la boca. Era evidente que seguía decidida a cumplir su promesa de ser invisible.

—Joder —mascullé, golpeando suavemente la encimera con el puño.

Subí al baño, quitándome la camiseta empapada de sudor por el camino. Necesitaba una ducha fría, algo que aplacara la frustración que me recorría el cuerpo. Entré en la cabina y dejé que el agua cayera sobre mí.

Cerré los ojos y, de nuevo, su imagen me asaltó con una fuerza violenta. Vi sus ojos verdes mirándome con deseo contenido, su boca entreabierta, sus pechos marcándose bajo la camiseta blanca del pijama. No pude evitarlo. Mi mano bajó instintivamente, envolviendo mi miembro que ya estaba duro y pulsante.

Empecé a masturbarme bajo el chorro de agua, con movimientos rápidos y desesperados. No era solo alivio físico; era una necesidad de poseerla de la única forma que podía por ahora. Imaginé que no era mi mano la que me apretaba, sino la suya. Imaginé que Avery estaba aquí conmigo, bajo el agua, con su cuerpo desnudo pegado al mío, sus manos recorriendo mi espalda y su boca buscando la mía con el mismo hambre que yo sentía.

Me di cuenta, con una mezcla de rabia y excitación, de que últimamente no podía tener una erección si no era pensando en ella. Mis fantasías se volvían cada vez más vívidas, más explícitas: Avery arrodillada bajo la ducha, Avery gimiendo mi nombre mientras yo la tomaba contra la pared de madera.

—Avery... —gruñí, apretando los dientes mientras el clímax me embestía.

Me corrí con fuerza, apoyando la frente contra los azulejos fríos mientras el orgasmo me sacudía. Cuando recuperé el aliento, me quedé un rato bajo el agua, sintiéndome físicamente liberado pero mentalmente más atrapado que nunca.

Había intentado odiarla. Había intentado ignorarla. Pero Avery Collins se había metido bajo mi piel como una infección para la que no quería encontrar cura. Me sequé, me vestí y salí hacia el hospital, sabiendo que en cuanto la viera en el control de enfermería, toda la frialdad que había intentado construir volvería a tambalearse.

* * *

El aparcamiento del *Wildwater Regional Trauma Center* ya estaba a tres cuartos de su capacidad cuando aparqué mi coche. El sol empezaba a calentar de verdad, prometiendo otro día de asfixia en el valle, pero el aire acondicionado del coche me había mantenido aislado de la realidad exterior durante el trayecto. Apagué el motor y me quedé un instante agarrado al volante, intentando centrarme. Hoy era lunes, el inicio oficial de la semana, y no podía permitir que la imagen de Avery en pijama me distrajera en medio de una cirugía.

Salí del coche y el golpe de calor me dio los buenos días. Mientras caminaba hacia la entrada principal, divisé una figura conocida apoyada contra uno de los pilares de ladrillo de la entrada de personal.

Era Savannah.

Llevaba su uniforme azul claro, un café humeante en la mano y la mirada perdida en el asfalto. Al acercarme, la luz implacable de la mañana reveló unas ojeras profundas y oscuras bajo sus ojos avellana, un contraste alarmante con la belleza serena y siempre impecable que la caracterizaba. Savannah siempre había sido el ancla silenciosa de nuestro grupo, la que irradiaba calma, pero hoy parecía a punto de romperse.

—Eh, Sav —la saludé, acortando la distancia y apoyándome en el pilar junto a ella—. Tienes cara de haber dormido menos que yo, y eso ya es decir mucho.

Ella parpadeó, sacudiendo la cabeza como si saliera de un trance, y esbozó una sonrisa que no le llegó a los ojos.

—Hola, Logan. Sí, supongo que el corrector de ojeras ha decidido rendirse hoy —suspiró, dándole un sorbo a su café—. Ha sido una noche larga.

Mi instinto protector se activó de inmediato. Me crucé de brazos, evaluando su postura tensa.

—¿El hospital o Phillip? —pregunté sin rodeos. Conocía demasiado bien la respuesta.

Savannah dejó caer los hombros, derrotada por la evidencia.

—Phillip —confirmó, y su voz tembló ligeramente por la frustración—. Se ha puesto imposible con los términos del divorcio. Mis abogados me enviaron ayer por la noche un correo con sus nuevas exigencias. Está cuestionando cada pequeña cláusula, intentando quedarse con todos los regalos de la boda, incluso con la aspiradora. Está llegando a unos niveles de absurdez increíbles. Incluso está cuestionando la pensión compensatoria. Sabe que no me importa el dinero, Logan. Solo lo hace para joderme. Para mantenerme atada a él y desgastarme. Y lo peor es que lo está consiguiendo. Me quita el sueño. Cada vez que acepto una de sus exigencias, aparece con otra más y luego otra y otra y otra. No puedo más.

Sentí que la sangre me hervía. Phillip Brooks siempre me había parecido un imbécil con un complejo de superioridad infundado, había sido siempre así, desde que éramos jóvenes. A pesar de que Phillip era mayor que nosotros, sabíamos la fama que se gastaba. Jamás entendí que vio Savannah en él. Y ahora, con lo que le había hecho y seguía haciendo para torturar psicológicamente a Savannah cruzaba todas las líneas de lo aceptable.

Me acerqué a ella y le puse una mano firme en el hombro, apretando con suavidad.

—Escúchame, Sav. No estás sola en esto. Tienes abogados, pero también nos tienes a nosotros. Y si necesitas que haga una visita extraoficial a Phillip para recordarle un par de cosas básicas sobre el respeto y la integridad... lo haré sin ningún problema. Solo tienes que darme su horario en la panadería.

Savannah soltó una carcajada genuina, una risa breve pero que pareció aligerar un poco la carga de su expresión. Negó con la cabeza y me dio una palmadita en el pecho.

—Gracias, cariño. De verdad. Pero Hannah, Caleb y Noah ya me han ofrecido sus servicios de sicarios *amateurs*. Creo que Phillip ya tiene suficientes amenazas de muerte pendientes. No será

necesario. Quiero hacer las cosas bien y limpiar este desastre legalmente. Solo... estoy cansada.

—Lo sé. Pero recuerda que no tienes que ser la fuerte todo el tiempo. Si necesitas llorar, gritar o simplemente que alguien te escuche insultarlo durante tres horas seguidas, mi cabaña está abierta. Bueno, mi mitad de la cabaña —corregí con una mueca irónica.

Ella sonrió con más calidez esta vez.

—Lo tendré en cuenta. Vamos dentro, antes de que Hannah nos ponga una falta por llegar tarde.

Nos despedimos en el pasillo principal. Yo me dirigí a los vestuarios masculinos para cambiarme. Me quité la ropa de calle y me puse el pijama verde del hospital, ajustándome el moño frente al espejo de las taquillas. Al salir hacia la zona de descanso común, me encontré con Hannah, que estaba rellenando su termo de café.

—He visto a Savannah al entrar—le dije a Hannah a modo de saludo, acercándome a la máquina de café—. Tiene muy mala cara.

Hannah dejó el termo y suspiró, pasándose una mano por el pelo castaño.

—Lo sé. Phillip es un parásito emocional. Hablé con ella ayer. La está machacando con el papeleo. Lo único que me consuela es que nos tiene a nosotros aquí para sostenerla. Si fuera por su madre… en fin, mejor no pensarlo.

—Le acabo de ofrecer mis servicios como rompepiernas aficionado. Los ha rechazado.

—Llegaste tarde, Ian pidió el primer turno —bromeó Hannah con una sonrisa torcida, antes de suavizar la expresión y mirarme con ese cariño profundo que nos unía desde que éramos dos críos asustados en el instituto—. A pesar de lo de Sav, y de que el hospital es un caos de turistas... no sabes lo feliz que me hace teneros a todos aquí, Logan. Que hayas vuelto. Que estemos todos en el mismo código postal otra vez. Es como si mi familia volviera a estar completa.

Asentí, sintiendo un nudo de afecto en la garganta.

—Sí. Yo también me alegro de estar aquí, Han.

Hannah me dio un apretón en el brazo y salió disparada hacia la sala de control. Me quedé solo en la sala de descanso, sosteniendo mi vaso de café de cartón, disfrutando del raro y efímero silencio del lugar.

Fue entonces cuando mi móvil empezó a vibrar en el bolsillo del pijama.

Lo saqué y miré la pantalla. El identificador de llamadas mostraba un número de Chicago. Más concretamente, la extensión directa del director Médico del *Northwestern Memorial*, el hospital que había sido mi hogar durante los últimos años.

Fruncí el ceño y deslicé el dedo por la pantalla para contestar.

—¿Diga?

—¡Logan! Doctor Pierce. Qué alegría escuchar tu voz —la voz enérgica y profundamente urbana del doctor Richard Wells resonó en mi oído.

—Doctor Wells. Es una sorpresa. ¿Cómo van las cosas por la ciudad del viento? —respondí, adoptando un tono cordial y profesional.

—Sobreviviendo, pero te echamos de menos. De hecho, por eso te llamo. Seré directo, Logan, conozco tu alergia a la burocracia. El doctor Harrison se jubila en seis meses. Deja el puesto de Jefe de Ortopedia vacante.

El anuncio me pilló con la guardia baja. Ser Jefe de Ortopedia en un hospital del calibre del *Northwestern* era el sueño húmedo de cualquier cirujano.

—Es una gran noticia para Harrison. Se ha ganado el descanso —comenté, cauteloso.

—Sí, bueno, el problema es que la junta no quiere abrir un proceso de selección externo interminable. Todos hemos pensado en ti, Logan. Conocemos tu trabajo, conoces al equipo y tu historial quirúrgico aquí fue intachable. Te estamos ofreciendo volver. Mismo

hospital, pero con un ascenso directo a la jefatura en cuanto Harrison cuelgue la bata. Tienes la autoridad y el talento. ¿Qué me dices? Vuelve a Chicago.

Me quedé mirando el fondo negro de mi café.

Chicago. La ciudad donde nadie me conocía como "el chico al que Carson Donovan pegaba", sino como "el cirujano prodigio". Allí no había cabañas de madera, ni cascadas, ni recuerdos de autobuses estrellados en la nieve. Era un lienzo en blanco. Irme allí ahora sería lo más fácil del mundo. Sería el billete de salida perfecto para huir de la convivencia forzada, huir de los fantasmas y, sobre todo, huir de Avery Collins y de la atracción enfermiza que me estaba consumiendo.

Era la oportunidad de volver a mi zona de confort.

—Richard, yo... —empecé, y me sorprendió lo firme que sonó mi voz—. Me siento profundamente halagado. De verdad. Es una oferta increíble y el *Northwestern* siempre será mi casa formativa. Pero tengo que decir que no. De momento, no estoy interesado en moverme de Wildwater Falls.

Hubo un silencio al otro lado de la línea, seguido de un chasquido de lengua.

—¿Seguro, Logan? Sé que volviste a tu pueblo natal por motivos personales, pero esta oportunidad no se presenta dos veces. Te estás enterrando en un hospital regional.

—Este hospital regional me necesita. Y yo necesito estar aquí —respondí, con una convicción que me ancló los pies al suelo—. Agradezco la confianza, Richard, pero mi respuesta es no.

—De acuerdo. No voy a presionarte hoy. Pero escucha, el puesto no se hará público hasta dentro de unos meses. La oferta seguirá en pie hasta entonces. Piénsalo con la cabeza fría y, si cambias de opinión, llámame.

—Lo haré. Un abrazo, Richard.

Colgué el teléfono y lo dejé sobre la mesa.

El silencio de la sala de descanso pareció amplificarse. Me apoyé en la encimera, cerrando los ojos. Irme a Chicago habría sido la salida de emergencia perfecta. Podía haber hecho las maletas esta misma noche, dejarle la cabaña entera a Avery y desaparecer de nuevo. Habría sido lo más seguro para mi cordura.

Pero en el fondo, sabía perfectamente por qué había dicho que no.

No había regresado a Wildwater Falls solo para hacer una visita. Había regresado para quedarme. Para dejar de huir. No quería perder lo que estaba construyendo aquí: la relación con mis padres, la tranquilidad del bosque, la sensación de familia que tenía con Hannah, Savannah, Noah, Caleb e Ian.

Y, si era brutalmente honesto conmigo mismo, había otra razón.

Pensé en el quirófano. Pensé en la sincronía absoluta, en el intercambio silencioso de instrumental, en la seguridad de tener a alguien que anticipaba mis necesidades médicas antes de que yo abriera la boca. Me encantaba trabajar con todos mis amigos, sí. Pero la idea de operar sin Avery Collins a mi lado se sentía, de repente, como una pérdida inaceptable.

A pesar de la historia, a pesar del rencor y de la frustrante excitación que me provocaba, huir a Chicago significaría perderla también a ella.

¿Estaba cometiendo un error al querer quedarme? Probablemente. Solo el tiempo lo diría.

Salí de la sala de descanso y al doblar la esquina hacia el puesto central de enfermeras, la vi.

Avery estaba inclinada sobre un monitor, anotando algo en una gráfica. La luz fluorescente incidía sobre su cabello negro, sacando reflejos azulados. Me detuve un segundo, manteniendo la distancia. No tenía intención de acercarme.

Pero ella levantó la vista. Nuestras miradas se cruzaron y, por un instante, el ajetreo del pasillo se desvaneció. Avery no se limitó a asentir. Dejó el bolígrafo, rodeó el mostrador y caminó hacia mí.

—Logan —dijo al llegar a mi altura. Su voz era suave, pero firme.

—Avery.

—Quería darte las gracias. Por lo de esta mañana. El desayuno... no tenías por qué hacerlo. Estaba muy bueno. Especialmente el café.

Me encogí de hombros, intentando que mi expresión fuera tan neutra como una placa de rayos X, aunque por dentro sentía el tirón familiar en el pecho.

—Hiciste la cena anoche. Solo estaba devolviendo el favor. No le des más vueltas.

Se hizo un silencio incómodo entre nosotros. Podía oler su perfume, esa mezcla de lavanda y mandarina que parecía una droga. Me fijé en la curva de su cuello, en la forma en que su uniforme se ajustaba a sus hombros, y tuve que apretar los puños en los bolsillos para no meter un mechón de pelo rebelde tras su oreja.

Avery pareció notar mi rigidez. Su mirada bajó un segundo a mis labios antes de volver a mis ojos. Parecía querer decir algo más, pero el hospital decidió por nosotros.

—¡Código Amarillo en Trauma Uno! ¡Equipo de campo a la sala de reuniones! —la voz de megafonía retumbó en las paredes.

Avery se tensó al instante.

—Vamos —dije, recuperando el tono profesional.

Caminamos a paso rápido hacia la sala de juntas de Urgencias. Hannah ya estaba allí, de pie frente a una pantalla donde se proyectaban imágenes satelitales del cañón de *Granite Pass*. Savannah y un par de técnicos de emergencias estaban terminando de preparar los maletines.

—Escuchad —dijo Hannah, su voz cortando el aire con autoridad —. Acabamos de recibir una llamada del Alfa Uno. Hay un equipo en el lugar, pero la situación es crítica. Un excursionista de unos veinte años ha sufrido un atrapamiento mecánico tras un desprendimiento de rocas en un saliente de difícil acceso. Tiene la pierna derecha aplastada bajo un bloque de granito de media tonelada.

Sentí el frío recorrer mi columna. Atrapamiento y posible aplastamiento. Era malo en condiciones normales, pero en el desfiladero se convertía en una emergencia a vida o muerte. Era peligroso para el herido y para los equipos de rescate que iban a jugarse el pellejo en el sacarlo de ahí.

—¿Cuánto tiempo lleva atrapado? —pregunté, acercándome a la mesa.

—Casi tres horas. Los bomberos están intentando estabilizar la roca, pero el terreno es inestable. El Alfa Uno ha informado de que el paciente está entrando en shock y hay signos de isquemia severa en la extremidad —Hannah me miró fijamente—. Temen que, en cuanto muevan la roca, la liberación de toxinas por la reperfusión cause un fallo multiorgánico o una parada cardíaca. O peor: que no puedan mover la roca a tiempo para salvarlo.

—Necesitan un cirujano en el campo —concluí. Sabía lo que eso significaba. Una amputación de campo o una estabilización vascular extrema bajo condiciones precarias—. Me ofrezco voluntario. Soy el ortopedista de guardia y conozco los protocolos de aplastamiento mejor que nadie aquí.

Por el rabillo del ojo, vi a Avery. Estaba de pie junto a Savannah, con las manos entrelazadas con tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos. Su rostro, normalmente sereno, mostraba una rigidez que gritaba preocupación.

Hannah asintió, evaluándome.

—Eres el mejor para esto, Logan. Pero es una intervención de alto riesgo. El saliente es estrecho y hay riesgo de nuevos desprendimientos.

—He hecho esto antes, Hannah. No voy a dejar que ese chico muera en la montaña porque no haya nadie allí para tomar la decisión difícil.

—Bien. El Alfa Uno aterrizará en el helipuerto en cinco minutos para recogerte. Avery, prepara el kit de cirugía de campo y el set de amputación traumática. Savannah, monitorización portátil y la solución con bicarbonato para combatir la acidosis. ¡Moveos!

La sala estalló en actividad. Me dirigí a la zona de equipos, poniéndome el uniforme de médico de vuelo sobre el pijama quirúrgico. Avery apareció a mi lado casi de inmediato, cargando el pesado maletín de instrumental esterilizado. Sus movimientos eran mecánicos, eficientes, pero sus ojos verdes me seguían con una insistencia abrasadora.

Manteníamos la frialdad profesional, pero el aire entre nosotros estaba cargado de una electricidad estática que hacía que cada roce accidental de nuestras manos al organizar el equipo se sintiera como una descarga.

—Todo está listo —dijo ella, cerrando el cierre del maletín. Su voz era un hilo, intentando mantener la compostura—. Tienes el instrumental de corte, los torniquetes neumáticos y la monitorización intraósea.

—Gracias, Avery.

—Logan... —empezó, pero se detuvo. Miró a Hannah, que estaba al teléfono coordinando con la base aérea, y luego volvió a mirarme a mí. No terminó la frase.

Salimos hacia el helipuerto. El sonido lejano de las aspas del Alfa Uno empezó a crecer, un rugido rítmico que anunciaba la llegada del equipo de rescate de Caleb, Ian y Noah.

Nos quedamos allí, de pie al borde de la H pintada en el suelo. Avery estaba a mi lado, sujetando un monitor portátil que debía entregarme. El ruido del helicóptero ya era ensordecedor mientras iniciaba la maniobra de descenso. El equipo Alfa Uno, con su distintivo color brillante, apareció sobre los edificios, inclinándose para aterrizar.

Avery se acercó a mí. La ráfaga de aire del helicóptero nos empujaba, obligándome a plantar los pies con firmeza. Ella me puso una mano en el brazo, un contacto fugaz pero lleno de un significado que nuestras palabras no se atrevían a tocar.

Me obligó a mirarla. Sus ojos estaban llenos de una súplica silenciosa, una grieta total en su armadura de indiferencia.

—Logan —gritó para hacerse oír sobre el estruendo de las aspas —. Por favor... ten mucho cuidado allá arriba.

Me quedé mirándola, notando cómo el viento agitaba su uniforme y la luz del sol resaltaba la palidez de su rostro.

El Alfa Uno tocó tierra con un golpe sordo, levantando una nube de polvo y aire caliente. Caleb me hizo una señal desde la cabina abierta, instándome a subir.

Miré a Avery por última vez. Asentí de forma solemne, un gesto cargado de promesa y deber, sin pronunciar una sola palabra. Agarré el maletín de cirugía de campo, me giré y corrí hacia el helicóptero, dejando atrás a Avery en el borde del helipuerto, una figura solitaria que no apartó la vista de mí hasta que las puertas se cerraron y el Alfa Uno volvió a elevarse hacia el cielo de Wildwater Falls.

NUEVE

Logan

El rugido de los motores gemelos del Alfa Uno era ensordecedor, una bestia mecánica de metal y queroseno que vibraba bajo mis botas. En cuanto crucé el perímetro de seguridad del helipuerto y me agaché bajo el arco de las aspas, una mano enguantada me agarró del arnés del chaleco reflectante y me tiró hacia el interior de la cabina. Era Ian Collins. Su rostro, enmarcado por el casco de rescate con visera oscura, era puro granito, pero me dio una palmada firme en el hombro que lo decía todo.

Me deslicé en el asiento trasero y me abroché el cinturón de cuatro puntos de anclaje mientras Noah, sentado frente a mí rodeado de mochilas de trauma, me lanzaba unos auriculares de comunicación con micrófono integrado. Me los puse justo cuando el helicóptero se inclinaba hacia adelante, despegando de la azotea del hospital con una aceleración que me pegó al asiento.

—*Bienvenido al Alfa Uno, Doc* —la voz de Caleb Donovan crujió a través de los auriculares, calmada y autoritaria desde los mandos de la cabina principal—. *Tenemos un vuelo de ocho minutos hasta el cañón. Agárrate fuerte, hay corrientes térmicas cruzadas en la ladera sur.*

—Copiado, Caleb —respondí, ajustando el micrófono cerca de mis labios. Miré a Noah—. Dame la situación del paciente, Noah. Necesito números.

Noah asintió, leyendo los datos de un monitor portátil sujeto a su pierna.

—*Varón, veintidós años. Atrapado bajo un bloque de granito tras un desprendimiento. El equipo de tierra de los bomberos llegó hace treinta minutos, pero no pueden mover la roca sin equipo pesado que tardará horas en llegar. Está consciente, pero desorientado. Taquicardia a 135 latidos por minuto, presión arterial cayendo a 90/60. Lleva más de una hora aplastado desde el fémur hacia abajo.*

—Maldita sea —murmuré, sintiendo que mi cerebro cambiaba al modo quirúrgico—. Estamos ante un síndrome de aplastamiento severo. Si los bomberos consiguen levantar la roca ahora mismo, la reperfusión liberará una marea de ácido láctico, mioglobina y potasio directamente a su torrente sanguíneo. Entrará en fibrilación ventricular en menos de dos minutos y sus riñones colapsarán.

—*Exacto* —intervino Ian, revisando un mosquetón de acero que colgaba de la grúa lateral de la cabina—. *Por eso estás aquí, Doc. Nos dijeron que el protocolo exige estabilización médica antes de la liberación mecánica.*

—Necesitaremos aplicar dos torniquetes tácticos lo más alto posible en el muslo antes de que mováis esa piedra —ordené, abriendo mi maletín de campo para revisar las jeringas y la medicación—. Si la extremidad está isquémica y no es viable... tendré que amputar antes de que lo saquemos.

Nadie se inmutó en la cabina. Había una camaradería palpable, una confianza ciega entre estos tres hombres que se jugaban la vida a diario. Y lo más sorprendente era lo rápido que me habían integrado en su dinámica.

—*Estamos sobre Granite Pass. Iniciando maniobra de vuelo estacionario* —anunció Caleb. A través de la ventanilla, vi cómo el suelo se abría en un abismo de paredes de roca afilada y pinos aferrados a la pendiente. El Alfa Uno se inclinó brutalmente, y mi estómago se quedó unos metros más arriba. Caleb estabilizó el pájaro a unos treinta metros de la cornisa donde se había producido

el desprendimiento. Las aspas levantaban una tormenta de polvo y ramas rotas.

—*La zona de aterrizaje es nula* —informó Ian, desenganchando su cinturón de seguridad y abriendo la puerta lateral del helicóptero. El viento y el ruido aullaron en el interior—. *Haremos un descenso con grúa doble. Doc, vienes conmigo en tándem. Yo controlo la línea, tú agarras el equipo.*

Asentí, poniéndome en pie a duras penas mientras el helicóptero se balanceaba. Ian me enganchó el arnés a la eslinga principal con un mosquetón pesado. Comprobó el cierre dos veces, me miró a los ojos y asintió.

—*Confía en mi cuerda, hermano* —dijo Ian.

—*Mi vida está en tus manos, Collins.*

Ian se lanzó al vacío, tirando de mí. Durante quince segundos, no hubo nada más que el vértigo, la fuerza centrífuga y la pared del cañón pasando a centímetros de nuestras botas mientras descendíamos por el cable de acero. Ian manejaba el descenso con la precisión con la que yo manejaba un bisturí, frenando justo a tiempo para que aterrizáramos con un golpe seco sobre una repisa de roca inestable, a unos diez metros por encima de donde se encontraba la víctima.

Noah bajó la mochila de trauma con un cabo de rescate instantes después, mientras Caleb mantenía el helicóptero en posición perfecta sobre nosotros, luchando contra los vientos cruzados.

Me desenganché del cable, el corazón latiéndome contra el paladar por la adrenalina, y abrí mi kit de cirugía de campo sobre una superficie plana de granito. Ian sacó las cuerdas auxiliares para asegurar nuestro perímetro y preparar la bajada hasta el paciente.

Saqué los bisturís, las pinzas hemostáticas, la sierra de Gigli para una posible amputación ósea de emergencia y los torniquetes. El viento estaba levantando polvo, contaminando el campo estéril casi de inmediato. Trabajar en estas condiciones era una pesadilla y la falta de espacio era asfixiante.

Agarré una pinza para colocar los paños quirúrgicos, frustrado por la torpeza que imponían los gruesos guantes de protección.

—Joder —mascullé en voz alta, sin pulsar el comunicador de la radio—. Daría lo que fuera por tener las manos de Avery aquí ahora mismo.

Me congelé. Las palabras habían salido de mi boca de forma puramente instintiva. A mi lado, el sonido metálico de los mosquetones se detuvo.

Giré la cabeza. Ian estaba arrodillado fijando un anclaje a la roca, pero tenía la vista clavada en mí. Su expresión era ilegible, profundamente enigmática. No había hostilidad abierta en sus ojos verdes, pero había una evaluación escrupulosa de lo que acababa de decir y, probablemente, de cómo lo había dicho. Ian sabía lo que había. Pero también era lo suficientemente perspicaz como para notar que el muro de hielo entre nosotros se estaba derritiendo.

Me sostuve estoico bajo su escrutinio. Apreté la mandíbula y le sostuve la mirada, desafiante. No iba a retirar mis palabras.

—Es la mejor enfermera de quirófano con la que he trabajado en mi vida, Ian —añadí, mi voz dura y sin disculpas sobre el ruido de las aspas—. Si tengo que cortar una pierna en esta repisa de mierda para salvar a ese chico, necesitaré una mano derecha. Y en este momento, confío más en las de tu hermana que en la de nadie.

El silencio entre nosotros duró un segundo que pareció extenderse en el tiempo. Finalmente, Ian asintió lentamente, apretando el cierre de seguridad de su cuerda.

—Yo seré tus manos hoy, Pierce. Dime qué necesitas y lo haré —respondió Ian, sin cuestionarme más—. Vamos a por él.

Nos aseguramos a la línea de vida y descendimos por la pendiente empinada de roca suelta. Las piedras caían hacia el abismo con cada paso que dábamos, pero Ian aseguraba mi descenso guiándome por las fisuras más seguras.

Cuando llegamos a la repisa inferior, la escena fue devastadora.

El joven estaba tumbado de espaldas, pálido como el papel, temblando incontrolablemente y cubierto de polvo de granito. Un bloque de roca del tamaño de un coche compacto descansaba directamente sobre su pierna derecha, aplastando todo desde el cuádriceps inferior hasta el tobillo. Dos bomberos intentaban asegurar la piedra con puntales neumáticos, pero la ladera crujía amenazadoramente.

El chico me miró con ojos desenfocados, sus labios azules moviéndose sin emitir sonido.

—Aguanta, chaval —dije, tirándome de rodillas junto a él y abriendo el maletín—. Soy el Doctor Pierce. Vamos a sacarte de aquí.

Ian me pasó el material, era rápido y eficiente. Pero no era Avery. Miré al chico mientras evaluaba sus pupilas y su pulso.

—¿Cómo te llamas? —necesitaba saber su grado de consciencia.

—Ty..Ty..ler —estaba con nosotros, pero por poco tiempo si no hacíamos algo ya.

El rugido del Alfa Uno sobre nuestras cabezas creaba un remolino de aire helado y polvo que dificultaba cada movimiento. Estaba arrodillado sobre el granito húmedo, con el pecho pegado a la roca para estar lo más cerca posible de Tyler. El chico apenas tenía veintidós años; podía ver el terror puro en sus pupilas dilatadas, nubladas por el inicio del shock hipovolémico.

—Tyler, mírame. Necesito que te quedes conmigo, ¿vale? —le dije, mi voz proyectada con esa calma quirúrgica que solía usar para ocultar mi propia adrenalina.

Ian estaba a mi lado, asegurando la zona con puntales neumáticos adicionales. Sus movimientos eran rápidos, fuertes, pero la situación era desesperada.

—Logan, la ladera está cediendo —me gritó Ian por encima del estruendo de las aspas—. No podemos meter los gatos hidráulicos pesados aquí sin arriesgarnos a que todo el saliente se desplome

sobre nosotros y sobre el chico. Los bomberos de abajo dicen que tardarán al menos cuarenta minutos en asegurar la base.

—No tenemos cuarenta minutos —repliqué, retirando con cuidado parte de la bota destrozada de Tyler.

La piel estaba tensa, brillante y de un color violáceo alarmante. Al tacto, el músculo se sentía tan duro como la madera. Busqué el pulso pedio con los dedos, luego el tibial posterior. Nada. Silencio absoluto en sus arterias.

—Maldita sea. Está desarrollando un síndrome compartimentado agudo —sentencié, mirando a Ian—. La presión dentro de los compartimentos musculares ha superado su presión de perfusión. Si no liberamos esa presión ahora mismo, el músculo morirá por isquemia. Y en cuanto mováis la roca, la necrosis liberará potasio y mioglobina que lo matarán en segundos por una parada cardíaca.

Ian me miró fijamente, con el rostro manchado de polvo.

—¿Qué opciones tenemos?

—O amputamos aquí mismo para sacarlo rápido, o realizo una fasciotomía *in situ* para intentar salvar la extremidad antes de la extracción —tragué saliva, mirando el rostro pálido de Tyler. Tenía toda la vida por delante—. Es demasiado joven para perder una pierna, Ian. Ayúdame. Vamos a intentar salvarla.

Ian asintió sin dudar, una respuesta de pura confianza que me sorprendió.

—Dime qué necesito hacer. Soy tus manos.

—*Aquí Alfa Uno* —se oyó la voz de Caleb a través de la radio que llevaba Ian fijada al arnés. —*La grúa está asegurada, el Alfa Uno puede ayudar levantar la roca asegurada con los puntales neumáticos el tiempo suficiente para liberar al herido. Van a ser unos segundo, pero será suficiente para sacarlo de ahí.*

Ian y yo nos miramos un segundo, ambos sabíamos que debíamos ser rápidos y mantener una coordinación perfecta para sacar al chico bajo la roca. Aunque primero tenía que abrirlo para evitar que muriera nada más liberarlo.

Empezamos la intervención en condiciones que harían palidecer a cualquier residente de Chicago. Saqué el kit de desinfectante y empapé la pierna de Tyler. Noah, desde el helicóptero, nos bajó por el cable una bolsa adicional de suero con analgésicos potentes. Inyecté un bloqueo nervioso local para intentar mitigar el dolor atroz que estaba a punto de causarle.

—Ian, necesito que sujetes la extremidad por encima de la rodilla. No dejes que se mueva, por mucho que grite. Y necesito que uses esas pinzas para separar el tejido en cuanto haga la incisión.

Ian se colocó en posición. Era eficiente, joder que lo era. Su fuerza física era una ventaja, pero sus manos eran rudas, acostumbradas a hachas y mangueras. Mientras me pasaba el bisturí de campo, el movimiento fue un poco torpe, obligándome a reajustar mi agarre.

—Avery lo habría tenido en mi mano antes de que terminara de pedirlo —mascullé entre dientes, más para mí que para él, mientras hundía la hoja en la piel tensa de Tyler.

Hice una incisión larga y profunda. En cuanto el bisturí cortó la fascia, la sangre oscura y estancada, empezó a brotar con fuerza.

—Separadores, Ian. Ahora —ordené.

Ian metió las pinzas de metal, pero su ángulo no era el correcto. Tuve que soltar una mano para corregir su posición.

—Más hacia el lateral. Así —le corregí—. Joder, me encantaría tener a Avery aquí. Ella sabría exactamente cuánta tensión aplicar sin que yo tuviera que decir ni una palabra.

Hice la segunda incisión en el compartimento lateral. La tensión en la pierna de Tyler empezó a disminuir visiblemente. El chico soltó un grito desgarrador que se perdió en el viento del cañón, pero Ian lo mantuvo firme con una fuerza sobrehumana.

—Está hecho. La presión ha bajado —dije, jadeando, mientras empezaba a taponar la hemorragia con gasas hemostáticas—. Ahora, en cuanto Caleb dé la señal y mováis esa roca un par de centímetros, Noah meterá el bicarbonato a chorro.

Ian se quedó mirándome. Sus ojos verdes, serios y analíticos, no se apartaban de los míos. Terminé de asegurar el vendaje compresivo que le pedí y luego me tomé un segundo para respirar, con las manos aún manchadas de la sangre de Tyler.

—Te respeto, Pierce —dijo Ian de repente. Su voz era grave, directa, despojada de cualquier amago de la hostilidad habitual—. Te respeto como médico. Tienes unos huevos de acero para hacer una fasciotomía en una repisa de roca que se está desmoronando.

Sostuve su mirada, estoico, mientras guardaba el bisturí sucio.

—Hago mi trabajo. Nada más.

—No, es algo más —insistió Ian, sin apartar la vista—. Te respeto por saber apreciar la profesionalidad de Avery de forma tan clara. Te he oído mencionarla tres veces desde que hemos saltado. Sé que ella es la mejor en lo que hace, y me alegra ver que tú, con toda tu experiencia en grandes hospitales, te das cuenta de que no podrías hacer esto igual de bien sin ella.

Hice una mueca, sintiendo un pinchazo de incomodidad.

—Es una excelente enfermera de quirófano. Es un hecho.

—Es una excelente persona, Logan —me cortó Ian, y esta vez su tono tenía un filo de advertencia, pero también de algo parecido a la sabiduría—. Sería bueno para todos, y especialmente para ti, que empezaras a respetarla también por quién es ahora, y no solo por lo que sabe hacer con un separador de tejidos.

Sentí el impulso automático de defenderme, de recordarle a Ian que su hermana pequeña no era una santa, que ella formaba parte del grupo que me hizo la vida imposible mientras él estaba ocupado siendo el héroe del pueblo. Pero las palabras se me quedaron atascadas en la garganta.

Miré mis manos, todavía temblorosas por la adrenalina, y luego miré a Ian. Me di cuenta de que estaba bastante de acuerdo con él, aunque me doliera admitirlo. La Avery que vivía en mi cabaña, la que cocinaba para mí, la que me pedía con voz rota que tuviera cuidado, y la que me entendía sin palabras bajo las luces del

quirófano... esa mujer era mucho más que la adolescente de hace doce años. Era una mujer madura, valiente y, para mi desgracia, absolutamente indispensable en mi vida actual.

—Tengo que centrarme en el paciente, Ian —dije, evitando darle una respuesta directa que me comprometiera.

Ian asintió, aceptando la tregua, pero con una media sonrisa que indicaba que sabía que su mensaje había calado.

—Caleb, estamos listos —gritó Ian por la radio—. ¡Levantad esa maldita piedra en cuanto dé la señal! ¡Extracción inmediata!

El Alfa Uno rugió con más fuerza mientras el cable de la grúa empezaba a tensarse y los puntales neumáticos empezaban a hacer su trabajo. Me pegué al cuerpo de Tyler, protegiéndolo con mi propio peso mientras la enorme masa de granito empezaba a desplazarse milímetro a milímetro.

—¡A la de tres! —gritó Ian, con los músculos del cuello tensos como cables de acero—. ¡Una, dos... tres!

El crujido de la roca desplazándose sobre el granito sonó como un trueno. Los puntales neumáticos de los bomberos rugieron, levantando el bloque de media tonelada apenas unos centímetros, pero fue suficiente. Ian y yo tiramos de Tyler simultáneamente, arrastrándolo por las axilas y el cinturón de su arnés fuera de la zona de aplastamiento. En el instante exacto en que sus piernas quedaron libres, la montaña pareció exhalar y un fragmento de la cornisa cedió, enviando una lluvia de piedras al vacío. Ian se apresuró a soltar el cabrestante del Alfa Uno que había levantado la roca y le dio la señal a Caleb para iniciar la evacuación del herido.

—*¡Izando!* —rugió Caleb por el intercomunicador.

El cable de la grúa nos arrancó de la pared del cañón. El estómago se me quedó en la garganta mientras ascendíamos girando bajo la barriga del Alfa Uno. Ian aseguró a Tyler contra su pecho con una fuerza protectora brutal, mientras yo mantenía la presión sobre los vendajes compresivos de la pierna fasciotomizada para evitar que se desangrara en el aire.

En menos de treinta segundos, estábamos dentro de la cabina. Las puertas laterales se cerraron de golpe, aislando el aullido del viento, pero reemplazándolo por el zumbido frenético de las alarmas médicas.

—¡Taquicardia ventricular! —gritó Noah, arrodillado junto a la cabeza del chico, mirando el monitor desfibrilador multiparamétrico —. Las ondas T están picudas. El potasio está inundando el sistema por la reperfusión, Logan.

—¡Empuja el gluconato de calcio, rápido! —ordené, quitándome los guantes manchados de sangre para ponerme unos limpios del botiquín de pared—. Necesitamos proteger el corazón. Prepara la insulina y la dextrosa. Hay que forzar ese potasio de vuelta al interior de las células o entrará en parada.

Noah no vaciló. Sus manos volaron sobre las jeringas, conectando las vías con una eficiencia militar. Ian, a mi lado, aseguraba la camilla rígida al suelo del helicóptero.

Trabajar con el equipo Alfa era como ser parte de una máquina perfectamente calibrada. Caleb volaba al límite, cortando el aire hacia el hospital a velocidad máxima; Ian era la fuerza bruta e instintiva que aseguraba el entorno; y Noah ejecutaba mis órdenes médicas con una competencia técnica impecable. Eran la élite. Me sentía orgulloso de estar en esa cabina, cubierto de sudor y sangre, luchando codo con codo con ellos.

El Alfa Uno se inclinó bruscamente al trazar la última curva sobre el valle. A través del parabrisas delantero, vi la estructura de cristal y hormigón del *Wildwater Regional Trauma Center*. Un suspiro de alivio genuino y profundo escapó de mis pulmones. Adoraba el trabajo de campo, pero la calle no es un quirófano. Necesitaba luz, sangre fría, bisturís cauterizadores y, sobre todo, necesitaba a mi equipo.

—*Aterrizaje en treinta segundos. Equipo de trauma en la H* — anunció Caleb.

El impacto de los patines contra el asfalto del helipuerto fue el pistoletazo de salida. Las puertas se abrieron antes de que las aspas

dejaran de girar. El ruido ensordecedor me golpeó de nuevo, pero mis ojos buscaron automáticamente una sola cosa a través de la nube de polvo.

Avery.

Estaba allí. Sujetando la cabecera de la camilla de traslado junto a Hannah y un par de celadores, con su uniforme verde ondeando bajo el vendaval. Cuando salté a la pista y bajamos la tabla espinal de Tyler, su mirada se clavó en la mía.

—¡Situación! —exigió Hannah, mientras corríamos empujando la camilla hacia las puertas del ascensor.

—Aplastamiento por roca, dos horas de evolución —grité por encima del ruido, caminando a grandes zancadas junto a Avery—. Fractura abierta de tibia y peroné derecha, compromiso vascular grave, síndrome compartimentado. Tensión 80/50, frecuencia a 130, saturando al 92%. Fasciotomía de urgencia en el campo, torniquete alto, gluconato cálcico y bicarbonato intraóseo para el potasio.

Las puertas del ascensor se cerraron, aislándonos del ruido exterior.

Avery no perdió un milisegundo. Sus manos, ágiles y precisas, ya estaban conectando los monitores del hospital a las vías de Tyler mientras descendíamos.

—Tengo dos unidades de O negativo listas y calentándose en el Box 1 —informó Avery, sin apartar la vista del acceso venoso—. He pre-reservado el quirófano cuatro. Fijador externo pélvico y de extremidad inferior en la mesa, sistema de lavado pulsátil y sierra oscilante preparados.

Dios, como la había echado de menos en esa cornisa. Había anticipado todo. Yo ni siquiera había mencionado la necesidad del lavado pulsátil para limpiar el polvo de granito del músculo, pero ella lo sabía. Sabía cómo operaba. Sabía cómo pensaba.

Ian y Noah eran una maravilla en el barro, pero la conexión que tenía con Avery era algo de otro nivel.

Las puertas se abrieron en la planta de Urgencias. Entramos en el Box Uno como un escuadrón de asalto. Hannah tomó la cabecera para reevaluar la vía aérea.

—Logan, la extremidad está destrozada —dijo Hannah, evaluando rápidamente la fasciotomía que yo había hecho en el saliente, ahora empapada en sangre oscura—. Las probabilidades de salvamento son inferiores al veinte por ciento.

—Vamos a subir ese porcentaje, Hannah. No le he abierto la pierna en una montaña para cortársela aquí —respondí, mi voz dura e inflexible. Miré a Avery por encima del cuerpo del paciente. Sus ojos verdes captaron el desafío y asintieron levemente, confirmando que ella estaba conmigo en esa batalla—. Avery, prepara al paciente para inducción. Nos lavamos en tres minutos. Necesitaré un bypass vascular temporal y toda la paciencia que tengamos.

—El quirófano cuatro está listo, Doctor Pierce —respondió ella. Su tono era estrictamente profesional, pero su mirada estaba cargada de fugo.

Mientras los celadores preparaban el traslado final hacia las puertas dobles del bloque quirúrgico, me quedé un segundo al margen, observando a Avery coordinar la transferencia de la bomba de infusión. Era brillante. En medio del caos, ella era el orden.

DIEZ

Avery

El reloj digital de mi mesilla de noche parpadeaba con una luz roja y burlona, marcando las tres y cuarto de la madrugada. El aire en mi habitación estaba tan estancado que casi podía masticarlo. A pesar de haber dejado la ventana entreabierta, la brisa nocturna de Wildwater Falls parecía haberse declarado en huelga, dejando tras de sí un calor húmedo y sofocante que se pegaba a la piel como una segunda capa.

Me di la vuelta por enésima vez, apartando de una patada la sábana que se había enredado alrededor de mis tobillos. Cerré los ojos y lo intenté con todas mis fuerzas, pero mi cerebro se negaba a apagar los interruptores. Era otra noche de insomnio, una de esas madrugadas largas y opresivas.

Habían pasado menos de doce horas desde que salimos del quirófano cuatro. Habíamos salvado la pierna de Tyler. La cirugía había sido una de las intervenciones más complejas, sangrientas y agotadoras en las que había participado en toda mi carrera, pero la sincronización entre Logan y yo había sido tan perfecta, que la adrenalina seguía circulando por mi torrente sanguíneo como si me hubieran inyectado cafeína pura por vía intravenosa. Trabajar con él era adictivo.

Y ahora, en la soledad de mi habitación, la euforia del momento se había transformado en un eco que me impedía conciliar el sueño.

Me rendí. Con un suspiro que sonó demasiado fuerte en la habitación silenciosa, me senté en el borde del colchón. La camiseta de tirantes blanca y el pantalón corto de algodón estaban ligeramente húmedos por el sudor. Tampoco esta noche llevaba ropa interior; el calor era simplemente demasiado insoportable como para tolerar más capas de las estrictamente necesarias.

Salí de la habitación descalza, caminando de puntillas por el pasillo de madera. La cabaña estaba a oscuras y en completo silencio, salvo por el zumbido grave de la nevera en la cocina. Me dirigí hacia allí como un zombi. Abrí la puerta del frigorífico y dejé que la ráfaga de aire frío me golpeara el rostro y el pecho, cerrando los ojos un instante para disfrutar del contraste. Saqué el cartón de leche, me serví un vaso grande hasta el borde y me lo pegué a la frente durante unos segundos antes de beber un sorbo largo.

El frío me bajó por la garganta, aliviando un poco la sensación de asfixia. Decidí que necesitaba aire de verdad. El porche, con suerte, ofrecería algo de brisa proveniente de la cascada.

Caminé hacia la puerta mosquitera del salón, sosteniendo mi vaso con ambas manos. La deslicé con el mayor de los cuidados, intentando que los raíles no chirriaran, y di un paso hacia la madera exterior.

Me detuve en seco. El corazón me dio un vuelco tan violento que la leche estuvo a punto de derramarse sobre mis pies.

No estaba sola.

Apoyado en la gruesa barandilla de cedro del porche, dándome la espalda, estaba Logan.

La luz pálida y plateada de la luna llena caía directamente sobre él. Solo llevaba puestos unos pantalones cortos de pijama oscuros, que colgaban bajos en sus caderas. Sin camiseta otra vez. Mi mirada recorrió la amplitud de sus hombros, la definición de su espalda y el surco de su columna vertebral que desaparecía bajo la cinturilla del pantalón de algodón. Era un hombre grande, imponente, y verlo así, medio desnudo en la intimidad de la madrugada, me provocó una

punzada de calor en el bajo vientre que no tenía absolutamente nada que ver con la temperatura ambiente.

Di un paso atrás, con la intención de retirarme lentamente hacia el interior de la cabaña. Era tarde. Yo llevaba apenas unos retales de tela pegados al cuerpo. La noche anterior, una situación similar casi había doblegado mi autocontrol. No estaba segura de tener la fuerza de voluntad necesaria para resistirme si la historia se repetía.

Pero el roce de mi pie descalzo contra la madera fue suficiente.

Logan giró la cabeza, mirándome por encima del hombro. Su perfil se recortó contra la oscuridad de los pinos. Sus ojos violeta me encontraron de inmediato, fijos, evaluadores, pero desprovistos su frialdad habitual.

Me quedé congelada en el umbral, con el vaso de leche apretado entre las manos, debatiéndome entre la huida y la rendición.

—Quédate —dijo él.

Su voz era apenas un murmullo grave y rasposo.

Dudé un segundo, pero finalmente exhalé el aire que no sabía que estaba reteniendo y di un paso al frente. Caminé hacia las hamacas de madera dispuestas en el porche, eligiendo una que estaba a un par de metros de distancia de él, y me senté, cruzando las piernas desnudas sobre el asiento.

Logan no se movió de la barandilla. Volvió a girar la cabeza para mirar hacia el cielo nocturno, que hoy estaba salpicado de estrellas brillantes.

—Los días en los que hay mucho estrés o la adrenalina se dispara en el trabajo, me cuesta mucho dormir —comentó Logan, rompiendo el silencio. Hablaba más para la montaña que para mí, pero era una confesión al fin y al cabo—. Mi cuerpo sigue en alerta. Cierro los ojos y sigo viendo el quirófano, las pinzas, la sangre. El cerebro tarda horas en entender que la tensión ha terminado.

Bebí un sorbo de mi vaso, saboreando la frialdad de la leche mientras dejaba que sus palabras se asentaran. Era la primera vez que me hablaba de una forma tan abierta y carente de ironía.

—Te entiendo —respondí, mi voz sonando suave en la quietud de la noche—. Yo tengo insomnio a menudo. Es un viejo compañero de piso. Y con el calor de estas últimas noches, se acentúa todavía más.

Logan se giró lentamente, apoyando la parte baja de la espalda contra la barandilla y cruzando los brazos sobre su pecho desnudo. El movimiento hizo que los músculos de su abdomen se marcaran bajo la luz de la luna. Tragué saliva, obligándome a mantener la mirada fija en sus ojos y no en el suave rastro de vello rubio que descendía por su vientre.

—¿Era así en Chicago? —le pregunté, buscando un terreno neutral para desviar mi propia atención—. ¿Era más estresante la vida allí que aquí en Wildwater?

Logan ladeó la cabeza, sopesando la pregunta.

—La tensión es diferente —explicó, desenredando los brazos para apoyar las manos en los bordes de la barandilla, a ambos lados de su cadera—. Un hospital grande como el *Northwestern* es un monstruo que nunca duerme. Es una cadena de montaje de traumas, disparos, accidentes de tráfico. El volumen te anestesia de alguna forma. Pero aquí... en un hospital pequeño, la presión es otra. El nivel de urgencia médica es similar, las heridas son igual de graves, pero aquí, cada vez que suena la sirena, hay un alto porcentaje de que conozcas a la persona que va en la camilla. O a su familia. O al técnico que la trae. Eso hace que el peso en los hombros sea distinto. Es más personal.

Asentí, comprendiendo perfectamente lo que decía. En Wildwater Falls, la distancia clínica era un lujo que rara vez nos podíamos permitir.

—Si era tan diferente y estresante aquí, ¿por qué volviste? —me atreví a preguntar. Era una pregunta arriesgada, bordeando los límites del pasado que nos separaba, pero la noche parecía darnos una especie de tregua.

Logan se quedó callado unos segundos. Una ráfaga de viento un poco más fresca sopló por el porche, y vi cómo se le erizaba el vello de los brazos.

—Echaba de menos el pueblo —confesó finalmente, y había una honestidad tan cruda en su tono que me desarmó por completo—. Sé que suena irónico. Odio muchas cosas de lo que pasó en este valle. Odio los pasillos del instituto y odio lo que sentí durante años. Pero... echaba de menos el bosque. Echaba de menos este silencio. El ruido de la cascada de fondo. En Chicago, rodeado de millones de personas y ruido constante, a veces me sentía más solo y más atrapado que aquí. Quería recuperar mi hogar. No quería dejar que los fantasmas me lo robaran para siempre.

Lo miré, sintiendo que un nudo se formaba en mi garganta. El hombre que tenía delante ya no era el adolescente asustado de hace años, ni el cirujano implacable y frío que llegó hace tres meses. Era simplemente Logan. Un hombre intentando hacer las paces con su historia.

—Entiendo lo de los fantasmas —murmuré, bajando la vista hacia mi vaso medio vacío—. Yo solo estuve fuera del pueblo unos años, pero sé lo que es huir de los recuerdos. Finalicé el instituto lejos de aquí. Cuando volví para trabajar en el hospital, sentí que tenía que reconstruir cada rincón de mi vida en este lugar.

Logan despegó la espalda de la barandilla y dio un paso lento hacia mi hamaca. Se detuvo a un metro de distancia, mirándome con una intensidad renovada.

—Lo recuerdo —dijo él, su voz bajando un tono—. Recuerdo que te marchaste poco después de cumplir los dieciséis. Justo después del... del accidente. Desapareciste.

Me tensé imperceptiblemente. Mis dedos se apretaron alrededor del cristal frío. EL par de años entre los dieciséis y dieciocho, antes de empezar la universidad de enfermería, eran un agujero negro para la mayoría en Wildwater Falls, solo mi familia y mis amigos sabían dónde estuve.

—Fueron tiempos complicados —me limité a decir, manteniendo el tono neutral y esquivando su mirada, sin aclarar a dónde había ido a parar ni qué había hecho durante esos casi veinticuatro meses—.

Necesitaba distancia. Aire nuevo. Terminar los estudios en otro entorno me ayudó a centrarme.

Logan me observó detenidamente. Sabía que él se daba cuenta de que estaba bordeando la verdad, que había dejado un enorme interrogante en mi explicación. Pero, para mi sorpresa y alivio, no presionó.

Se dejó caer en la hamaca vacía junto a la mía, imitando mi postura, y extendió las piernas largas hacia adelante.

—Han pasado doce años, Avery —dijo Logan en voz baja, mirando hacia la línea de los árboles oscuros—. Doce años es mucho tiempo. A veces siento que la persona que era entonces es un extraño al que apenas reconozco.

—Todos hemos cambiado, Logan —respondí, girando la cabeza para mirarle el perfil. El alivio se mezclaba con una calidez inesperada en mi pecho—. Nadie es la misma persona que era en los pasillos de aquel instituto. La vida nos ha obligado a crecer, a base de golpes o de quirófanos.

Él asintió lentamente, aceptando mis palabras. Nos quedamos allí, sentados uno al lado del otro en el porche de la cabaña, bajo el amparo de la oscuridad.

Levanté el vaso y tragué el último sorbo de leche fría. Fue un movimiento instintivo, una forma de tener algo que hacer con las manos, pero en cuanto el líquido bajó por mi garganta, me di cuenta de que había cometido un error.

La mirada de Logan no estaba perdida en el bosque. Sus ojos violeta estaban fijos en mi cuello, siguiendo hipnotizados el movimiento de mi garganta. La luz de la luna delineaba la tensión en su mandíbula. Cuando bajé el vaso, su mirada ascendió lentamente desde mi garganta hasta clavarse en mis labios, que aún conservaban un rastro de humedad.

El aire en el porche pareció evaporarse.

Me removí en la hamaca, súbitamente muy consciente de la delgadez de mi camiseta y de la ausencia de ropa interior. Descrucé

las piernas y volví a apoyar los pies descalzos en el suelo de madera, buscando una posición menos vulnerable. Fue inútil. El movimiento atrajo su atención de inmediato. La mirada ardiente de Logan descendió como una caricia física, recorriendo la longitud de mis muslos desnudos con un hambre tan evidente que me provocó un escalofrío en pleno mes de julio.

Vi cómo el pecho desnudo de Logan subía y bajaba con una respiración que se había vuelto irregular. De repente, carraspeó, apartando la vista hacia la cascada y pasándose una mano por el pelo rubio revuelto, en un intento evidente por disimular su propia excitación.

—El rescate de hoy... —empezó, su voz sonando más ronca y profunda de lo habitual—. Tyler habría perdido la pierna si hubiéramos tardado diez minutos más en hacer la fasciotomía.

Acepté el salvavidas que me lanzaba para cambiar de tema. Necesitaba que mi pulso volviera a un ritmo compatible con la vida.

—Lo vi en sus analíticas cuando llegó a Urgencias. El potasio estaba por las nubes —respondí, aferrándome al vaso vacío—. Hiciste un trabajo increíble en la montaña. Se notaba tu coordinación con Ian, Caleb y Noah. El equipo Alfa es una máquina perfecta.

Logan se giró un poco hacia mí. Apoyó un codo en la barandilla, relajando la postura.

—Son los mejores en lo suyo. Ian es una bestia parda asegurando la zona y es eficiente con el instrumental... —Hizo una pausa, y sus ojos volvieron a buscar los míos en la oscuridad—. Pero la realidad es que te eché de menos allí arriba.

Me quedé sin aliento.

—Él no es tan bueno como tú —continuó Logan, con una sinceridad que me desarmó por completo—. Cuando estaba cortando y la sangre empezó a brotar, tuve que corregirle el ángulo de los separadores. En ese momento, solo podía pensar en que si hubieras estado tú, el separador habría estado en su sitio exacto antes incluso de que yo abriera la boca.

Sentí cómo el calor me subía por el cuello hasta las mejillas. Un rubor intenso, traicionero y adolescente se apoderó de mi rostro.

—Bueno... Ian es bombero, no enfermero quirúrgico —balbuceé, bajando la mirada hacia mis manos y encogiéndome un poco de hombros—. Seguro que lo habría hecho mejor con un poco de práctica. Yo solo hago mi trabajo, Logan. Cualquiera con mis años de experiencia podría pasarte un separador a tiempo.

—Deja de hacer eso.

La orden fue cortante, un látigo verbal que me hizo levantar la cabeza de golpe. Logan había abandonado su postura relajada. Estaba completamente girado hacia mí, con el ceño fruncido y una expresión de severidad que me desconcertó.

—¿A qué te refieres? —pregunté, confundida.

—A eso. A quitarle importancia a lo que haces —replicó, dando un paso hacia mi hamaca. Se detuvo lo suficientemente cerca como para que yo pudiera sentir el calor que irradiaba su piel—. Cada vez que alguien, ya sea Hannah, yo o Sloane, te hace un cumplido sobre tu trabajo, te encoges. Dices que es "solo tu trabajo". Dices que "cualquiera podría hacerlo".

—Es la verdad, Logan...

—No—me interrumpió, su voz vibrando con una fuerza contenida —. Deja de menospreciar tu talento. Deja de esconder tu esfuerzo y tu dedicación como si tuvieras que pedir perdón por ser brillante.

Me quedé paralizada, con el corazón martilleando contra las costillas. Nadie me había hablado así nunca. Nadie había visto a través de mi mecanismo de defensa con tanta claridad.

Logan me miró directamente a los ojos, y la intensidad de su mirada violeta parecía ver directamente mi alma.

—Escúchame bien, Avery —dijo, y su tono bajó hasta convertirse en un susurro grave, íntimo—. No importa el pasado ahora mismo. No importa lo que yo pueda sentir o pensar sobre lo que pasaba hace doce años en aquel maldito instituto. Pero como médico, tengo que decirte la verdad: eres la mejor enfermera con la que he

trabajado en mi vida. Tienes un instinto clínico que no se enseña en ninguna facultad. Si alguna vez quisieras dar el salto, tu talento te llevaría a convertirte en una médica excepcional. Eres extraordinaria. Y ya va siendo hora de que te lo creas.

El porche entero pareció dar vueltas. Las palabras de Logan me golpearon con la fuerza de un tren de mercancías. La sinceridad pura, desprovista de sarcasmo o dobles intenciones, era abrumadora. Me había validado, no solo como profesional, sino como persona, separando mis méritos actuales de la adolescente cobarde que solía ser.

Abrí la boca para responder, para darle las gracias, para decirle que él también era el mejor cirujano que había conocido... pero no me salió la voz. El nudo en mi garganta era demasiado grueso.

Logan se quedó un segundo más, sosteniendo mi mirada, asegurándose de que su mensaje había calado hasta los huesos. Luego, la tensión de sus hombros pareció aflojarse.

Dio un paso atrás.

—Intenta dormir algo, Avery —murmuró, su voz recuperando la aspereza defensiva habitual—. Buenas noches.

—Buenas noches, Logan —logré susurrar, mientras mi voz temblaba.

Se dio la vuelta y desapareció en el interior de la cabaña. El suave clic de la puerta de su habitación al cerrarse fue el único sonido que compitió con la cascada.

Me quedé allí sentada, sola en la oscuridad del porche, con el vaso vacío aferrado contra mi pecho. Estaba sin palabras. Completamente desarmada.

Me quedé sentada en la hamaca durante lo que parecieron horas, aunque probablemente solo fueron unos quince o veinte minutos. No me atrevía a moverme. Quería darle a Logan un tiempo prudencial para que se durmiera, para asegurarme de que el pasillo estuviera completamente despejado. Si volvía a cruzarme con él ahora mismo, en el estado de excitación febril en el que me había

dejado, sabía que no tendría la fuerza de voluntad para agachar la cabeza y dar las buenas noches. Me habría abalanzado sobre él.

Mis manos temblaban ligeramente mientras sostenía el vaso vacío. El algodón de mis pantalones cortos de pijama se sentía incómodo, húmedo y ajustado contra mi entrepierna, un recordatorio constante y palpitante de lo mucho que lo deseaba.

ONCE

Avery

El cartel de neón parpadeante de The Switchback zumbaba con esa estática familiar de todos los viernes. Empujé la pesada puerta de roble y hierro forjado, y de inmediato me envolvió el ambiente hogareño del bar en el que nos reuníamos todos los viernes: cerveza artesanal en grandes tiradores en la barra de madera encerada, humo de leña y el aroma a hamburguesas friéndose en la cocina.

Me quedé un segundo en el umbral, dejando que mis ojos se acostumbraran a la iluminación tenue y ambarina del local, mientras el murmullo de las conversaciones y la música country que sonaba en la gramola me envolvían.

Llevaba puesto un top naranja de tirantes anchos, de un tejido veraniego que dejaba mis hombros y parte de mi clavícula al descubierto, y una falda corta y fluida, con un poco de vuelo, que se movía con cada uno de mis pasos rozando la mitad de mis muslos. Me había recogido el pelo en la nuca, dejando caer algunos mechones oscuros sobre mi cuello, y había invertido quince minutos extra frente al espejo aplicándome máscara de pestañas y un brillo de labios sutil.

Estaba guapa. Lo sabía. Y también sabía, aunque mi orgullo se retorciera al admitirlo, por qué me había arreglado un poco más de lo normal.

No quería dar ningún paso en falso, y me repetí mil veces a mí misma frente al espejo del baño de la cabaña que mi intención no era seducirlo. Pero mi cuerpo tenía una agenda completamente distinta a la de mi cerebro. La atracción que sentía por Logan Pierce estaba superando con creces mi férreo compromiso de mantenerme alejada de él y no invadir su espacio.

Mientras caminaba por el pasillo central, esquivando taburetes y saludando con un leve asentimiento a algunos conocidos del pueblo, mi mente hizo un rápido repaso de los últimos cinco días.

Había sido una semana extraña, marcada por una rutina agotadora. Habíamos empalmado turnos de doce horas. Tuvimos algunas urgencias graves, pero afortunadamente, nada tan espectacular y al límite como el rescate en la montaña de Tyler. Había sido una buena semana en términos médicos: no habíamos perdido a nadie bajo nuestra guardia.

Sin embargo, en la cabaña, el ambiente había sido una olla a presión silenciosa.

Logan y yo no habíamos vuelto a coincidir en el porche de madrugada. Ambos habíamos mantenido nuestros horarios cuidadosamente separados. Pero la distancia física no había mitigado el recuerdo de sus palabras.

«Eres extraordinaria. Y ya va siendo hora de que te lo creas».

Su voz rasposa, la forma en que me miró los labios, su torso desnudo bajo la luz de la luna... Esa imagen me había taladrado el cerebro, convirtiendo el insomnio en una tortura. Había pasado las últimas noches dando vueltas en la cama, sudando en la oscuridad, tocándome y ahogando mis propios gemidos contra la almohada mientras fantaseaba con que era él quien me inmovilizaba las muñecas y me hacía suya.

Y ahora, él estaba aquí.

Localicé nuestra mesa habitual en la esquina del fondo, la más grande y alejada de la barra. Allí estaban todos: Ian y Caleb discutiendo sobre algo con una cerveza en la mano, Savannah

riéndose de un comentario de Noah, y Hannah robando patatas fritas del plato del centro.

Y, sentado en el extremo, con la espalda apoyada en la pared de ladrillo visto y una postura relajada pero alerta, estaba Logan. Llevaba una camiseta negra ajustada que delineaba sus hombros anchos y unos vaqueros oscuros. No se parecía en nada al cirujano de hielo, era un pecado lo guapo que estaba con esa barba de tres días y la camiseta ajustada.

En el momento exacto en que traspasé la línea de visión de la mesa, sus ojos violeta se clavaron en mí.

Fue como un impacto físico. Logan dejó de prestar atención a lo que Ian estaba diciendo. Su mirada me recorrió de arriba abajo, deteniéndose un microsegundo en la tela naranja de mi top y en el vuelo de mi falda, antes de volver a mis ojos. Sentí que me ardía la piel allí donde él posaba la mirada. Una ola de calor líquido se instaló instantáneamente en mi bajo vientre, humedeciendo mi entrepierna con la misma facilidad y urgencia que la noche en el porche. Estaba absurdamente excitada, solo porque él me estaba mirando.

—¡Avery, por fin! —gritó Hannah por encima del ruido del bar, levantando la mano—. Empezábamos a pensar que te habías quedado a dormir en el cuarto de suministros.

Tragué saliva, obligándome a apartar la mirada de Logan, y esbocé una sonrisa brillante mientras me acercaba a ellos.

—Me ha tocado hacer el inventario de narcóticos con el cambio de turno —mentí, deslizándome en el asiento libre entre Hannah e Ian, quedando estratégicamente en diagonal a Logan—. ¿He llegado muy tarde?

—Justo a tiempo para la segunda ronda —dijo Ian, pasándome un botellín de cerveza helada. Me dio un beso rápido en la sien, su gesto habitual de hermano mayor protector—. Estás muy guapa, Ave. Ese color te sienta bien.

—Gracias, Ian —respondí, sintiendo cómo el rubor me subía por las mejillas, consciente de que los ojos de Logan seguían fijos en mí, analizando cada una de mis reacciones.

Cogí la cerveza y le di un trago largo. Era la típica salida de viernes. El ambiente era distendido, lleno de bromas internas y anécdotas del trabajo. Noah estaba contando, con su habitual tono dramático, cómo un turista había intentado convencerle de que la hiedra venenosa era un remedio natural para el dolor de rodilla, mientras Caleb y Savannah compartían una ración de alitas de pollo. Yo reía, asentía y participaba en la conversación, pero mi cuerpo estaba hiperconcentrado en el hombre sentado en el otro extremo de la mesa.

Logan no hablaba mucho, pero su presencia era un campo gravitatorio. Cada vez que levantaba la vista de mi botella de cerveza, me encontraba con sus ojos. Me observaba con un interés oscuro, evaluando mi ropa, el movimiento de mis labios cuando sonreía, observando mis manos cada vez que alcanzaba una patata del centro de la mesa. Era una tensión que nos mantenía conectados por debajo del radar de nuestros amigos.

Estábamos en medio de un debate sobre si debíamos pedir otra ronda de nachos cuando el ambiente del bar cambió abruptamente.

La pesada puerta de la entrada se abrió de golpe, golpeando contra la pared con un estruendo que hizo que varias mesas se giraran. Una ráfaga de risas estridentes y voces demasiado altas cortó la música.

Entraron tres hombres.

Trevor, el hijo de la alcaldesa, lideraba el grupo. Detrás de él venían los hermanos Morris, chicos de familias con mucho dinero y muy pocas responsabilidades en el valle. Estaban claramente borrachos, empujándose unos a otros y gritándole al camarero desde la puerta. Eran hombres que rozaban los treinta años, pero que seguían comportándose exactamente igual que cuando tenían quince. Eran los reyes destronados del instituto, los que se dedicaban a vivir del dinero de sus padres y a emborracharse cada fin de semana.

Y eran los mismos cabrones que le habían hecho la vida imposible a Logan.

Instintivamente, la dinámica en nuestra mesa se congeló. Ian tensó la mandíbula, Caleb dejó su cerveza sobre la mesa con un golpe seco, y Hannah puso los ojos en blanco con asco. Todos intentamos ignorar el revuelo que estaban montando mientras se dirigían torpemente hacia una mesa libre en el centro del bar.

Pero yo no podía simplemente ignorarlos.

Apreté mis manos alrededor del botellín de cristal hasta que los nudillos se me pusieron blancos. Una oleada de bilis y odio puro me subió por la garganta, un asco visceral que me revolvía el estómago. Los odiaba. No me caían bien en el instituto, cuando yo me limitaba a orbitar a su alrededor por inercia y por lealtad a Carson, pero lo que había sucedido durante el accidente me había hecho odiarlos de una forma mucho más profunda y destructiva.

Yo los culpaba. Los culpaba directa y absolutamente de la muerte de Carson Donovan.

El ruido del bar pareció desvanecerse, ahogado por un pitido sordo en mis oídos. La iluminación cálida de *The Switchback* se enfrió en mi mente, reemplazada por los recuerdos de aquel día y todo lo que no debió suceder.

* * *

Aquel día de la excursión de esquí, todo había estado mal desde el principio. Carson estaba raro. Después de la pelea en el aparcamiento, cuando Logan se había lanzado sobre él a puñetazos y le había escupido aquellas verdades a la cara, algo en Carson se había roto. Estaba serio, retraído, con la mirada perdida. Yo había intentado sacarle qué le pasaba durante toda la mañana en las pistas, pero no conseguía sacarle nada. De hecho, había hecho todo lo posible por alejarnos de Trevor y de los Morris. Quería pasar el día esquiando solos, lejos de todos.

Pero en el viaje de regreso, el aislamiento fue imposible.

La ventisca había empezado a azotar el valle con furia. Estábamos sentados en la mitad del autobús. Trevor y los Morris estaban un par

de filas más atrás, ruidosos y crueles como siempre. El sonido del motor y la calefacción no lograban tapar sus voces. Estaban planeando el siguiente castigo para Logan. No les había bastado con empujarlo, humillarlo y reírse de él. La resistencia de Logan en el aparcamiento, el hecho de que se hubiera atrevido a lanzarse contra Carson, les había enfurecido. Escuché perfectamente cómo Trevor, riéndose a carcajadas, detallaba cómo iban a acorralar a Logan en los vestuarios del instituto el lunes. Hablaban de llevar el acoso un paso más allá. Un paso irreversible y brutal. Estaban planeando pegarle una paliza de muerte entre los tres, sujetarlo, raparle el pelo largo que Logan siempre había lucido y, finalmente, orinarle encima mientras lo grababan.

Era una salvajada. Incluso para ellos. Y ponía en riesgo la vida de Logan. Eran tres animales contra un solo chaval.

Sentí que se me helaba la sangre, pero, fiel a mi cobardía habitual, mantuve la boca cerrada y miré por la ventana con las manos temblando y las lágrimas arañando mi garganta. Carson, sin embargo, no lo hizo.

Lo vi tensarse a mi lado. Sus manos, apoyadas en sus rodillas, se cerraron en puños temblorosos. De repente, sin decir una palabra, se desabrochó el cinturón de seguridad y se levantó en mitad del pasillo.

—¡Eh! —gritó Carson, dándose la vuelta para encarar a Trevor y a los Morris. Su voz sonó desesperada, rota por una furia que nunca le había visto—. ¡Ya basta! ¡No vais a tocar a Pierce! ¿Me oís? ¡No vais a ponerle un dedo encima el lunes o cualquier otro puto día!

Algunas cabezas se giraron en nuestra dirección, pero los profesores y los alumnos de la parte delanteras eran completamente ajenos a lo que sucedía o a que Carson estaba de pie sin cinturón. Trevor parpadeó, sorprendido, antes de soltar una risa burlona.

—¿Qué te pasa, Donovan? —se burló Trevor, poniéndose en pie a medias, apoyándose en los respaldos de los asientos—. ¿Te has vuelto una nenaza? El bicho raro te da un puñetazo de mierda y

ahora resulta que no tienes huevos para enfrentarte a él. Vas a dejar que te humille delante de todo el instituto.

—¡He dicho que lo dejéis en paz! —rugió Carson, dando un paso por el pasillo hacia ellos. Su rostro estaba rojo de ira, los ojos inyectados en sangre. Estaba defendiendo a Logan.

—¡Sentaos ahora mismo! ¡Donovan, siéntate y ponte el cinturón! —La voz del profesor Henderson resonó desde la parte delantera del autobús. Las ruedas del vehículo patinaron levemente sobre el hielo de la carretera.

Carson ignoró al profesor. Se encaró con Trevor, gritándole a centímetros de su cara, enfrentándose a todo el grupo, dispuesto a llegar a las manos si era necesario para detener lo que habían planeado. —¡Eres un puto cobarde, Carson! —escupió uno de los Morris.

—¡Y vosotros sois escoria! —replicó Carson, levantando una mano para empujar a Trevor.

Y entonces... el mundo desapareció.

No hubo tiempo para gritar. El conductor pisó el freno al entrar en la curva ciega, pero el hielo negro no perdonó. El autobús perdió toda la tracción, giró sobre sí mismo y rompió la barrera de contención con un estruendo metálico ensordecedor. El estómago se me subió a la garganta mientras caíamos hacia el barranco del río. Lo último que vi de Carson antes del impacto fue su cuerpo siendo lanzado por los aires como un muñeco de trapo a través del pasillo del autobús, porque estaba de pie, desprotegido, defendiendo a Logan.

Yo sobreviví con un par de costillas rotas y cortes porque estaba sentada y con el cinturón puesto. Carson golpeó una de las barras de acero superiores, su cuerpo era como la de un mañeco de trapo siendo lanzado en todas direcciones, hasta que el silencio nos envolvió.

* * *

—Ave... ¿Avery?

Parpadeé bruscamente, expulsando el aire de mis pulmones como si acabara de salir a la superficie después de estar a punto de ahogarme.

Hannah tenía su mano apoyada sobre la mía. Me estaba mirando con el ceño fruncido y una preocupación evidente en los ojos.

—Estás aplastando la servilleta, cariño —murmuró Hannah, inclinándose hacia mí para que los chicos no la escucharan—. Te has quedado blanca. ¿Estás bien? Estás mirando a la mesa de Trevor como si quisieras prenderles fuego con la mente.

Bajé la mirada. Mis dedos estaban blancos por la presión, arrugando la servilleta de papel hasta convertirla en una bola compacta. Aflojé el agarre lentamente, obligándome a respirar hondo para que el temblor de mis manos no me delatara.

—Sí... sí, estoy bien —mentí, forzando una sonrisa que probablemente pareció más una mueca de dolor—. Solo estaba pensando en una cosa del hospital. Esos idiotas no merecen ni un segundo de mi atención. Ignóralos.

Vacié lo que quedaba de mi cerveza de un solo trago, intentando que el alcohol quemara el nudo que tenía en la garganta. Siempre era así. Cada vez que veía a Trevor y a los Morris vivos, sanos, riéndose y gastando el dinero de sus padres, recordaba que el único que había intentado enmendar sus errores era el único que había terminado muerto bajo la nieve.

Disimulé mi reacción, volviendo a integrarme en la conversación sobre la comida, forzándome a reír ante un comentario de Ian.

Pero entonces, levanté la vista.

En el extremo opuesto de la mesa, Logan me estaba mirando a mí.

Sus ojos violetas, afilados e inteligentes, estaban clavados en mi rostro. No había rastro de la mirada cargada de deseo sexual con la que me había recibido al entrar en el bar. Ahora, su expresión era escrutadora, intensa, casi analítica.

Él también se había dado cuenta.

Logan había seguido la trayectoria de mi mirada hacia la mesa del fondo, donde Trevor y los Morris, ya claramente borrachos, montaban jaleo y chocaban sus vasos. Y luego había visto mi reacción.

Sostuve su mirada durante un segundo, sintiéndome completamente desnuda bajo su escrutinio.

Imaginé lo que estaba pensando, seguramente él no entendía por qué yo los odiaba tanto. En la mente de Logan, yo era parte de ellos. No tenía ni la menor idea de que el odio que yo sentía por esos tres idiotas era mil veces más profundo que el suyo, porque su acoso no solo le había arruinado a él la adolescencia; le había costado la vida al mejor amigo que yo había tenido jamás.

Tragué saliva y aparté la mirada, centrando mi atención en el plato de nachos, sintiendo que el peso del secreto que llevaba custodiando doce años se estaba volviendo demasiado pesado como para seguir cargándolo yo sola.

* * *

La noche avanzó, disolviendo la tensión inicial bajo el peso de la segunda ronda de cervezas y el volumen cada vez más alto de la música en directo.

Noah, siempre el primero en leer el estado de ánimo de la sala, había agarrado a Savannah por la mano y tirado de ella hacia la pista de baile. Pocos se daban cuenta que el chico bromista y despreocupado escondía a un hombre con una inteligencia emocional fuera de lo común. Noah necesitaba levantarle el ánimo a Savannah, alejar su mente de los correos electrónicos de los abogados y de la sombra asfixiante de Phillip. Desde mi asiento, vi cómo Savannah empezaba a relajarse, dejando escapar una risa genuina mientras Noah le daba una vuelta exagerada al ritmo de una canción de rock sureño.

Volví la vista hacia la mesa y pillé a Ian. Mi hermano mayor tenía su cerveza a medio camino de los labios, pero no estaba bebiendo. Estaba mirando fijamente hacia la pista de baile. Más concretamente, estaba mirando a Savannah. Su expresión era indescifrable, una mezcla de concentración absoluta y una dureza protectora que me llamó la atención. Fruncí el ceño y ladeé la cabeza, lanzándole una mirada claramente interrogante. Ian parpadeó, rompió el contacto visual con la pista, se aclaró la garganta y le dio un trago rápido a su botella, ignorando olímpicamente mi pregunta muda.

Miré hacia el otro lado. Caleb y Hannah se habían levantado hacía por lo menos veinte minutos con la excusa de ir a la barra a pedir la tercera ronda, pero no había ni rastro de ellos. Conociéndolos, probablemente estaban en algún rincón oscuro del bar o en el callejón trasero compartiendo un momento bastante más íntimo que la simple espera por unas bebidas.

Eso nos dejaba a tres personas en la mesa. Ian, Logan y yo.

Con el cambio de asientos, Logan había quedado exactamente frente a mí. Ya no podía esquivar su presencia mirando en diagonal. Cada vez que levantaba la vista de la etiqueta de mi cerveza que estaba pelando con la uña, me encontraba de lleno con él.

Nos lanzábamos miradas furtivas, eléctricas, que duraban un segundo más de lo socialmente aceptable antes de que uno de los dos apartara los ojos. Era un juego peligroso. El ruido del bar se convertía en un zumbido sordo cada vez que sus ojos violetas se clavaban en los míos.

El hechizo se rompió cuando una sombra se proyectó sobre nuestra mesa.

Levanté la vista. Era Hayes, uno de los técnicos sanitarios de vuelo que trabajaba habitualmente con el equipo Alfa. Era un buen tipo, compañero de Ian, Caleb y Noah en la base. Lo conocía de vista de cruzarme con él en los pasillos del hospital y en las transferencias de pacientes en el helipuerto. Tenía el pelo castaño

claro, una sonrisa fácil y el atractivo innegable de los hombres que se dedican al rescate.

—Ian, Pierce —saludó Hayes a los chicos con un asentimiento, antes de centrar toda su atención en mí, apoyando una mano en el respaldo de la silla vacía que había dejado Savannah—. Avery. Te vi entrar antes. Estás espectacular esta noche.

—Gracias, Hayes —respondí, esbozando una sonrisa educada.

—La música está bastante bien. Me preguntaba si te apetecería acompañarme en un baile. O si prefieres que te invite a una copa en la barra.

Hayes era directo, encantador y, objetivamente, un partido estupendo. Pero no sentía ni la más mínima chispa de interés por el técnico de vuelo.

—Es muy amable de tu parte, Hayes, pero la verdad es que estoy un poco cansada. Prefiero quedarme aquí sentada —lo rechacé con todo el tacto y la suavidad de la que fui capaz, intentando no herir su orgullo.

Ian, sin embargo, soltó una carcajada y me dio un suave codazo en las costillas.

—Venga ya, Ave. Llevas toda la semana amargada entre monitores de constantes vitales y guardias de doce horas —bromeó mi hermano. El muy cabrito me estaba poniendo en un aprieto adrede—. Suéltate por una noche. Es solo un baile. Hayes no muerde.

Le lancé a mi hermano una mirada que prometía venganza, pero Hayes me tendió la mano con una sonrisa tan amistosa y libre de presiones que negarme de nuevo habría parecido una grosería innecesaria.

—Está bien. Un baile —accedí, dejando mi cerveza y poniéndome en pie.

Seguí a Hayes hacia la zona despejada que hacía las veces de pista de baile. Me agarró por la cintura con respeto, manteniendo una distancia prudencial, e intentó entablar conversación sobre el

hospital y el calor que hacía esa semana. Intentó, con bastante gracia, tantear el terreno para conseguir una cita formal. Yo me mantuve educada, sonriendo en los momentos adecuados, respondiendo con amabilidad, pero dejando claro con mi lenguaje corporal que la puerta estaba cerrada.

No podía concentrarme en él.

Mi mirada volaba, por encima del hombro de Hayes, directamente hacia la mesa del fondo.

Logan no había apartado la vista. Estaba recostado en su silla, con una postura tensa que contradecía su actitud aparentemente relajada. Sostenía el cuello de su cerveza con una fuerza innecesaria, y sus ojos me seguían por toda la pista. No se perdía ni un solo detalle. Observaba la mano de Hayes en mi cintura, observaba cómo mi falda se movía al ritmo de la música, y luego sus ojos subían hasta clavarse en los míos. Quizá estuviera imaginando cosas, pero parecía una mirada posesiva, ardiente y cargada de lo que imaginé eran unos celos primitivos que él ni siquiera se molestaba en camuflar. Y Dios me perdonara, pero saber que lo estaba volviendo loco desde la distancia me provocaba una humedad en la entrepierna que me dificultaba seguir el ritmo de la canción.

Cuando los últimos acordes de la canción se desvanecieron, di un paso atrás de inmediato, rompiendo el contacto.

—Gracias por el baile, Hayes —le dije, sonriendo—. Ha sido un placer, pero creo que necesito ir al baño un momento.

—El placer ha sido mío, Avery. Nos vemos por la base —respondió él, aceptando la derrota con elegancia.

Me di la vuelta y caminé hacia el estrecho pasillo que llevaba a los aseos, situado en la parte trasera del local, cerca de la puerta de emergencia. Necesitaba un momento de paz. Necesitaba echarme agua fría en la cara, calmar el pulso que me martilleaba en la garganta y recordarme a mí misma que Logan Pierce era territorio prohibido.

El pasillo estaba poco iluminado y olía a productos de limpieza industriales y madera vieja. Di dos pasos en la penumbra cuando una figura bloqueó mi camino.

Me detuve en seco. Era uno de los hermanos Morris.

Estaba sudoroso, con la camisa a cuadros desabrochada por arriba, y sostenía un vaso de whisky a medio terminar. Olía a alcohol y sudor agrio. Su presencia física llenó el estrecho espacio, cortándome el paso hacia el baño de mujeres.

—Vaya, vaya... pero si es la pequeña Avery Collins —arrastró las palabras, con una sonrisa torcida que me revolvió el estómago—. Te he visto bailando con el chico de los recados de los bomberos. Estás muy guapa cuando te quitas el pijama de enfermera.

—Apártate. Quiero pasar —exigí, endureciendo la voz y mirándolo con un asco que no me molesté en ocultar.

—Tranquila, preciosa. ¿Qué prisa tienes? —dio un paso hacia mí, invadiendo mi espacio vital de una forma asfixiante—. Antes eras más simpática. Cuando te juntabas con nosotros y con Carson. Ahora te crees mejor que nadie, ¿eh? Pones tiritas y vives con el bicho raro de Pierce.

La mención de Carson fue la chispa que encendió el polvorín de resentimiento que llevaba albergando desde el inicio de la noche.

—No te atrevas a pronunciar el nombre de Carson con tu sucia boca —siseé, dando un paso al frente en lugar de retroceder. Me encaré con él, feroz como una pantera, sin dejar que el miedo me paralizara—. Eres un puto despojo humano. Tú, tu hermano y Trevor no sois más que escoria patética que sigue viviendo de la gloria de un instituto que acabó hace doce años. Das pena. Ahora, quítate de en medio antes de que te pase por encima.

Los ojos de Morris se oscurecieron. La burla desapareció de su rostro, reemplazada por una rabia machista y ebria ante la humillación.

—Maldita zorra engreída —gruñó, soltando el vaso, que se estrelló contra el suelo de madera, y levantando una mano para

agarrarme por el brazo con fuerza.

—¡Suéltame! —grité, tirando de mi brazo y golpeándole la mano con el antebrazo en un movimiento rápido para zafarme de su agarre. Me puse en posición defensiva, dispuesta a clavarle las uñas en los ojos si intentaba volver a tocarme. Sabía defenderme. No necesitaba a nadie.

Pero antes de que pudiera volver a abalanzarse sobre mí, una masa de sombra y músculo se materializó en el pasillo.

Fue como ver a un tren de mercancías entrar en la estación. Logan no corrió; simplemente apareció. Se interpuso entre Morris y yo con la contundencia de un muro de hormigón. No me empujó hacia atrás ni hizo un gesto paternalista para protegerme. Simplemente bloqueó la amenaza directa.

Logan agarró a Morris por la pechera de la camisa con una sola mano, levantándolo un par de centímetros del suelo, obligándolo a ponerse de puntillas.

—La has oído. Dice que te apartes —la voz de Logan era letal. Era un susurro gutural, grave, desprovisto de cualquier emoción que no fuera una promesa absoluta de violencia y dolor.

Morris parpadeó, intentando enfocar la vista en el gigante que acababa de inmovilizarlo. Cuando reconoció a Logan, el valor etílico pareció flaquear, pero su orgullo le obligó a escupir una última bravuconada.

—¿Qué pasa, Pierce? ¿Vienes a defender a la que nos reía las gracias cuando te aplastábamos la cabeza contra las taquillas? —balbuceó el borracho.

Vi la mandíbula de Logan tensarse hasta el punto de casi fracturarse. Los nudillos de la mano que sostenía la camisa de Morris estaban blancos. Logan ya no era un chico delgado sin músculo, ahora podía aplastarle la cabeza a Morris con una sola mano. Pero eso supondría enviar su carrera médica por el retrete. Y yo no iba a permitir eso.

Di un paso al frente y puse mi mano sobre el antebrazo tenso de Logan.

—Suéltalo, Logan —dije, mi voz firme, controlando la respiración —. No ensucies tus manos con esto. Vete a la mierda, Morris, y lárgate de aquí.

Logan mantuvo el agarre un segundo más, sus ojos violeta perforando la cara aterrorizada del otro hombre. Finalmente, abrió la mano con un empujón desdeñoso que hizo tropezar a Morris hacia atrás.

—Vete —ordenó Logan, y la palabra sonó como el chasquido de un látigo.

Morris se tropezó con sus propios pies, murmuró un insulto ininteligible y salió huyendo por el pasillo hacia la sala principal del bar, desapareciendo entre la multitud.

El pasillo quedó sumido en un silencio tenso, roto solo por el sonido del bajo de la música que retumbaba en las paredes y el crujido de los cristales rotos del vaso bajo nuestros pies.

Logan se giró lentamente hacia mí. Su pecho subía y bajaba con la respiración agitada por la adrenalina. Me miró fijamente, evaluando cada centímetro de mi rostro, asegurándose de que estaba ilesa. La intensidad de sus ojos violeta en la penumbra del pasillo era abrumadora.

Sostuve su mirada, sintiendo que la electricidad que habíamos compartido en la mesa acababa de multiplicarse por mil tras el subidón de la confrontación.

Tragué saliva, intentando que mi voz no temblara.

—Necesito... necesito ir al baño —susurré, rompiendo el contacto visual porque si lo seguía mirando un segundo más, iba a agarrarlo de la camiseta y besarlo allí mismo.

Logan no dijo nada. Asintió de forma imperceptible, con la mandíbula aún apretada, se dio la vuelta y se marchó por el pasillo, regresando a la mesa.

Me quedé sola. Me apoyé contra la pared fría del pasillo, cerré los ojos y dejé escapar un suspiro tembloroso, intentando recuperar mi respiración normal.

Entre en el baño y cerré con pestillo. El agua fría del lavabo calmó mi piel recalentada. Me apoyé en el borde de porcelana del baño de mujeres, con las manos temblando ligeramente. Levanté la vista hacia el espejo manchado de salpicaduras. Mis mejillas estaban encendidas, mis ojos verdes brillaban con una intensidad febril y mi respiración seguía siendo irregular.

El altercado con Morris me había revuelto el estómago, pero lo que realmente me tenía al borde del colapso nervioso era la intervención de Logan.

No había actuado como el típico caballero blanco intentando rescatar a una damisela en apuros. Pero su intervención había sido visceral, territorial. La forma en que había agarrado a Morris, la furia contenida en su voz... y luego, esa mirada. Esa maldita mirada en el pasillo, cargada de una fiereza protectora y un deseo tan oscuro que me había dejado las rodillas temblando.

Arranqué un par de toallitas de papel del dispensador, me sequé la cara con cuidado de no estropear la máscara de pestañas, y me obligué a componer una máscara de serenidad. Necesitaba salir ahí fuera, sentarme en la mesa, terminar mi refresco y comportarme como una adulta funcional.

Abrí la puerta del baño y salí al pasillo. Me abrí paso entre la multitud, que a esas horas de la noche ya estaba bastante más ruidosa y desinhibida. Cuando por fin llegué a nuestra mesa en la esquina, vi que el grupo se había vuelto a reunir casi por completo. Hannah y Caleb habían regresado de la barra, ambos con las mejillas sospechosamente sonrojadas y sonrisas cómplices. Savannah y Noah también habían vuelto de la pista de baile, respirando agitados y riendo a carcajadas.

Pero la silla frente a la mía estaba vacía.

Me quedé de pie junto a la mesa durante un segundo de más, sintiendo cómo una ola de decepción fría y pesada me golpeaba el

estómago, apagando de inmediato la excitación que traía del pasillo.

—¿Buscando a alguien? —la voz de Ian sonó a mi derecha, baja y perspicaz.

Me deslicé en la silla junto a mi hermano, intentando que mi expresión fuera lo más neutra posible.

—No. Solo miraba a ver si esos idiotas seguían por aquí —mentí a medias—. ¿Dónde está Logan? ¿Ha ido a pedir otra ronda?

Ian apoyó los antebrazos sobre la mesa, girando su propia botella entre las manos. Hacía rato que todos tomábamos cerveza sin alcohol o refrescos y por eso la serenidad de mi hermano era tan peligrosa. Era demasiado perspicaz para mi propio bien. Me miró de reojo, con esa expresión de hermano mayor que sabe leerte las mentiras antes siquiera de que salgan de tu boca.

—Se ha marchado a casa, Ave —dijo Ian, con un tono extrañamente suave—. Ha venido a la mesa hace un par de minutos, ha dejado un billete para pagar su parte, ha dicho que estaba reventado por el turno y se ha largado por la puerta principal. No se ha despedido de ti porque, según él, no quería molestarte mientras estabas en el baño.

El nudo de decepción se apretó hasta casi dejarme sin aire.

«Se ha marchado».

Miré el billete arrugado que Logan había dejado bajo un vaso vacío y sentí una punzada de rabia absurda. No sabía por qué me dolía tanto. No sabía por qué esperaba que él me estuviera aguardando en la mesa después de lo que había pasado en el pasillo. Pero la realidad era que se había vuelto a replegar. Siempre hacía lo mismo. Avanzábamos un paso en la oscuridad del porche o en medio del quirófano, y al día siguiente, o en este caso a los diez minutos, él retrocedía dos kilómetros, construyendo de nuevo su maldito muro de hielo.

Me recosté en la silla, sintiéndome repentinamente exhausta. Toda la energía, la tensión eléctrica, el subidón de adrenalina... todo se había evaporado, dejándome vacía.

Reflexioné sobre mis propias reacciones mientras los demás brindaban por el inicio del fin de semana. Era agotador. Llevaba meses, desde que Logan pisó el hospital, en un ciclo interminable de castigo y recompensa. Me di cuenta de que, en el fondo, siempre estaba buscando su aprobación. Quería demostrarle que yo no era la misma adolescente superficial del instituto, quería que viera a la profesional en la que me había convertido, quería que me validara. Y lo más frustrante era que conseguir esa aprobación era una tarea titánica.

«Eres extraordinaria. Y ya va siendo hora de que te lo creas.»

Sus propias palabras de la madrugada anterior me resonaron en la cabeza como una burla. Si tan extraordinaria le parecía, ¿por qué huía de mí? ¿Por qué se marchaba del bar sin siquiera decirme adiós después de haberme defendido? Era absurdo. Era patético seguir intentando caerle bien, seguir buscando una conexión cuando él dejaba claro constantemente que sus fantasmas y su rencor siempre tendrían la última palabra, a pesar de nuestros recientes acercamientos y de la innegable química física que compartíamos.

El bar, de repente, perdió todo su encanto. La música estaba demasiado alta, el olor a cerveza me revolvía el estómago y la sola idea de tener que sonreír fingiendo que todo estaba bien me parecía una tortura. Di la noche por acabada.

—Yo también me voy a retirar —anuncié, agarrando mi pequeño bolso de la silla—. Tengo la cabeza a punto de estallar y quiero aprovechar que mañana no tenemos guardia para dormir más de cuatro horas seguidas.

Hannah me miró con una mueca de decepción, pero asintió de forma comprensiva.

—¿Quieres que te acompañemos? —ofreció ella.

—No te preocupes, Han. Quedaos. El coche está aparcado justo aquí delante y es un trayecto corto. Disfrutad vosotros.

Me levanté de la mesa. Ian hizo lo mismo, acompañándome unos pasos hacia la salida del local, apartándonos un poco del ruido del grupo. Su postura era tensa, protectora.

—Avery, mírame —me pidió Ian, deteniéndome cerca de la puerta de salida, bajo la luz tintineante del neón.

Levanté la vista hacia él. Ian medía casi lo mismo que Logan, y a veces, esa presencia física tan imponente me recordaba lo mucho que mi hermano me había protegido durante nuestra vida.

—¿Qué pasa, Ian?

Él suspiró, metiendo las manos en los bolsillos de sus vaqueros. Su mirada verde, idéntica a la mía, era un libro abierto de preocupación fraternal.

—No soy ciego. Y tampoco soy imbécil —empezó, bajando la voz para que nadie más nos escuchara—. Veo cómo lo miras. Veo cómo te has tensado cuando te he dicho que se había marchado. Me he dado cuenta del interés que tienes por Logan. Y... he visto cómo él te miraba a ti cuando estabas bailando con Hayes.

Tragué saliva, sintiendo que me acorralaban. Intenté desviar la mirada, pero Ian no me dejó.

—Ian, ves cosas donde no las hay. No hay ningún interés. Es mi compañero de trabajo y, por desgracia, mi casero temporal. Fin de la historia.

—No me mientas, Ave—me cortó Ian, su tono volviéndose más severo—. Logan Pierce es uno de los mejores hombres que conozco. Le confiaría mi vida en la montaña sin dudarlo un segundo, igual que él me la confía a mí. Es leal, es íntegro y es un médico brillante. Pero lo que le hicieron hace años le dejó un agujero negro que difícilmente sanará. Y gran parte de lo que lo rompió tiene que ver contigo y con Carson.

Sentí una punzada de dolor en el pecho. Las palabras de Ian no eran crueles, pero la verdad desnuda escocía.

—No tienes que recordarme mi pasado, Ian. Lo tengo muy presente.

—Te lo recuerdo porque quiero advertirte —continuó mi hermano, poniendo una mano grande y pesada sobre mi hombro, apretando con cariño—. Ten mucho cuidado, Avery. Logan tiene todas las

armas necesarias para romperte el corazón en mil pedazos. No porque sea un cabrón, sino porque su resentimiento y su orgullo están en guerra constante con lo que sea que esté empezando a sentir por ti. Si te metes en ese campo de minas, corres el riesgo de salir destrozada. Y yo no quiero tener que recoger los pedazos de mi hermana pequeña.

Escuché su advertencia, sintiendo el peso de su preocupación. Ian tenía razón en casi todo. Entrar en la órbita de Logan era jugar con fuego.

Esbocé una sonrisa triste, negando con la cabeza.

—No te preocupes, hermano. Estás exagerando una situación que no existe —le aseguré, mi voz teñida de una amargura que no pude camuflar—. Logan jamás se interesaría por mí de esa forma. Me odia por lo del instituto. Yo solo soy la amiga de sus acosadores. El recordatorio constante de su trauma.

Ian me miró durante un largo segundo. Una pequeña sonrisa irónica y carente de humor torció la comisura de sus labios. Negó con la cabeza, como si yo acabara de decir la mayor estupidez del mundo.

—No estés tan segura de eso, hermanita —replicó Ian, con un tono oscuro y sutilmente divertido—. El odio y el deseo se parecen demasiado. Solo... vigila tus espaldas, ¿vale?

No supe qué responder a eso. El comentario de Ian se me clavó en la mente, abriendo una rendija de posibilidad que yo llevaba meses intentando tapiar.

—Buenas noches, Ian. Dale recuerdos al resto —me despedí, dándole un abrazo rápido que él correspondió con fuerza.

—Envíame un mensaje cuando llegues a la cabaña. Conduce con cuidado.

Salí de *The Switchback* hacia la noche cálida de Wildwater Falls. El aire de la montaña me golpeó el rostro, aliviando el calor del bar. Caminé hacia mi coche, arrastrando los pies sobre la grava del aparcamiento.

Mientras metía la llave en el contacto y el motor cobraba vida, mi mente ya estaba recorriendo los kilómetros que me separaban de *Stillwater Lodge*. Ian me había pedido que tuviera cuidado, que no dejara que Logan me rompiera el corazón. Me daba miedo admitir que quizá mi fuerza de voluntad no fuera tan fuerte como para seguir alejándome de él.

DOCE

Logan

La ducha fría había sido una pérdida de tiempo. El agua a temperatura de deshielo que bajaba por las tuberías de la cabaña debería haber sido suficiente para adormecer mis nervios y apagar el incendio que llevaba horas rugiendo en mis entrañas, pero en cuanto cerré el grifo, la realidad volvió a golpearme con la fuerza de un traumatismo craneal.

Me pasé una toalla áspera por el cuerpo con movimientos bruscos, casi violentos, ignorando el reflejo de un hombre que apenas reconocía en el espejo del baño. Salí al pasillo y me puse lo primero que encontré: unos pantalones cortos de pijama de algodón gris. Sin camiseta. Sin ropa interior. No soportaba el roce de nada más sobre mi piel; me sentía hipersensible.

Necesitaba refrescarme. Necesitaba el oxígeno del valle para no asfixiarme con mis propios pensamientos.

Salí al porche y me dejé caer en una de las hamacas de madera. El aire nocturno de Wildwater Falls era un bálsamo, pero el silencio del bosque solo servía para amplificar el ruido en mi cabeza. Apoyé la nuca en el respaldo y cerré los ojos, pero lo único que vi en la oscuridad de mis párpados fue a ella.

Avery.

Traspasando la puerta de *The Switchback* como si fuera la dueña del maldito mundo. El top naranja, de un color tan vibrante que

parecía emitir luz propia, dejaba al descubierto sus hombros pálidos y esa clavícula que me había pasado la noche queriendo morder. Y la falda. Esa falda corta, fluida, que se movía con cada paso que daba, revelando la curva de sus muslos y escondiéndola de nuevo en un juego de sombras que me había tenido al borde del colapso durante tres horas.

Había sido como volver al instituto. Ella volvía a ser la popular, la reina del baile, el centro de gravedad de todas las miradas masculinas del bar. Y yo... yo volvía a ser el marginado, el tipo que la observaba desde la periferia.

Apreté los puños sobre los reposabrazos de la hamaca. Rememoré el momento en que Hayes, ese técnico sanitario con sonrisa de anuncio de dentífrico, se había acercado a ella. Había sentido un impulso animal, una oleada de testosterona tan primitiva que me había costado un esfuerzo sobrehumano no levantarme de la mesa y hundirle el tabique nasal de un puñetazo. Verlo ponerle la mano en la cintura para bailar había sido una tortura china. Me había pasado el resto de la noche intentando no comportarme como un hombre de las cavernas, apretando mi botella de cerveza hasta que el cristal crujió, recordándome que soy un cirujano, un profesional, un hombre civilizado y frío que lleva el autocontrol por bandera.

Pero el autocontrol es una capa muy fina cuando Avery Collins está cerca.

Llevaba apenas diez minutos intentando calmar mis pulsaciones cuando el sonido de unos neumáticos sobre la grava rompió la paz del valle. Era ella. Escuché cómo apagaba el motor y cómo la puerta del coche se cerraba con un golpe seco. Me quedé inmóvil, conteniendo la respiración. Esperé oír sus pasos subiendo el porche delantero e inmediatamente dirigiéndose a su habitación para encerrarse, como solía hacer para evitarme.

Pero no fue así.

La puerta mosquitera se deslizó y, de repente, la luz del salón se filtró hacia el exterior, recortando su silueta. Avery salió al porche.

Seguía llevando la misma ropa. El top naranja resaltaba su piel bajo la luz de la luna y la falda... joder, la falda parecía aún más corta desde este ángulo. Se detuvo en seco al verme. Sus ojos verdes se abrieron de par en par, reflejando una sorpresa que rápidamente se transformó en algo más profundo.

Se quedó allí, paralizada, con la mano aún en el marco de la puerta. Estaba a punto de darse la vuelta y huir, lo veía en la tensión de sus hombros.

—¿Te asusto, Collins? —solté. Mi voz salió más áspera de lo que pretendía, cargada de una hostilidad que era, en realidad, puro miedo a lo que sentía.

Avery inhaló profundamente, recomponiéndose. Dio un paso hacia adelante, aunque se mantuvo a una distancia de seguridad.

—No me asustas, Logan. Solo no esperaba que estuvieras aquí fuera —respondió, intentando que su voz sonara casual.

Me incorporé en la hamaca, sentándome en el borde. El movimiento hizo que mis músculos se tensaran, y noté cómo su mirada bajaba por un segundo hacia mi pecho desnudo antes de volver a mis ojos. Ese pequeño gesto fue como echar gasolina a una hoguera.

—¿Qué tal el reencuentro con tus viejos amigos? —pregunté, refiriéndome al incidente en el pasillo del baño. El recuerdo de Morris intentando tocarla me hizo apretar la mandíbula de nuevo—. Parecía que teníais mucho de qué hablar.

Avery frunció el ceño, cruzándose de brazos sobre el pecho. El top se ajustó a sus formas, y tuve que obligarme a mantener la vista en su rostro.

—No tengo ninguna relación con ellos desde el instituto, Logan. Y lo sabes perfectamente —replicó ella con un tono defensivo—. Yo nunca fui amiga de esos tipos. Yo solo era amiga de Carson.

Solté una risa seca, carente de humor.

—Claro. Porque Carson era un santo varón que no tenía nada que ver con lo que ellos hacían —dije en un tono irónico, dejando que el

veneno del pasado se filtrara en mis palabras—. Siempre has sabido rodearte bien, Avery. Siempre has atraído mucha atención de todo el mundo, y parece que eso no ha cambiado un ápice en doce años. En el hospital, en el bar... da igual dónde estés, siempre hay una fila de hombres esperando su turno.

Sabía que me estaba comportando como un auténtico capullo. Pero me sentía como un animal que necesitaba morder algo. Lo que realmente me carcomía por dentro no era Morris; era el maldito baile con Hayes.

Avery dio un paso hacia mí, con los ojos echando chispas.

—¿A qué viene eso ahora? —me espetó—. ¿Me estás juzgando por lo que pasó en el bar? No tienes ningún derecho. Jamás me has conocido lo suficiente como para juzgar nada de lo que hago o dejo de hacer con mi vida privada.

—Oh, créeme, sé lo suficiente —repliqué, levantándome de la hamaca con una lentitud amenazadora—. El resto me lo puedo imaginar sin mucho esfuerzo. ¿Qué tal el baile con Hayes? Parecía que se estaba divirtiendo mucho con su mano en tu cintura. ¿Ya le has dado tu número o vas a esperar a que te lo pida en el helipuerto mañana?

Avery parpadeó, desconcertada. Se quedó en silencio un momento, como si estuviera procesando la absurdidad de mi ataque. Sabía que sonaba estúpidamente absurdo.

—¿Estás... estás hablando en serio? —preguntó, con una voz que oscilaba entre la incredulidad y la indignación—. ¿Esto es por Hayes? Logan, fue solo un baile. Un maldito baile para quitarme a Ian de encima.

No respondí con palabras. Acorté la distancia que nos separaba con tres zancadas largas. Me puse justo frente a ella, invadiendo su espacio vital hasta que Avery tuvo que echar la cabeza hacia atrás para poder mirarme a los ojos. Podía olerla. Ese aroma a lavanda y mandarina mezclado con el aire fresco de la noche me estaba golpeando los sentidos como una droga. Estábamos tan cerca que podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo.

—Atraías todas las miradas esta noche —le susurré, bajando el tono de voz hasta que se convirtió en una caricia peligrosa—. Todos en ese maldito bar estaban mirándote a ti. Esperando que les dieras un segundo de tu atención. Porque siempre ha sido así, ¿verdad? Avery Collins, la joya de Wildwater Falls.

Avery no retrocedió. Sostuvo mi mirada con una firmeza que me hizo temblar por dentro.

—Esa nunca ha sido mi intención, Logan —replicó, y su voz tembló apenas un milímetro—. En todo caso... en todo caso solo busco la atención de una persona. Solo una. Pero esa persona parece demasiado ocupada odiándome como para darse por aludida.

El mundo se detuvo. Mi corazón dio un vuelco violento contra las costillas. ¿De qué estaba hablando? ¿Estaba diciendo lo que yo creía que estaba diciendo?

—¿Quién es? —pregunté, mi voz sonando como un gruñido bajo —. ¿Quién es ese al que tanto quieres impresionar que te has vestido así esta noche? ¿Quién es el que tiene la suerte de estar en tu lista?

Avery no respondió. Sus labios se entreabrieron, pero no salió ningún sonido. Se limitó a mirarme con una mezcla de desafío y vulnerabilidad que me destrozó las últimas defensas.

Ya no pude resistirme más. La tensión acumulada durante la semana, las noches de insomnio, la frustración del bar y la visión de su cuerpo tan cerca del mío colapsaron en un solo impulso.

—Me he pasado toda la puta noche pensando en meter la mano bajo esa falda —le confesé, mi voz ronca—. He estado fantaseando con comprobar por mí mismo lo mojada que estás después de cómo me has mirado en el pasillo. Pero no voy a ser uno más de tu lista, Avery. No voy a ser el siguiente juguete con el que te entretienes para pasar el rato en el pueblo.

Avery soltó un jadeo ahogado. Sus ojos se humedecieron, pero no de tristeza, sino de pura intensidad.

—No pretendo tal cosa, Logan —dijo, y esta vez su voz fue firme —. Desde que volviste al pueblo, me he mantenido fuera de tu camino. He respetado cada una de tus malditas reglas. Te he dado espacio, he intentado ser invisible para que no tuvieras que recordarme. Y pensaba seguir igual.

La miré, y la rabia empezó a transformarse en algo mucho más peligroso: rendición. Me di cuenta de que no quería que se mantuviera alejada. No quería que fuera invisible. Quería que estuviera justo aquí, desafiándome, quemándome, volviéndome loco. Estaba harto de luchar contra lo inevitable. Me sentía débil, patético por estar tan obsesionado con la mujer que representaba todo lo que debería evitar.

Era una enfermedad para la que no quería cura.

—Quizá si te beso de una vez se me pase esta extraña fascinación —murmuré, más para mí mismo que para ella.

No esperé a que respondiera. No esperé a que se alejara o me diera una bofetada. Alargué la mano y la agarré por la nuca, hundiendo mis dedos en su pelo, mientras con la otra mano la atraía hacia mí por la cintura, sintiendo por fin la suavidad de su piel y la urgencia de su cuerpo contra el mío.

Me dije a mí mismo que, una vez que probara sus labios, me daría cuenta de que Avery Collins era solo una mujer, que la química que creía sentir era una alucinación producto del cansancio, el aislamiento y doce años de rencor mal gestionado. Quería demostrarme que no era para tanto. Que, una vez saciada la curiosidad, el fuego se apagaría y yo recuperaría el control.

Avery soltó un suspiro que sonó como una rendición, y antes de que pudiera procesar nada más, incliné la cabeza y cerré la distancia, estrellando mis labios contra los suyos.

Qué idiota fui.

El primer contacto fue una explosión.

No fue un beso suave, ni tentativo, ni dulce. Nuestras bocas se abrieron al unísono, buscándose con un hambre que me dejó los

oídos zumbando. Mi lengua encontró la suya en una danza caótica y desesperada, reclamando, explorando. Avery no retrocedió. No hubo ni un rastro de la vacilación que yo esperaba. Se abrió a mí sin reservas, rodeando mi cuello con sus brazos y tirando de mí hacia ella con una pasión que igualaba la mía.

Solté un gruñido bajo, un sonido animal que nació en lo más profundo de mi pecho, y la empujé hacia atrás. Mis manos, todavía enredadas en su pelo, la guiaron hasta que su espalda chocó con la barandilla de madera del porche. El sonido de la madera crujiendo se perdió bajo el rugido de la cascada, pero el impacto no la detuvo. Avery arqueó el cuerpo hacia mí, pegando su pecho a mi torso desnudo, y yo la arrinconé con todo el peso de mi cuerpo.

Me di cuenta de que mi atracción por ella no solo no era una alucinación, sino que era infinitamente más peligrosa de lo que me había atrevido a imaginar. La química no era solo explosiva; era atómica. Cada centímetro de piel que tocaba, cada suspiro que ella exhalaba en mi boca, me hundía más en un abismo de deseo que no tenía fondo. No la deseaba menos ahora que la estaba besando.

Me estaba volviendo loco de remate.

Quería más. Quería su piel, su aliento, sus gemidos. Quería borrar el pasado y el futuro hasta que solo quedara este momento, este porche y el calor abrasador de Avery Collins.

Me separé de ella solo unos centímetros, lo justo para poder respirar, aunque el aire del valle parecía haberme abandonado. Ambos jadeábamos, con los pechos subiendo y bajando de forma errática. La luz de la luna bañaba su rostro, iluminando sus labios hinchados por mi beso y sus ojos verdes, que brillaban con una intensidad que me hizo temblar las rodillas. No tenía palabras. El elocuente cirujano de hielo se había quedado mudo, incapaz de procesar la magnitud del terremoto que acababa de ocurrir.

Nos miramos a los ojos durante una eternidad que apenas duró unos segundos. La tensión era física, una cuerda tensada al máximo entre nosotros.

—Logan… —susurró ella. Su voz era un hilo de seda, apenas audible por encima del agua—. La última vez que dormí bien… la única noche en años en la que descansé de verdad… fue la noche que compartimos ese camastro en la sala de descanso.

Esa confesión fue mi fin. Quería hacerme el tonto e ignorar el significado real de lo que me acababa de decir. Pero la realidad es que comprendía demasiado bien lo que Avery intentaba decirme.

No fue el deseo, ni la falda corta, ni el bar. Fue la vulnerabilidad en su voz. Saber que yo, el hombre que la había tratado con frialdad y desprecio era el único lugar donde ella encontraba paz, me destrozó las últimas defensas.

Volví a estrellar mis labios contra los suyos, pero esta vez el beso tenía una nota de posesión absoluta. Ya no estaba probando nada; estaba reclamando lo que era mío.

—Sujétate —le ordené contra su boca.

Agarré su muslo derecho y lo levanté, obligándola a envolver mi cadera con su pierna. Avery obedeció de inmediato, enterrando sus dedos en mis hombros, sujetándose a mí como si fuera su único anclaje en medio de una tormenta. La falda se subió, dejando su piel expuesta al aire fresco de la noche, pero el contraste con mi calor era lo que la hacía gemir.

—Sujétate fuerte a lo que puedas, Avery. No me voy a detener a menos que me digas que pare ahora mismo —mi voz era un susurro dominante.

Bajé mi mano libre, deslizándola por la curva de su cadera, sintiendo la suavidad de su falda antes de encontrar lo que buscaba. No me molesté en ser delicado. Mis dedos se engancharon en la fina tela de sus bragas y tiré de ellas hacia abajo. Avery soltó un jadeo, una mezcla de sorpresa y urgencia, mientras yo apartaba la prenda y la dejaba caer al suelo del porche.

En cuanto mi mano encontró su centro, el mundo desapareció. Estaba empapada. El calor líquido que me recibió fue la confirmación de todo lo que ella no se atrevía a decir. Empecé a masturbarla con

un ritmo firme y experto, buscando su clítoris con el pulgar mientras mis otros dedos exploraban su humedad.

Avery se deshizo entre mis manos. Echó la cabeza hacia atrás, exponiendo su cuello a la luz de la luna, y soltó un gemido largo y roto que se clavó en mi columna vertebral. Se abandonó a mí con una confianza que me volvió aún más loco. No intentaba controlar el momento, no intentaba ocultar su placer; simplemente se entregaba a mi tacto, a mi mando, a la forma en que yo la estaba haciendo mía en ese porche.

—Eso es… —murmuré, observando cómo sus ojos se ponían en blanco mientras yo aceleraba el ritmo—. Grita lo que quieras, Avery. Solo para mí.

La visión de ella perdiendo el control, sometida por completo a la sensación que mis manos le provocaban, fue la experiencia más erótica de mi vida. El sonido de su respiración entrecortada y el roce de su piel contra la mía me llevaron al límite.

Sentí una presión insoportable en mi propio vientre. El roce de mi erección contra la tela de mis pantalones de pijama, presionado contra su cadera, se volvió una tortura. No me importó. Seguí concentrado en ella, viendo cómo sus músculos se tensaban, cómo sus dedos se clavaban en mis brazos hasta hacerme daño.

—Logan… Logan, por favor…más —gimió, arqueándose contra mi mano.

—No pararé. Mírame —le exigí.

Ella abrió los ojos, empañados por el deseo, y en el momento en que nuestras miradas se cruzaron, el orgasmo la alcanzó. Avery se sacudió contra mí en una serie de espasmos violentos y profundos. Su grito quedó ahogado contra mi cuello mientras se aferraba a mí con todas sus fuerzas, vaciándose en mis manos.

La intensidad de su clímax fue el detonante final. Sentí cómo la cabeza me daba vueltas y, sin previo aviso, mi propio cuerpo se rindió. Me corrí con una fuerza que me dejó sin aliento, ensuciando mis propios pantalones de pijama como si fuera un adolescente que toca a una mujer por primera vez. Fue humillante y, al mismo

tiempo, la sensación más satisfactoria y liberadora que había experimentado jamás. No me importó la mancha, ni el frío, ni lo patético de la situación. Solo me importaba el peso de Avery contra mí.

Me quedé allí, sujetándola con fuerza contra mi pecho, rodeándola con mis brazos mientras ambos intentábamos recuperar el aire. Mi mano todavía descansaba entre sus piernas, sintiendo los últimos temblores de su placer. El silencio regresó al porche, roto solo por nuestras respiraciones agitadas y el rumor eterno del agua.

Avery se quedó completamente laxa contra mí. Sus músculos, que segundos antes habían estado en tensión absoluta bajo mis manos, se rindieron a un agotamiento repentino y profundo. Mantuve mis brazos firmemente envueltos alrededor de su cuerpo, sosteniendo su peso mientras ella apoyaba la frente contra el hueco de mi cuello. Su respiración caliente, todavía inestable, me acariciaba la piel desnuda, enviando oleadas de una intimidad sobrecogedora directamente a mi torrente sanguíneo.

Nos quedamos así durante varios minutos en la penumbra del porche. El aire helado del valle chocaba con el calor que irradiábamos, pero Avery no tiritaba; estaba anclada a mí, envuelta en mi calor corporal.

Lentamente, desenredé su pierna de mi cadera. Avery soltó un pequeño murmullo de protesta, un sonido somnoliento que me partió el corazón de una forma que no estaba dispuesto a analizar.

—Tranquila. Te tengo —susurré, mi voz ronca y más suave de lo que jamás había sonado.

Sin darle tiempo a reaccionar, pasé un brazo por debajo de sus rodillas, el otro por su espalda, y la levanté en brazos. Avery no opuso resistencia. Al contrario, instintivamente rodeó mi cuello con los brazos y hundió el rostro en mi cuello, exhalando un suspiro largo y pesado.

Caminé con ella hacia el interior de la cabaña. Entré al salón, donde la débil luz de una lámpara de lectura proyectaba sombras alargadas sobre la madera de cedro. Llegué hasta la puerta de su

habitación, que estaba entreabierta, y la empujé con el hombro. La oscuridad aquí era casi total. Me acerqué a la cama y, con el mayor de los cuidados, la deposité sobre el colchón.

Avery se hundió en las almohadas, y la falda corta se le subió un poco más por los muslos, pero en ese momento, mi lujuria había sido aplacada y reemplazada por algo mucho más profundo y aterrador.

Me quedé de pie junto al borde de la cama, mirándola. El top naranja resaltaba en la penumbra.

—Avery —la llamé en un susurro, inclinándome hacia ella—. ¿Necesitas ayuda con algo? ¿Quieres que te ayude a quitarte la ropa para que duermas más cómoda?

Ella se removió perezosamente sobre el colchón. Giró el cuerpo, dándome la espalda, y se hizo un ovillo abrazando una de las almohadas. Su voz sonó pastosa, pesada, la voz de alguien que ya tiene un pie en el mundo de los sueños.

—No... estoy bien así —murmuró, arrastrando las palabras—. Creo que... creo que por fin voy a poder tener una noche de sueño completa.

Me quedé congelado, observando cómo su respiración se volvía lenta, profunda y rítmica. Se había quedado dormida en cuestión de segundos.

La tentación me golpeó con la fuerza de un mazo.

Miré el espacio vacío en el colchón a sus espaldas. Todo mi cuerpo, cada maldita célula de mi ser, me gritaba que me quitara los pantalones, que me metiera bajo las sábanas con ella y que la rodeara con mis brazos por detrás. Quería sentir su espalda contra mi pecho toda la noche, quería despertar con el olor a lavanda inundando mis pulmones.

Pero me detuve. Mi mano, que había estado a punto de alcanzar el borde de la manta, se quedó suspendida en el aire.

Cruzar esa línea no era como besarla en el porche. El sexo, el deseo, la dominación física... todo eso lo podíamos gestionar. Pero

dormir juntos era diferente. Compartir la cama durante toda una noche, en su habitación, implicaba un nivel de intimidad emocional y de vulnerabilidad para el que ninguno de los dos estaba preparado. Era saltarse demasiados pasos. Además, Avery estaba prácticamente inconsciente; meterse en su cama sin su consentimiento explícito, en su estado actual, sería abusar de la confianza ciega que acababa de depositar en mí cuando se rindió en mis brazos.

Tragué saliva, luchando contra mis propios instintos. Extendí la mano, pero solo para agarrar la sábana ligera que estaba a los pies de la cama y tirar de ella hacia arriba, cubriendo sus hombros desnudos.

—Descansa, Avery —susurré en la oscuridad.

Antes de dirigirme a mi cuarto, hice un recorrido completo por la casa. Comprobé que la puerta mosquitera del porche estaba bien cerrada y le eché el pasador a la puerta principal de madera maciza. Revisé las ventanas del salón y me aseguré de que todos los cierres estuvieran bloqueados. Después de haberme topado con Morris en el bar, y sabiendo que esos idiotas andaban sueltos y borrachos por el pueblo, no iba a dejar absolutamente nada al azar. Nadie iba a entrar en esta casa. Avery estaba a salvo bajo mi techo.

Me dirigí hacia el baño, encendí la luz y me miré en el espejo. Mis ojos estaban oscuros, dilatados, y mi pecho desnudo aún conservaba el enrojecimiento de donde ella se había aferrado a mí.

Levanté una mano y miré mis dedos. La idea de abrir el grifo y dejar que el jabón y el agua caliente se llevaran todo me resultó repentinamente insoportable. No quería volver a oler a gel de ducha. Quería olerla a ella.

Decidí evitar la ducha. En su lugar, me quité los pantalones de pijama con un movimiento brusco y los tiré al fondo del cesto de la ropa sucia. Fui al lavabo, cogí una toalla pequeña, la humedecí ligeramente con agua tibia y me limpié lo estrictamente necesario para no sentirme incómodo. Apagué la luz, dejándome a oscuras, y caminé hacia mi cama.

Me tumbé de espaldas, completamente desnudo sobre las sábanas frías.

Clavé la mirada en el techo de madera de la cabaña, entrelazando las manos detrás de la cabeza. Estaba físicamente agotado, mi cuerpo pesado y relajado tras el orgasmo, pero mi cerebro se negaba a apagarse.

«La última vez que dormí bien fue la noche que compartimos ese camastro en la sala de descanso».

Cerré los ojos, sintiendo un nudo en la garganta. Avery Collins, la mujer a la que yo creía detestar, no me buscaba solo por una atracción física incontrolable. Me buscaba porque yo le daba paz. Yo era el lugar donde sus demonios se callaban. Reconocer ese nivel de dependencia emocional mutua era aterrador. Había intentado odiarla durante doce años, y había fracasado estrepitosamente. Me quedé dormido con esa única certeza, deseando que las horas pasaran rápido para que amaneciera y pudiera volver a verla.

TRECE

Avery

Abrí los ojos despacio, parpadeando contra la luz dorada de la mañana que se filtraba a través de las lamas de la persiana. La cabaña estaba sumida en un silencio pacífico, salpicado únicamente por el canto de los pájaros y el rumor distante de las cataratas. Respiré hondo, estirando los brazos por encima de la cabeza con un gemido de satisfacción. Había dormido. Dios mío, había dormido como no lo hacía desde antes del accidente. Fue un sueño profundo, pesado, sin sombras ni pesadillas, un letargo reparador que me había reiniciado el sistema por completo.

Me senté en el borde del colchón, frotándome los ojos con el dorso de las manos, y bajé la mirada hacia mi cuerpo.

El aire se me atascó en los pulmones.

Todavía llevaba puesto el top naranja de tirantes y la falda corta con la que había ido a *The Switchback* la noche anterior. La tela estaba arrugada por haber dormido con ella, y la falda se había subido peligrosamente hasta la parte alta de mis muslos. Pero lo que hizo que mi corazón empezara a golpear contra mis costillas a una velocidad vertiginosa fue la súbita ráfaga de aire frío en mi entrepierna cuando moví las piernas.

No llevaba ropa interior.

Los recuerdos me asaltaron con la violencia de una avalancha. El bar, el encontronazo con Morris en el pasillo, la intervención de

Logan, mi huida y, finalmente, el porche.

Llevé mis manos al rostro, sintiendo cómo mis mejillas ardían. La memoria era nítida, implacable y abrumadoramente erótica. Recordé la dureza de la barandilla de cedro contra mi espalda y el peso abrasador del pecho de Logan aplastándome contra ella. Recordé sus dedos grandes y fuertes, enredándose en mi pelo, y la forma en que sus labios devoraron los míos con una necesidad que rozaba la desesperación. Recordé cómo me levantó la pierna, cómo tiró de mis bragas hasta arrancarlas de mi cuerpo y cómo sus dedos me encontraron, húmeda y dispuesta, rindiéndome por completo a su tacto.

Cerré los ojos, y un estremecimiento me recorrió la espina dorsal. Lo que más me impactaba a la luz del día no era el acto físico en sí, sino cómo me había sentido en ese momento. Me había sentido increíblemente confiada, enloquecida de un deseo que barría cualquier sentido del decoro o de la precaución. En aquel porche, bajo el cielo estrellado de Wildwater Falls, mi única y absoluta preocupación en el mundo era que Logan Pierce no se detuviera. Que no dejara de tocarme, que no dejara de besarme, que no dejara de mirarme.

Deslicé la mano por las sábanas hacia el otro lado de la cama. El algodón estaba frío y liso. Logan no estaba allí. Recordé vagamente cómo me había levantado en brazos, sosteniéndome contra su pecho mientras yo caía en la inconsciencia, y cómo me había dejado sobre este colchón con delicadeza.

Se marchó. No se quedó a pasar la noche conmigo.

De repente, una ola de vergüenza y dudas me inundó el pecho, apretando el estómago hasta dejarme con náuseas. Me abracé a mí misma, encogiendo las rodillas contra el pecho. ¿Por qué se había ido? Es decir, entendía que no éramos pareja y que teníamos reglas, pero acababa de hacerme llegar al clímax más brutal de mi vida en el porche. ¿Se había arrepentido en el momento en que me dejó aquí?

Conociendo a Logan, su mente analítica y su orgullo podrían haber vuelto a tomar el control en cuanto mi cuerpo dejó de estar pegado al suyo. Quizá ahora, con la luz del día, sentía que había cruzado una línea imperdonable. La simple idea de salir al salón y encontrarme de nuevo con la máscara de frialdad, con el cirujano sarcástico e intocable, me provocó un nudo de pánico en la garganta. ¿Nuestra relación había cambiado a mejor, o este encuentro físico solo serviría para que el muro de hielo entre nosotros fuera el doble de grueso a partir de hoy?

No quería averiguarlo. De momento, prefería aferrarme a la bendita ignorancia. No estaba preparada para un rechazo, ni para una conversación incómoda.

Miré el reloj de la mesilla. Eran pasadas las ocho de la mañana. Hoy era sábado y, gracias a todos los dioses, no tenía turno en el hospital. Había planeado aprovechar la mañana libre para ir al pueblo y visitar la tienda de mis padres, pasar algo de tiempo con ellos y ayudar en lo que hiciera falta. Era el plan perfecto para huir de la cabaña y de la confrontación inminente.

Sabiendo que Logan era una criatura de hábitos estrictos y que, especialmente después de una noche estresante, solía salir a hacer su carrera matutina por el bosque al amanecer, asumí que la casa estaba vacía. Seguramente llevaría horas devorando kilómetros en los senderos de *Granite Pass*.

Me levanté de la cama, descalza, todavía con mi ropa arrugada de salir, el top naranja que se había bajado un poco por el escote y la falda corta. Me sentía pegajosa y sucia, así que decidí que una ducha rápida era el primer paso indispensable antes de enfrentarme al mundo civilizado.

Salí al pasillo de madera. El silencio era sepulcral, lo que confirmó mi teoría de que estaba sola. Caminé hacia el baño compartido arrastrando un poco los pies, con la mente todavía dándole vueltas a cómo demonios iba a mirar a Logan a la cara la próxima vez que nos cruzáramos en la cocina.

Agarré el pomo de la puerta del baño, lo giré sin pensar y empujé.

Una nube de vapor caliente, densa y perfumada con el inconfundible olor a jabón masculino me golpeó de lleno en el rostro.

Me quedé congelada en el umbral.

Logan no estaba corriendo por el bosque.

Acababa de cerrar el grifo de la cabina de cristal. Se giró al oír la puerta, y el aire se evaporó de mis pulmones. Estaba completamente desnudo.

El tiempo pareció detenerse, transformando la escena en una fotografía que se grabó a fuego en mis retinas. Gotas de agua resbalaban por la amplitud de sus hombros y su pecho esculpido, trazando caminos brillantes a lo largo de su abdomen tenso y desapareciendo por la línea en V que apuntaba hacia su ingle. Pero lo que me dejó sin habla fue su cabello. Logan siempre llevaba ese pelo rubio y rebelde perfectamente atado en un moño estricto en el hospital. Solo lo había visto con el pelo suelto y revuelto en las noches robadas en el porche. Ahora, sin embargo, estaba completamente suelto, mojado, cayéndole por el cuello y rozando sus hombros en un desorden salvaje que lo hacía parecer el doble de imponente.

Intenté cerrar la puerta. Intenté pedir perdón, dar un paso atrás y huir hacia mi cuarto, pero mi cuerpo se negó a obedecer ninguna orden racional. Estaba paralizada, anclada al suelo de madera, con los ojos abiertos de par en par.

Logan no hizo ni un solo ademán de cubrirse con las toallas que colgaban a un metro de distancia. Se quedó allí, en el centro del baño humeante, y su reacción me destrozó los esquemas. No había sorpresa en su rostro, ni asomo de pudor. Sus ojos violeta, oscurecidos por un deseo repentino, bajaron desde mi rostro hasta mis pies.

Me dio un repaso lento, deliberado y abrasador. Su mirada evaluó el top naranja arrugado, la piel expuesta de mi clavícula, y se detuvo

con una fijeza depredadora en la falda corta, sabiendo exactamente qué faltaba debajo.

Sentí que la sangre calentaba mis mejillas con tanta fuerza que casi dolía. Me estaba sonrojando violentamente, pero era incapaz de apartar la vista.

Mis ojos, con voluntad propia, iniciaron su propio recorrido por la anatomía de Logan. Tragué saliva con fuerza cuando mi mirada descendió desde su ombligo. Su pene, que inicialmente estaba en un estado de reposo a medias, empezó a reaccionar ante nuestra intensidad compartida.

Frente a mis propios ojos, la erección de Logan empezó a crecer. Se hizo más pesada, más gruesa y dura con cada segundo que pasábamos mirándonos en silencio, latiendo con una exigencia que me trajo de vuelta todos los recuerdos de su cuerpo presionando contra el mío la noche anterior.

El sonrojo de la vergüenza se mezcló instantáneamente con un latigazo de pura excitación. Estaba viéndolo desnudo, exhibiéndose ante mí con una arrogancia magnética. Todo en él me excitaba: el pelo mojado, la amplitud de su pecho, la evidencia innegable de lo mucho que me deseaba a plena luz del día. El pulso me martilleaba en la nuca y el centro de mi cuerpo volvió a palpitar, recordándome la fricción de sus dedos.

El silencio en el baño era tan tenso que casi podía escuchar el sonido del agua goteando de su piel contra los azulejos.

Finalmente, Logan rompió el encanto. Pero no lo hizo retrocediendo, ni pidiendo disculpas por la falta de ropa.

Con paso firme y seguro, caminó hacia la puerta. Hacia mí.

Me mantuve quieta, petrificada en el marco de la puerta. Logan acortó la distancia hasta que su cuerpo desnudo y mojado estuvo a centímetros del mío.

No se detuvo. Pasó justo por mi lado, obligándome a contener la respiración mientras su brazo húmedo rozaba deliberadamente mi hombro cubierto por el top naranja. La fricción de su piel mojada

contra la tela arrugada me arrancó un pequeño e involuntario estremecimiento.

Logan se inclinó apenas un par de centímetros, acercando los labios a mi oreja. Podía sentir el calor de su aliento contrastando con el frío de las gotas de su pelo en mi cuello.

—La próxima vez que entres así, no te quedes solo ahí plantada mirando, Collins —susurró, con esa voz grave, ronca y cargada de una intención oscura y pecaminosa que me hizo temblar hasta los cimientos—. Podemos compartir la ducha.

No esperó mi respuesta. De hecho, dudo que hubiera sido capaz de articular una sola sílaba. Se apartó de mí con la misma tranquilidad con la que se había acercado, completamente desnudo, caminando por el pasillo hacia su habitación con una seguridad apabullante y cerrando la puerta tras de sí con un suave *clic*.

Me quedé allí, agarrada al marco de la puerta del baño, rodeada por el vapor y el olor de su jabón. Mis rodillas temblaban tanto que temí perder el equilibrio. Mi corazón galopaba desbocado y mis bragas... si hubiera llevado unas, estarían empapadas.

Todas mis dudas, mis miedos sobre si se habría arrepentido o si volvería a construir el muro de hielo, se habían hecho pedazos en menos de dos minutos. Logan no se estaba alejando. Todo lo contrario.

Me estaba provocando.

* * *

El olor inconfundible a neopreno nuevo, cuero impermeabilizado y gas de camping siempre tenía el poder de anclarme a la tierra. *Collins Outdoor Gear*, la tienda especializada en material de acampada, escalada y deporte de aventura que mis padres habían fundado hacía casi treinta años, era mi refugio seguro en Wildwater Falls. A diferencia de las paredes del hospital, donde la vida y la

muerte pendían de un hilo, aquí los mayores dramas se limitaban a si los envíos de mosquetones habían llegado a tiempo para la temporada alta de escalada en *Granite Pass.*

Estaba sentada en el pequeño despacho de la trastienda, rodeada de cajas de botas de montaña y chaquetas Gore-Tex, repasando una hoja de cálculo en el portátil. Una vez al mes, me obligaba a desconectar del caos de Urgencias para venir a ayudar a mi padre con el inventario, las compras a proveedores y la contabilidad. Era una rutina que me relajaba y que, hoy especialmente, necesitaba como el aire para respirar.

Mi padre, un hombre de pocas palabras, estaba a mi lado revisando unos albaranes de entrega. Siempre había sido el polo opuesto a mi madre: serio, reservado, pero con un instinto protector hacia Ian y hacia mí que lo convertía en un pilar inquebrantable.

—Los números de los arneses de escalada no cuadran con el albarán del martes, papá —le comenté, señalando la pantalla.

Él frunció el ceño, ajustándose las gafas de lectura que odiaba llevar sobre el puente de la nariz.

—Los de Black Diamond siempre hacen envíos fraccionados. Lo revisaré luego en el almacén —respondió con su tono pausado. Dejó los papeles sobre la mesa y me miró fijamente durante un par de segundos—. Te noto distraída hoy, Avery. ¿Todo bien en el trabajo? ¿Y en esa cabaña? Si ese chico, Pierce, te está dando algún problema, solo tienes que decirlo. Puedo hacerle una visita.

Sonreí con ternura ante su instinto paternal. Si mi padre supiera exactamente la clase de "problemas" que Logan Pierce me estaba dando últimamente, y cómo me había dejado las rodillas temblando en el porche la noche anterior, probablemente cogería un piolet del expositor y marcharía directo hacia *Stillwater Lodge*.

—Todo está bien, papá. Logan y yo nos respetamos. Solo estoy un poco cansada de los turnos, eso es todo.

Justo cuando mi padre asentía, no muy convencido, el tintineo alegre de la campanilla de la puerta principal anunció la llegada de un cliente.

—¡Catherine, cariño! ¡Dime que habéis recibido las nuevas hamacas de tela de paracaídas!

Reconocí la voz de inmediato. Me asomé por la puerta del despacho hacia la zona de exposición. Allí estaba Maggie Pierce, la madre de Logan. Como siempre, su presencia era imposible de ignorar. Llevaba unos pantalones de lino anchos de color turquesa, una blusa estampada con motivos florales y unas gafas de sol *oversize* colgando del escote, un estilo bohemio y extravagante que contrastaba de forma cómica con la seriedad taciturna de su hijo.

Mi madre salió de detrás del mostrador, secándose las manos en su delantal de lona, y recibió a Maggie con un abrazo cálido y efusivo.

—¡Avery, cielo! —exclamó Maggie en cuanto me vio salir del despacho, dejando a mi madre a un lado para caminar hacia mí con los brazos abiertos—. Qué alegría verte por aquí un sábado.

—Hola, Maggie. Es día de inventario —respondí, aceptando su abrazo.

Maggie me agarró por los hombros, separándome un poco para examinarme de arriba abajo con una sonrisa radiante.

—Estás preciosa. El aire del bosque te está sentando de maravilla —aseguró, antes de bajar un poco la voz en un tono de confidencia —. Cuéntamelo todo. ¿Qué tal tu estancia en la cabaña? ¿Te has sentido cómoda? ¿Mi hijo gruñón te está tratando bien o tengo que ir a tirarle de las orejas? Ya sé que Logan puede ser un poco... intenso con su espacio.

Mi mente me traicionó de inmediato. La imagen de Logan Pierce emergió con una claridad devastadora. Lo vi tal y como lo había dejado hacía un par de horas: de pie en el baño, con el pelo rubio empapado cayéndole sobre los hombros, el agua resbalando por los músculos de su abdomen y esa erección dura, pesada y exigente creciendo frente a mis propios ojos. Escuché el eco de su voz ronca rozando mi oreja: «La próxima vez no te quedes solo ahí plantada... podemos compartir la ducha.»

Sentí que el calor me subía por el cuello con la velocidad de un incendio forestal. Un rubor violento, rojo y delator se extendió por mis mejillas y mis orejas. Intenté tragar saliva, pero tenía la boca seca.

—Oh, yo... eh... —balbuceé, sintiéndome como una adolescente —. La cabaña es preciosa, Maggie. Muy acogedora. Y Logan... Logan ha sido un anfitrión muy correcto. Nos llevamos bien. Muy bien, de hecho. Sin problemas.

Maggie arqueó una ceja, claramente divertida por mi tartamudeo y mi repentina incapacidad para articular una frase coherente. Miró a mi madre por encima de mi hombro, y fue entonces cuando lo vi.

Fue un intercambio de miradas rápido, sutil, pero cargado de intenciones. Mi madre, apoyada en el mostrador, esbozó una pequeña sonrisa cómplice y asintió levemente hacia la madre de Logan.

De repente, todo cobró sentido.

Eran dos casamenteras de manual, convencidas de que encerrarnos a Logan y a mí bajo el mismo techo iba a solucionar nuestros problemas del pasado y, al parecer, forjar un futuro.

Nos estaban tendiendo una trampa romántica, y a juzgar por lo que había pasado en el porche, su plan estaba funcionando catastróficamente bien.

Pero no estaba dispuesta a darles la satisfacción de confirmarlo.

—Si me disculpáis —dije, interrumpiendo su intercambio de miradas y señalando hacia la parte de atrás con el pulgar—, tengo que ir al almacén a contar cajas de mosquetones. Mi padre me necesita. Ha sido un placer verte, Maggie.

—¡Claro, cariño, no te entretengo! —canturreó Maggie, guiñándome un ojo de forma poco disimulada—. Ya nos contaremos más cosas. ¡Dale recuerdos a Logan de mi parte esta noche!

Huí hacia la seguridad del almacén antes de que la vergüenza me consumiera por completo.

El resto del día transcurrió en un borrón de cajas de cartón, albaranes y recuentos de inventario. Pero cuando el sol empezó a ponerse tras las montañas y la tienda cerró sus puertas, la realidad volvió a presentarse frente a mí.

Mis padres insistieron en que me quedara a cenar con ellos en la casa familiar, situada a un par de calles de la tienda. Acepté de inmediato. Demasiado rápido, de hecho.

Ahora, sentada en la mesa de la cocina de mi infancia, dando vueltas a un trozo de pollo asado en mi plato, me di cuenta de lo que estaba haciendo. Estaba retrasando lo inevitable como una cobarde.

Estaba evitando volver a la cabaña.

Ayudé a mi padre a recoger la mesa y me puse a fregar los platos junto a mi madre, con una lentitud deliberada que provocaba que me lanzara miradas de reojo cada pocos minutos. Por suerte dejó el tema tranquilo y no me hizo preguntas.

Me apoyé en la encimera de la cocina, secando el mismo plato por tercera vez mientras escuchaba el tic-tac del reloj de pared. Eran casi las once de la noche.

Suspiré, reconociendo mi propia cobardía. La excitación vertiginosa de la mañana, cuando Logan me provocó en la puerta del baño, había dado paso a un miedo paralizante. No sabía qué me iba a encontrar al otro lado de la puerta de *Stillwater Lodge*. La imprevisibilidad de Logan me aterraba.

Enfrentarme a su rechazo sería un golpe devastador para mi orgullo y para mi corazón. Pero enfrentarme a su deseo abierto y sin barreras... eso era aún más peligroso. Porque si Logan Pierce volvía a mirarme como me había mirado al salir de la ducha, si volvía a invitarme a entrar con él, sabía con absoluta certeza que yo no tendría la fuerza de voluntad para decir que no.

Colgué el trapo de cocina en su gancho, me despedí de mis padres con un abrazo prolongado y salí hacia mi coche.

El trayecto hasta la cabaña fue extrañamente corto. Cuando escuché el crujido de la grava bajo los neumáticos de mi coche me pareció ensordecedor en medio de la quietud del valle. Apagué el motor y me quedé un momento apoyada en el volante, dejando que el silencio de la noche me envolviera.

Salí del coche y caminé hacia la entrada de *Stillwater Lodge*. El todoterreno de Logan estaba aparcado en su sitio habitual.

Entré en la cabaña con el sigilo de un ladrón y fui directa a mi habitación, dejé el bolso sobre una silla y me dirigí al baño. Necesitaba que el agua caliente relajara mis músculos tensos y, con suerte, lavara la ansiedad que me provocaba la simple idea de cruzarme con él. La ducha fue larga, dejando que el chorro casi hirviendo me golpeara la nuca y la espalda. Al cerrar el grifo, el aire del baño se sintió frío. Me sequé rápidamente y me puse mi pijama de verano prescindiendo de la ropa interior.

Regresé a mi habitación, cerré la puerta y me dejé caer sobre el colchón.

Cerré los ojos, esperando que el cansancio me arrastrara rápidamente hacia la inconsciencia. Sin embargo, en el instante en que mi cabeza tocó la almohada, mi cerebro decidió encender todos los interruptores.

El insomnio, mi viejo, cruel y leal compañero, estaba de vuelta.

Di una vuelta. Luego otra. Aparté las sábanas de una patada, sintiendo que el calor de la habitación me asfixiaba.

De repente, una idea empezó a tomar forma en mi mente. Una idea irracional, peligrosa y completamente desesperada.

Pensé en las dos únicas veces en los últimos doce años en las que había dormido del tirón, sin pesadillas, sin dar vueltas, sumida en una paz absoluta. La primera fue en el estrecho camastro de la sala de descanso de Urgencias. La segunda, la noche pasada en esta misma cama, después de que él me dejara aquí. ¿Cuál era el denominador común?

Él.

Me senté en el borde de la cama, con el corazón empezando a martillear contra mis costillas. La noche, el calor y la falta de sueño me envalentonaron para levantarme de la cama y salir de mi habitación.

El suelo de madera del pasillo estaba frío bajo mis pies descalzos. Al llegar frente a su puerta cerrada, dudé. Levanté la mano, temblando ligeramente, y me quedé paralizada durante un par de segundos. Podía dar la vuelta. Podía volver a mi cama y seguir luchando contra los fantasmas.

Apreté los dientes, giré el pomo de latón muy despacio y empujé.

La habitación de Logan olía intensamente a él. Ese aroma puramente masculino que me aceleraba el pulso. La oscuridad aquí no era total; la luz de la luna se filtraba por las rendijas de la persiana, dibujando franjas plateadas sobre el suelo y sobre la cama.

En la penumbra, vi su silueta. Estaba tumbado de lado, dándome la espalda, ocupando el lado izquierdo de la cama de matrimonio. Su respiración era profunda y regular. Estaba profundamente dormido.

Tragué saliva, sintiendo que cometía una locura monumental, pero ya no había marcha atrás. Me acerqué al lado derecho de la cama. Levanté la sábana con un cuidado obsesivo, asegurándome de no hacer ruido, y me deslicé en el interior.

El colchón se hundió ligeramente bajo mi peso. Me quedé rígida, tumbada bocarriba, ajustando mi cuerpo en el borde mismo de la cama para mantener una distancia de seguridad prudencial. No quería tocarlo. Solo quería estar ahí, respirar el mismo aire, rodearme de su olor para engañar a mi cerebro y que me permitiera dormir.

Cerré los ojos, inhalando profundamente y casi al instante, sentí que la tensión de mis hombros empezaba a ceder. Había funcionado.

Pero la paz duró exactamente tres segundos.

La respiración de Logan cambió de ritmo. El sonido acompasado se cortó de repente. Sentí cómo el colchón crujía a mi lado.

Abrí los ojos en la penumbra, con el corazón congelado en el pecho, justo a tiempo para sentir cómo la enorme masa muscular de su cuerpo se movía. Logan se dio la vuelta lentamente, arrastrando las sábanas consigo, hasta quedar mirando en mi dirección.

En la oscuridad de la habitación, sus ojos violeta se abrieron. Estaban fijos en mi rostro.

No estaba soñando. No estaba medio dormido. Me di cuenta, con una mezcla de terror absoluto y una excitación salvaje que me cortó la respiración, de que Logan Pierce estaba completamente despierto.

CATORCE

Logan

Fui arrancado del sueño profundo en el que estaba sumido por ese aroma inconfundible de lavanda y cítricos dulces.

Me giré sobre mi costado hasta quedar cara a cara con la nueva fuente de calor en mi cama, cuando abrí los ojos ahí estaba ella.

Avery estaba acurrucada en una posición defensiva, casi al límite del colchón, como si estuviera lista para saltar y huir al primer indicio de rechazo. En la oscuridad, sus ojos verdes eran dos pozos de sombra, pero estaban abiertos de par en par, fijos en los míos. Estaba expectante, con la respiración contenida, y supe de inmediato que llevaba minutos debatiéndose entre la audacia de estar aquí y el terror de las consecuencias.

No dije nada. La miré con una mezcla de incredulidad y una punzada de algo que se parecía peligrosamente a la ternura, aunque mi orgullo intentara etiquetarlo como simple curiosidad. La tensión entre nosotros en el bar, el casi estallido en el pasillo y el incendio que habíamos provocado en el porche la noche anterior... todo parecía conducir a este momento de quietud absoluta.

Avery fue la primera en romper el silencio. Su voz fue un susurro apenas audible, cargado de una fragilidad que me desarmó antes de que pudiera levantar mis defensas.

—No puedo dormir —dijo.

Tres palabras. Eso fue todo lo que necesitó para que mis dudas se evaporaran. La vi allí, tan pequeña en la inmensidad de mi cama, y recordé lo que me había confesado en el porche mientras mis manos la recorrían: que la única noche que había descansado de verdad en doce años había sido cuando compartimos aquel camastro en el hospital.

Sin mediar palabra, me giré para quedar bocarriba. Fue un movimiento lento, dándole espacio para procesar mi respuesta. Extendí mi brazo izquierdo hacia ella, dejando la palma de la mano abierta sobre la sábana, invitándola a entrar en mi círculo.

Avery dudó solo un instante antes de deslizarse hacia mí. En cuanto su cuerpo entró en contacto con mi costado, sentí una descarga eléctrica que me recorrió la espina dorsal. Llevaba su pijama de verano, pero el roce de su piel contra la mía fue como tocar un cable de alta tensión.

Se acomodó con cautela, apoyando la cabeza en mi hombro. Fue entonces cuando sentí cómo se tensaba de golpe. Su mano, que había ido a parar accidentalmente a mi abdomen, se detuvo en seco.

—¿Estás... estás desnudo? —preguntó, y noté el temblor en su voz.

Giré levemente el rostro para mirarla. Estaba tan cerca que podía ver el reflejo de la luna en sus pupilas.

—Sí —respondí, mi voz sonando más ronca de lo que esperaba—. Siempre duermo así.

Avery se quedó paralizada, con la palma de la mano quemándome la piel justo por encima de la cadera. Podía sentir el calor de su cuerpo a través de la fina tela de su pijama, y el hecho de saber que yo no tenía ninguna barrera entre mi piel y la suya hizo que mi erección, que ya había empezado a reclamar su espacio al despertar, se volviera pesada y exigente.

—No me pidas que me vista, Collins —añadí, manteniendo mi tono bajo y deliberadamente autoritario—. Es tu decisión la que te ha traído a mi cama. No la mía.

Esperaba que se escandalizara. Esperaba que soltara una excusa atropellada, se levantara y corriera hacia su cuarto para proteger su virtud. Pero Avery hizo algo que no esperaba.

Soltó un suspiro largo, un sonido que pareció vaciar toda la angustia de sus pulmones. De repente, toda la rigidez de su cuerpo desapareció. Se relajó contra mí de una forma tan absoluta que me dejó descolocado. Se acomodó más profundamente en mi costado, buscando mi calor como si fuera lo único que pudiera mantenerla con vida. Pasó un brazo sobre mi cintura, abrazándome con una confianza que me provocó un nudo enorme en el pecho. Su pierna se entrelazó levemente con la mía, y la fricción del algodón de su pijama contra mi muslo desnudo fue una tortura deliciosa.

—Gracias por dejarme quedar —murmuró, su voz volviéndose más pastosa por momentos—. Buenas noches, Logan.

Cerró los ojos. Así, sin más. Me había invadido, me había encontrado desnudo, me había abrazado y ahora se entregaba al sueño como si yo fuera su osito de peluche.

«O su lugar más seguro en el mundo».

Me quedé inmóvil, mirando al techo, con el corazón martilleando contra las costillas. Estaba jodido. Tremendamente jodido. La sensación de su cuerpo pequeño y cálido contra el mío era la experiencia más contradictoria de mi vida. Por un lado, había una paz extraña, una satisfacción protectora al ver que su respiración se volvía acompasada y profunda en cuestión de minutos.

Pero, por otro lado, estaba ardiendo.

Cada vez que se movía levemente en sueños, su pecho rozaba mi brazo. El olor a lavanda y mandarina me estaba drogando, nublándome el juicio. Estaba sexualmente frustrado hasta un punto que rozaba el dolor físico. Mi mente, traicionera y febril, empezó a proyectar imágenes que no ayudaban en absoluto. Nada desearía más en este maldito momento que darle la vuelta, anclar sus muñecas sobre la cabecera de la cama y tomarla por detrás, sintiendo su rendición total mientras la marcaba como mía. Quería

oírla gemir mi nombre en la oscuridad de esta habitación, quería que perdiera el control de la misma forma que yo lo estaba perdiendo.

Apreté los dientes, cerrando los ojos con fuerza.

«Contrólate, chico».

No podía hacerlo. No esta noche. Avery no estaba aquí por sexo. Forzar la situación ahora, cuando ella me había dado su confianza más pura al quedarse dormida en mis brazos, sería destruir el puente que apenas estábamos empezando a construir.

Me obligué a relajar los músculos, aunque me costara un esfuerzo hercúleo. La abracé con un poco más de firmeza, dejando que mi mano descansara en la curva de su espalda.

Sentí su respiración contra mi cuello. La ironía de la situación me golpeó con fuerza: el hombre que había jurado odiarla durante doce años era ahora el guardián de su sueño. Y mientras la oscuridad de la cabaña nos envolvía, me di cuenta de que, aunque mi cuerpo estuviera en un estado de tortura constante, no había ningún otro lugar en el mundo donde prefiriera estar.

* * *

El despunte del alba filtrándose por las persianas es lo primero que sentí tras mis párpados. Pero lo que realmente activó todo mi cuerpo fue el calor abrasador pegado a mí.

No me moví. El instinto me mantuvo inmóvil durante segundos que parecieron horas. Mi parte racional y fría me decía que no quería despertar a Avery, pero mi parte más primitiva solo quería quedarse ahí y seguir disfrutando del momento.

En algún momento de la noche nos habíamos movido. Avery ya no estaba encajada en mi costado con su cabeza sobre mi hombro. Ahora estábamos haciendo la cucharita. Y estábamos tan pegados que resultaba imposible saber dónde terminaba mi cuerpo y dónde empezaba el suyo.

Mi brazo izquierdo estaba atrapado bajo su cabeza, sirviendo de almohada improvisada para la cascada de pelo negro que se desparramaba sobre mi bíceps. Mi brazo derecho cruzaba su torso por encima de la finísima camiseta, pero mi mano había encontrado su camino por una de las aberturas de la tela, descansando con una firmeza posesiva justo sobre su pecho. Sentía el latido de su corazón contra mi palma, rítmico y tranquilo, y la suavidad de su seno subiendo y bajando con cada respiración profunda. Aguanté las ganas de mover la mano para sentir como se endurecía su pezón y la suavidad de su piel. Imaginé como se pondría toda su piel de gallina.

Pero esa no era la parte que me estaba volviendo loco.

Estaba completamente desnudo, y mi cuerpo había reaccionado a la proximidad de Avery con una violencia imposible de ignorar. Tenía una erección matutina dolorosamente dura, pesada y exigente, que había encontrado un encaje perfecto justo en la hendidura de sus nalgas. Ella solo llevaba ese fino pantalón corto de algodón. Y a juzgar por lo profunda que estaba encajada mi erección entre sus nalgas, ella no llevaba ropa interior. La única barrera entre mi desnudez y su intimidad era un milímetro de tela desgastada que no hacía absolutamente nada por mitigar la temperatura que se estaba generando entre nosotros.

Tragué saliva, intentando que mi respiración no se volviera demasiado errática. El aire en la habitación parecía haberse vuelto más denso, cargado de electricidad estática.

Mis impulsos más primitivos me gritaban que me moviera. Quería frotarme contra esa barrera de algodón hasta que ella se despertara gimiendo mi nombre. Fantaseaba con deslizar mi mano desde su pecho hacia abajo, colarme por la cinturilla elástica de su pantalón corto y comprobar si seguía tan húmeda y dispuesta para mí como hace dos noches. El recuerdo de su calor envolviendo mis dedos y su expresión mientras llegaba al orgasmo eran un tesoro que iba a guardar en zona preferente en el interior de mi cerebro.

Cerré los ojos con fuerza y hundí la nariz en su pelo. Inhalé profundamente, llenando mis pulmones con su aroma. Fue un error. Lejos de calmarme, el olor me golpeó directamente, enviando una nueva descarga de sangre hacia mi bajo vientre. Mi erección palpitó contra ella, dura como la piedra.

Estaba ardiendo. La temperatura bajo las sábanas era insoportable, pero el sudor que empezaba a perlar mi frente no era por el calor del verano; era el producto de un esfuerzo físico y mental titánico por mantener el control.

—Joder... —murmuré en un suspiro inaudible, apretando la mandíbula hasta que me dolieron los dientes.

Tenía que alejarme. Si me quedaba en esta posición un minuto más, la poca cordura que me quedaba iba a saltar por los aires y terminaría despertándola de la forma menos caballerosa posible. Usando toda mi fuerza de voluntad, intenté crear espacio. Contraje el abdomen y deslicé mis caderas hacia atrás, alejando mi miembro de la tentación de sus nalgas apenas un par de centímetros.

Pero Avery, incluso en la profundidad del sueño, parecía tener un radar sintonizado con mi calor corporal.

En cuanto sentí el aire frío entre nosotros, ella soltó un pequeño murmullo de queja. Arrastró su cuerpo hacia atrás, empujando sus caderas contra mí hasta que volvimos a estar exactamente en la misma posición. La fricción de su movimiento contra mi miembro erguido me arrancó un gemido ahogado que tuve que estrangular en la parte posterior de mi garganta.

Lo intenté de nuevo. Retiré mi mano de su pecho y me eché un poco más hacia el borde de la cama, buscando desesperadamente enfriar mi sistema.

Avery volvió a protestar, esta vez con un gruñido suave y frustrado. Y entonces, la situación pasó de ser una tortura manejable a una prueba olímpica de autocontrol.

En lugar de simplemente retroceder hacia mí, Avery se dio la vuelta por completo.

El movimiento fue fluido, como si lleváramos años haciendo esto. Giró sobre sí misma hasta quedar cara a cara conmigo. El roce de sus muslos contra mis piernas, y de su vientre contra mi erección durante el giro, fue un castigo que me dejó viendo estrellas.

Y no se detuvo ahí. Todavía profundamente dormida, Avery se envolvió alrededor de mí como una enredadera. Pasó una de sus piernas desnudas por encima de mi cadera, anclándome al colchón y atrapando mi miembro caliente justo contra la suavidad de su entrepierna cubierta por el algodón. Hundió el rostro directamente en el hueco de mi cuello, su respiración cálida haciendo cosquillas en mi piel, y pasó su brazo sobre mi torso, abrazándome con una firmeza posesiva que me dejó sin aliento.

Me estaba abrazando con todo el cuerpo. Era un abrazo total, absoluto, sin barreras físicas ni emocionales. Sus pechos, libres bajo la fina camiseta de tirantes, se aplastaban contra mis pectorales. Podía sentir la dureza de sus pezones marcándose contra mí a cada respiración.

Me quedé medio paralizado. Mis manos flotaban en el aire, dudando sobre dónde aterrizar sin cruzar una línea de no retorno. Estaba librando la batalla más dura de mi vida: mi instinto me ordenaba despertarla, darle la vuelta sobre el colchón, someterla y saciar este hambre que me devoraba por dentro. Quería tomarla. Quería hacerla mía de una vez por todas.

Pero la forma en que su rostro descansaba contra mi cuello, la absoluta vulnerabilidad y confianza con la que se había aferrado a mí en la oscuridad, me anclaron a la cama de una forma distinta. El hombre de las cavernas rugía por sexo, pero el protector que había despertado la noche anterior solo quería mantenerla a salvo de los fantasmas que le impedían dormir.

Bajé los brazos lentamente. Mi mano izquierda se posó en la curva de su cintura, y la derecha subió hasta enredarse en su pelo oscuro, acariciando suavemente su nuca.

Tener a Avery pegada a mí de esta forma... se sentía jodidamente bien. Demasiado bien. Era una paz extraña, un encaje perfecto que

desafiaba toda la lógica de nuestra historia pasada. No quería moverme. La sola idea de deshacer este nudo de extremidades y separarme de ella para ir a darme otra ducha helada me resultaba físicamente dolorosa.

Acepté mi derrota. Dejé de luchar contra la tentación y me rendí a la atracción que sentía por ella. No iba a despertarla para tener sexo, pero tampoco iba a renunciar a este momento de intimidad pura.

Suspiré, sintiendo cómo la tensión abandonaba mis músculos poco a poco. El latido desbocado de mi corazón empezó a sincronizarse con el ritmo pausado del suyo. El olor a lavanda ya no era un estimulante para la locura, sino un narcótico que me arrastraba hacia abajo. Cerré los ojos, rodeando su cuerpo con mis brazos, escondiendo el rostro en su pelo. Me quedé completamente inmóvil, dejando que el calor de su cuerpo acunara el mío, y, contra todo pronóstico, me relajé hasta volver a hundirme en el sueño.

Cuando volví a abrir los ojos, la pálida luz gris del amanecer había sido reemplazada por un sol de verano crudo y brillante. Parpadeé, desorientado durante una fracción de segundo, y mi instinto inmediato fue apretar el brazo derecho para acercar el cuerpo cálido que había estado sosteniendo.

Pero mi brazo se cerró en el vacío.

El colchón a mi lado estaba liso y, al tacto, completamente frío. Avery había desaparecido. Me incorporé apoyándome en un codo, escaneando la habitación, pero estaba solo. El único rastro de que la noche anterior no había sido una alucinación era el hueco en la almohada contigua y el olor.

Me dejé caer de espaldas, girando la cabeza para hundir el rostro en el lado derecho de la cama. Inhalé profundamente. Allí estaba: la lavanda, la mandarina y ese aroma sutil, dulce y puramente suyo que se había impregnado en mis sábanas. Cerré los ojos, permitiéndome disfrutar de su fantasma durante un minuto más. Había huido antes de que me despertara, seguramente para evitar la incomodidad de los buenos días. No importaba. Había dormido

abrazada a mí, y ese hecho había alterado la gravedad de mi mundo.

Miré el reloj digital de la mesilla. Pasaban de las once de la mañana. Era domingo, mi día libre. Mi única obligación social del día era asistir al cumpleaños de Octavia por la tarde. Tenía horas por delante para estar a solas, para procesar cómo iba a mirar a Avery a la cara la próxima vez que nos cruzáramos. Para entender como había cambiado nuestra relación desde la noche del viernes.

Justo cuando me disponía a apartar las sábanas para levantarme, la vibración persistente de mi teléfono móvil sobre la madera de la mesita de noche rompió el silencio.

Alargué el brazo, frunciendo el ceño. Al ver la pantalla, la sorpresa me hizo sentarme de golpe en la cama:

Dr. Richard Wells - Northwestern Memorial Chicago.

Dejé que sonara dos veces más antes de deslizar el dedo por la pantalla y llevarme el aparato a la oreja.

—¿Doctor Wells? —contesté, manteniendo un tono amigable pero cauto.

—¡Logan! Dios, espero no haberte despertado. Sé que es domingo y me disculpo por la intromisión, pero ha sido una semana de locos aquí en Chicago y no quería dejar pasar más días sin hablar contigo.

—Tranquilo, doctor. Ya estaba despierto —respondí, frotándome la nuca con la mano libre—. ¿A qué debo el honor de una llamada suya en fin de semana?

Hubo una breve pausa al otro lado de la línea, el sonido de alguien cerrando una puerta, lo que me indicó que estaba llamando desde su despacho.

—Voy a ser directo, Logan. La junta directiva se reunió el viernes. Hemos revisado los números del departamento de trauma desde que te fuiste, y, francamente, te necesitamos de vuelta. Sé que te hice una oferta hace un par de semanas y me dijiste que querías

quedarte en ese pueblo, pero no estoy dispuesto a aceptar un no por respuesta tan fácilmente.

Suspiré, apoyando la espalda contra el cabecero de la cama.

—Doctor Wells, se lo agradezco, de verdad. Pero mi situación no ha cambiado...

—Escúchame antes de rechazarme de nuevo —me interrumpió el director médico, con esa persistencia que lo caracterizaba—. Hemos mejorado la oferta. Significativamente. Estamos dispuestos a aumentar el salario base en un veinte por ciento respecto a lo que hablamos. Además, te garantizo vía libre para reestructurar el ala de cirugía ortopédica como consideres oportuno. Tienes un talento que se está desperdiciando poniendo tiritas en un hospital rural, Logan. Vuelve a Chicago. Tienes tu plaza de cirujano jefe esperándote. Para todos sería mucho mejor si la transición con el Doctor Harrison se hace antes de su jubilación.

Era una oferta irrechazable. Una brutalidad a nivel financiero y un cheque en blanco a nivel profesional. Cualquier cirujano de mi edad habría matado por una oportunidad así en uno de los mejores hospitales del país. Era el reconocimiento absoluto a mi trabajo, la confirmación de que había llegado a la cima.

Y, sin embargo, mientras escuchaba a Wells enumerar los ceros del contrato, mi mirada se desvió hacia el hueco vacío en mi cama.

—Richard, es una oferta increíble. Es el mejor halago profesional que me han hecho nunca, y te prometo que lo valoro muchísimo —dije, midiendo mis palabras para mantener la educación y el respeto hacia el hombre que había sido mi mentor—. Pero no puedo aceptarla. Mi respuesta sigue siendo no.

—Logan, piénsalo, por favor. No tomes una decisión ahora.

—De momento mi decisión es firme. No voy a dejar Wildwater Falls —dije, cortando cualquier resquicio de esperanza—. He encontrado un ritmo aquí que no sabía que necesitaba. Además, no voy falto de retos profesionales. Tristemente la montaña es la mejor amiga de la cirugía ortopédica. Siento mucho las molestias que os

está causando mi ausencia, pero mi lugar ahora mismo está en este valle.

El director médico soltó un largo suspiro, resignado.

—Eres un cabezota, Pierce. Siempre lo has sido. Si alguna vez cambias de opinión, o te cansas de contar pinos y tratar esguinces de tobillo, mi puerta sigue abierta.

—Lo tendré en cuenta. Un abrazo, Richard.

—Cuídate, Logan.

Colgué. Lancé el teléfono sobre las sábanas y me pasé ambas manos por la cara, exhalando profundamente.

Había rechazado un imperio. Había vuelto a dar un portazo a la ciudad de Chicago, al prestigio, al dinero y a la adrenalina de los grandes traumas urbanos. ¿Por qué?

Me dije a mí mismo que era por la tranquilidad de la cabaña. Por las mañanas corriendo por *Granite Pass* sin respirar humo de tubos de escape. Por el sentido de comunidad en el pequeño hospital. Por los domingos con mis padres. Por la camaradería inquebrantable con Ian, Caleb y Noah en los rescates del equipo Alfa. Por tener a Hannah y Savannah a diez minutos en coche. Por las noches de viernes en *The Switchback.*

Me obligué a repetir esas razones en mi cabeza, enumerándolas como si fueran un diagnóstico médico. Eran motivos lógicos. Eran racionales.

Lo que me negaba en rotundo a hacer era girar la cabeza y mirar la almohada que todavía conservaba la forma de la cabeza de Avery. Me negaba a plantearme si el motivo de más peso, el ancla invisible que me impedía marcharme, no eran los pinos ni las montañas, sino la mujer de pelo negro y ojos verdes que acababa de pasar la noche envuelta alrededor de mi cuerpo.

QUINCE

Avery

Detuve el coche frente a la casa de Caleb y Hannah, en una de las zonas más tranquilas de Raven Ridge. El aire aquí arriba siempre se sentía un par de grados más fresco, impregnado de ese aroma a resina y tierra húmeda que definía a Wildwater Falls. Me quedé unos segundos con las manos apoyadas en el volante, observando la propiedad. Era una construcción sólida, de madera oscura y piedra, que parecía haber echado raíces entre los pinos. En el porche, una bicicleta de montaña con restos de barro fresco en los neumáticos descansaba contra la barandilla, junto a un par de rodilleras infantiles.

Exhalé un suspiro largo, tratando de deshacerme de la tensión que se me había instalado en la nuca desde que salí de la ducha esa mañana. Mi piel todavía guardaba una sensibilidad extraña, un eco del calor de su cuerpo y de la humedad del baño. Me había puesto un vestido blanco estilo *boho* para ayudarme con el calor, pero el roce de la tela contra mi piel hipersensible solo me recordaba las manos posesivas de logan enredadas en mi cuerpo cuando desperté. Me obligué a bajar del coche, agarrando la bolsa con los adornos que Hannah me había pedido que comprara.

No había llegado a la puerta cuando esta se abrió de golpe.

—¡Avery! —Octavia apareció como un torbellino, saltando los tres escalones del porche de una vez.

Llevaba el pelo recogido en una trenza apretada que ya empezaba a deshilacharse por los bordes. A sus once años, Octavia poseía una energía que a veces resultaba casi tangible. Me envolvió en un abrazo rápido y fuerte antes de separarse con una sonrisa brillante. Era una niña preciosa, en todos los sentidos e iba camino de convertirse en una mujer adolescente excepcional, con una madure emocional que ya me hubiera gustado a mi tener a su edad.

—Has llegado justo a tiempo. La abuela Mary está intentando que el glaseado del pastel no se derrita y papá está peleándose con las sillas plegables —anunció, agarrándome de la mano con decisión.

—Felicidades, Octavia —le dije, devolviéndole el gesto con afecto —. He visto tu bici fuera. Parece que ha tenido una mañana intensa.

—¡El sendero de *Hemlock* estaba increíble hoy! —sus ojos brillaron con esa chispa de entusiasmo que solo tienen los niños que han encontrado su pasión—. He bajado mi tiempo en el tramo de las rocas. Pero Hannah me ha hecho volver para ducharme. Dice que no puedo recibir a los invitados con barro en el pelo.

Reí suavemente mientras me dejaba guiar hacia el interior. La casa estaba llena de vida. El olor a azúcar tostada y vainilla flotaba en el pasillo, guiándonos hacia la cocina. Allí, Mary O'Malley, la madre de Hannah se movía con una eficiencia tranquila, manejando una espátula con la precisión de un artesano. Mary era una mujer cálida, con el mismo brillo inteligente en los ojos que su hija, y con una suavidad y amabilidad que la habían convertido en una magnífica pediatra.

—Avery, querida, qué alegría verte —Mary me saludó con un gesto de cabeza, sin dejar de alisar la superficie de un pastel de tres pisos—. Octavia ha sido una ayudante excelente, aunque creo que se ha comido más crema de chocolate de la que ha puesto en el relleno.

—¡Era control de calidad, abuela! —replicó Octavia, guiñándome un ojo antes de salir disparada hacia el salón para buscar algo.

Mary sonrió y me indicó el patio trasero con un movimiento de la barbilla.

—Las chicas están fuera. Hannah está decidida a que este jardín parezca un escenario de cuento de hadas, y Ben y Caleb están intentando sobrevivir a sus instrucciones.

Agradecí el gesto y crucé el salón hacia las puertas correderas de cristal. Al salir al patio, la escena me detuvo un momento. Ben O'Malley, el padre de Hannah, un hombre robusto y de aspecto serio que recordaba mucho a un roble antiguo, estaba sujetando un extremo de una mesa larga de madera. En el otro extremo, Caleb Donovan tiraba con fuerza, sus músculos marcándose bajo una camiseta de algodón gris.

Caleb levantó la vista y me dedicó un breve saludo con la cabeza, pero su atención volvió rápidamente a Hannah, que estaba subida a una pequeña escalera de mano intentando colgar una hilera de luces entre dos pinos.

—Hannah, por amor de Dios, bájate de ahí antes de que tenga que llevarte a tu propio quirófano —dijo Caleb. No había enfado en su voz, sino una preocupación profunda, una capa de protección que envolvía cada palabra.

Hannah se giró, con una guirnalda de luces enredada en el antebrazo, y le dedicó una mirada de suficiencia que ocultó el brillo de desafío en sus ojos.

—Sé perfectamente dónde está mi centro de gravedad, Donovan. Termina con las mesas.

Observé cómo Caleb soltaba la mesa y se acercaba a la base de la escalera, simplemente colocándose allí, con las manos listas por si ella flaqueaba un centímetro. Me quedé mirándolos un segundo más de lo normal. Era fascinante ver su dinámica. La forma en que él la miraba, como si Hannah fuera el único punto de anclaje estable en su mundo. Y Hannah, a pesar de su independencia feroz, parecía inclinarse inconscientemente hacia ese calor. Había una electricidad constante entre ellos, un entendimiento silencioso que hacía que el aire a su alrededor pareciera más denso.

Sentí una punzada de algo que no quise identificar como envidia, sino más bien como una pregunta sin respuesta que me quemaba

por dentro.

—Si sigues mirándolos así, vas a terminar incendiando la escalera.

Me sobresalté al oír la voz de Savannah. Mi amiga estaba de pie junto a un montón de globos de colores, sosteniendo una cinta de raso. Se veía mejor que la semana pasada; el proceso del divorcio con Phillip seguía siendo una sombra, pero Savannah estaba recuperando ese color en las mejillas que la hacía parecer siempre a punto de soltar una broma.

—Tienen una forma de ocupar el espacio que resulta... abrumadora —respondí, acercándome para ayudarla con los globos.

—Se llama "estar perdidamente enamorados" y tener la suerte de haber sobrevivido a la tormenta —Savannah cortó un trozo de cinta con un movimiento rápido de los dientes—. Pero no hemos venido aquí a analizar el romance de los Donovan-O'Malley.

Me lanzó una mirada de reojo, una de esas que Savannah reservaba para cuando dudaba en hacer una pregunta demasiado personal, pero igualmente la iba a lanzar.

—¿Cómo van las cosas por *Stillwater Lodge*? —preguntó, con una falsa casualidad que no me engañó ni un segundo—. Me han dicho que Logan se marchó del bar el viernes con una cara que podría haber cortado el cristal. Y tú no tardaste mucho en seguirlo.

El calor subió por mi cuello con la velocidad de un rayo. Sentí la presión de la sangre en mis mejillas, un rubor violento que nació en mi pecho y se extendió hasta las orejas. Intenté concentrarme en anudar un globo azul, pero mis dedos de repente se sentían torpes, como si nunca hubiera hecho un nudo en mi vida.

—Bien —balbuceé—. Van... bien. Logan es Logan.

Savannah dejó de cortar cintas. Se giró hacia mí, entrecerrando los ojos, y una sonrisa lenta y maliciosa empezó a dibujarse en sus labios.

—Avery Collins, acabas de ponerte del color del top que llevabas el viernes —dijo, bajando el tono de voz pero aumentando la intensidad.

—Savannah, por favor... —susurré, mirando de reojo hacia donde Caleb y Ben seguían trabajando.

—¡Oh, Dios mío! —Savannah soltó una carcajada ahogada, tapándose la boca con la mano—. Ha pasado algo. No me lo puedo creer. El gran cirujano de hielo ha movido ficha. ¿Ha sido en el porche? ¿En la cocina? Dime que no ha sido en el hospital, porque eso sería legendario.

—¿Qué es legendario?

Hannah se había bajado de la escalera y caminaba hacia nosotras, sacudiéndose el polvo de los pantalones. Se detuvo al ver mi cara y luego miró a Savannah, que estaba vibrando de emoción contenida.

—Lo que es legendario es que están pasando cosas entre Logan y Avery —anunció Savannah, como si estuviera dando el parte meteorológico de una tormenta perfecta.

Hannah enarcó una ceja, cruzándose de brazos. Su mirada analítica recorrió mi rostro, deteniéndose en el evidente rastro de vergüenza que yo no podía ocultar. No me presionó, pero su silencio exigía una honestidad que rara vez me permitía fuera de mi propia mente.

—Solo... —empecé, bajando la vista hacia los globos amontonados a mis pies—. Ya no hay esa frialdad de antes. Las cosas han cambiado, pero no sé cómo interpretarlo.

Me senté en uno de los bancos de madera del patio, sintiendo el peso de las últimas cuarenta y ocho horas sobre mis hombros. Savannah y Hannah se sentaron a mi lado, flanqueándome, creando ese círculo de seguridad que solo las mejores amigas saben construir.

—El viernes en el porche... y anoche... —tragué saliva, buscando las palabras adecuadas que no sonaran demasiado crudas ni demasiado poéticas—. Hubo un acercamiento. Fue intenso. Mucho más de lo que cualquiera de los dos esperaba, creo. Pero después, no hemos hablado de ello, ambos nos hemos evitado.—me detuve, recordando su desnudez y su invitación a compartir la ducha. El

rubor volvió a atacar con fuerza—. Es como si estuviéramos en un terreno nuevo donde las reglas del pasado ya no funcionan, pero no hemos puesto reglas nuevas. No hemos tenido ni una sola conversación seria sobre qué significa esto.

Hannah apoyó una mano en mi antebrazo.

—Logan es un hombre que ha construido su identidad alrededor del autocontrol y del resentimiento, Avery —dijo Hannah, con esa voz pausada que usaba para explicar procedimientos complicados—. Para él, admitir que te desea, o que le importas, es como admitir que su armadura tiene una grieta. Y admitir que ha superado parte del pasado y que los demonios de su cabeza no los son en realidad, es como una derrota. Durante mucho tiempo, en este pueblo, lo que lo mantenía en pie era el orgullo, su terquedad a no doblegarse.

—No quiero que se sienta derrotado —murmuré—. Solo quiero saber dónde piso.

—Ten paciencia — Hannah apretó suavemente mi brazo—. Y tómatelo con calma. Logan es terco, pero no es idiota. Tarde o temprano, sus ojos van a terminar de ver a la mujer que tiene delante hoy y dejarán de buscar a la adolescente de hace doce años. El problema es que Logan necesita tiempo para perdonarse a sí mismo por haberte odiado tanto tiempo sin motivo real.

—¿Crees que podrá? —pregunté, mirando hacia los pinos que rodeaban la propiedad.

—Creo que ya lo está haciendo —intervino Savannah, mucho más seria ahora—. No mira a alguien como él te miraba a ti en el bar si no está ya a mitad de camino de la rendición.

Me quedé en silencio, dejando que sus palabras se asentaran. En el interior de la casa, oí la risa de Octavia y el sonido metálico de una bicicleta siendo movida. Caleb se acercó a nosotras, con el sudor brillando en su frente, y le puso una mano en la cintura a Hannah, un gesto posesivo y natural que ella aceptó inclinándose hacia él.

—¿Habéis terminado con la conspiración? —preguntó Caleb con una media sonrisa—. Ben dice que el carbón ya está listo.

—Estamos en ello, Donovan —respondió Hannah, volviendo a ser la cirujana al mando, aunque no se separó de su costado—. Avery y Savannah están terminando con los globos.

Me levanté del banco, sintiendo que el nudo en mi pecho se había aflojado un milímetro.

Desde la parte trasera oímos a alguien tocando el claxon de forma ruidosa. No podía ser otra que el torbellino de Clover Donovan. La hermana pequeña de Caleb era todo risas y purpurina hasta que tocaba subir a un helicóptero y jugarse el pellejo en un rescate. Según mi hermano Ian, la pequeña de los Donovan estaba demostrando ser una de las mejores técnicas sanitarias de vuelo que había visto. Era rápida, era eficiente y no dudaba en tomar decisiones difíciles en segundos.

Y cuando se trataba de su familia era la persona más leal que existía. Sabía que durante los difíciles años en los que Caleb crio solo a Octavia, su único apoyo era Clover.

—Esa es Clover con la comida —comentó Hannah. —¿Avery, nos echas una mano para entrar todo?

—Claro —respondí con una sonrisa.

Al salir al porche, el pequeño todoterreno de Clover parecía una furgoneta de reparto. Había cajas con todo tipo de bocados, bocadillos, dulces y bebida.

—¡Hola, chicas! —saludó Clover entusiasmada —¿Dónde está la fiera? —preguntó refiriéndose a Octavia.

—En la cocina con mamá —dijo Hannah mientras cargaba con dos cajas de cartón de la panadería local. —Espero que no se haya comido todo el glaseado. Mamá ya ha hecho dos tandas extras.

Clover rio con entusiasmo mientras agarraba un par de bolsas y se dirigía a la cocina a saludar a la pequeña cumpleañera.

Hannah y yo nos dedicamos a sacar las cajas y llevarlas a la parte trasera para ir disponiendo toda la comida sobre las mesas que Caleb y Ben ya habían sacado. Mientras acabábamos de colocar todo empezaron a llegar los invitados. Los primeros fueron Logan y Noah.

Al verlos entrar al porche trasero vi como Logan escaneaba el patio y detenía su mirada sobre mí un poco más de lo normal, pero antes de que pudiera acercarse, Caleb lo reclutó para mover sillas y sacar las bebidas.

Los siguientes en llegar fueron Sloane y su hijo adolescente Jonah. Sloane como prima de los Donovan era cerca a Caleb, aunque nunca socializaba en el pueblo, el misterio sobre su vida personal era motivo de tantos cuchicheos que ella prefería mantenerse en la privacidad de su casa.

Cuando vi llegar a Ian, la tensión anterior por la llegada de Logan se aflojó un poco en mis hombros. Ian era como un pesado escudo tras el que podía refugiarme para no sentir que la mirada abrasadora de Logan iba a incendiar mi piel de un momento a otro.

Los últimos en llegar fueron Vera y Sean Donovan. La dolorosa historia de los padres de Carson era sabida por todos. Los años de resentimiento y culpa mal dirigidas habían provocado que la pequeña Octavia casi no tuviera relación con sus abuelos. Y el hecho que los padres de Hannah fueran más sus abuelos que Vera y Sean había provocado fricciones en la familia. Por suerte el carácter risueño y bondadoso de la niña había suavizado las cosas.

Cuando el patio empezaba a estar abarrotado y las bebidas y la comida fluían me acerqué a una de las mesas para sentarme un rato, al girarme hacia el patio no pude evadir más la mirada de Logan. Estaba en la otra punta, sus ojos violetas fijos en mí, siguiendo cada uno de mis movimientos, repasándome de los pies a la cabeza, deteniéndose un poco más de lo normal en mis piernas desnudas y en mi escote.

Dios, iba a entrar en combustión espontánea como no dejara de mirarme así.

Y lo peor es que yo tampoco podía quitarle la vista de encima. Esos vaqueros ajustados y la camiseta gris claro eran un pecado, se ceñían a sus músculos como una segunda piel, dejando poco a la imaginación. El impulso de cruzar el patio y meter las manos bajo la camiseta de Logan Pierce era casi irrefrenable.

—¡Es la hora del pastel! —la voz de Caleb, potente y cargada de un orgullo paternal que todavía me conmovía, se impuso sobre el ruido general rompiendo el hechizo lujurioso en el que me encontraba.

Todos nos congregamos alrededor de la mesa principal. Mary O'Malley trajo el pastel, una estructura imponente coronada por once velas que chisporroteaban con impaciencia. Octavia estaba en el centro, con Hannah a un lado y Caleb al otro, rodeándola con ese círculo de seguridad que habían construido con tanto esfuerzo. Vera y Sean se mantenían en segundo plano, pero su presencia significaba un mundo para la pequeña.

—¡Pide un deseo! —exclamó Clover, silbando con entusiasmo.

Mientras todos empezaban a cantar y Octavia cerraba los ojos con una concentración absoluta, sentí una presencia a mi espalda. No necesité girarme para saber quién era; el calor que emanaba de su cuerpo y ese aroma masculino inconfundible me golpearon los sentidos antes que su voz.

—A la cocina. Ahora —el susurro de Logan contra mi oído fue tan bajo que solo yo pude oírlo. El roce de su aliento me provocó un estremecimiento que no pude ocultar.

Aproveché el caos de los aplausos y los gritos cuando Octavia sopló las velas para escabullirme. Caminé hacia la casa intentando que mis pasos fueran firmes, aunque mis rodillas se sentían extrañamente ligeras. Entré en la cocina, que estaba sumida en una penumbra fresca comparada con la luz vibrante del patio. Apenas tuve tiempo de darme la vuelta cuando el sonido de la puerta corredera cerrándose a mis espaldas me indicó que ya no estaba sola.

Unas manos grandes y seguras se cerraron sobre mi cintura. La presión fue firme, posesiva, y antes de que pudiera articular palabra, Logan me giró con un movimiento fluido. Mi espalda chocó con el borde frío de la encimera de cuarzo, pero apenas registré la temperatura porque él ya estaba sobre mí, invadiendo mi espacio vital con una urgencia que me cortó la respiración.

Me besó sin preámbulos.

No fue el beso de alguien que pide permiso, sino el de alguien que reclama un territorio. Logan no solo besaba con los labios; lo hacía con todo el cuerpo, presionando su torso contra el mío, obligándome a sentir cada línea de su anatomía. Sus manos abandonaron mi cintura para enmarcar mi rostro, sus dedos hundiéndose en mi pelo con una fuerza que me hizo echar la cabeza hacia atrás, exponiendo mi cuello a su intensidad. Sentí que mis sentidos se embriagaban, invadidos por su presencia absoluta. El sabor a refresco dulce y algo puramente masculino me llenó la boca mientras correspondía al beso con una pasión que amenazaba con hacerme perder el equilibrio.

Logan separó sus labios de los míos apenas un milímetro, lo justo para que nuestras respiraciones se mezclaran en un jadeo compartido. Su mirada era oscura, cargada de una intención que no dejaba lugar a dudas.

—Si hubieras seguido esta mañana en mi cama cuando he despertado —susurró, su voz era una vibración ronca que me erizó la piel—, esto es exactamente lo que te hubiera hecho. Y seguramente no hubiera podido detenerme ahí.

Madre. Mía.

Sus manos bajaron de nuevo, recorriendo mis costados con una lentitud tortuosa hasta que se colaron por debajo de la tela ligera de la falda de mi vestido. Sus dedos rozaron la piel de mis muslos, ascendiendo con una seguridad que me hizo soltar un gemido ahogado contra su boca. Desde la noche del viernes en el porche, Logan estaba rompiendo todas las reglas de contención que nos habíamos impuesto durante meses. Y yo no me quedaba atrás, meterme en su cama con la excusa del insomnio no se lo tragaba nadie.

—¿Y qué hubiera pasado si yo no quisiera ir más lejos? —pregunté en un hilo de voz, intentando recuperar un ápice de control.

Logan se detuvo. Me miró fijamente, con una seriedad intensa que parecía querer leer cada uno de mis miedos y deseos. Su rostro estaba a centímetros del mío, tan cerca que podía ver el ligero tic en su mandíbula.

—Ambos sabemos que ninguno de los dos se hubiera podido detener, Avery —su tono fue un reto directo, una verdad cruda lanzada a la cara—. Deja de fingir. La tensión sexual que hemos contenido durante todo este tiempo nos está consumiendo a los dos. Estás tan desesperada por esto como yo. Niégalo si puedes.

Le sostuve la mirada, buscando una mentira que me protegiera, pero no la encontré. No podía negarlo. El deseo era una fuerza física, una atracción explosiva que hacía que cualquier resistencia pareciera ridícula.

El sonido de unos pasos pesados acercándose por el pasillo nos obligó a reaccionar. Logan se separó de mí, aunque su respiración seguía siendo errática y sus ojos brillaban con un fuego que era difícil de esconder. Yo me apoyé contra la encimera, intentando alisar mi falda con manos temblorosas y rogando para que el rubor de mis mejillas no me delatara.

Noah apareció en el umbral de la cocina. Se detuvo al vernos, su mirada saltando de Logan a mí con una agudeza que contrastaba con su habitual aire despreocupado. No necesitó preguntar nada; el aire en la habitación todavía vibraba con la electricidad de lo que acababa de suceder.

Noah esbozó una sonrisa burlona, una de esas que indicaban que sabía exactamente qué estaba pasando bajo la superficie.

—Vaya —dijo, estirando la vocal mientras caminaba hacia la nevera—. Solo vengo a buscar una bebida fría. Por favor, no dejéis que mi presencia os interrumpa. Podéis seguir con lo vuestro.

Sentí que el calor me subía de nuevo al rostro, esta vez por una vergüenza abrasadora.

—Yo... tengo que volver fuera —balbuceé, sin ser capaz de mirar a ninguno de los dos a los ojos.

Me escusé con un gesto torpe y salí casi corriendo hacia el patio. El aire húmedo de la tarde me golpeó la cara, pero no fue suficiente para enfriar el incendio que Logan había encendido en mi interior. Mientras volvía a reunirme con Hannah y Savannah, sentí el peso de la mirada de Logan desde la sombra de la casa, una promesa silenciosa de que este era solo el inicio y ninguno de los dos saldría intacto.

DIECISÉIS

Logan

Me quedé un par de segundos inmóvil en el centro de la cocina, escuchando el eco del portazo suave que Avery había dado al huir hacia el patio. Noah la siguió instantes después sin decir nada más. El aire en la estancia todavía vibraba, cargado de esa electricidad estática que solo ella era capaz de generar. Mis manos aún conservaban el rastro del calor de su cintura y la textura de su falda veraniega, y en mis labios persistía el sabor de su boca y a esa urgencia que amenazaba con devorarme por completo.

Estaba jodido. Jodidamente al límite.

Obligué a mi respiración a recuperar un ritmo que no pareciera el de un hombre que acaba de correr un maratón, y salí al patio de nuevo.

La luz del atardecer en *Raven Ridge* estaba empezando a volverse de un ámbar espeso, proyectando sombras largas y afiladas sobre el césped. El ruido de la fiesta de Octavia me golpeó de nuevo: risas, el choque de platos y la música de fondo que Caleb había puesto para amenizar la velada. Divisé a Avery a lo lejos; ya se había refugiado junto a Hannah, manteniendo esa distancia de seguridad que tanto le gustaba interponer entre nosotros cuando había testigos.

Me dirigí hacia un rincón del patio donde Noah y Savannah charlaban apoyados en la barandilla de madera del porche. Noah, con esa habitual actitud relajada de quien no tiene un solo peso

sobre los hombros, me recibió con una sonrisa que era puramente burlona.

—Vaya, Logan —soltó Noah en cuanto estuve a tiro de piedra—, pensé que tendríamos que enviar a un equipo de rescate a la cocina para sacarte de allí. O al menos una manguera de agua fría.

Me apoyé contra la madera, intentando mantener una expresión de absoluta indiferencia quirúrgica.

—No seas capullo, Noah —mascullé, aunque sabía que era una batalla perdida.

—Capullo yo —rio él, dándole un trago a su bebida—. Solo digo lo que todos vemos. La cocina estaba a punto de arder de forma espontánea. Y Avery ha salido de allí como si se le acabara de prender fuego en el vestido.

Savannah, a su lado, no se unió a las bromas. Ella me observaba con esa seriedad dulce que la caracterizaba, una mirada que siempre me hacía sentir que podía ver a través de mi armadura de cinismo. Savannah era el pegamento emocional de nuestro grupo, y en ese momento, su escrutinio era más pesado que el de cualquier jefe de departamento del hospital.

—Logan —me llamó Savannah con suavidad—, ¿cómo están las cosas con ella? De verdad.

Suspiré, dejando que la tensión se relajara un milímetro en mis hombros. Miré hacia donde Avery reía por algo que Octavia le estaba contando. Se veía preciosa bajo la luz dorada.

—Están bien —respondí, intentando ser evasivo—. Aunque si lo que quieres saber es si ha pasado algo más entre nosotros, estoy seguro de que Noah ya te ha hecho un resumen detallado de lo que ha visto en la cocina.

Noah negó con la cabeza, su tono volviéndose un poco más serio, pero manteniendo ese filo cortante.

—No seas imbécil, Logan. No le he contado nada a nadie, pero no hace falta ser un genio para darse cuenta de que hay algo más —

Noah se enderezó, clavando su mirada en la mía—. Esa tensión es insostenible.

Cerré los puños sobre el borde de la barandilla. Mis amigos eran mi refugio, las personas más leales que sabía que no me juzgarían pasara lo que pasara. Así que opté por la sinceridad.

—No sé lo que está pasando —admití finalmente, mi voz sonando ronca incluso para mis propios oídos—. Lo de la cocina... la tensión ha llegado a un punto en el que ya no puedo ignorarla. No sé hacia dónde vamos, ni qué pasará. Ella es... ella es Avery. Y yo soy el tipo que juró odiarla durante doce años.

Savannah dio un paso hacia mí y me puso una mano en el brazo. Su tacto era cálido, reconfortante.

—Logan, por favor —me pidió en voz baja—. Sé bueno con ella. Avery ha pasado por mucho, más de lo que la gente aquí sospecha.

Me tensé de inmediato. Una punzada de ofensa me recorrió el pecho, ácida y repentina.

—¿Por qué asumís automáticamente que seré yo quien le haga daño? —repliqué, frunciendo el ceño—. ¿De verdad creéis que soy un cínico resentido? Ella fue la que le reía las gracias a Carson. Ella fue la que se reía mientras los tres imbéciles de sus amigos nos hacían la vida imposible en el instituto. Yo soy el que ha tenido que reconstruirse desde cero.

Noah y Savannah intercambiaron una mirada rápida, una de esas comunicaciones silenciosas que indicaban que estaban a punto de cruzar una línea que no se podía desandar. Fue Noah quien rompió el silencio, dirigiéndose a Savannah.

—Quizá deberíamos contárselo, Sav —dijo Noah, su voz perdiendo toda traza de burla—. Logan está decidiendo con la mitad de la información y eso solo va a empeorar las cosas.

—¿Contarme qué? —pregunté, mi instinto de protección y mi curiosidad colisionando en un nudo incómodo en el estómago.

Savannah suspiró, pareciendo debatir consigo misma. Miró hacia Avery una última vez, asegurándose de que seguía distraída con

Hannah y los demás.

—No quiero traicionar su confianza —comenzó Savannah, hablando tan bajo que apenas podía oírla por encima del murmullo de la fiesta—. Pero sé que Avery es reservada. No te contará esto de buenas a primeras, y mucho menos ahora que las cosas están tan sensibles entre vosotros. Logan... tienes que entender lo difícil que fue para ella recuperarse del accidente y de la muerte de Carson.

—Fue la que sostuvo la mano de Carson hasta el final, lo sé y fue la última en salir de allí —dije impaciente—. Todos estuvimos marcados por eso. Y también sé que tiene insomnio desde la adolescencia. No hay que ser un genio para deducir por qué.

—No, Logan. No lo entiendes —me interrumpió Noah—. Tú crees que ella simplemente se fue a acabar el instituto fuera porque era la chica popular que quería evitar el drama del pueblo. Pero no fue así.

Savannah retomó la palabra, sus ojos llenándose de una tristeza antigua.

—Unos meses después del accidente, llevaron a Avery a urgencias —me confesó Savannah, y sentí que la temperatura del patio caía diez grados de golpe—. Se había tomado una sobredosis. Fue accidental, somníferos. No podía dormir, Logan. No podía cerrar los ojos sin ver a Carson morir en sus manos. Mi hermana Georgia estaba de guardia aquella noche. Vio como Ian corría a través de las puertas de urgencias con una Avery inconsciente en brazos.

Me quedé helado. Como médico en Chicago, había tratado cientos de sobredosis, pero escuchar ese término asociado al nombre de Avery Collins fue como recibir un impacto directo en el esternón.

—Avery estuvo más de un año en terapia —continuó Savannah—. Tuvo una depresión severa. Ese tiempo que tú creías que estaba fuera, viviendo su vida de reina del instituto, en realidad estaba en tratamiento psiquiátrico intensivo. Sus padres la sacaron del pueblo porque aquí todo le recordaba al barranco. Estaba rota, Logan. Completamente destrozada.

El mundo pareció ralentizarse a mi alrededor. La imagen que yo había cultivado durante más de una década se hizo añicos contra el

suelo de piedra del patio de Caleb. Me acordé de su insomnio, de cómo se había metido en mi cama buscando paz, de cómo me había dicho que solo conmigo lograba dormir. Todo cobró un sentido nuevo, oscuro y desgarrador.

—No lo sabía —susurré, mi mente recorriendo los años de mi propio resentimiento.

—Nadie fuera de su círculo más íntimo lo sabe —dijo Noah—. Avery trabajó duro para ser la mujer que ves hoy. Se reconstruyó pieza por pieza. Por eso Ian es tan protectoras con ella.

Miré hacia el jardín. Avery estaba de espaldas a nosotros, su pelo negro moviéndose suavemente con la brisa de la tarde. De repente, ya no vi a la reina del instituto o a la enfermera experimentada en el quirófano. Vi a la chica que había tenido que luchar contra sus propios demonios para no hundirse.

Ella sostuvo la mano de Carson hasta el último segundo. Ella cargó con el peso de sus últimas palabras mientras yo estaba en casa, castigado por haberme peleado con él.

Comprendí por fin la profundidad de su sufrimiento, la magnitud del abismo que había tenido que saltar para estar hoy aquí, trabajando a mi lado. Pero, mientras observaba cómo se giraba y sus ojos verdes buscaban los míos en la distancia, una sospecha se instaló en mi pecho: si esto era lo que Noah y Savannah se atrevían a contarme, ¿qué otras cosas seguía ocultando Avery Collins bajo esa capa de reserva impecable?

Sentí que el suelo bajo mis pies ya no era firme. Lo único que sabía, con absoluta certeza, era que ya no había vuelta atrás. No podía seguir odiándola, y mucho menos podía dejar de desearla con una intensidad que ahora me asustaba.

—Logan —la voz de Savannah me trajo de vuelta—. Sé bueno con ella.

—Lo intentaré, Sav —respondí, y por primera vez en mi vida, no era sarcasmo. Era una promesa.

Me alejé de ellos, caminando hacia la salida del patio. Necesitaba llegar a casa y procesar todo lo que Noah y Savannah me habían contado. Necesitaba saber cómo enfrentar a Avery de ahora en adelante.

* * *

El aire nocturno de Wildwater Falls bajaba de las cumbres con un frescor persistente y cargado de la humedad perpetua de las cataratas. El sonido de la caída de agua de *Bridal Veil* era un rugido constante, un fondo blanco que solía ayudarme a silenciar mi propio cerebro, pero esta noche no era suficiente. El aire me golpeaba el pecho desnudo, todavía húmedo tras la ducha que me había dado nada más llegar, pero el contraste entre la piel erizada y el incendio que rugía bajo mis costillas era lo único que me mantenía anclado a la realidad.

Me apoyé contra la barandilla de madera del porche, vestido solo con los pantalones cortos de algodón gris. Las palabras de Savannah y Noah daban vueltas en mi cabeza como una bandada de cuervos.

«Depresión severa. Sobredosis accidental. Un año en tratamiento».

Miré hacia la oscuridad del bosque, donde los pinos parecían sombras gigantescas vigilando mis secretos. Durante doce años, mi narrativa personal había sido sólida como el hormigón: yo era la víctima, el chico traicionado, el marginado que se había reconstruido a sí mismo mientras ellos vivían su vida de privilegios. Avery Collins había sido la pieza central de ese esquema. Ella era la cómplice, la chica que había validado el acoso de Carson con su silencio y su belleza impecable.

Mentiría si dijera que lo que habían dicho Noah y Savannah me había sorprendido. Llevaba meses viendo a Avery en multitud de situaciones: en el hospital siendo la mejor enfermera con la que había trabajado, con Hannah y Savannah siendo la mejor amiga, con

Ian siendo una hermana cariñosa, defendiendo a Savannah del imbécil de su marido y tantas otras situaciones en las que había visto a la mujer espectacular en la que se había convertido. Saber que había pasado por un infierno de dolor no era sorprendente, lo sorprendente era saber cómo había salido de eso para ser lo que era hoy en día.

Hacía semanas que sabía que mi resentimiento estaba enfocado de forma incorrecta. Pero reconocer ante uno mismo que se está tan equivocado no es fácil. Más aún, cuando la persona sobre la que se está equivocado es una tentación de ojos verdes que no dejaba de imaginar desnuda.

El sonido de unos neumáticos sobre la grava rompió el silencio del valle.

Me puse rígido, sintiendo cómo cada músculo de mi espalda se tensaba. Escuché la puerta cerrarse, el eco del metal golpeando el aire, y luego sus pasos. Al cabo de un par de minutos apareció bajo la luz tenue de la entrada.

Seguía llevando la ropa de la fiesta, ese vestido blanco de verano que amenazaba mi autocontrol. Se detuvo a unos metros de mí, el espacio suficiente para que la tensión entre nosotros se estirara hasta casi romperse. Nos miramos durante una eternidad de segundos. Sus ojos verdes, normalmente vibrantes y desafiantes, parecían ahora dos lagos oscuros y profundos.

Quería preguntarle. Quería soltarlo todo, exigirle que me hablara de ese año de sombras, de los somníferos, de cómo una persona pasa de ser el centro del mundo a querer abandonar el mundo. Pero las palabras se me quedaron atascadas en la garganta.

Avery rompió el silencio primero.

—Te has ido de la fiesta sin despedirte. Otra vez —dijo. No era una acusación, era una observación plana, casi triste.

Solté un poco de aire.

—Estabas ocupada —respondí, sin mirarla directamente, manteniendo la vista en el horizonte negro—. Charlando con todos.

Avery dio un par de pasos hacia mí. Sus movimientos eran fluidos, pero noté el ligero temblor en sus manos. Se colocó a mi lado, apoyándose también en la barandilla, aunque mantuvo un margen de seguridad. El olor a lavanda y mandarina me golpeó de inmediato, mezclándose con el aire de la montaña y haciendo que mis sentidos se pusieran en alerta roja.

—¿Qué te pasa? Has estado raro desde lo de la cocina. Más de lo habitual.

Cerré los ojos un momento, apretando la mandíbula. La cercanía de su cuerpo su olor y el reconocerme a mí mismo que me gustaba esta Avery estaban creando una tormenta perfecta en mi interior.

—Avery... —empecé, pero me detuve.

—¿Hacia dónde vamos, Logan? —me interrumpió ella. Se giró por completo hacia mí, obligándome a enfrentar su mirada—. No puedo seguir así. Necesito saber si esto es un juego de poder para ti, si es una forma de castigarme por hace doce años. ¿Todavía me odias? ¿Significaron algo los besos de hoy? ¿O lo del viernes aquí mismo?

Me quedé helado. La pregunta fue directa, desprovista de adornos, una exigencia de honestidad que me desarmó. La miré, recorriendo cada línea de su rostro, buscando rastro de la chica que me humilló y encontrando solo a la mujer que me había abrazado en la oscuridad para poder dormir.

—No te odio —dije. Las palabras salieron más graves de lo que pretendía, con una sinceridad que me asustó a mí mismo.

Avery soltó una risa seca, cargada de una ironía amarga que me escoció en la piel.

—¿Ah, no? —se burló, aunque sus ojos brillaban con algo que no era burla—. Pues haces un trabajo excelente fingiendo lo contrario. Me tratas como si fuera una molestia y una intrusa en tu casa, pero luego me besas como si fuera lo único que te mantiene con vida. No tiene sentido.

Di un paso hacia ella, acortando la distancia. El calor que emanaba de su piel me atraía como un imán. La furia y el deseo

empezaron a mezclarse en mi sangre de forma incontrolable.

—No tiene sentido porque no sé hacia dónde va toda esta maldita atracción, Avery —exploté, mi voz sonando como un gruñido en la quietud del porche—. No sé cómo manejarlo. Me despierto y estás ahí. Te veo en el hospital y eres la mejor enfermera que he tenido nunca, y luego vuelvo a casa y te huelo en mis sábanas. La tensión sexual me está volviendo loco. No sé cómo manejarlo y, lo que es peor, no sé cómo alejarme de ti. He intentado odiarte, lo he intentado con todas mis fuerzas porque era más fácil, pero cada vez que te miro...

Me detuve a centímetros de su rostro. Podía ver el latido rápido en su cuello, sentir el ritmo errático de su respiración. La armadura de cinismo que me había protegido durante años se estaba desintegrando, dejándome expuesto.

—No quiero que te alejes —confesó ella en un susurro, sus ojos fijos en los míos con una vulnerabilidad que me destrozó—. No quiero seguir evitándote. Estoy cansada de la frialdad, Logan.

Sus palabras fueron la estocada final. Estaba reconociendo lo mismo que yo: que el pasado ya no era suficiente para mantenernos separados, que el fuego que habíamos encendido en este porche el viernes no se iba a apagar con silencio ni con frialdad.

Alargué la mano y le acaricié la mejilla con el dorso de los dedos. Su piel estaba fría por el aire nocturno, pero se calentó instantáneamente bajo mi tacto. Avery cerró los ojos, inclinándose levemente hacia mi mano, un gesto de entrega que me prendió fuego por dentro.

—Si no nos alejamos ahora, Avery... —murmuré, mi voz cargada de una advertencia que ambos sabíamos que íbamos a ignorar—, ya no habrá marcha atrás. No te dejaré escapar.

—Lo sé —respondió ella, abriendo los ojos. El deseo que brillaba en ellos era tan salvaje como el mío.

La agarré por la nuca, hundiendo los dedos en su pelo oscuro con una urgencia posesiva, y estrellé mis labios contra los suyos.

El beso no fue tierno. Fue una reclamación. Mis labios buscaron los suyos con un hambre que me dolía en el pecho, y Avery no retrocedió. Al contrario, se lanzó hacia mí con la misma pasión desesperada, rodeando mi cuello con sus brazos y pegando su cuerpo al mío como si intentara fusionar nuestras anatomías.

Me separé apenas un centímetro, lo justo para que nuestras respiraciones se mezclaran en un jadeo áspero. Mi frente descansaba contra la suya y podía sentir el latido desbocado de su corazón contra mis costillas.

La miré a los ojos en la penumbra del porche. Sus pupilas estaban dilatadas, devorando el verde de su iris, reflejando una determinación que me dejó sin aliento.

La vorágine de sentimientos que había intentado compartimentar durante semanas estalló en mi interior. Sentí una oleada de posesión que no tenía nada que ver con el rencor y todo que ver con el presente. Ya no me importaba quién había sido ella en el instituto ni lo que otros dijeran; en ese momento, en ese porche, ella era mía. Y yo iba a tomar cada gramo de esa entrega.

La empujé hacia atrás con una firmeza que no admitía réplica. Avery retrocedió hasta que su espalda chocó con la barandilla de madera de cedro. Estábamos casi en el mismo lugar y situación que hace dos noches. La arrinconé allí, atrapándola entre el límite del porche y mi cuerpo. Mis manos bajaron por sus costados, recorriendo la curva de su cintura con una autoridad que me hacía sentir que yo tenía el control total de la situación.

No hubo preámbulos delicados. Bajé una de mis manos hacia el dobladillo de su vestido veraniego, levantando la tela ligera hasta que sentí la suavidad de sus muslos contra mis dedos. Avery soltó un jadeo corto, arqueando la espalda contra la barandilla. Mis dedos se engancharon en la fina tela de sus bragas. Tiré de ellas con un movimiento brusco, escuchando el leve sonido del tejido desgarrándose, y las dejé caer sobre las tablas del porche.

Avery soltó un suspiro largo, una rendición que me prendió fuego por dentro. En lugar de cubrirse o retroceder, abrió más las piernas

para mí, invitándome a entrar en su espacio más íntimo, ofreciéndome un acceso total que me hizo temblar las rodillas.

—Mírame, Avery —le ordené en un susurro dominante.

Ella obedeció, echando la cabeza hacia atrás contra el aire nocturno, con los ojos empañados por el deseo, pero fijos en los míos. Bajé mi mano hacia su centro. Estaba empapada. El calor líquido que me recibió fue la confirmación física de todo lo que ella no se atrevía a verbalizar. Empecé a masturbarla con un ritmo deliberado, constante, usando mis dedos para explorar su humedad mientras mi pulgar encontraba el punto exacto de su placer.

Me deleité en sus reacciones. Cada gemido roto que escapaba de sus labios, cada vez que sus dedos se clavaban en mis hombros desnudos, era una victoria para mí. Me fascinaba su abandono, la forma en que confiaba en mis manos a pesar de toda nuestra historia de desconfianza. Había algo profundamente erótico en ver a la mujer que siempre mantenía la compostura deshacerse bajo mi control.

—Eso es... —murmuré, observando cómo su respiración se volvía más errática—. No me quites la vista de encima.

Avery estaba enloquecida. Sus caderas se movían instintivamente buscando más presión, más contacto. Yo me mantuve firme, controlando el ritmo, acelerando cuando sentía que ella estaba a punto de desbordarse y frenando justo antes de que lo hiciera, prolongando su agonía deliciosa. La vorágine en mi interior era una mezcla embriagadora de protección y deseo primitivo. Quería ser el único que la hiciera sentir así. Quería que grabara este momento en su piel para que nunca más pudiera mirar a otro. Solo a mí. Solo yo podía tocarla así.

Sentí cómo sus músculos internos empezaban a contraerse alrededor de mis dedos. Su espalda se arqueó violentamente y sus ojos se pusieron en blanco por un segundo mientras el orgasmo la alcanzaba. Avery soltó un grito ahogado contra mi cuello, aferrándose a mí como si fuera su único anclaje en medio de una tormenta. Los espasmos recorrieron su cuerpo, y yo la sujeté con

fuerza contra la barandilla, disfrutando de cada temblor, de cada suspiro agotado que exhalaba contra mi piel.

Me quedé allí, sintiendo su calor contra mis manos, mi propio cuerpo en un estado de tensión insoportable. Mi erección palpitaba contra la tela de mi pantalón de pijama, exigiendo su turno, pero me obligué a respirar hondo. Esta vez no iba a ser como un adolescente perdiendo el control. Esta noche, yo marcaba los tiempos.

Avery se dejó caer sobre mi pecho, laxada, buscando aire. Sus dedos acariciaron vagamente mis brazos, todavía recuperándose del impacto.

—Logan... —susurró, con la voz rota.

La separé un poco de mí, lo suficiente para ver su rostro bañado por la luz de la luna. Estaba preciosa, con los labios hinchados y la mirada perdida. Le aparté un mechón de pelo de la frente con una ternura que me sorprendió incluso a mí.

—Esto es solo el principio, Avery —le dije, y mi voz era una promesa oscura—. No he terminado contigo. Voy a tomarte de todas las formas posibles que me permitas, y de algunas que aún no has imaginado.

Me di cuenta de que ya no había vuelta atrás. Había cruzado el punto de no retorno emocional al verla confiar en mí de esa manera. El resentimiento seguía ahí, en algún rincón oscuro, pero el deseo de poseerla, de cuidarla y de someterla a este fuego mutuo era infinitamente más fuerte. Tenía el control de la situación, y por primera vez en doce años, sabía exactamente hacia dónde íbamos.

DIECISIETE

Avery

El mundo todavía giraba en una neblina y mis pulmones ardían, buscando un oxígeno que el aire frío de la montaña parecía negarme, mientras los últimos ecos del orgasmo reverberaban en la base de mi columna como réplicas de un terremoto. Estaba laxa, mis músculos convertidos en agua, sostenida únicamente por la fuerza de los brazos de Logan contra la barandilla de madera de cedro. El rugido de Bridal Veil Falls al fondo del valle se mezclaba con el latido desbocado de mi propio corazón.

Pero Logan no conocía la tregua.

Sentí sus manos, grandes y ásperas, subiendo por mis muslos con una determinación que me hizo soltar un jadeo roto. Antes de que pudiera recuperar el aliento, el peso de mi vestido blanco desapareció. Escuché el siseo de la tela deslizándose sobre mi piel, abandonándome, hasta quedar amontonado a mis pies como una piel muerta que ya no necesitaba.

Quedé completamente desnuda bajo la luz plateada de la luna.

La sensación de exposición fue instantánea y tremendamente erótica. El aire de la noche de chocó con mi piel encendida, provocando que cada vello de mi cuerpo se erizara. Me sentí vulnerable, despojada de toda armadura. Pero bajo esa vulnerabilidad, una corriente de excitación mucho más profunda y oscura se abrió paso. Estar así, a merced de su mirada violeta que

me recorría como si estuviera memorizando cada centímetro de mi anatomía, me hacía sentir más viva de lo que jamás había estado.

Logan se tomó su tiempo. Sus manos iniciaron un recorrido lento por mis costados. Sus palmas ardían. Me acarició con una mezcla de adoración y posesión que me hizo arquear la espalda, buscando instintivamente su contacto. Sus labios encontraron mi cuello, dejando un rastro de besos húmedos y mordiscos cortos que me arrancaron gemidos que ni siquiera reconocía como míos.

Cuando su boca descendió hacia mis pechos, el mundo volvió a desdibujarse. Logan no era delicado; me reclamaba. Sus dientes rozaron mis pezones, pellizcándolos con una presión que caminaba por la delgada línea entre el dolor y el placer más absoluto.

—Mírame, Avery —ordenó en un susurro ronco que vibró directamente en mi pecho.

Abrí los ojos, luchando contra la pesadez de mis párpados. Vi cómo se deshacía de sus pantalones cortos con un movimiento brusco. En la penumbra, su cuerpo desnudo era una obra de arte; era todo músculo definido desde sus hombros hasta sus pantorrillas, con unas manos grandes y fuertes que sabían moverse con la mayor de las delicadezas. Un acorta capa de vello le cubría el pecho hasta descender en una fina línea por su abdomen, su ombligo y finalmente hasta su pene que estaba duro, grueso y orgullosamente erguido.

Me hizo girar con un movimiento fluido, obligándome a apoyarme de nuevo contra la fría madera de la barandilla, de espaldas a él. El contraste de la barandilla helada contra mi vientre y su calor abrasador pegándose a mi espalda me hizo soltar un sollozo de pura necesidad. Sentí su erección, dura y pulsante, encajándose con una precisión asombrosa entre mis glúteos.

Logan me rodeó por detrás, hundiendo el rostro en el hueco de mi cuello. Sus manos volvieron a mis pechos, apretándolos con una fuerza que me recordaba quién tenía el control en este porche. Sus dedos pellizcaron mis pezones con un ritmo que me hacía temblar,

mientras él comenzaba a masturbarse contra mí, frotando su pene entre mis nalgas con una cadencia lenta y tortuosa.

—¿Sientes esto? —me susurró al oído, y su aliento caliente me quemó la piel—. He pasado cada maldito minuto desde que volví al pueblo imaginando cómo sería tenerte así. Cómo sería romper ese silencio tuyo con gemidos. Voy a tomar cada parte de ti hasta que no recuerdes cómo se respira sin mi permiso.

La crudeza de sus palabras, combinada con la fricción de su cuerpo contra el mío y la estimulación implacable de sus manos, me llevó al límite de la locura.

—Por favor... —supliqué, con la voz rota apoyando la cabeza sobre uno de sus hombros. La barba corta de Logan rozaba mi pómulo, mientras él seguía estrujando mis pechos—. Por favor.... No puedo más. Necesito sentirte dentro.

Cerré los ojos, esperando que mi súplica fuera suficiente para que él decidiera terminar con esta agonía deliciosa y me reclamara por completo.

Logan me giró de nuevo con una autoridad que no admitía réplica, obligándome a soltar el apoyo de la barandilla de madera de cedro. Ahora estábamos frente a frente.

—Mírame, Avery —gruñó, su voz era una vibración ronca que sentí en el centro de mi ser.

No pude hacer otra cosa. Estaba atrapada en su órbita. Logan me sujetó por los muslos y, casi sin esfuerzo, me levantó. Instintivamente, rodeé su cintura con las piernas, anclándome a él como si fuera mi único refugio en medio de la tormenta que nosotros mismos habíamos desatado. Sus manos grandes y fuertes se cerraron sobre mi trasero, apretándome contra su erección, que pulsaba contra mi intimidad empapada a través del escaso espacio que nos separaba.

El contacto era eléctrico. Necesitaba tenerlo dentro. Necesitaba que Logan Pierce rompiera de una vez por todas la última barrera que nos separaba.

Logan me sostuvo con una firmeza que me hizo sentir pequeña y, al mismo tiempo, inmensamente poderosa por ser el objeto de tal necesidad. Se acercó a mi cuello, mordisqueando la piel sensible justo debajo de mi oreja, mientras sus manos me apretaban los glúteos con una posesividad que me arrancó un sollozo.

—Logan... por favor. Ahora —supliqué, hundiendo mis dedos en sus hombros anchos.

Él no se apresuró. Me posicionó con cuidado, su mirada fija en la mía, asegurándose de que yo estuviera presente en cada segundo.

—Dilo de nuevo —me exigió. —Di mi nombre otra vez.

—Logan —susurré medio ida, sin dejar de mirar sus ojos —Logan, por favor.

Cuando finalmente me penetró, lo hizo con una lentitud tortuosa, como si estuviera realizando la incisión más importante de su vida.

Inhalé aire con fuerza, arqueando la espalda. Me sentí tan llena que era abrumador. Logan era grande y su entrada me obligó a abrirme de una manera que me dejó sin aliento. Por un momento, el mundo se detuvo; solo existía la fricción de su piel contra la mía, de su mirada clavada en la mía y sus manos sosteniéndome.

La contención de Logan, ese autocontrol del que se sentía tan orgulloso, se hizo añicos en cuanto sintió mi calor envolviéndolo. Sus movimientos, inicialmente cautelosos, se volvieron urgentes y hambrientos.

—Más fuerte, Logan. No te detengas —le pedí al oído, mi voz era un hilo de desesperación y deseo.

Él me dio exactamente lo que pedía. Me llevó hacia uno de los postes de madera que sostenían el techo del porche. Apoyó mi espalda contra la superficie rugosa y fresca, mientras sus embestidas se volvían más potentes, más profundas. Cada golpe de su cadera contra la mía enviaba ondas de placer que me hacían ver estrellas. El sonido del agua de las cataratas parecía sincronizarse con el ritmo frenético de nuestros cuerpos.

Sentí cómo la presión en mi interior aumentaba hasta volverse insoportable. Era una vorágine de sensaciones: el olor a pino, el sudor de Logan sobre mi pecho, la dureza del poste en mi espalda y la forma en que él me sujetaba como si fuera lo único real en el universo. Me rompí. Mi segundo orgasmo de la noche me alcanzó con tal violencia que vi todo blanco tras mis párpados. Grité su nombre contra su cuello mientras mis músculos se contraían alrededor de él, atrapándolo en mi clímax.

Logan no se detuvo. Suspiró mi nombre, un sonido cargado de una devoción que me atravesó más profundamente que el sexo. Me bajó al suelo del porche con una brusquedad que me excitó aún más.

—De rodillas, Avery. Muéstrame cuánto me quieres —ordenó, su voz destilaba ese dominio que yo anhelaba obedecer.

Me puse en posición sobre las tablas de madera, sintiendo la textura del cedro bajo mis palmas. Estaba rendida, entregada por completo a su voluntad. Logan se situó detrás de mí, agarrando mis caderas con una fuerza que dejaría marcas, y volvió a penetrarme. Esta vez fue diferente; el ángulo le permitía llegar más profundo, reclamando cada rincón de mi cuerpo con una furia que me hacía gemir sin descanso.

Era duro, era constante, y era exactamente lo que necesitaba para acallar los fantasmas del pasado.

Logan aumentó el ritmo, sus manos apretando mis caderas con una intensidad que me hizo arquear el cuerpo. Escuché su respiración volverse un rugido. Estaba cerca. Podía sentirlo en la forma en que sus músculos se tensaban, en la manera en que su ritmo se volvía casi desesperado.

—Avery... —su voz fue un estallido.

Logan se retiró en el último segundo, su clímax fue una liberación potente que sentí salpicar sobre mi trasero y mi espalda. Fue un acto de posesión y de entrega que me dejó temblando.

Ambos caímos desmadejados sobre el suelo del porche, con los pechos subiendo y bajando erráticamente. Logan se dejó caer a mi

lado, todavía jadeando.

El suelo de madera de cedro se sentía firme y ligeramente rugoso bajo mi espalda desnuda, un contraste brusco con el calor febril que todavía emanaba de mi piel. Mis pulmones, que minutos antes habían luchado por cada brizna de oxígeno, recuperaron por fin un ritmo pausado y profundo. El aire de mediados de julio, aunque fresco en la montaña, se sentía como una caricia necesaria sobre mi cuerpo encendido.

Logan, a mi lado, pasó un brazo bajo mi cabeza y yo enredé las piernas con las suyas. No me esperaba el momento de ternura e intimidad. Pero iba a aceptarlo sin reservas. Podía sentir el vello de su pecho rozando mis pechos y el latido de su corazón, todavía un poco acelerado, contra mi costado.

Me sumergí un poco más en el abrazo, apoyando la mejilla en su hombro. En la penumbra, su perfil parecía tallado en piedra, con la mandíbula menos tensa de lo habitual y los ojos fijos en el techo del porche. Me sentía tan expuesta emocionalmente como lo estaba físicamente, y por primera vez en doce años, esa vulnerabilidad no me asustaba.

—Dime algo sobre ti que nadie más sepa —susurré.

Logan no respondió de inmediato. Sentí cómo sus músculos se tensaban apenas un milímetro antes de relajarse de nuevo. Giró el rostro hacia mí, y sus ojos violetas, ahora suaves y profundos, buscaron los míos.

—Tú primero —replicó él, con esa voz grave y rasposa que todavía me provocaba escalofríos.

—No, tú primero —insistí, trazando círculos imaginarios con el dedo sobre su abdomen.

Logan exhaló un suspiro largo y pesado. Se quedó en silencio un minuto entero, un tiempo en el que solo se escuchó el rumor del agua y el crujido lejano de alguna rama. Parecía estar pesando cada palabra.

—Justo después del accidente... el acoso cesó en el instituto —comenzó, y su tono era plano, desprovisto de cualquier inflexión heroica—. Trevor y el resto del grupo detuvieron su acoso, como si el mundo se hubiera paralizado. Y yo... yo me sentí aliviado.

Hizo una pausa, y sentí un nudo en la garganta. Logan apretó la mandíbula, y por primera vez vi la sombra del dolor que cargaba Logan tras el accidente. Pensar que a él no le afectó porque no iba en el autobús era demasiado simplista. A todos nos afectó de alguna forma. Todos cargábamos con heridas y cicatrices de aquel día.

—Aún tengo esa sensación de ser una mala persona por sentir aquel alivio —continuó, con una honestidad que me dolió en el pecho—. Todos a mi alrededor estaban sufriendo. Hannah estaba en el hospital luchando por su pierna, los Donovan estaban enterrando a Carson... y yo, en medio de aquel funeral colectivo, solo podía pensar en que por fin nadie se burlaría de mí el lunes por la mañana. Me sentí un monstruo por encontrar paz en medio de la tragedia de todos los demás.

Me incorporé levemente sobre el codo, mirándolo con una intensidad que esperaba que fuera capaz de traspasar su armadura. Puse mi mano sobre su mejilla, obligándolo a sostener mi mirada.

—Sentir alivio porque el dolor que te estaban causando se detuvo no te convierte en una mala persona, Logan —le dije con firmeza—. Solo te convierte en un ser humano que estaba agotado de luchar. No elegiste el accidente, pero tampoco elegiste el acoso. No te culpes por respirar cuando por fin te quitaron las manos del cuello.

Logan cerró los ojos un momento, dejando que mis palabras se asentaran. Tomó mi mano y besó la palma con una ternura que me desarmó por completo.

—Ahora te toca a ti —dijo, volviendo a su papel de interrogador.

Respiré hondo, notando el frío del aire en mis pulmones. Sabía que iba a abrir una puerta al pasado entre nosotros que no volveríamos a cerrar. Pero quería que entendiera a la Avery del pasado tanto como la del presente. La estrategia de evasión había

volado por los aires definitivamente y si quería una oportunidad con Logan, él necesitaba conocerme. A la Avery real.

—Meses después del accidente tuve una sobredosis de somníferos —comencé, sintiendo un escalofrío cuando el recuerdo me invadía—. Eso algunas personas del pueblo lo saben, solo el respeto que sienten por mis padres los detiene de cuchichear a mis espaldas. Pero lo que nadie sabe es cómo conseguí las pastillas.

Me quedé en silencio, observando cómo la luz de la luna dibujaba sombras en la madera. Logan me escuchaba con una atención absoluta, sin juzgar, sin interrumpir.

—Le robé el recetario a mi doctora de cabecera en una consulta de rutina —confesé en un susurro que apenas compitió con el ruido de las cataratas—. Me hice una autorreceta. Imitando su letra, con su sello. Tenía dieciséis años y me sentía como una criminal, pero no me importó. Sabía que ella podía perder su licencia médica, pero no me importó. Solo quería dormir.

Me detuve, tragando saliva.

—No pretendía acabar con mi vida, Logan. De verdad que no —continué, y sentí que mi voz se volvía más pequeña—. Pero desde la noche del accidente empecé con el insomnio. No eran pesadillas, era simplemente... la incapacidad de apagar la luz. En el momento en que robé aquellas recetas, llevaba cuatro días seguidos sin dormir ni un solo minuto. Sentía que mi cerebro se estaba desintegrando, que las paredes de mi habitación se cerraban sobre mí. Solo quería que el mundo se apagara un rato. Solo quería silencio. Ian me encontró y me llevó a urgencias. Mi hermano siempre salvándome —dije con un leve rastro de ironía —. Y después llegaron las sesiones interminables en terapia, acabé sumida en una depresión tan horrible que mis padres decidieron que lo mejor era alejarme del pueblo. Por eso acabé el instituto fuera. Estuve en terapia durante más de un año antes de empezar la universidad.

Logan no dijo nada. No hubo reprimenda, ni una expresión de horror. En lugar de eso, rodeó mi cintura con su brazo y tiró de mí con una fuerza que me dejó sin aliento, pegando mi cuerpo contra

su pecho y envolviéndome en su calor. Hundió una mano en mi pelo, apretándome contra él como si intentara protegerme de la chica que fui y del dolor que todavía arrastraba.

Me quedé allí, protegida por sus brazos, escuchando el rugido de las cataratas y sintiendo, por primera vez en mucho tiempo, que podía cerrar los ojos y que, esta vez, el sueño no sería un enemigo.

DIECIOCHO

Logan

El aire de la mañana en Wildwater Falls todavía conservaba el rastro de la humedad de la noche, pero el sol de julio ya empezaba a calentar el asfalto del aparcamiento del hospital. Aparqué el todoterreno en mi plaza reservada, justo al lado del coche de Hannah. Apagué el motor y, por un segundo, me quedé mirando el volante, dejando que el silencio del habitáculo se asentara.

A mi lado, Avery se movió para soltarse el cinturón de seguridad. Me giré hacia ella. Llevaba el pelo recogido en esa coleta alta y tirante que usaba para trabajar, dejando al descubierto la línea de su cuello donde, si me acercaba lo suficiente, aún podía ver las marcas de mis mordiscos de anoche sobre su piel delicada.

No habíamos hablado de etiquetas. No habíamos tenido una conversación trascendental sobre el futuro ni habíamos puesto nombre a lo que estaba sucediendo.

Simplemente éramos.

En plural.

Un nosotros.

Al bajar del coche y caminar hacia la entrada principal de Urgencias, nuestras manos se buscaron de forma instintiva. Al cruzar las puertas automáticas, el aire acondicionado del hospital nos golpeó con su esterilidad habitual. Me sentía... ligero. Como si el

peso de doce años de resentimiento se hubiera quedado olvidado en el porche de la cabaña.

Caminamos por el vestíbulo principal hacia los ascensores de la planta de cirugía. Nos cruzamos con un par de celadores y una enfermera de planta que nos saludaron con la cabeza. No solté su mano. No me importaba que el hospital entero nos viera. La transparencia de la situación era, en realidad, un alivio que no sabía que necesitaba. Nadie se sorprendió tampoco.

Al llegar al vestíbulo de la planta de cirugía, frente a las puertas dobles que daban acceso a los vestuarios y a la zona de quirófanos, nos detuvimos. El trasiego de personal era constante: el sonido de los zuecos sanitarios contra el suelo vinílico, el murmullo de los buscas y el olor a desinfectante.

—Te veo en la cafetería a media mañana para un café —le dije, deteniéndome frente a ella.

Avery asintió, su mirada verde fija en la mía con una franqueza que todavía me desarmaba. Me acerqué y, sin importarme el grupo de residentes que pasaba por nuestro lado, puse una mano en su nuca, justo donde nacía su coleta, y la atraje hacia mí. El beso fue corto, directo, pero cargado de una intención que no dejaba lugar a dudas sobre el punto en el que estábamos. Sus labios estaban suaves y cedieron bajo los míos con una familiaridad que me aceleró el pulso.

—A las diez y media —respondió ella con una media sonrisa al separarse.

La vi alejarse hacia el vestuario de enfermería. Me quedé allí un segundo más de lo necesario, observando su espalda, antes de girar sobre mis talones y entrar en el vestuario de cirujanos.

La mañana transcurrió con la eficiencia rutinaria de siempre, pero con un matiz distinto. Pasé consulta en la planta, revisé dos postoperatorios de cadera y firmé las altas de un par de cirugías de rodilla de la semana pasada. Sin embargo, perdía el hilo de toda conversación cada vez que Avery se cruzaba en mi campo de visión.

Sucedió un par de veces en los pasillos de interconexión. Nos cruzamos mientras yo iba hacia la sala de juntas y ella llevaba un carro de suministros. No nos detuvimos a hablar, pero nuestras miradas se encontraron con una intensidad que habría hecho arder el papel. Al pasar a su lado, mi mano rozó su brazo, apenas un contacto de un segundo, pero fue suficiente para enviarme una descarga eléctrica que me mantuvo alerta el resto de la hora. El cirujano de hielo parecía haberse derretido.

A las diez y media en punto, entré en la cafetería del hospital. Es un lugar funcional, de luces fluorescentes y mesas de laminado gris que siempre huelen a café y limpieza industrial. Divisé a Avery en una mesa del fondo, junto a los grandes ventanales que daban al bosque.

Para mi sorpresa, no estaba sola. Hannah y Savannah estaban sentadas con ella.

Me acerqué con paso tranquilo. Hannah estaba inclinada sobre su taza de té, mientras Savannah hablaba con gestos animados, pero ambas se quedaron en silencio en cuanto me vieron llegar. La sorpresa en sus rostros era casi cómica. Me senté al lado de Avery, apoyando un brazo en el respaldo de su silla y dejando que mi mano descansara en su hombro, un gesto de proximidad natural que hizo que Hannah arqueara una ceja y Savannah abriera los ojos de par en par.

—Buenos días —dije, mirando alternativamente a mis mejores amigas.

—Buenos días, Logan —respondió Hannah, su mirada directa era difícil de ignorar, pero la sostuve de todas formas.

El silencio que siguió fue denso. Podía ver el engranaje mental de Savannah trabajando a toda velocidad; estaba vibrando de curiosidad, con esa energía de quien tiene mil preguntas y se está obligando a no soltar ni una. Miraba mi mano sobre el hombro de Avery y luego la expresión relajada de Avery, que bebía su café con una calma que me resultó fascinante.

Avery no se escondía. No intentaba apartarse ni fingir que no pasaba nada. Se limitó a apoyar ligeramente la cabeza en mi dirección por un segundo antes de volver a mirar a sus amigas.

Hannah y Savannah nos miraban como si estuviéramos en una vitrina de museo, observando una especie nueva que no terminaban de catalogar. Sabían que algo había cambiado desde la fiesta de Octavia, pero ver la evidencia física de nuestra nueva dinámica las tenía descolocadas.

Dejé escapar una pequeña risa, rompiendo la tensión del grupo.

—Os está costando mucho, ¿verdad? —pregunté, mirando fijamente a Savannah.

—¿El qué? —reaccionó ella, parpadeando, intentando recuperar la compostura.

—No acribillarnos a preguntas —solté, con un tono burlón que le restaba peso a la situación—. Lo estáis haciendo muy bien, de verdad. Aguantáis con mucha dignidad esas ganas de interrogarnos sobre por qué ya no estamos intentando ignorarnos a toda costa.

Savannah soltó un bufido y se echó hacia atrás en su silla, dejando escapar una risa nerviosa.

—Eres idiota, Logan. Pero sí, nos está costando. Mucho.

Hannah, por su parte, esbozó una sonrisa suave, una mirada de aprobación silenciosa que me indicó que, a pesar de las preguntas que seguramente vendrían después, estaba feliz de ver que la guerra fría finalmente había terminado. El ambiente se relajó un poco, y empezamos a hablar de los casos de la mañana y de la organización de los turnos del fin de semana. No hubo etiquetas, no hubo declaraciones, pero la forma en que Avery se inclinaba hacia mí mientras hablábamos le decía a todo el hospital lo que necesitaba saber.

Justo cuando estaba terminando mi café, una serie de pitidos estridentes y coordinados rompió la paz de la cafetería.

Primero sonó el busca de Hannah, luego el mío, el de Savannah y el de Avery. El código de emergencia de trauma resonó en nuestros

cinturones casi al unísono. La relajación de la cafetería desapareció en un parpadeo, sustituida por esa descarga de adrenalina que compartíamos todos los que trabajábamos en la primera línea de urgencias.

Hannah se puso en pie de inmediato, adoptando instantáneamente su papel de jefa de Trauma. Su mirada se volvió de acero, enfocada en la respuesta inmediata.

—¡Vamos! —ordenó Hannah, tomando la delantera con paso firme hacia la salida.

Avery y yo nos levantamos al mismo tiempo. La seguimos de cerca, corriendo por los pasillos hacia el área de recepción de críticos, donde el sonido de las sirenas de las ambulancias y el rugido de un helicóptero acercándose al helipuerto ya empezaban a llenar el aire del Hospital Regional.

El informe preliminar de los paramédicos del Equipo Alfa era breve y crudo: mujer, treinta y dos años, colisión frontal a alta velocidad en la autopista 12. Atrapamiento prolongado. Fractura múltiple de pelvis.

Mientras me lavaba las manos en la pila automática, mi mente ya estaba operando a tres pasos de distancia. Cerré los ojos y repasé la anatomía, visualicé en mi mente la disposición de los fragmentos óseos según la resonancia. Mi prioridad era estabilizar la pelvis con un fijador externo para detener la hemorragia interna y luego abordar el fémur para salvar la extremidad. Cada tornillo, cada placa de compresión, cada maniobra de reducción se proyectaba en mi cerebro como un plano arquitectónico. Contemplé la posibilidad de un sangrado masivo al liberar el hematoma retroperitoneal y la solución inmediata: empaquetamiento pélvico y pinzamiento de control. No había espacio para la duda.

Empujé las puertas del quirófano con la espalda, manteniendo las manos en alto. El aire aquí era más frío, y el olor a yodo y aire ionizado me recibió como un viejo conocido.

Me detuve un segundo.

Avery ya estaba allí. Llevaba el pijama quirúrgico verde, el gorro ajustado ocultando su pelo oscuro y la mascarilla tapando la mitad de su rostro. Pero lo que me detuvo fue el orden. La mesa de instrumental era una obra de arte. Los separadores de Gelpi, las pinzas de reducción, los taladros neumáticos y las cajas de osteosíntesis estaban dispuestos exactamente en la secuencia que yo prefería para este tipo de traumas complejos. Los botes de suero salino para el lavado de la herida abierta estaban templados, y el intensificador de imágenes ya estaba posicionado en el ángulo exacto para las proyecciones oblicuas de la pelvis.

Se dio cuenta de mi entrada sin necesidad de que hablara. Avery conocía mi ritmo, mis manías y el orden exacto de mis pensamientos cuando nos enfrentábamos a casos complejos. Entendía que, para mí, la cirugía era una coreografía donde cualquier movimiento innecesario era un riesgo. Me observó por encima de su mascarilla, con esos ojos verdes que ahora, bajo las luces de gran potencia del quirófano, parecían más brillantes y enfocados que nunca.

Me acerqué a ella mientras una enfermera circulante me ayudaba con la bata estéril. Antes de que el ambiente se volviera puramente clínico y el primer bisturí tocara la piel, me permití un segundo de distensión. La miré fijamente y, con un gesto rápido y deliberado, le guiñé un ojo.

Avery respondió de inmediato. No hubo risas ni palabras, pero vi cómo las comisuras de sus ojos se arrugaban y sus párpados se estrechaban en un gesto que delataba una sonrisa oculta tras la mascarilla.

—Bisturí del diez —dije. Mi voz salió clara, profunda, llenando el espacio sin esfuerzo.

Avery depositó el mango de acero en mi mano derecha con la presión justa. No tuve que mirar. La palma de mi mano recibió el instrumento como si fuera una extensión de mis propios dedos.

—Empezamos —anuncié al equipo.

La cirugía se convirtió entonces en una demostración de eficiencia de élite. No había muros, no había pasado, solo el presente. Avery

se movía conmigo con una sincronía que rozaba lo intuitivo. Cuando mi mano se alejaba de la incisión, ella ya tenía preparado el separador para exponer el anillo pélvico. Cuando el aspirador se saturaba de sangre, ella ya estaba limpiando la punta y ofreciéndome una compresa de laparotomía antes de que yo tuviera que pedirla.

—Succión —ordené mientras localizaba la fractura.

—Preparando el fijador externo, Dr. Pierce —respondió ella antes de que yo terminara la frase.

Su entendimiento iba mucho más allá de las palabras. Avery no solo seguía mis órdenes; se adelantaba a ellas. Sabía que, tras la limpieza de la herida abierta en el fémur, yo querría comprobar el pulso pedio. Tenía el Doppler listo. Sabía que, si la reducción de la pelvis se complicaba, necesitaría las pinzas de punta de bola. Estaban en la primera línea de su mesa.

—La pelvis está inestable. Necesito compresión manual —dije, sintiendo la resistencia del hueso fracturado.

Avery se posicionó frente a mí, aplicando la fuerza exacta en las crestas ilíacas para cerrar el anillo. Sus manos, enguantadas y firmes, no flaquearon ni un milímetro. En ese momento, mientras trabajábamos a pocos centímetros de distancia, rodeados por el pitido del monitor de constantes y el siseo del oxígeno, me di cuenta de que Avery Collins me conocía mejor que nadie en este hospital, y posiblemente, mejor que nadie en mi vida. No era solo química sexual; era una sincronía profesional que solo se consigue tras años trabajo conjunto o con una conexión que va más allá de todo eso.

—Tornillo del seis —pedí.

—Enviando —respondió ella, entregándome el destornillador con la carga lista.

La fractura del fémur era un rompecabezas de astillas óseas. Con paciencia y precisión, fuimos reconstruyendo la superficie de la articulación. Avery anticipaba cada cambio de broca, cada medida de profundidad. Actuábamos como una máquina perfectamente engrasada. Mis órdenes eran cortas, directas, y ella las ejecutaba

con una elegancia técnica que me recordaba por qué, incluso cuando juraba odiarla, nunca pude dejar de admirar cómo trabajaba.

—Irrigación —dije al finalizar la fijación interna.

Avery vertió el suero sobre el fémur, limpiando los restos con una meticulosidad que igualaba la mía. El sangrado estaba controlado. Los pulsos eran distales y fuertes. La paciente viviría, y su pierna también.

Cuando finalmente empezamos a cerrar, la tensión en el quirófano descendió un grado. El sudor me perlaba la frente bajo el gorro, pero la satisfacción de un trabajo bien hecho empezaba a ganar terreno al cansancio. Miré a Avery. Ella seguía concentrada, contando las gasas y el instrumental con la enfermera circulante, pero por un segundo volvió a buscar mis ojos.

No hacían falta etiquetas. En ese quirófano, bajo la presión de salvar una vida, habíamos confirmado que éramos el equipo definitivo. Éramos Logan y Avery.

* * *

El silencio de la sala de descanso me recibió como un bálsamo tras horas de quirófano. Cerré la puerta a mis espaldas, dejando fuera el pitido de los monitores y el trasiego constante del pasillo de cuidados intensivos. La paciente estaba estable en recuperación, con la pelvis fijada y el fémur reconstruido. Las enfermeras de planta ya habían tomado el relevo para el seguimiento postoperatorio, y mi trabajo, por ahora, había terminado.

Sentía un peso plomizo en los párpados y una tensión residual en los hombros que solo el sueño podría disolver. Caminé hacia el rincón de la sala donde se encontraba el camastro de metal con el colchón fino y gastado. Era el mismo que habíamos compartido Avery y yo semanas atrás, aquella noche en la que su migraña y mi propio agotamiento nos obligaron a una tregua en medio de la guardia.

Me quité los zuecos quirúrgicos y me desplomé sobre las sábanas sin quitarme el pijama verde. El colchón crujió bajo mi peso. Cerré los ojos, sintiendo cómo la adrenalina de la cirugía empezaba a drenar de mi sistema, dejándome vacío y exhausto. Estaba en ese umbral difuso entre la vigilia y el sueño cuando el sonido de la puerta deslizándose me puso en alerta.

No necesité abrir los ojos para saber quién era. Su olor la precedía. Escuché sus pasos suaves sobre el suelo de vinilo.

No dije nada. Me limité a desplazarme hacia el borde de la pared, dejando libre un espacio estrecho pero suficiente en el colchón. Avery no dudó. Se subió a la cama y se acomodó a mi lado, su cuerpo buscando mi calor con una confianza que ya no me resultaba extraña. La rodeé con el brazo, apretándola con fuerza contra mi costado, hundiendo el rostro en el hueco de su cuello.

—Has hecho un gran trabajo ahí dentro, Logan —susurró ella. Su voz era un hilo cansado pero firme.

Me tensé levemente antes de relajarme de nuevo.

—Hemos hecho un gran trabajo —la corregí, mi voz sonando ronca y profunda en la penumbra de la sala—. Tú y yo.

Me separé apenas un centímetro para mirarla. Avery tenía los ojos cerrados, pero su respiración era acompasada. En ese momento, mientras la sostenía en la misma cama donde empezó todo, una certeza me golpeó con la precisión de un bisturí. Me di cuenta de que no sería el mismo cirujano sin ella frente a mí al otro lado de la mesa de operaciones. Avery no era solo una enfermera excelente; era el contrapunto necesario para mi propia arrogancia. Entendía mis silencios, anticipaba mis dudas y ejecutaba su parte de la coreografía con una elegancia que me hacía mejor. Ya no recordaba, o no quería recordar, lo que era operar antes de que ella estuviera en mi vida.

—Duerme un rato —le ordené suavemente, cerrando los ojos y dejando que el sueño empezara a reclamarnos a ambos—. Yo te despierto cuando cambien el turno.

Avery soltó un suspiro de rendición contra mi pecho y me dejé llevar por esa sensación de hogar que solo sentía cuando estaba con ella.

DIECINUEVE

Logan

Mis pulmones quemaban rítmicamente, una sensación de ardor seco y necesario que marcaba el paso de mi carrera. El suelo del bosque, una alfombra de agujas de pino y tierra compacta amortiguaba el impacto de mis zancadas mientras esquivaba las raíces expuestas de los cedros centenarios.

Correr siempre había sido mi forma de purgar el exceso de adrenalina tras una guardia especialmente cruda en el quirófano. Sin embargo, hoy no estaba corriendo para huir de nada. Corría para procesar la realidad que se había instalado en mi vida durante los últimos siete días. Una semana entera.

Reduje un poco el ritmo al llegar a un claro desde donde se divisaba el cauce del río. Me detuve un momento, apoyando las manos en mis rodillas mientras recuperaba el aliento, el sudor resbalando por mi frente y goteando sobre el suelo. Mi mente intentaba catalogar lo que estaba pasando con Avery. No había etiquetas ni promesas de futuro. Pero la dinámica que se había apoderado de nosotros era tan real y tangible como el pulso que sentía bajo la yema de mis dedos.

Habíamos pasado todas las noches de la semana juntos. Tras las guardias interminables, regresábamos a la cabaña en mi todoterreno, compartiendo un silencio que ya no era una trinchera, sino un espacio de descanso. Nos habíamos instalado en una rutina de una facilidad desconcertante: preparar algo para cenar, movernos

por la cocina con una sincronía como la que compartíamos en el quirófano, y terminar siempre en la misma cama.

El sexo seguía siendo explosivo, fuera de este mundo. Era una vorágine de descubrimiento, una exploración física que rozaba lo obsesivo. Pero no era idiota. Sabía que lo que sentía cuando la veía quedarse dormida contra mi pecho, o cuando nuestras manos se buscaban en el pasillo del hospital, era algo que trascendía la química sexual. Era una conexión más densa, más pesada. Era el reconocimiento de dos personas que habían dejado de ser extraños para convertirse en el refugio del otro.

Curiosamente, eso no me asustaba como habría supuesto. Me sentía bien. Demasiado bien. Y eso podía ser jodidamente bueno o rematadamente malo. Porque en el fondo no sabía lo que Avery sentía. Podía intuirlo, podía tener esperanzas. Pero sin las palabras claras, iba a ciegas.

Me puse en marcha de nuevo, esta vez con un trote más suave hacia la cabaña. Al acercarme al porche de *Stillwater Lodge*, me extrañó no ver movimiento. Avery era, por naturaleza, una persona madrugadora. Normalmente, para cuando yo regresaba de correr, ella ya tenía el café preparado y estaba sentada fuera, observando la bruma levantarse sobre el río. Sin embargo, las persianas seguían bajadas y el silencio en la cabaña era absoluto.

Entré con cuidado, dejé mis zapatillas manchadas de tierra en la entrada y subí descalzo las escaleras hacia la habitación que habíamos estado compartiendo toda la semana.

La habitación estaba sumida en una penumbra grisácea. Divisé su figura bajo las sábanas, acurrucada en posición fetal. Tenía una de las almohadas presionada firmemente sobre sus ojos, ocultando su rostro. Me acerqué al borde de la cama, poniéndome en alerta al instante. No necesitaba preguntarle qué le pasaba. La rigidez de sus hombros y la forma en que evitaba incluso el mínimo haz de luz que se filtraba por la ventana eran síntomas que conocía bien.

Otra migraña.

Me agaché junto a ella, bajando el tono de voz hasta que fue poco más que un murmullo.

—Avery... —apoyé la mano suavemente en su hombro. Sentí que estaba tensa como una cuerda de violín.

Ella soltó un quejido casi imperceptible tras la almohada.

—Luz... —fue lo único que logró decir, su voz rasposa por el dolor.

—Lo sé. Quédate quieta. Voy a por la medicación.

Bajé a la cocina rápidamente. Encontré el envase de su tratamiento específico en el armario de las medicinas, llené un vaso de agua fresca y regresé arriba. Me senté en el borde del colchón y le puse la mano en la nuca para ayudarla a incorporarse mínimamente.

Avery retiró la almohada lo justo para abrir los ojos un milímetro. El verde de su iris parecía velado por el sufrimiento, y las sombras bajo sus ojos resaltaban sobre su piel pálida.

—Toma esto —le dije, ofreciéndole la pastilla.

Ella la tragó con dificultad, cerrando los ojos de inmediato con una mueca de agonía.

—Gracias —susurró, dejándose caer de nuevo contra el colchón.

—No te muevas. Dame cinco minutos.

Fui al baño para darme una ducha rápida. Necesitaba quitarme el sudor y el olor a bosque antes de tocarla. El agua helada me despejó la cabeza, pero mi mente seguía fija en ella. Recordé la primera vez que la ayudé con un ataque de estos; entonces fue una tregua forzada. Ahora era algo visceralmente distinto. Sentía una necesidad que me apretaba el esternón y tenía todo que ver con el hecho de que verla sufrir me resultaba insoportable.

Me sequé deprisa, me puse unos pantalones cómodos y volví a la cama. Avery seguía en la misma posición, un ovillo de dolor bajo las sábanas. Me deslicé con cuidado detrás de ella, pegando mi pecho a su espalda. Avery soltó un suspiro largo y tembloroso, inclinándose hacia atrás de forma instintiva para buscar mi calor.

—Voy a hacer lo de la otra vez, ¿de acuerdo? —le dije cerca del oído.

Ella asintió levemente contra la almohada.

Empecé el masaje intentando ser preciso con la técnica. Mis dedos buscaron los puntos gatillo en la base del cráneo, aplicando la presión exacta para liberar la tensión de los músculos.

Avery soltó otro suspiro, este más profundo, y sentí cómo sus hombros empezaban a ceder bajo mis dedos. Su respiración, antes corta y superficial, se volvió más rítmica. Seguí trabajando en su nuca, subiendo hacia las sienes con movimientos circulares lentos, constantes. En la penumbra de la habitación, el tiempo parecía haberse detenido. Solo existíamos nosotros, el roce de mi piel contra la suya y la voluntad de mi cuerpo por absorber parte de su malestar.

—Mejor... —murmuró ella después de un rato. Se giró un poco más hacia mí, hundiendo su rostro en el hueco de mi cuello.

—Shhh. Duerme un rato más. No tenemos que ir a ningún sitio hoy. Es sábado.

La apreté contra mí, envolviéndola con mi brazo y mis piernas, convirtiéndome en un escudo contra la luz y el ruido del mundo exterior. Avery se relajó por completo, su cuerpo amoldándose al mío con una confianza que me dejó sin aliento. Me quedé allí, velando su sueño, dándome cuenta de que, en el transcurso de una semana, Avery Collins se había convertido en el centro de gravedad de mi universo.

Y no quería estar en ningún otro lugar.

* * *

El zumbido persistente de un insecto contra el cristal de la ventana fue lo que terminó de sacarme del letargo. Parpadeé, desorientado por un segundo, hasta que el peso cálido contra mi

costado y el aroma a lavanda me devolvieron al presente. Consulté el reloj de la mesilla de noche. Habían pasado más de dos horas desde que me deslicé tras Avery para intentar aliviar su dolor.

Ella seguía dormida, con la respiración pesada y rítmica, señal de que el masaje y el fármaco habían hecho efecto. Su rostro estaba más relajado, aunque todavía mantenía ese ligero fruncimiento entre las cejas que delataba su malestar. Me quedé un momento observándola, con el brazo entumecido bajo su cuello, pero sin la menor intención de moverme si eso significaba despertarla.

Sin embargo, al momento me di cuenta de que ella no había comido nada en toda la mañana. Las migrañas dejaban a las personas que las padecían con una sensibilidad gástrica que requería algo específico.

Me zafé de las sábanas con cuidado. Salí de la habitación descalzo, cerrando la puerta con un clic casi inaudible, y bajé las escaleras hacia la cocina.

Una vez allí, me enfrenté a un territorio que me resultaba mucho más hostil que un quirófano: mi propia cocina.

Abrí la nevera y la cerré a los tres segundos. Volví a abrirla, como si por arte de magia fuera a aparecer una bolsa con comida preparada y lista para personas que sufrían migrañas. Había cerveza, algunos huevos, un cartón de leche a punto de caducar y los restos de comida para llevar que habíamos cenado dos noches atrás. Pero también estaban las provisiones que Avery habitualmente compraba. Había verduras frescas, jengibre y algo de pechuga de pollo.

El problema era que yo no sabía cocinar. Mi repertorio se limitaba a manejar el microondas, hervir pasta hasta que parecía goma y preparar café solo. No podía darle cualquier cosa; necesitaba algo ligero, nutritivo y que no disparara de nuevo sus náuseas.

Suspiré, pasándome una mano por el pelo revuelto. Solo había una persona en Wildwater Falls que no solo era una excelente cocinera, sino que además conocía mis limitaciones intelectuales en la cocina y no me juzgaría demasiado por ellas.

Saqué el móvil y marqué el número de Hannah.

—Dime que no es una emergencia de trauma, Logan, porque acabo de meter a Octavia en la ducha y Caleb está haciendo barbacoa —respondió Hannah al segundo tono. Su voz sonaba relajada.

—No es una emergencia médica, Han. Es... culinaria —dije, apoyándome en la encimera de granito y mirando un calabacín como si fuera un instrumental desconocido.

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—¿Culinaria? —repitió ella, y supe por su tono que ya estaba sonriendo—. Logan, si has roto la cafetera nueva, no pienso ayudarte a arreglarla.

—No es la cafetera. Necesito una receta. Algo para la migraña. Ligero, que no sea pesado, pero que alimente.

Hannah soltó una carcajada limpia y sonora.

—Espera. ¿Logan Pierce está intentando cocinar? ¿El mismo hombre que una vez intentó hacer arroz y acabó llamando a los bomberos en la universidad? Esto tengo que grabarlo.

—No seas mala, Hannah. Es serio —me quejé, aunque no pude evitar que una pequeña sonrisa asomara a mis labios. Con ella siempre era así; éramos un refugio seguro el uno para el otro.

—Vale, vale. Me pongo seria —dijo ella, aunque seguía divirtiéndose—. ¿Es para ti? Porque tú, si tienes hambre, pides pizza o te comes una manzana.

Me quedé callado un segundo, mirando hacia la escalera que subía a la habitación donde Avery descansaba. No tenía sentido ocultárselo a Hannah.

—Es para Avery —confesé. El nombre salió de mi boca con una naturalidad que me sorprendió—. Ha tenido un ataque fuerte esta mañana. Le he dado el masaje y la medicación, pero despertará pronto y quiero que tenga algo listo.

El silencio de Hannah esta vez fue distinto. Ya no era burla, era una pausa cargada de una comprensión profunda. Hannah entendía

mejor que nadie lo que Avery significaba para mí, incluso antes de que yo mismo fuera capaz de admitirlo.

—Logan —dijo Hannah, y su voz se volvió suave, casi maternal—, te has vuelto terriblemente doméstico en menos de una semana. Y, sinceramente, me encanta. Me alegra mucho que estés cuidando de ella. Avery se merece que alguien se preocupe por ella.

—Solo dime qué tengo que hacer, Han —dije, sintiendo un calor extraño en el pecho ante su aprobación.

—Bien, saca papel y boli, cirujano. Vas a hacer una sopa de pollo y jengibre. El jengibre es clave para las náuseas y el pollo le dará la proteína que necesita sin grasas pesadas. ¿Tienes verduras frescas?

—Sí, las estoy mirando con sospecha ahora mismo.

—Perfecto. Escucha bien, porque esto es como una cirugía: el orden de los factores sí altera el producto. Primero, vas a cortar la zanahoria y el calabacín en juliana.

—¿Qué es juliana? —pregunté desconcertado.

—Tiras muy finas, Logan, como si estuvieras haciendo una incisión de precisión.

Pasé los siguientes quince minutos escuchando las instrucciones de Hannah al milímetro. Me explicó cómo dorar apenas el pollo, cómo añadir el agua para que el caldo quedara limpio y no turbio, y el momento exacto para rallar el jengibre fresco.

—Y Logan —añadió ella antes de colgar—, no le pongas demasiada sal. Un exceso de sal puede aumentar la sensibilidad en la migraña. Mantén los sabores limpios.

—Entendido, jefa. Gracias, Han. De verdad.

—De nada. Suerte con tu nueva misión. Llámame si incendias algo.

Colgué el teléfono y me quedé mirando los ingredientes sobre la tabla de cortar. Me sentía extrañamente decidido. Lavé las verduras con una meticulosidad exagerada y busqué el cuchillo más afilado del bloque de madera.

Empecé a cortar. Al principio me sentí torpe, pero pronto encontré un ritmo. Aplicaba la misma concentración que cuando reducía una fractura de fémur. Mis ojos seguían la línea de la zanahoria, mis dedos mantenían la presión justa para que las tiras fueran idénticas. Cortar en juliana, según Hannah, era la clave para que la textura fuera agradable. Me encontré a mí mismo repasando mentalmente los pasos: primero el sofrito ligero, luego el caldo, el jengibre al final.

Eché los trozos de pollo en la olla, escuchando el siseo del contacto con el calor. El olor del jengibre empezó a llenar la cocina, una fragancia limpia y picante que atravesaba la pesadez del aire estival. Recordé las palabras de Hannah.

«Avery se merece que alguien se preocupe».

La sopa empezó a oler exactamente como Hannah había descrito. Apagué el fuego y probé una gota del caldo con una cuchara de madera. Estaba suave, con el toque justo de jengibre. No era una obra maestra de la gastronomía, pero era lo mejor que yo había hecho nunca con mis manos fuera de un quirófano.

Preparé una bandeja con un cuenco de porcelana, un poco de pan, una servilleta limpia y un vaso de agua con una rodaja de limón.

Justo cuando estaba terminando de colocar la cuchara, escuché un ruido sordo arriba. El chirrido de las maderas de la cama y unos pasos lentos, casi vacilantes.

Avery se había despertado.

Subí las escaleras con la bandeja en las manos, moviéndome con cuidado para no derramar ni una gota. Mi corazón martilleaba contra mis costillas con una anticipación que me resultaba ridícula. ¿Desde cuándo me importaba tanto que a alguien le gustara una sopa?

Al entrar en la habitación, la vi sentada en el borde de la cama. Se había quitado la almohada de la cara y se frotaba las sienes con las yemas de los dedos. Su pelo estaba revuelto y sus ojos verdes todavía estaban un poco inyectados en sangre, pero la palidez extrema de la mañana había desaparecido.

—Huele... —se detuvo, olfateando el aire con curiosidad mientras me veía entrar—. ¿Huele a jengibre?

—Y a pollo —añadí, acercándome y dejando la bandeja sobre la mesilla de noche.

Avery me miró, y luego miró la sopa humeante. Sus ojos se abrieron un poco más, saltando de la bandeja a mi rostro con una expresión de incredulidad absoluta que pronto se transformó en algo mucho más cálido y profundo.

—¿Has... has cocinado para mí, Logan? —su voz era poco más que un susurro cargado de emoción.

—He seguido instrucciones al milímetro —corregí, intentando mantener mi tono pragmático de siempre, aunque sentía que las orejas me ardían —¿Vas a probarlo? Te prometo que está bueno. Comestible al menos.

Observé a Avery mientras procesaba la presencia de la bandeja sobre la mesilla. Estaba silenciosa. Estiró un brazo, rozando con las puntas de los dedos el borde del cuenco de porcelana, pero luego detuvo el movimiento y me miró con una leve mueca.

—Odio comer en la cama, Logan —susurró — ¿Me ayudas a bajar?

No pude evitar que una pequeña carcajada se me escapara. Era fascinante cómo, incluso después de haber sido arrollada por una migraña que la habría dejado incapacitada durante horas, Avery Collins mantenía intactas sus manías.

—Es una manía interesante para alguien que ha pasado la mitad de su vida adulta haciendo guardias en hospitales —respondí, dejando la bandeja donde estaba y dándole espacio para moverse—. Pensaba que los médicos y enfermeras desarrollábamos una tolerancia inmunológica a las migas en las sábanas.

—Para nada. El hospital es para sobrevivir; mi casa es para vivir —replicó ella, poniéndose de pie con una lentitud que delataba que el equilibrio todavía no era su mejor aliado—. Y esto, aunque

técnicamente sea tu cabaña, es el lugar donde duermo ahora. No quiero dormir sobre restos de pan.

Me acerqué a ella antes de que sus rodillas pudieran flaquear. La sujeté por la cintura, sintiendo el calor de su piel a través de la fina tela de algodón de la prenda que llevaba puesta. Era una de mis camisetas de deporte, una gris desgastada que a mí me quedaba ajustada y que a ella le caía hasta la mitad de los muslos, convirtiéndose en un vestido improvisado que dejaba muy poco a la imaginación.

Al rodearla, mis manos confirmaron lo que mi vista ya sospechaba. No llevaba nada debajo. La ausencia de ropa interior era una invitación constante con ella.

—Vamos a tener que hablar seriamente de esta afición tuya a no llevar ropa interior, Avery —le susurré al oído mientras la ayudaba a caminar hacia la puerta de la habitación. Mis dedos se hundieron un poco más en su cadera, marcando el territorio—. Es un problema grave. Ahora mismo, lo único que ocupa mi mente es la idea de doblarte sobre el borde de la cama y follarte hasta que grites.

Sentí cómo su respiración se entrecortaba, pero no se apartó. Al contrario, se inclinó un poco más hacia mi cuerpo, buscando el apoyo de mi pecho.

—El problema es —continué, mi voz volviéndose un poco más áspera— que ahora mismo te encuentras mal. Necesitas cuidado, silencio y esa sopa que me ha costado media vida preparar. Mis ganas de cuidarte están peleándose a puñetazos con mis ganas de poseerte, y es una batalla muy cansada.

Avery soltó una risa suave, un sonido que vibró contra mi piel y que me indicó que el dolor de cabeza finalmente estaba remitiendo. Se giró un poco en mi abrazo para mirarme, con una chispa de desafío volviendo a sus ojos verdes.

—No te quejes, Logan —dijo, pasando una mano por mi brazo desnudo—. No llevar ropa interior facilita mucho las cosas cuando te pones en plan posesivo y territorial en todas partes. Si mal no recuerdo, me has arrancado todas y cada una de las bragas que me

he puesto cada vez que hemos terminado en el porche, o en el aparcamiento del hospital. Estoy intentando ahorrarte trabajo y a mí dinero en lencería. Además, ya me encuentro mucho mejor. El masaje vudú de cirujano hace milagros.

Negué con la cabeza, divertido por su lógica.

Al entrar en la cocina, el olor a jengibre y caldo casero era mucho más intenso. Avery se detuvo frente a la mesa. Serví un poco más de sopa en dos cuencos, acompañado de unas tostadas ligeras y el agua con limón. Se quedó mirando los ingredientes, analizando la textura de las verduras cortadas en juliana perfecta y el brillo del caldo clarificado.

—Esto... —empezó, señalando la mesa con un gesto de extrañeza —. Esto no es algo que tú cocines normalmente, Logan. Sé que tu dieta se basa en café, proteínas a la plancha y lo que sea que vendan en la cafetería del hospital que se pueda comer con una mano.

Me apoyé contra el marco de la puerta, cruzando los brazos sobre el pecho y sintiendo un rastro de vergüenza que intenté cubrir con mi habitual pragmatismo.

—He llamado a Hannah —confesé, desviando la mirada hacia la ventana—. Ella sabe lo que hace en la cocina. Me ha dado las indicaciones paso a paso.

Avery arqueó una ceja, esperando una explicación más profunda. Sabía que yo no era de los que llamaban a la gente para pedir consejos de cocina.

—Como médico, sé perfectamente que una migraña de ese nivel requiere un control estricto de lo que comas —continué, volviendo a mi tono profesional para protegerme—. Necesitas alimentos que ayuden a la vasodilatación. No podía dejar que te levantaras y te comieras cualquier cosa que volviera a disparar el dolor.

Avery no dijo nada durante un largo momento. Me observó en silencio, y por la forma en que su expresión se suavizó, supe que mis excusas médicas no la habían engañado ni por un segundo. Ella veía al hombre bajo la bata, veía el cuidado y la atención que yo

había puesto en cada trozo de zanahoria cortado con precisión quirúrgica.

Se acercó a mí lentamente. Al llegar a mi altura, me rodeó la cintura con sus brazos y me abrazó con una fuerza que me dejó sin aliento. Apoyó la mejilla contra mi pecho, justo encima del corazón, y sentí la calidez de sus labios dejando un beso suave y agradecido sobre mi piel.

—Gracias, Logan —susurró contra mi esternón—. Gracias por cuidarme. Nadie se había tomado tantas molestias por una de mis migrañas en mucho tiempo.

Me quedé paralizado por un instante, con los brazos colgando a los lados, antes de rendirme y rodearla con fuerza. La estreché contra mí, aspirando el aroma de su pelo, sintiendo que ese abrazo valía más que cualquier éxito que hubiera podido alcanzar en Chicago.

—De nada —respondí, besando la coronilla de su cabeza—. Ahora, siéntate y come antes de que se enfríe. No he estado media hora peleándome con un rallador de jengibre para que dejes la sopa intacta.

Nos sentamos a la mesa, uno frente al otro. La luz del sol empezaba a caer, proyectando sombras largas sobre el suelo de la cocina. Comimos en un silencio cómodo, solo interrumpido por el sonido de las cucharas y el rumor lejano de las cataratas. Avery devoró la sopa, y ver cómo recuperaba el color en las mejillas me produjo una satisfacción que no tenía nada que ver con el orgullo profesional.

Me di cuenta de que este era el punto de no retorno. No era solo el sexo. Era esto. Era la capacidad de estar en silencio un sábado por la tarde, cuidando el uno del otro, sin necesidad de máscaras ni de resentimientos pasados.

Pasamos el resto del día juntos, instalados en el sofá del salón. No hubo grandes conversaciones sobre nada. Solo hubo presencia. Mientras ella se quedaba dormida de nuevo, esta vez con la cabeza apoyada en mi regazo mientras yo leía un artículo médico, supe que

Wildwater Falls se había convertido en el lugar donde, por primera vez, estaba aprendiendo lo que significaba pertenecer a alguien.

VEINTE

Avery

El primer pensamiento que cruzó mi mente al abrir los ojos fue que la luz ya no me taladraba el cerebro como un hierro a fuego vivo. Me quedé inmóvil un momento, boca arriba, observando cómo las motas de polvo bailaban en el aire denso y dorado del domingo por la mañana.

Me estiré sobre el colchón, sintiendo el roce de las sábanas de Logan contra mi piel. La habitación estaba en silencio, pero el aire todavía conservaba ese aroma masculino, café recién hecho y algo puramente suyo que me hacía sentirme como si hubiera llegado a mi hogar.

Me levanté con una energía que no recordaba haber tenido en meses. En el baño, me miré al espejo. Mis ojos ya no estaban inyectados en sangre y la palidez de la crisis había desaparecido, dejando paso a un brillo saludable. Me puse el bikini de color verde bosque bajo un conjunto de senderismo de verano: unos pantalones cortos técnicos y una camiseta de tirantes que permitía que mi piel respirara.

Al bajar las escaleras, el sonido de la actividad en la cocina me guio. Logan ya estaba allí. Al verlo, me detuve en el último escalón, simplemente para observarlo. Llevaba unos pantalones de montaña que habían visto días mejores y una camiseta gris que se ajustaba a sus hombros anchos de una manera que debería estar prohibida. Pero lo que más me llamó la atención fue su pelo; lo llevaba suelto,

una melena rubia que caía sobre sus hombros con una rebeldía natural que lo hacía parecer menos el cirujano de hielo y más el hombre indómito que realmente era debajo de todas esas capas de autocontrol.

Estaba concentrado, preparando sándwiches con una precisión de cirujano que era hasta graciosa. La forma en que alineaba el fiambre con el pan era una de las cosas que más me enternecían de Logan. Había varias fiambreras sobre la encimera con fruta cortada, frutos secos y bebidas isotónicas. Me lo comí con los ojos, sintiendo un nudo de deseo apretándose en mi estómago.

Caminé en silencio, descalza sobre la madera, hasta que estuve justo detrás de él. Lo rodeé con los brazos por la cintura, pegando mi mejilla a su espalda sólida. Sentí el calor que emanaba de su cuerpo y el ritmo pausado de su respiración. Sin previo aviso, deslicé mi mano bajo la tela de su camiseta, dejando que mis dedos recorrieran la firmeza de su vientre, la línea de sus músculos abdominales que se tensaron al instante bajo mi tacto.

Escuché un gruñido bajo, ronco y cargado de una excitación inmediata que me hizo sonreír contra su espalda. Logan dejó el cuchillo sobre la tabla y, en un movimiento tan rápido que me dejó sin aliento, se giró entre mis brazos. Sus manos se cerraron sobre mis caderas, levantándome del suelo lo justo para sentarme sobre la encimera de la cocina, apartando las fiambreras con un movimiento impaciente de su codo.

Me devoró la boca. No fue un beso de buenos días; fue una reclamación hambrienta. Sus labios eran calientes y sabían a café, y su lengua exploró la mía con una urgencia que hizo que mi cuerpo se encendiera de nuevo. Le rodeé el cuello con los brazos, atrayéndolo más hacia mí, sintiendo la dureza de su erección presionando contra mi muslo a pesar de la ropa.

Logan se separó apenas unos milímetros, jadeando, con los ojos violeta oscurecidos por un deseo que era casi tangible. Apoyó su frente contra la mía, intentando recuperar un control que ambos sabíamos que pendía de un hilo.

—Avery... —su voz era una advertencia vibrante—. Deberíamos parar.

—¿Por qué? Has empezado tú —susurré, mordisqueando su labio inferior con una sonrisa excitada.

Él me miró fijamente, con una intensidad que me hizo temblar.

—Porque tengo todo un plan para hoy —respondió, su mano subiendo por mi muslo, dentro del pantalón hasta el borde del bikini —. Y todo lo que tengo planeado hacerte quiero hacértelo junto a la cascada. Al aire libre. Y sin un solo hilo de ropa encima. Si sigo ahora, no saldremos de esta cocina en todo el día.

Solté una carcajada feliz, una risa que nació en lo más profundo de mi pecho y que resonó en las paredes de madera de la cabaña. Al escucharme, me di cuenta de algo asombroso: hacía años que no reía de esa forma, con esa libertad absoluta y esa falta de peso sobre mis hombros. Logan se quedó mirándome fijamente, sus ojos fijos en mis labios, recorriendo mi rostro y mi expresión de felicidad. Algo se suavizó en su mirada.

Desde que Logan había regresado al pueblo, el mundo se veía distinto. Mi insomnio crónico, había desaparecido como por arte de magia desde que dormía con él. Incluso mis migrañas, que antes me dejaban fuera de combate durante dos o tres días, ahora se resolvían en menos de veinticuatro horas.

Logan era curativo para mí. Su presencia, su control, su forma de cuidarme incluso cuando intentaba parecer distante, estaban sanando partes de mi alma que ni yo sabía que estaban dañadas.

—Vale —dije, dándole un último beso rápido—. Vamos a la cascada. No quiero retrasar esos planes ni un minuto.

Terminamos de preparar la mochila y salimos de la cabaña. El sendero se internaba en el bosque, ascendiendo por una ladera donde los pinos eran tan altos que apenas dejaban pasar la luz directa del sol, creando una atmósfera de catedral verde y silenciosa. El suelo estaba cubierto de agujas de pino que crujían bajo nuestras botas, y el aire olía a tierra húmeda y libertad.

Caminamos a un ritmo constante. Logan iba delante, abriendo camino, y yo no podía evitar observar el movimiento de sus hombros y la forma en que su pelo se movía con cada paso. Tras una media hora de ascenso, la conversación, que había empezado con bromas ligeras sobre los pacientes del hospital, acabó derivando inevitablemente hacia un territorio que siempre sobrevolaba nuestras cabezas, nuestro particular elefante en la habitación: el instituto.

Logan se detuvo en un pequeño claro para beber agua y me pasó la botella. Me miró con esa curiosidad analítica que tanto lo caracterizaba.

—¿Sabes qué es lo que más me cuesta procesar, Avery? —preguntó, apoyándose en un tronco—. Conociéndote como te conozco ahora... viendo cómo eres en el quirófano y en la cabaña... no me cuadra con la imagen de la chica que era la reina del instituto.

Le devolví la botella, sintiendo una punzada de amargura que ya no dolía tanto como antes.

—¿Y qué imagen es esa, Logan? —pregunté suavemente.

—Ya sabes. La chica que siempre estaba en el centro de todas las miradas. La que parecía disfrutar de que todo el mundo orbitara a su alrededor. No sé... ahora te veo y no encaja. Odias las multitudes. Odias llamar la atención. Eres amable con todo el mundo, pero eres extremadamente reservada, incluso tímida fuera de tu zona de confort.

Hice una pequeña mueca de asentimiento. Logan había dado en el clavo sin saberlo.

—Incluso tu especialidad —continuó él—. Podrías haber sido una excelente enfermera de pediatría o de urgencias, pero elegiste enfermería quirúrgica, instrumentista. Elegiste el único lugar donde los pacientes ya están inconscientes cuando tratas con ellos. Es casi como si quisieras hacer tu trabajo sin que nadie te viera o te hablara.

Suspiré, sentándome en una roca plana.

—Tienes razón —confesé, mirando mis propias manos—. Jamás quise ser la reina del instituto, Logan. Odiaba ese título. Odiaba que todo el mundo me halagara constantemente por cosas tan superficiales como ser guapa o por la ropa que llevaba. Me hacía sentir como un escaparate. Sé que suena increíblemente estúpido: ya está la chica guapa quejándose de ser guapa. Pero no es eso.

Logan arqueó una ceja, escuchándome con una atención absoluta.

—Nadie se daba cuenta de que era buena en ciencias —continué, con un deje de frustración en la voz—. Nadie me preguntó nunca por mis notas o por lo que quería estudiar. Jamás fui animadora, a pesar de que me presionaron durante años para que me uniera al equipo. Odiaba esa competitividad absurda entre las chicas, esa necesidad de llamar la atención de todos constantemente. No quiero juzgar a nadie, cada uno sobrevive como puede, pero yo simplemente no encajaba ahí.

Hice una pausa, buscando las palabras adecuadas.

—Siento que todos me encasillaron en un rol sin tener en cuenta mi verdadera personalidad. Era más fácil etiquetarme como "la guapa" que intentar ver qué había debajo. Y ser amiga de Carson... bueno, eso no ayudó a que la gente viera otra cosa.

Logan se tensó un poco al escuchar el nombre de Carson, pero no se alejó. Se mantuvo allí, procesando mis palabras.

—La mayoría creyó que éramos pareja, o que acabaríamos siéndolo —dije, mirando fijamente a Logan para que viera la verdad en mis ojos—. Pero jamás hubo nada de eso. Ni un beso, ni una intención.

Logan soltó un bufido corto, mirando hacia las copas de los árboles.

—Yo mismo siempre creí que estabais juntos —admitió, con una honestidad que me sorprendió—. O al menos que había una tensión romántica. Era lo lógico desde fuera. El chico estrella y la reina del baile. El guion perfecto.

—Pues el guion era mentira —respondí con firmeza—. Nunca hubo ese tipo de relación entre nosotros. Éramos amigos, simplemente. Pero yo... yo era muy leal a Carson. Quizás demasiado. Y esa lealtad fue la que me llevó a ser un testigo silencioso de todo lo que pasaba en el instituto.

Bajé la vista, sintiendo el peso del remordimiento en mis hombros.

—Incluido el acoso al que fuiste sometido, Logan. Vi cómo se burlaban de ti. Vi cómo te hacían la vida imposible. Y no hice nada. Mi silencio me hacía tan culpable como a ellos.

Logan se quedó en silencio durante un largo minuto. El sonido lejano de la cascada empezaba a filtrarse entre los árboles. Se acercó a mí y me puso una mano en la nuca. Su tacto no era de reproche, sino de una extraña comprensión adulta.

—En aquel momento, Avery... te juro que me parecías tan culpable como los demás —dijo, y su voz era pausada, reflexiva—. Te odiaba porque tu silencio validaba lo que hacían. Te veía ahí de pie sin hacer nada y sentía más rabia por eso que por lo que me hacían los tres cabezas de chorlito. Pero ahora soy un adulto. Y como adulto, reconozco que es injusto cargar a una chica de dieciséis años con la responsabilidad de enfrentarse a toda una dinámica de grupo tóxica. Eras casi una niña, Avery.

Me miró a los ojos, y vi una chispa de rabia, pero ya no era contra mí.

—Quienes fallaron fuimos todos, pero sobre todo los adultos —sentenció Logan—. Los profesores que miraban hacia otro lado, los entrenadores que fomentaban esa competitividad salvaje, los padres que no veían lo que sus hijos estaban haciendo. Ellos eran los que tenían que protegernos a todos, y no lo hicieron.

Le di la razón con un ligero movimiento de cabeza, aunque sentía un pesar que no terminaba de abandonarme. Logan tenía razón, la estructura social del instituto era una trampa para todos, pero eso no borraba las imágenes de mi memoria ni el secreto que aún guardaba sobre por qué Carson hacía lo que hacía.

—Gracias por decir eso —susurré.

Logan me obligó a ponerme en pie y me atrajo hacia él en un abrazo rápido pero firme.

—No hemos venido aquí a hablar del pasado, aunque sea inevitable —dijo, dándome un beso en la frente—. Hemos venido a que esa cascada nos limpie de todo lo demás. Y a que yo cumpla mis promesas.

Me sonrió, y esa sonrisa traviesa y posesiva hizo que mi corazón diera un vuelco. El pasado seguía ahí, con sus sombras y sus secretos, pero el presente era este hombre que estaba dispuesto a ver quién era yo realmente.

Continuamos el camino, y pronto el sonido del agua se volvió ensordecedor. Al doblar el último recodo del sendero, la cascada oculta se reveló ante nosotros: una caída de agua cristalina que se precipitaba sobre una poza de color turquesa, rodeada de helechos y rocas cubiertas de musgo.

La cascada caía desde una altura de unos diez metros, una cortina de seda blanca que se precipitaba sobre un estanque circular excavado por siglos de erosión. El agua era tan cristalina que podía ver los cantos rodados en el fondo, a pesar de la profundidad que sugería el color azul intenso del centro. A un lado, un saliente de rocas planas y grises, calentadas por el sol de mediodía de julio, se extendía como una plataforma natural. Un poco más allá, un prado de hierba corta y vibrante se refugiaba bajo la sombra de unos sauces llorones cuyas ramas rozaban la superficie del estanque.

Era el lugar más hermoso que había visto en mi vida. Y lo mejor de todo era que estábamos completamente solos. En un radio de varios kilómetros, solo existíamos Logan, yo y el sonido del agua.

—Es perfecto —susurré, dejando que mis hombros se relajaran por completo.

Logan no respondió de inmediato. Se limitó a soltar la mochila sobre la hierba, bajo la sombra de uno de los sauces. Lo vi extender las mantas y las toallas con esa eficiencia que aplicaba a todo. No había movimientos innecesarios. Colocó las fiambreras y las botellas

de a la sombra y luego se enderezó, dándose la vuelta para mirarme.

Sin decir nada, Logan se llevó las manos a la nuca. Con un movimiento seco, se soltó la goma que sujetaba su pelo, dejando que la melena cayera sobre sus hombros tal y como lo había encontrado esta mañana en la cocina. Me quedé inmóvil, observando cómo se sacudía la cabeza, haciendo que el cabello se asentara de forma rebelde. Me dedicó una media sonrisa, una de esas expresiones cargadas de una autoconfianza que en cualquier otro hombre habría resultado arrogante, pero que en él era simplemente sexy.

Empezó a desvestirse. Primero las botas de montaña, luego los calcetines. Cuando se tiró de la camiseta gris hacia arriba, mis ojos siguieron el movimiento de sus músculos. Se deshizo del pantalón de senderismo sin ninguna timidez, quedándose completamente desnudo frente a mí.

Era imponente. La luz del sol resaltaba la dureza de su abdomen y la longitud de sus piernas, pero lo que realmente me robó el aliento fue la naturalidad con la que habitaba su propio cuerpo. No había rastro del chico desgarbado que era en el instituto; solo quedaba el hombre que se había preparado para salvar vidas, el hombre capaz de hacer cosas increíbles con sus manos, no solo en el quirófano. Su erección, ya presente y palpitante, era una declaración de intenciones que me hizo sentir un tirón violento en el vientre.

Me di cuenta de que llevaba demasiado tiempo mirándolo, con la boca entreabierta y la respiración suspendida en los pulmones. Logan ladeó la cabeza, sus ojos violetas brillando con un fuego que no intentaba ocultar.

—Collins, si no dejas de mirarme de esa forma, voy a follarle la vida a ese bikini ahora mismo —su voz era una vibración baja, cargada de una amenaza que me hizo humedecerme de inmediato —. Y el plan era que primero nos bañáramos.

Sentí una chispa de travesura recorrer mi espina dorsal. Una sensación de ligereza que no experimentaba desde antes del accidente. Me quité las botas de un tirón, lanzándolas hacia la manta, y me deshice de mi conjunto de senderismo con una rapidez que lo hizo arquear una ceja. Me quedé en bikini, sintiendo el calor del aire sobre mi piel y la mirada de Logan recorriendo cada curva de mi cuerpo como si fuera a devorarme.

—Atrápame si puedes, Pierce —le reté, dedicándole mi sonrisa más desafiante.

Salí corriendo por el saliente de piedra. Mis pies descalzos golpearon la roca caliente antes de lanzarme al vacío. El vuelo duró apenas un segundo, pero fue eterno. El choque con el agua fue una explosión. Estaba helada, una descarga de adrenalina que me hizo jadear al emerger a la superficie. La temperatura del agua de montaña, alimentada por el deshielo de las cumbres, debía de estar rondando los quince grados, pero para mi piel encendida era una bendición absoluta.

Me sacudí el pelo, riendo a carcajadas mientras nadaba hacia el centro del estanque. Un segundo después, escuché el impacto sordo de Logan entrando en el agua. Era un nadador potente; sus brazadas cortaban el agua con una eficiencia depredadora. Me sumergí, intentando escapar de él, pero bajo el agua sentí sus manos cerrándose sobre mis tobillos.

Me arrastró hacia él. Salimos a la superficie entre salpicaduras y risas. Nunca había reído así con él. Nunca había jugado de esta forma con nadie. Jamás. Logan era el primero en muchos sentidos.

Estábamos enredados en medio del estanque, mis manos resbalando sobre sus hombros mojados mientras él me sujetaba por la cintura.

—Te tengo —gruñó Logan, acercándome tanto que nuestras narices se rozaron.

—Me has dejado ganar terreno —repliqué, jadeando, el agua fría goteando por mi rostro.

—Te he dejado creer que tenías una oportunidad —corrigió él, y antes de que pudiera responder, capturó mis labios en un beso abrasador.

Fue un contraste violento: el frío del agua de montaña rodeando nuestros cuerpos y el calor abrasador de su lengua invadiendo mi boca. La frialdad del estanque pareció intensificar cada terminación nerviosa. Me enganché a él como un mono araña, rodeando su cintura con mis piernas y enterrando mis dedos en su pelo mojado, que ahora pesaba contra mi piel. Logan se limitó a moverse por el agua, manteniéndonos a flote con brazadas potentes de sus piernas mientras yo me deshacía en sus brazos. Su erección presionaba contra mi intimidad a través de la fina tela del bikini, una dureza prometedora que me hacía querer arrancarme la ropa allí mismo.

—Vayamos a las rocas —susurré contra su boca, mordisqueando su labio inferior—. Quiero sentir el sol.

Logan asintió, su mirada fija en la mía. Nadó hacia el saliente, llevándome pegada a su cuerpo con una facilidad insultante. Al llegar a la parte menos profunda, me levantó en vilo fuera del agua. Me depositó sobre la roca plana, que ahora se sentía como una estufa bajo mi espalda mojada.

Él salió del agua justo después. El líquido resbalaba por su cuerpo, definiendo cada músculo de su anatomía. Se quedó de pie sobre mí, completamente desnudo, el agua goteando desde su pelo largo sobre mi vientre. Era una imagen de una masculinidad tan pura que sentí que el corazón me martilleaba en los oídos. Se tumbó a mi lado en la roca plana, exhalando un suspiro de satisfacción mientras el sol empezaba a secar nuestras pieles.

Me incorporé sobre un codo, mirándolo de reojo. Logan tenía los ojos cerrados, los brazos extendidos y el pecho subiendo y bajando con un ritmo pausado. La luz del sol de julio hacía que su piel brillara. No pude aguantar más.

—Quédate quieto, Logan —dije, mi voz sonando mucho más firme de lo que me sentía.

Él abrió un ojo, observándome con curiosidad.

—¿Perdona?

—He dicho que te quedes quieto —repetí, moviéndome con agilidad.

Me puse a horcajadas sobre su cintura. El contacto de mi piel mojada contra la suya, que ya empezaba a calentarse por el sol, fue una descarga eléctrica. Logan hizo amago de subir las manos para agarrarme por las caderas, para reclamar el control que tanto le gustaba ejercer, pero yo le detuve, poniendo mis manos sobre sus muñecas y presionándolas contra la roca.

—No te muevas —le ordené, clavando mi mirada en la suya—. Hoy quiero hacerlo a mi manera.

Logan me observó durante un segundo que pareció durar una hora. Vi la lucha interna en sus ojos violeta, el instinto de dominación peleándose con la curiosidad y, finalmente, con una confianza que me hizo sentir que podía pedirle cualquier cosa. Se relajó bajo mi cuerpo, entrelazando sus dedos y colocando sus brazos bajo su cabeza sobre la piedra, dejándose completamente expuesto a mí.

—A tus órdenes, Collins —respondió con una sonrisa sexy, una curva lenta y peligrosa en sus labios que me indicó que estaba disfrutando de mi desafío—. Soy todo tuyo. Veamos qué tienes planeado.

Me senté sobre sus muslos, sintiendo su erección palpitando justo debajo de mí. El sol de julio nos envolvía en un calor denso, pero no era nada comparado con el incendio que Logan estaba provocando en mi interior simplemente por estar ahí, quieto, permitiéndome el control.

Empecé a besarlo. Comencé por su pecho, recorriendo con la punta de la lengua la línea dura de sus pectorales. El sabor de su piel era una mezcla de agua de montaña y sol. Me detuve en sus pezones, mordisqueándolos con suavidad, escuchando cómo su respiración se volvía más profunda, más gutural. Logan soltó un gruñido bajo, pero cumplió su promesa y no movió las manos.

Ascendí hacia su clavícula, dejando una hilera de besos húmedos que subieron por la línea de su cuello. Me deleité en la textura de su piel, en la fuerza que sentía vibrar bajo mi cuerpo. Le lamí la base de la oreja, sintiendo cómo se le erizaba la piel, y luego busqué su boca en un beso con lengua que fue una declaración de guerra.

Logan arqueó la espalda, su pelvis empujando contra la mía con una urgencia que casi me hace perder la compostura.

—Si sigues así... si no me dejas tocarte pronto... te juro que te voy a follar más fuerte de lo que nunca nadie ha follado a nadie en este maldito valle —susurró contra mis labios, su voz era una promesa oscura, llena de una necesidad que rozaba la violencia.

Sonreí sobre su boca, sintiéndome más poderosa y segura de lo que jamás me había sentido con un hombre.

—Te he dicho que te quedes quieto, doctor Pierce —repetí, rozando mi nariz con la suya—. Todavía no he terminado contigo.

Logan obedeció, su sonrisa sexy y desafiante indicándome que, aunque yo tuviera el mando en este momento, él estaba saboreando cada segundo de su rendición.

Continué mi exploración con una lentitud deliberada. Mi lengua trazó la línea de su mandíbula, antes de descender por el tendón de su cuello. Podía sentir el latido rítmico de su pulso bajo mi boca. Mis dientes rozaron la base de su garganta, provocando que Logan soltara un gruñido bajo que vibró en mi propio pecho.

Mis dedos no se quedaron quietos. Descendieron por su torso, trazando el relieve de sus pectorales y la dureza de sus costillas, hasta encontrar el camino de vello rubio que nacía bajo su ombligo. Era un rastro áspero y masculino que guiaba mi mano directamente hacia su entrepierna.

Me deslicé hacia abajo, situándome entre sus piernas. El ángulo me permitía ver su rostro contra el cielo azul y la silueta de los sauces. Logan tenía los brazos bajo la cabeza, los músculos de sus bíceps flexionados, observándome con una intensidad que me hacía arder.

Lo tomé en mi mano y me incliné hacia adelante.

Lo engullí por completo, disfrutando del sonido gutural que escapó de su garganta cuando mis labios se cerraron firmemente sobre él. Era una coreografía erótica donde yo marcaba el tempo. Sentía el sabor metálico y salado de su piel, la urgencia en sus caderas que empezaban a elevarse de la roca buscando más profundidad, más presión.

Logan, que siempre había sido el dueño del quirófano y del control en nuestra convivencia, estaba perdiendo los papeles. Sus bíceps se tensaron por el esfuerzo de mantenerse quieto tal como le había ordenado. El ritmo de mi succión se volvió más errático, más hambriento, llevándolo al borde mismo del precipicio.

—Avery... —su voz fue un estallido de aire, rota y desesperada.

Sentí el temblor de sus muslos, la señal inequívoca de que estaba a punto de correrse. Logan intentó separarse, sus manos abandonaron su posición bajo su cabeza para agarrarme por los hombros y apartarme. Pero yo no se lo permití. Clavé mis rodillas en la roca y usé mis manos para sujetar sus muslos, manteniéndolo allí, cautivo de mi boca.

Tome el control absoluto. En lugar de retroceder, succioné con más fuerza, provocando que la última barrera de su voluntad se desintegrara. Logan eyaculó en mi boca con una violencia que me obligó a cerrar los ojos, una liberación cálida y potente. Me tragué su esencia sin apartar la mirada de sus ojos, que ahora estaban desenfocados, fijos en algún punto del cielo, mientras su pecho subía y bajaba en jadeos violentos.

Me sentí triunfante. Ver a Logan Pierce, el hombre que me había mirado por encima del hombro durante meses, derrotado por el placer que yo le acababa de proporcionar, era una victoria que me hacía vibrar. Me incorporé un poco, limpiándome la comisura de los labios con el pulgar, y le dediqué una sonrisa cargada de una satisfacción depredadora.

Logan tardó unos segundos en recuperar el habla. Su piel estaba perlada de sudor y agua, brillando bajo el sol.

—Ahora... —dijo, su voz recuperando una nota de autoridad oscura mientras intentaba incorporarse— ahora voy a follarte hasta que te olvides de cómo te llamas, Collins. Quítate eso.

Hizo ademán de levantarse para cumplir su amenaza, pero yo volví a poner las manos en sus hombros, presionándolo contra la piedra. El sol nos estaba horneando la piel, pero no era nada comparado con la electricidad que volvía a acumularse.

—He dicho que no te muevas, Logan —le recordé, mi voz era un susurro de seda y acero.

Me puse a horcajadas sobre su cintura de nuevo. Con una mano, aparté la tela lateral de mi bikini, dejándola a un lado, mientras con la otra guiaba su pene hacia mi interior. A pesar de la liberación de hacía un momento, Logan seguía duro, nunca había visto a ningún hombre recuperarse tan rápido tras un orgasmo. Lo sentí entrar, una invasión lenta y gloriosa que me hizo suspirar de alivio. Me llenó por completo, estirando mis paredes internas de una forma que me hizo arquear la espalda hacia el cielo.

—Relájate, cirujano —murmuré, empezando a moverme sobre él —. Disfruta del viaje.

Cabalgar a Logan en ese entorno era una experiencia salvaje. El sonido de la cascada a mi espalda, el calor de la roca bajo mis rodillas y la sensación de sus manos apretando mis nalgas mientras yo subía y bajaba sobre él. Mis movimientos eran rítmicos, fluidos. Me deleitaba en la forma en que su rostro cambiaba, en cómo cerraba los ojos y apretaba los dientes cuando yo bajaba lo suficiente para que nuestras pelvis chocaran con un sonido sordo y húmedo.

El placer fue una marea creciente que me envolvió. No solo era el roce de la carne; era la sensación de conexión pura, de estar borrando doce años de sombras con cada embestida. Estaba flotando, suspendida en un clímax que parecía no tener fin, cuando sentí que Logan finalmente alcanzaba su límite de paciencia.

En un movimiento que me pilló desprevenida, sus manos se dispararon hacia mis caderas, inmovilizándome. Su fuerza dictó un

nuevo ritmo que yo ya no podía controlar. Me obligó a bajar, pegando mi pecho al suyo, mientras él empezaba a empujar hacia arriba con una potencia que me hizo ver estrellas. La dominación de Logan volvió a reclamar su lugar.

—Mía —gruñó él contra mi oído, justo antes de que el mundo explotara.

Sentí su propio clímax inundándome mientras yo todavía estaba atrapada en el eco del mío. Logan se corrió dentro de mí con una fuerza que me hizo temblar, aferrándose a mi espalda con una urgencia que rozaba la desesperación. Nos quedamos así, unidos en medio del paraíso, mientras el sonido de la cascada volvía a filtrarse en nuestra conciencia y nuestras respiraciones se estabilizaban lentamente.

Me sentía soñolienta, mis músculos convertidos en algodón, mi mente por fin en paz. Logan se separó con cuidado y se puso en pie, revelando su cuerpo atlético bajo la luz dorada. Me miró con una ternura que ya no intentaba ocultar.

Me rodeó con sus brazos y me levantó del suelo con una facilidad que me hizo sentir protegida. Le rodeé la cintura con las piernas, apoyando la cabeza en su hombro mientras él me sujetaba por el trasero. Caminó con paso firme por el saliente de roca hasta llegar a la sombra de los sauces, donde habíamos extendido las mantas.

Me depositó sobre la tela suave con una delicadeza que contrastaba con la ferocidad de hace unos minutos. Se tumbó a mi lado, cubriéndonos a medias con una toalla para refugiarnos del aire fresco del bosque, aunque el sol seguía dándonos calor.

Cerré los ojos, escuchando el latido de su corazón y el rumor del agua. Me sentía plena. Me sentía feliz. Por primera vez en doce años, el peso de ser Avery Collins se había disuelto bajo el agua de la cascada y el fuego de Logan Pierce. Ignoré la punzada de culpa en el fondo de mi mente. El recordatorio de que aún guardaba secretos que podían hacer tambalear mi recién estrenada felicidad.

VEINTIUNO

Avery

Al bajar del todoterreno de Logan, el sonido de la música country y el murmullo de las voces que escapaban cada vez que alguien abría la puerta del bar The Switchback inundó el aparcamiento. Hacía apenas dos semanas que mi vida se había convertido en una secuencia de guardias compartidas, cafés apresurados en la cafetería del hospital y noches de una intensidad abrumadora en Stillwater Lodge, pero esta era la primera vez que íbamos a enfrentarnos al pueblo como un nosotros.

No hubo dudas. En cuanto pusimos un pie sobre la grava del aparcamiento, Logan buscó mi mano. Sus dedos se entrelazaron con los míos con una firmeza que no admitía interpretaciones. No era un gesto de tanteo; era una declaración de propiedad y de permanencia. Caminamos hacia la entrada principal, y sentí el peso de su presencia a mi lado, una solidez que parecía protegerme de las sombras que siempre acechaban en las esquinas de este pueblo.

Al entrar, el calor del local nos golpeó de frente, junto con el olor a madera vieja, cerveza artesanal y hamburguesas a la parrilla. El bar estaba lleno, a esas horas, todos los que eran alguien en el pueblo y los que no ya ocupaban un lugar en las mesas que rodeaban la barra circular del bar. Sentí las miradas curiosas clavándose en nuestras manos entrelazadas, el murmullo que bajaba de intensidad a nuestro paso, pero Logan no vaciló ni un segundo.

Mantenía la barbilla alta, con esa expresión de indiferencia que solía usar como armadura.

Divisamos rápidamente la mesa de madera larga en un rincón elevado, la que nuestro grupo solía ocupar cada viernes. Allí ya estaban Noah, Savannah e Ian.

Como era habitual, Noah estaba en mitad de lo que parecía una anécdota muy animada, gesticulando con una patata frita en la mano. Savannah reía con ganas, una carcajada limpia que me llenó de alegría; verla así, recuperando su luz después del infierno con Phillip, era un bálsamo. Sin embargo, mi atención se desvió hacia mi hermano. Ian estaba sentado frente a ella, con una cerveza en la mano que apenas probaba, y su mirada estaba fija en Savannah con una intensidad que rozaba lo obsesivo. Mi hermano llevaba meses clavando miradas a Savannah mientras ella se sentaba al otro lado de la mesa sin darse cuenta. O eso creíamos todos.

—Ian —dije al llegar a la mesa, dándole un suave golpe en el hombro mientras nos soltábamos de las manos para sentarnos—. Deja de portarte como un acosador con Savannah. La vas a asustar antes de que traigan los aperitivos.

Mi hermano parpadeó, sacudiendo la cabeza como si saliera de un trance, y me dedicó una mirada de absoluta incomprensión.

—No sé de qué hablas, Ave —respondió Ian con su habitual tono seco, aunque no pudo evitar que un ligero rastro de incomodidad asomara a sus ojos.

Al notar nuestra presencia, Noah sonrió como un maníaco y me guiñó un ojo.

—¡Pero si son Pierce y Collins! —exclamó Noah —¿Cómo van las cosas por vuestro nidito?

Savannah le dio un empujoncito afectuoso en el brazo a Noah, pero sus ojos buscaron los míos, brillando con una mezcla de diversión y complicidad al vernos llegar juntos.

—Bien. Se duerme de maravilla —respondí con una media sonrisa.

Logan se inclinó hacia mí, ignorando las bromas de su mejor amigo y apoyando una mano en el respaldo de mi silla. Su calor se filtraba a través de la tela de mi blusa, manteniéndome anclada a su presencia

—Voy a la barra a pedir algo de beber —me susurró al oído, su aliento caliente provocando que se me erizara el vello de la nuca—. Esperaremos a que lleguen Hannah y Caleb antes de pedir la cena. ¿Quieres lo de siempre?

Asentí, intentando que la ternura no me invadiera por el hecho de que él supiera qué era lo que tomaba siempre, pero Logan no se retiró de inmediato. Su mirada descendió por mi cuerpo, deteniéndose en la falda de ante negro que me había puesto esa noche. Era corta, quizá un par de centímetros por encima de lo que solía usar para salir, dejando al descubierto mis piernas, que todavía conservaban el rastro del sol de la cascada del domingo.

Se inclinó un poco más, reduciendo el espacio entre nosotros hasta que solo yo pude escuchar su voz, que se volvió una vibración ronca y peligrosa.

—Ten mucho cuidado con esa falda, Avery. Está tan al borde que me está costando un esfuerzo inhumano no arrastrarte a los baños ahora mismo, arrancártela y comerte el coño hasta que supliques que pare —susurró con una crudeza que me golpeó como una descarga eléctrica.

Sentí que el rostro me ardía instantáneamente. Un rubor violento subió por mi cuello, y mi respiración se volvió errática. Intenté disimular mi agitación buscando un trago de agua que no estaba allí, mientras mis dedos se cerraban con fuerza sobre el borde de la mesa. El deseo estalló en mi vientre con una fuerza que me dejó mareada.

Logan se enderezó lentamente, dedicándome una sonrisilla de prepotencia pura. Sabía exactamente el efecto que sus palabras habían tenido en mí. Se alejó hacia la barra con ese andar seguro, casi arrogante, que hacía que todas las cabezas se giraran a su paso. Lo observé marcharse, sintiendo una mezcla de furia y

excitación. Pensé que sería un buen castigo obligarlo a hacer exactamente lo que acababa de describir nada más llegar a la cabaña, pero sin dejar que llegara a tocar su propio cuerpo. La idea de tenerlo bajo mi control, desesperado por la misma urgencia que él acababa de provocarme, me hizo sonreír para mis adentros.

En ese momento, Hannah y Caleb cruzaron la puerta principal. Hannah se veía radiante, con esa aura de paz que solo Caleb parecía capaz de proporcionarle. Se acercaron a la mesa saludando a todo el mundo, pero el ambiente relajado del bar se fracturó apenas unos segundos después de que se sentaran.

El sonido metálico de la puerta abriéndose de nuevo con un golpe seco anunció la entrada de los tres hombres que siempre hacían que el aire se volviera rancio en Wildwater Falls. Trevor, el hijo de la alcaldesa, entró encabezando el grupo, seguido de cerca por los hermanos Morris. Iban muy borrachos; sus pasos eran pesados y descoordinados, y su risa era ese tipo de ruido estridente que busca pelea antes de encontrar un sitio donde sentarse.

Me tensé de inmediato. Sentí cómo mis hombros subían y cómo mi mandíbula se bloqueaba por puro instinto. Los odiaba. No era un resentimiento pasajero; era un odio visceral que se había fermentado durante doce años. Los veía allí, armando jaleo, desperdiciando sus vidas con una vulgaridad insultante, mientras Carson estaba bajo tierra. Carson, que en sus últimos minutos había intentado ser mejor que ellos, estaba muerto, y estos tres especímenes seguían caminando, respirando y ensuciando el mundo como si su existencia no fuera una ofensa constante para los que no volvieron de aquel barranco.

Mi respiración comenzó a acelerarse, y mis dedos empezaron a juguetear nerviosos con la servilleta de papel. La sensación de injusticia me oprimía el pecho, una presión que amenazaba con hacerme saltar de la silla. Siempre era lo mismo. Cada vez que los veía, en el pueblo, en el bar, caminando por ahí quería gritar, quería...

Entonces, sentí una mano grande y cálida rodeando mi nuca.

Logan había regresado de la barra sin que yo me diera cuenta. Su tacto fue firme, un anclaje que me obligó a volver al presente. Se inclinó sobre mí, bloqueando mi visión de los tres idiotas con su propio cuerpo.

—Ignóralos —me susurró con una calma que contrastaba violentamente con la tormenta que yo llevaba dentro—. No valen ni un segundo de tu atención.

Giré la cabeza para mirarlo. Sus ojos violetas estaban tranquilos, pero tenían una profundidad que me dolió.

—Los odio, Logan —confesé en un susurro cargado de veneno—. Odio a los tres. Odio lo que hacían en el instituto, odio que se crean los dueños de este sitio. Y odio... —tragué saliva, sintiendo que la verdad me quemaba la garganta— odio que Carson no fuera lo suficientemente fuerte para plantarles cara antes de que fuera tarde. Odio haber sido tan cobarde que nunca hice nada para detenerlos.

Logan me dio un ligero apretón en la nuca, un gesto cargado de una ternura que me hizo flaquear. Me miró fijamente, con una seriedad que parecía querer absorber todo mi pesar.

—Eso ya no importa ahora, pantera —dijo con una media sonrisa —. Lo que pasó hace doce años es una carga que ya no tenemos por qué llevar nosotros. Ellos no han cambiado, siguen siendo el mismo desperdicio de piel que eran entonces. Pero nosotros sí. Lo que importa es lo que nosotros hagamos con nuestra vida hoy, aquí.

Sus palabras fueron como un bálsamo sobre una herida abierta. El instinto de pelea que siempre me dominaba en presencia de ellos tres se suavizó, no porque hubiera dejado de odiarlos, sino porque Logan Pierce acababa de recordarme que ellos no tenían poder sobre nuestra realidad actual.

—Tienes razón —respondí, exhalando el aire que no sabía que estaba reteniendo.

Logan me dedicó una sonrisa suave antes de dejar una cerveza frente a mí y sentarse a mi lado. Hannah y Caleb nos observaban con una mezcla de preocupación y respeto; sabían que para nosotros dos, estar en el mismo local que Trevor y los Morris era

como caminar sobre cristales rotos. Pero Logan mantuvo su brazo sobre el respaldo de mi silla, manteniendo ese contacto constante.

Intenté concentrarme en la conversación del grupo, en las risas de Noah y en la forma en que Savannah intentaba ignorar el escrutinio de mi hermano, pero de vez en cuando mi mirada volvía a Logan. Él estaba allí, sereno, conversando con Caleb sobre la próxima revisión del helicóptero, actuando como si el mundo fuera un lugar seguro. Me di cuenta de que, bajo su apariencia de cirujano de hielo, Logan Pierce era el hombre más fuerte que había conocido jamás, y que su capacidad para perdonarme y protegerme era el verdadero milagro de Wildwater Falls.

La cena transcurría entre el estruendo de la música y el choque de jarras de cerveza en las mesas vecinas. Logramos ignorar la presencia de Trevor y los Morris, aunque su risa estridente seguía flotando en el aire como una interferencia molesta. En nuestra mesa, la atmósfera era distinta. Estábamos rodeados de cestas de patatas fritas, hamburguesas chorreantes de queso y el calor reconfortante de la gente que nos conocía de verdad. Logan no había retirado su brazo del respaldo de mi silla; su dedo índice trazaba círculos lentos y casi imperceptibles sobre la tela de mi blusa, justo en la base de mi nuca, recordándome con cada roce que, a pesar del ruido exterior, mi centro de gravedad estaba justo a mi lado.

Savannah, que había estado inusualmente animada toda la noche, dejó su hamburguesa en el plato y se limpió las manos con una servilleta, pidiendo atención con un gesto de la mano. Su rostro irradiaba una mezcla de alivio y entusiasmo que hacía mucho tiempo que no veíamos en ella.

—Tengo noticias —anunció, y su sonrisa se ensanchó—. He hablado con mi hermana esta mañana. Georgia regresa al pueblo en septiembre. Ha aceptado una de las vacantes como médico en urgencias del hospital.

La noticia provocó una exclamación inmediata de Hannah y Noah. Savannah brillaba. Saber que su hermana mayor volvía para quedarse era el último impulso que necesitaba para cerrar

definitivamente el capítulo oscuro de su matrimonio con Phillip. Pero para mí, el nombre de Georgia Robbins no evocaba solo una reunión familiar.

Mi mente viajó doce años atrás, a la noche del accidente. Georgia era mayor que nosotros, apenas una estudiante de medicina en aquel entonces, pero recuerdo su rostro pálido y sus manos firmes cuando bajé de la ambulancia al llegar al servicio de urgencias del hospital. Fue ella quien recibió a la mayor parte de los heridos. Fue ella quien hizo el primer triaje y quien tuvo que gestionar el caos emocional de familias, curiosos y chichos heridos. La imagen de Georgia intentando mantener la calma mientras todos nos desmoronábamos, estaba grabada en mi memoria. Yo fui la última en llegar al hospital junto con el conductor del autobús y uno de mis recuerdos más vívidos es la mirada de Georgia cuando los técnicos sanitarios le comunicaron que yo era quién había sostenido la mano de Carson hasta su último aliento. La compasión y amabilidad que me dedicó fue algo que me acompañó durante años. Fue la misma mirada que recibí cuando abrí los ojos meses después tras el incidente con los somníferos.

—Eso es increíble, Sav —dije, logrando que mi voz sonara estable a pesar del peso del recuerdo—. Nos vendrá bien alguien con su experiencia en urgencias.

—Y no es la única novedad —intervino Caleb, intercambiando una mirada significativa con Hannah—. He recibido la confirmación esta mañana. Cormac regresa en octubre. También cubrirá otra de las vacantes de médico en urgencias. Para finales de año Sloane tendrá su plantilla soñada.

Un silencio pesado cayó sobre la mesa. Cormac Donovan era el hermano mellizo de Caleb, un hombre que llevaba más de media vida fuera de Wildwater Falls. Había pasado los últimos quince años en el ejército, sirviendo como médico de combate en zonas que la mayoría de nosotros solo veíamos en los informativos de las diez. Si Georgia era el recuerdo del accidente, Cormac era el recuerdo de la ausencia; se marchó mucho antes del accidente y su regreso

significaba que la familia Donovan, por fin, intentaba recoger todos sus pedazos.

—Quince años de medicina de combate —comentó Logan, y sentí la vibración de su voz en mi costado—. Urgencias va a cambiar drásticamente con ellos dos allí. Vamos a pasar de ser un hospital rural a una unidad de trauma de primer nivel.

La conversación derivó hacia los cambios que esto supondría en el hospital, la logística de las guardias y lo extraño que sería ver a todos de vuelta en casa. Escucharlos hablar de regresos y de planes para septiembre y octubre me hizo ser consciente, de repente, del paso del tiempo. Estábamos a finales de julio. El verano empezaba a consumirse.

—Septiembre... —repetí para mis adentros, y luego miré a los demás—. Supongo que a partir de septiembre será más fácil encontrar algo. Debería empezar a buscar piso de nuevo. Con el final de la temporada alta de turistas, seguro que quedan algunos apartamentos libres cerca del hospital.

Sentí cómo el dedo de Logan se detenía en seco sobre mi nuca. El movimiento cesó de golpe, y una tensión fría sustituyó al calor de su contacto. Logan dejó su cerveza sobre la mesa con un golpe un poco más seco de lo necesario y se giró para mirarme. Sus ojos violetas estaban entrecerrados, fijos en los míos con una intensidad que me hizo encogerme.

—¿Estás buscando piso? —preguntó. Su voz no era alta, pero tenía un filo cortante que silenció el resto de la mesa.

Me quedé descolocada. La sorpresa debió de reflejarse en mi cara, porque Hannah y Savannah intercambiaron una mirada rápida antes de volver a concentrarse en sus platos, como si intentaran volverse invisibles.

—Bueno... sí —respondí, intentando sonar lógica—. El pacto desde el principio, cuando tu madre y la mía conspiraron para que me instalara en *Stillwater Lodge*, era que sería algo temporal. Hasta que encontrara un sitio propio. No puedo quedarme en tu cabaña para siempre, Logan. ¿No?

La mandíbula de Logan se tensó. No dijo nada, pero la forma en que me miraba me hizo sentir que acababa de cometer un error. Y de los gordos.

Lo cierto es que no habíamos vuelto a hablar de nuestra situación de convivencia. Desde nuestra primera vez en el porche, nos habíamos deslizado en una rutina con una facilidad pasmosa. Dormíamos juntos, desayunábamos juntos, íbamos y volvíamos del hospital en el mismo coche. Nuestra conexión era absoluta, tanto física como profesionalmente. Pero el silencio sobre lo que éramos seguía ahí, era una conversación que no habíamos tenido.

No me atrevía a dar nada por supuesto. No quería ser la mujer que asume un compromiso formal solo porque hemos tenido sexo increíble o porque él me cuida cuando tengo migraña. Avery Collins no suplicaba por etiquetas. Sabía que Logan era un hombre que valoraba su control y su espacio, y la idea de que se sintiera atrapado por una convivencia que nació de una necesidad me aterraba. Sin una conversación previa sobre el futuro, hacer planes para seguir viviendo en su casa me parecía una falta de respeto a su independencia... y un riesgo emocional que no estaba lista para correr.

—No sabía que tenías tanta prisa por marcharte —dijo Logan finalmente. Su tono era plano, desprovisto de la calidez que había mostrado minutos antes.

—No es prisa, Logan. Intento ser realista y respetuosa —repliqué, bajando la voz para intentar recuperar la intimidad—. No hemos hablado de esto. Solo estoy intentando ser precavida. No dar nada por sentado.

Logan soltó un bufido corto y volvió a mirar hacia la barra, rompiendo el contacto visual. Su mano no regresó a mi nuca. Se quedó sobre la mesa, cerrada en un puño.

—Ya veo —murmuró.

El resto de la cena se volvió extrañamente incómoda. Noah intentó reanimar la conversación hablando de un nuevo sistema de

navegación para el helicóptero, y Savannah le siguió la corriente con entusiasmo forzado, pero el daño ya estaba hecho.

Me sentí pequeña en la silla. Me dolía la distancia física que Logan acababa de imponer, pero al mismo tiempo, mi mente racional me gritaba que tenía razón. No podíamos seguir fingiendo que vivíamos en un vacío fuera del tiempo. Si él quería que me quedara, tendría que decirlo. Y si no estaba listo para eso, yo necesitaba un lugar donde aterrizar cuando la realidad terminara de estallar.

Observé a Logan de reojo mientras hablaba con Caleb. Estaba serio, distante, el cirujano de hielo volvía a asomar. Me di cuenta de que mi comentario sobre el piso no había sido solo una observación logística; para él, había sido un recordatorio de que yo todavía tenía un pie fuera de su vida. Y para mí, su reacción era la prueba de que, a pesar de todo el sexo y toda la ternura de la semana pasada, seguíamos caminando sobre un campo de minas donde cualquier palabra podía ser el detonante de una nueva guerra fría.

Desvié la mirada a Savannah cuando se levantó de nuestra mesa con un gesto suave, murmurando algo sobre ir a buscar una bebida fría. Pero antes de que pudiera dar tres pasos hacia la barra, Trevor se tambaleó levantándose de su silla justo cuando ella pasaba por su lado. No fue un accidente limpio. Se tropezó contra ella con la delicadeza de un jabalí herido, volcando su jarra de cerveza entera sobre el pecho y los hombros de Savannah.

El líquido ámbar empapó su camiseta, pegándose a su piel. Savannah se quedó helada, con los brazos ligeramente levantados, mientras el bar entero parecía contener la respiración.

—¡Fíjate por dónde vas! —escupió Trevor, ni siquiera intentó disculparse. Su mirada recorrió a Savannah con un desprecio cruel—. Joder, Savannah, ocupas tanto espacio que es imposible no chocar contigo. Estás tan gorda que ya no sé si eres una mujer o un obstáculo del terreno. Deberías dejar de pedir bebidas y empezar a pedir una dieta.

Las palabras de Trevor cortaron el aire como un látigo. Todo el bar escuchó sus asquerosas palabras. Vi a Savannah encogerse, una

reacción instintiva de quien ha sido herida en sus puntos más vulnerables durante años. El silencio que siguió fue absoluto, roto solo por el goteo de la cerveza sobre el suelo de madera.

No tuve tiempo de reaccionar antes de que Ian, mi hermano, casi tumbara su silla al levantarse. Fue un movimiento de una violencia controlada que me recordó por qué Ian Collins era un hombre al que pocos se atrevían a desafiar. Se interpuso entre Trevor y Savannah en un parpadeo, empujando suavemente a Savannah hacia atrás mientras su cuerpo se convertía en un muro de músculo frente al borracho.

—Vuelve a abrir la boca para decir algo así y te aseguro que necesitarás una dieta serás tú, porque vas a estar alimentándote el resto de tu vida a través de una pajita —la voz de Ian era un susurro gélido, peligroso.

Trevor, envalentonado por el alcohol y la presencia de los Morris a su espalda, soltó una carcajada estridente.

—¿Y qué vas a hacer, Collins? ¿Vas a manchar tus preciadas manos de héroe? Porque hasta donde recuerdo, fuiste incapaz de salvar a Donovan, te pasaste todo el rato dando tumbos hasta que llegaron los bomberos de verdad.

Esa fue la gota que colmó el vaso. Sentí una llamarada de furia subiendo por mi garganta, un calor abrasador que borró cualquier rastro de la enfermera contenida y profesional. Me levanté de la silla, ignorando la mano de Logan que intentaba retenerme, y me planté frente a Trevor, encarándolo a pesar de la diferencia de estatura.

—Eres un desperdicio humano, Trevor —le solté, mis palabras saliendo como cuchillas—. Eres la mayor desgracia que ha tenido este pueblo, incluso peor que la nieve que nos tragó hace doce años. Por tu culpa, y por la de esos dos imbéciles que tienes detrás, muchas personas han sufrido durante años. Sois unos inútiles que solo servís para gastar el aire que otros, mejores que vosotros, ya no pueden respirar.

Trevor palideció por un segundo, la sorpresa de ser atacado por la reina del instituto que siempre se mantenía en silencio, lo dejó

mudo, pero rápidamente su expresión se tornó en una mueca de odio puro. Alargó la mano y me agarró con fuerza del antebrazo, intentando zarandearme.

—Tú te callas, Collins. Siempre has sido una...

No pudo terminar la frase.

Ian y Logan se movieron con una sincronía letal. Ian me tomó por el hombro y me apartó de un tirón, situándome detrás de su espalda junto a una Savannah que temblaba levemente. Logan, por su parte, dio un paso al frente, ocupando el espacio que yo había dejado. Su presencia era imponente.

En cuestión de segundos, la dinámica del bar cambió. Los hermanos Morris se levantaron para respaldar a Trevor, pero antes de que pudieran dar un paso, Noah y Caleb se unieron a Logan e Ian. Los cuatro hombres formaron una barrera humana. El contraste entre ellos y los tres borrachos frente a la barra era patético.

Caleb, manteniendo su cabeza fría habitual, se inclinó ligeramente hacia Logan.

—Logan, recuerda lo que valen tus manos —murmuró Caleb en un tono que solo nosotros pudimos oír—. No puedes pegarle a este imbécil y arriesgarte a romperte un hueso. Tienes cirugías el lunes.

Logan no apartó la mirada de Trevor. Sus ojos violeta brillaban con una promesa de violencia que me hizo estremecer.

—No necesito pegarle con el puño, Caleb —respondió Logan con un tono irónico y letal—. Puedo patearlo hasta reducirlo a un niñito sollozante que pida perdón de rodillas. Mis pies funcionan perfectamente para la ortopedia correctiva facial.

La tensión era tan alta que cualquier movimiento en falso habría provocado una batalla campal. Trevor miraba a Logan con una mezcla de miedo y desafío borracho, consciente de que estaba en una desventaja física y moral absoluta.

Antes de que Logan o Caleb pudieran dar el primer golpe, mi instinto volvió a tomar el control. No iba a dejar que Logan arriesgara su carrera por un tipo como Trevor. Me zafé del agarre de

Ian y volví a ponerme frente a todos ellos, encarando directamente a Trevor. Mi rostro estaba a escasos centímetros del suyo, lo suficiente para que pudiera ver la determinación en mis ojos.

—Escúchame bien, Trevor —dije, bajando el tono de voz hasta que fue una amenaza susurrada pero perfectamente audible—. O desapareces de este bar ahora mismo, tú y tus perros falderos, o haré que todo el pueblo sepa la verdad.

Trevor se quedó inmóvil. Sus ojos se abrieron desproporcionadamente y el color abandonó su rostro de forma tan drástica que pareció un fantasma. La arrogancia alcohólica desapareció, sustituida por un terror que no pudo ocultar.

—Tú no... —empezó a balbucear, su voz fallándole.

—Pruébame —le reté—. Vuelve a molestar a Savannah, vuelve a mencionar a Carson o vuelve a cruzarte en nuestro camino, y me encargaré personalmente de que tu vida en Wildwater Falls se convierta en un infierno del que no podrás escapar. Lárgate.

Trevor tragó saliva con dificultad. Se giró hacia los hermanos Morris, que lo miraban confundidos por su repentino cambio de actitud.

—Dejadlo estar —masculló Trevor, su voz temblorosa—. Vámonos. No vale la pena.

Se dieron la vuelta y caminaron hacia la salida con una prisa que rozaba la huida. Antes de cruzar la puerta, Trevor se detuvo un segundo y lanzó una mirada iracunda hacia mí, una mezcla de odio y pánico contenido, antes de desaparecer en la oscuridad de la noche.

Ian se acercó a Savannah para asegurarse de que estaba bien, mientras Noah y Caleb relajaban la postura, aunque seguían alerta.

Logan se giró hacia mí. No parecía aliviado; su expresión era una de pura suspicacia. Me agarró suavemente por el brazo y me obligó a mirarlo a los ojos.

—¿A qué te referías con eso de "contar la verdad", Avery? —preguntó. Su tono era bajo, inquisitivo. Había algo en su mirada que me decía que no se había creído la amenaza superficial.

Sentí que el corazón me martilleaba contra las costillas. Esquivé su mirada, centrándome en alisar la falda de ante que él había amenazado con arrancarme hacía solo una hora.

—Solo me refería a contarle a todo el mundo lo que realmente era en el instituto —mentí, intentando que mi voz sonara convincente—. Un acosador, un matón. Su madre se presenta a la reelección para alcaldesa en los próximos meses y un escándalo público sobre el comportamiento de su hijo arruinaría su campaña. Trevor sabe que su madre lo mataría si eso saliera a la luz de forma oficial.

Logan me observó en silencio durante un largo minuto. Sus ojos escrutaron cada centímetro de mi rostro, buscando la verdad. Sabía que no le cuadraba del todo. Sabía que el terror de Trevor había sido demasiado profundo para ser solo por una campaña política. Pero decidió dejarlo estar.

—Entiendo —dijo finalmente, aunque su tono dejaba claro que no me creía por completo. Me rodeó los hombros con el brazo, pegándome a su costado—. Vamos, esta noche ya ha dado de sí todo lo que tenía que dar. Vámonos a casa.

A casa.

Ian ayudó a Savannah a recoger sus cosas; se veía protector y extrañamente atento con ella, mientras Hannah y Caleb intercambiaban una mirada de agotamiento compartido. Todo el grupo decidió dar la noche por terminada.

Mientras caminábamos hacia el todoterreno de Logan bajo el cielo estrellado de Wildwater Falls, sentí el peso del secreto quemándome en el pecho. Logan iba a seguir haciendo preguntas, y yo no sabía cuánto tiempo más podría seguir ocultando lo que realmente pasó aquel día, justo antes del accidente. Y saber eso llevaría a destapar todos los secretos de Carson.

Miré a Logan de reojo mientras conducía hacia *Stillwater Lodge*. Su mandíbula seguía tensa. Me sentía plena por tenerlo a mi lado, pero una parte de mí sabía que la felicidad que habíamos construido estas semanas era una estructura frágil sobre cimientos de secretos.

Justo en ese momento, lo único que quería era llegar a la cabaña y perderme en él, intentando olvidar, aunque fuera por unas horas, que el pasado nunca se queda enterrado para siempre en este pueblo.

VEINTIDOS

Logan

El aire de septiembre había llegado a Wildwater Falls con una puntualidad quirúrgica. Ya no era el calor denso y húmedo de julio; ahora, al caer la tarde, una brisa afilada bajaba de las cumbres, cargada con el aroma a tierra seca y el primer indicio de las hojas de arce que empezaban a oxidarse en los bordes. Me senté en una de las mecedoras de madera en el porche, con los pies apoyados en la barandilla y una carta apoyada sobre el muslo.

Era papel de alto gramaje, con el membrete en relieve del *Chicago Northwestern Memorial*. Una oferta formal. Cirujano Jefe de la Unidad de Ortopedia y Traumatología. El Doctor Wells no se rendía. Tras las dos ofertas telefónicas de principios de julio había llegado la carta oficial que requería de una respuesta igualmente oficial. Y esta vez sería definitiva. La oferta económica era obscena, el equipo de investigación que ponían a mi disposición era de lo mejor del país y el prestigio asociado a ese puesto era lo que yo habría considerado la culminación de mi camino hace apenas un año.

Hace un año, habría hecho las maletas antes de terminar de leer el primer párrafo. Chicago era una jungla de cristal y acero donde yo era una estrella en ascenso. Pero ahora, mientras miraba el bosque que rodeaba mi cabaña, Chicago solo me parecía un lugar lejano y completamente ajeno al nuevo Logan. No era el chico de dieciocho años que se marchó a la universidad, pero tampoco era el cirujano

estrella que había regresado unos meses atrás. Sentía que por fin era yo mismo. Que estaba en el lugar, hospital y cabaña correctos.

No iba a aceptar. Ni siquiera me había molestado en redactar la negativa todavía, pero la decisión estaba tomada. No podía dejar el Hospital Regional. No podía dejar las guardias donde el caos de la montaña nos obligaba a ser mejores de lo que creíamos. Éramos un hospital regional con traumas de primer nivel. Si los recursos no podían marcar la diferencia lo tenían que hacer los cirujanos y el resto de personal. Creía en el proyecto de Sloane Parker.

Pero, sobre todo, no podía dejar la vida que se había filtrado por las grietas de mi armadura durante las últimas cuatro semanas.

Avery y yo seguíamos viviendo juntos. Lo que empezó como una solución temporal se había transformado en una rutina por la que respiraba. Seguíamos esquivando la conversación y no poníamos etiquetas a lo que teníamos, pero el armario de mi habitación ya no era solo mío. Hacía mucho que su presencia en la cabaña había dejado de ser una invasión para convertirse en una constante necesaria.

Dejé la carta sobre la mesa auxiliar y saqué una carpeta de cuero. Dentro estaban los planos preliminares de mi nueva casa. No iba a ser una cabaña de troncos tradicional; quería algo moderno, de líneas limpias, con grandes cristaleras que dieran al desfiladero. La construiría en los terrenos que me legaron mis abuelos, a las afueras del pueblo, en una pequeña ladera, donde el sol golpeaba primero por la mañana. En tres días tenía una cita en la ciudad con el arquitecto para formalizar el contrato y ver los primeros esbozos en tres dimensiones. Estaba echando raíces, algo que el Logan de hace un año habría considerado una debilidad. Ahora, era simplemente un hecho.

El sonido de la puerta mosquitera al abrirse me sacó de mis pensamientos. Avery apareció en el porche. Llevaba un vestido veraniego de flores pequeñas sobre un fondo oscuro, de esos que se anudan en los hombros y que apenas le llegaban a la mitad del muslo.

—Va a refrescar en diez minutos, Avery —dije, cerrando la carpeta de los planos. Mi voz sonó pragmática, aunque mi mirada ya estaba recorriendo la línea de sus piernas—. Deberías dejar de llevar esos vestidos de tela de cebolla si no quieres acabar con una hipotermia.

Avery se apoyó en el marco de la puerta, cruzando los brazos bajo el pecho. El gesto hizo que el escote del vestido se tensara, ofreciéndome una vista que hizo que la sangre abandonara mi cerebro para concentrarse mucho más abajo.

—Me gusta este vestido —respondió ella con esa media sonrisa que sabía que me sacaba de quicio—. Y no tengo frío. Además, me encanta cómo te pones cada vez que descubres que no llevo ropa interior.

Se acercó a mí con un andar pausado, provocador. El aire de la tarde agitó el bajo de su falda, y la sospecha de que efectivamente no llevaba nada debajo se convirtió en una certeza que me tensó los músculos del cuello. Ella disfrutaba de este juego, de esta confianza absoluta que habíamos desarrollado donde el sexo era el lenguaje que mejor hablábamos.

—Ven aquí —ordené.

No esperé a que se acercara más. La agarré por la cintura y la atraje hacia mi regazo con un movimiento brusco. Avery soltó una risa ahogada mientras se sentaba a horcajadas sobre mis muslos, rodeando mi cintura con sus piernas desnudas. El contacto de su piel contra la tela de mis pantalones fue una descarga.

Metí la mano bajo la falda de su vestido. El aire frío que nos rodeaba contrastó con el calor abrasador de su intimidad. Efectivamente, estaba desnuda para mí.

—Eres una provocadora, pantera —murmuré, pegando mi frente a la suya. Sentía su respiración acelerada contra mis labios—. Sabes perfectamente que tengo que madrugar mañana y que esto solo va a terminar de una forma.

—Mírame, Logan —susurró ella, ignorando mi queja—. Hazlo.

Me separé un poco para verla. Sus ojos verdes estaban oscurecidos por el deseo, dilatados bajo la luz ámbar del atardecer. La rodeé con un brazo para asegurar su posición sobre mi regazo.

—Pon las manos sobre mis hombros —le ordené en un tono que no admitía réplica—. Abre más las piernas. Y no te muevas, pase lo que pase. ¿Entendido?

Avery obedeció de inmediato. Clavó sus dedos en mis hombros, echando la cabeza hacia atrás. Su vulnerabilidad mezclada con esa confianza ciega en mi control era lo que me mantenía enganchado a ella. Empecé a masturbarla con una lentitud tortuosa. Mis dedos se movían con la precisión de un cirujano, encontrando cada terminación nerviosa, cada punto de fricción, pero sin permitir que el ritmo fuera lo suficientemente rápido para llevarla al borde.

Quería que sufriera un poco. Quería que sintiera cada segundo de mi posesión. Avery empezó a jadear, su espalda arqueándose contra el aire fresco de la montaña. Sus piernas flaquearon un par de veces, intentando buscar un ritmo que yo le negaba. Cada vez que sus gemidos subían de tono, yo reducía la presión, devolviéndola al punto de partida, manteniéndola en esa agonía deliciosa que solo nosotros sabíamos navegar.

—Logan... por favor... —suplicó, su voz rompiéndose.

—He dicho que no te muevas, Avery. Eres mía. Y lo vamos a hacer a mi ritmo.

Me deleité en su frustración. El sol terminó de ocultarse tras los pinos, dejando el porche en una penumbra azulada. Cuando vi que sus piernas temblaban de forma incontrolada y que estaba a punto de perder la compostura por completo, la levanté de mi regazo.

Sin decir una palabra, la llevé hasta el suelo del porche. La madera de cedro estaba fría, pero Avery no pareció notarlo. La tumbé sobre la espalda y le subí la falda del vestido hasta la cintura, dejando su cuerpo expuesto. Dios, era preciosa. Me arrodillé entre sus piernas, admirando la visión de su piel pálida contra la madera oscura.

Me incliné y le di un primer lametón lento y largo que recorrió toda su abertura. Mi lengua buscó su centro con una urgencia que ya no podía contener. Avery soltó un grito que se perdió en el rumor del río, sus dedos enterrándose en mi pelo mientras se deshacía bajo mi boca. Esta vez no hubo frenos. La llevé al orgasmo con una intensidad que hizo que todo su cuerpo se tensara en un arco perfecto antes de colapsar sobre las tablas del porche.

Me incorporé, jadeando, y me desabroché los pantalones. Mi erección pulsaba, exigiendo su liberación. Miré a Avery; estaba allí, deshecha, con el vestido arrugado y la mirada perdida, completamente entregada a lo que yo decidiera hacer a continuación.

Necesitaba marcarla. Me masturbé con rapidez, con la mirada fija en ella, y eyaculé sobre su pubis, cubriendo su piel con mi esencia caliente.

—Mía —gruñí, pasando un dedo por el rastro de mi eyaculación sobre su piel.

Avery recuperó el aliento lentamente. Alargó una mano y me acarició la mejilla, su mirada volviéndose un poco más lúcida, aunque cargada de algo que no necesitaba palabras.

—Mío —respondió ella en un susurro.

Mientras la ayudaba a levantarse y la envolvía en mis brazos para entrar en la cabaña, supe que la carta de Chicago acabaría en el cubo de basura. No importaba el puesto, ni el dinero, ni el prestigio.

* * *

El olor a romero y ajo empezaba a llenar la cocina de la cabaña, mezclándose con el rastro persistente del aire frío que habíamos traído del porche. Avery se movía con una agilidad que siempre me resultaba fascinante de observar, incluso en un entorno tan doméstico. Llevaba puesta una de mis camisas de franela sobre el

vestido de flores. Me encantaba verla con mi ropa. Era un sentimiento posesivo e irracional muy alejado de mi apreciado autocontrol. Pero no me importaba ni un poco admitir que era un poco heterobásico cada vez que la veía con algo mío puesto.

—Logan, si cortas el calabacín así de grueso, tardará una eternidad en hacerse y quedará crudo por dentro —dijo Avery, soltando una risa suave mientras me quitaba el cuchillo de la mano con una autoridad fingida.

Me quedé de pie tras ella, disfrutando de la visión de sus manos moviéndose con rapidez sobre la tabla de cortar. Mi experiencia en la cocina seguía siendo rudimentaria, pero bajo su tutela, estaba aprendiendo que la cocina no era muy distinta de la cirugía: se trataba de técnica, precisión y orden. Aunque, para ser sincero, mi interés en las verduras era puramente secundario.

—Soy cirujano ortopédico, Avery. Estoy acostumbrado a tratar con estructuras que resisten mucha más presión que un calabacín —repliqué, rodeando su cintura con mis brazos y pegando mi pecho a su espalda.

Avery dejó el cuchillo un segundo y se inclinó hacia atrás, apoyando la cabeza en mi hombro.

—Pues en esta cocina, el calabacín es el paciente y tú eres un residente muy torpe —se burló, girándose en mis brazos—. Agradezco el esfuerzo, de verdad, pero creo que tu talento natural está únicamente en el quirófano.

Me reí contra su cuello, aspirando el aroma de su piel. Me importaba poco mi falta de pericia con los fogones. Cocinar con ella se había convertido en una de mis actividades favoritas del día, no por la comida, sino por la proximidad. Me permitía tocarla de forma casual, besar la curva de su hombro mientras ella vigilaba el horno o simplemente sentir el roce de su cuerpo contra el mío en el espacio reducido de la cocina.

Estaba dejando una hilera de besos lentos en el nacimiento de su oreja, ignorando por completo el sofrito que burbujeaba en la

sartén, cuando el sonido de unos neumáticos sobre la grava rompió la burbuja.

Nos tensamos al unísono.

—¿Esperas a alguien? —preguntó en un susurro.

—A nadie —respondí, caminando hacia la ventana que daba a la entrada.

Un Jeep de color turquesa brillante estaba aparcado frente al porche. Suspiré profundamente. Solo había una persona en todo el condado con un gusto tan cuestionable para los vehículos y una falta de respeto tan absoluta por los horarios ajenos.

—Es mi madre —anuncié, volviéndome hacia Avery.

Avery abrió los ojos de par en par. A pesar de que llevábamos todo el verano viviendo juntos, todavía no habíamos tenido un encuentro familiar. No había ninguna razón en particular, pero Maggie Pierce era una fuerza de la naturaleza difícil de contener.

La puerta de la cabaña se abrió antes de que pudiera llegar a ella. Maggie entró como un torbellino, envuelta en un chal de lana de colores vibrantes y con varios collares de cuentas tintineando en su cuello. Su pelo rubio, veteado de plata, estaba recogido en un moño alto y desordenado.

—¡Logan, querido! Espero que no estéis en mitad de algo escandaloso, porque traigo noticias maravillosas —exclamó mi madre, lanzando sus llaves sobre la mesa de la entrada sin mirar si acertaba—. ¡Oh, Avery! Estás aquí. Qué alegría verte, cielo.

Avery dio un paso al frente, forzando una sonrisa amable pero visiblemente descolocada.

—Hola, Maggie. Estábamos... preparando la cena.

—Huele divino. Mucho mejor que cuando Logan vive solo y la casa huele a café rancio y a soledad masculina —Maggie se acercó a Avery y le dio un abrazo rápido —. Pero a lo que venía, antes de que se me olvide porque ya sabes que mi memoria es como un colador de té.

Mi madre se plantó en mitad de la cocina, mirándonos con una energía desbordante.

—Avery, te prometí que en cuanto quedara libre una de las cabañas pequeñas, serías la primera en saberlo. Pues bien, los Thompson se han marchado esta mañana. ¡La cabaña 12 está libre! Ya he mandado al equipo de limpieza. Está en perfectas condiciones, tiene mucha luz y estarás mucho más cómoda allí. Puedes mudarte mañana mismo si quieres. Te la alquilaré por un precio de risa, ya sabes que tu madre y yo somos como hermanas.

El silencio que siguió a la oferta de mi madre fue ensordecedor.

Observé a Avery. Se quedó paralizada, con la espátula todavía en la mano. Sus ojos verdes saltaron de Maggie a mí y luego a la encimera. Estaba dubitativa, atrapada entre la educación y la oferta directa de mi madre. Sabía que Avery valoraba su independencia, que la idea de no ser una carga para mí había sido el motor de sus planes de mudanza semanas atrás. Pero también veía otra cosa. Veía la incomodidad en la línea de sus hombros y la forma en que sus dedos se cerraban sobre el mango de la espátula.

Avery no quería irse. Lo supe con la misma certeza con la que sé diagnosticar una fractura por estrés. Pero ella no se atrevería a decírselo así a mi madre, no sin sentir que estaba rompiendo algún tipo de protocolo no escrito.

Sentí un impulso posesivo que me quemó el pecho. La idea de que Avery recogiera sus cosas mañana y se marchara a la cabaña 12, aunque estuviera a solo unos cientos de metros, me resultaba intolerable. No quería volver a la rutina de vivir solo. No quería que el sitio que ella había ocupado en mi cama y en mi vida volviera a estar vacío.

—Maggie... —empezó Avery, con voz insegura—, es un ofrecimiento muy generoso, de verdad. Yo...

—¡Es el destino, querida! —insistió mi madre, agitando las manos —. El cosmos sabe cuándo necesitamos nuestro propio espacio. Estarás de maravilla allí.

Avery me miró de reojo, buscando una señal, un anclaje. Sus ojos eran una súplica silenciosa de ayuda.

Entendí que este era el momento. No podíamos seguir en este limbo. No iba a permitir que Avery se mudara simplemente porque no sabía cómo decirle a mi madre que nuestra situación había cambiado.

—Mamá —interrumpí, dando un paso hacia el centro de la cocina y cruzando los brazos sobre el pecho. Mi tono era firme, definitivo—. Avery no va a mudarse a la cabaña 12. Ni a ninguna otra.

Maggie parpadeó, sorprendida por mi tono. Me miró con curiosidad, con una chispa de inteligencia brillando en sus ojos.

—¿Ah, no? ¿Y eso por qué, Logan? Pensé que eras tú el que más insistía en que este era tu santuario privado de paz y descanso.

Miré a Avery. Ella contenía el aliento, con las mejillas ligeramente encendidas. Luego volví a mirar a mi madre.

—Porque nos va bien viviendo juntos —dije, recurriendo a la lógica que me servía de escudo para lo que realmente sentía—. El sistema funciona. Avery cocina comida comestible y yo me encargo de la limpieza y del mantenimiento. Ambos salimos ganando. No tiene sentido que se mude para pagar un alquiler innecesario cuando aquí tiene todo lo que necesita.

Maggie guardó silencio durante unos segundos que parecieron eternos. Sus ojos viajaron de mi rostro al de Avery, analizando la tensión que vibraba entre nosotros, la forma en que yo me posicionaba cerca de ella y el hecho de que Avery no me hubiera contradicho. Una sonrisa lenta y cómplice empezó a dibujarse en los labios de mi madre. Maggie no era tonta; había captado lo que pasaba mucho antes de que yo abriera la boca.

—Vaya, vaya —murmuró mi madre, con un tono de casamentera satisfecha que me hizo querer desaparecer—. Así que el sistema funciona, ¿eh? Limpieza por cocina. Me parece un trato muy... equilibrado. Muy maduro.

Avery soltó el aire que estaba reteniendo y me dedicó una mirada cargada de gratitud.

—Sí —asintió ella, recuperando un poco de seguridad—. De momento, estamos bien así, Maggie. Me gusta ayudar a Logan a no morir de escorbuto.

Maggie soltó una carcajada vibrante y se dirigió hacia la puerta, dándose cuenta de que su presencia ya no era necesaria y de que su plan había dado un giro mucho más interesante.

—Bueno, si el sistema funciona, no seré yo quien lo rompa. Os dejo con vuestro... reparto de tareas. Avery, por cierto, la camisa de franela de Logan te queda mejor a ti que a él.

Mi madre nos lanzó un beso al aire y salió de la cabaña tan rápido como había entrado. Escuchamos el motor del Jeep alejarse por el sendero.

El silencio regresó a la cocina. Me acerqué a Avery y le quité la espátula de la mano, dejándola sobre la encimera. La atraje hacia mí, rodeándola con mis brazos, y sentí cómo se relajaba por completo contra mi pecho.

—Gracias —susurró ella, escondiendo el rostro en mi cuello—. No sabía cómo decirle que no sin parecer una malagradecida.

Avery se movió. Se separó de mí lo justo para recuperar su espacio personal, aunque sus dedos rozaron brevemente mi brazo antes de apartarse. Se apoyó contra el borde de la isla de la cocina, cruzando los brazos sobre la camisa de franela que aún llevaba puesta. Me observó con una fijeza que me resultó incómoda, como si estuviera intentando descifrar el código fuente de mi comportamiento de los últimos cinco minutos.

—Así que limpieza por cocina, ¿eh? —preguntó ella. Su voz era tranquila, pero había un matiz de algo que no logré identificar. ¿Ironía? ¿Duda?

Me giré hacia ella, frunciendo el ceño. Me sorprendió la pregunta. ¿De verdad dudaba de lo que había entre nosotros?

—¿Te has vuelto loca, Avery? —solté, sin poder evitar el tono de incredulidad—. Sabes perfectamente que no se trata de la comida.

Ella ladeó la cabeza, su pelo oscuro cayendo sobre uno de sus hombros. La luz de la cocina resaltaba la palidez de su piel y la inteligencia afilada de sus ojos verdes.

—Entonces, ¿de qué se trata? —insistió. Avery no era tonta, me estaba obligando a verbalizar lo que ninguno había puesto en palabras hasta el momento.

Me quedé callado. La respuesta lógica, la que un hombre más valiente daría, estaba ahí, en la punta de mi lengua. Pero se sentía como un salto al vacío sin red de seguridad. Decirle que la quería aquí porque ya no imaginaba dormir sin ella, comer sin ella o vivir sin ella era exponerme demasiado. Era entregarle un arma cargada y esperar que no apretara el gatillo.

—No quiero que te vayas —dije finalmente, optando por la verdad más directa y menos comprometedora—. No quiero que busques otra cabaña ni que vuelvas a mencionar lo de alquilar un piso cerca del hospital. Estamos bien así. Y tú tampoco quieres irte. Lo acabas de decir.

Avery exhaló un suspiro largo, relajando un poco la postura. Bajó la mirada hacia sus pies descalzos y luego volvió a mirarme. Había una honestidad cruda en su expresión que me obligó a enderezarme.

—Tienes razón —admitió ella en un susurro—. No quería irme. Pero Logan... tarde o temprano tendremos que enfrentar este tema. Tendremos que tener una charla real sobre hacia dónde vamos o qué demonios estamos haciendo aquí. No podemos vivir eternamente en este paréntesis de "nos va bien viviendo juntos".

—Lo sé —respondí, intentando que mi voz no sonara tan tensa como me sentía—. Tienes razón. En algún momento tendremos esa conversación.

Pero ese momento no era hoy. Me sentí un cobarde al darme cuenta de que estaba ganando tiempo, pateando el balón hacia adelante para evitar el choque frontal. Lo que estaba sintiendo por

Avery Collins era tan fuerte, tan invasivo, que me aterraba ponerle un nombre. Si le daba una etiqueta, si hablaba de compromiso o de sentimientos profundos, me exponía a que ella me rechazara. Me exponía a descubrir que, para ella, yo solo era una aventura de verano, una forma de lidiar con su propio trauma o, peor aún, que solo se trataba de una atracción física explosiva que se apagaría en cuanto llegara el invierno.

Y luego estaban los secretos.

No podía olvidar la escena en el bar con Trevor. La forma en que ella lo había silenciado con una sola frase. Avery guardaba algo, una pieza del rompecabezas del pasado que se negaba a compartir conmigo, y eso me dolía. Me dolía que, después de todo lo que habíamos compartido en la intimidad de esta casa, todavía hubiera una zona de exclusión donde yo no tenía permitido entrar. ¿Cómo podía tener una conversación sobre el futuro cuando ella todavía guardaba secretos sobre nuestro pasado?

Observé a Avery. Vi una pequeña chispa de decepción cruzar sus ojos antes de que lograra ocultarla bajo una máscara de aceptación. Había esperado algo más de mí, una declaración, un paso al frente que yo no había sido capaz de dar. El silencio se volvió incómodo, cargado de las palabras que ambos estábamos reteniendo por miedo a romper lo que teníamos.

Me aclaré la garganta y señalé la sartén, que empezaba a humear levemente.

—Se va a quemar la cena —dije, cambiando de tema de forma deliberada—. ¿Qué es lo siguiente que tengo que hacer con ese calabacín?

Avery me miró durante un segundo más, evaluando mi retirada. Luego, con un movimiento resignado de cabeza, volvió a la tabla de cortar.

—Tienes que saltearlo a fuego medio, Logan. Intenta no destrozarlo, por favor.

Avery parecía estar hablando de algo más que del calabacín.

Me acerqué a ella y volví a situarme a su lado, intentando recuperar la ligereza de antes. La ayudé con los ingredientes, moviéndome en la cocina bajo sus instrucciones, pero la atmósfera ya no era la misma.

Cocinamos juntos, rozándonos ocasionalmente, pero mis pensamientos seguían dando vueltas a la misma idea. La quería aquí. La quería en mi cama, en mi cocina y en mi quirófano. Pero la sombra de Carson, del accidente y de todo lo que ella no me contaba seguía siendo un muro que no sabía cómo derribar.

Cenamos en la pequeña mesa de la cocina, hablando de casos médicos y de la llegada inminente de Georgia Robbins al hospital. Evitamos los temas personales con una destreza casi profesional. Sin embargo, mientras la observaba beber su cerveza sin alcohol, me di cuenta de que mi cobardía tenía un límite.

Por ahora, me conformé con el hecho de que ella se quedaba. Y mientras lavaba los platos bajo su mirada atenta, supe que, aunque no tuviéramos las palabras, la forma en que nos buscábamos en la oscuridad de la noche seguía siendo la única verdad que importaba eentre nosotros.

VEINTITRÉS

Avery

El sonido del busca fue lo que rompió la relativa calma de la primera hora del turno. No fue un pitido intermitente, sino la señal de alarma continua que indicaba la activación del protocolo de Trauma Masivo. En la pantalla de mi tableta, las palabras aparecieron en mayúsculas:

ACCIDENTE MULTIPLE AUTOPISTA 12. CODIGO ROJO. ESTIMACIÓN 6+ HERIDOS CRITICOS.

Sentí la descarga de adrenalina habitual, ese frío seco que me recorría la columna y que me obligaba a poner el cerebro en modo operativo. Miré a Logan, que estaba a mi lado en la estación de enfermería revisando unos resultados de laboratorio. Él ya había guardado su busca y se estaba ajustando los puños de la bata con un movimiento mecánico. No necesitamos decirnos nada; la complicidad de las últimas semanas se trasladó instantáneamente al terreno profesional.

—Vamos —dijo él, con esa voz que bajaba una octava cuando la presión subía.

Caminamos a paso rápido hacia el área de recepción de urgencias. La sala ya estaba modificando sus áreas, dejando espacio para el triaje y moviendo a los pacientes menos graves a otras

áreas. Las puertas dobles se abrían y cerraban constantemente. Hannah O'Malley estaba en el centro del pasillo, actuando como el eje de un engranaje complejo. Como jefa de Trauma estaba dictando órdenes a los celadores y residentes mientras consultaba su tableta.

—¡Avery, Logan! —Hannah nos interceptó antes de que llegáramos a la zona de triaje—. Tenemos un caos en la 12. Un camión ha perdido la carga y ha provocado una colisión en cadena. Los primeros heridos están entrando ya. Evans está en el helipuerto recibiendo a una mujer con una amputación traumática. Savannah, quédate en el Box 1 para soporte vital.

El ruido de las sirenas empezó a filtrarse desde el exterior, volviéndose ensordecedor a medida que las ambulancias se alineaban en la bahía de descarga. La primera camilla entró con un hombre de mediana edad que gritaba de dolor, con una fractura expuesta de fémur que manchaba de un rojo brillante las sábanas blancas. Detrás de él, otra camilla con una mujer inconsciente con signos claros de un neumotórax a tensión; su pecho subía de forma asimétrica y el residente de primer año ya estaba preparando la aguja de descompresión.

El aire se llenó de olor a caucho quemado, combustible y ese aroma metálico y denso de la sangre que siempre acompañaba a los grandes accidentes.

—¡Aquí viene el siguiente! —gritó un paramédico mientras empujaba una camilla a toda velocidad.

Hannah se acercó rápidamente, y Logan y yo la seguimos. El paciente era un chico joven. Apenas un adolescente de unos quince o dieciséis años. Estaba pálido, con una sudoración fría que cubría su frente y el torso desnudo donde habían cortado su ropa.

—Varón, 17 años —informó el paramédico sin dejar de empujar —. Conductor del segundo vehículo. Iba sin cinturón de seguridad. Impacto directo contra el volante y el salpicadero. Ha tenido una pérdida de conocimiento transitoria en el lugar del accidente. Glasgow de 9 al recogerlo, ahora está en 7. Tensión arterial de 80/40

y bajando. Frecuencia cardíaca en 140. Sospecha de trauma abdominal masivo y hemorragia interna.

Hannah le puso la mano en el abdomen y el chico soltó un quejido gutural incluso estando semiconsciente. El abdomen estaba rígido, un signo inequívoco de que tenía una hemorragia interna masiva.

—Logan, es vuestro —ordenó Hannah, señalando el quirófano cuatro que ya estaba en prealerta—. Avery, prepáralo para una laparotomía de urgencia y estabilización pélvica si es necesario. No tenemos tiempo para un TAC completo. Hacedle una eco rápida en el camino.

—Entendido —respondió Logan.

Agarramos la camilla y empezamos a correr por el pasillo. Yo iba a la cabecera, controlando la vía aérea mientras Logan realizaba la ecografía rápida con el dispositivo portátil.

—Líquido en el espacio de Morrison. Líquido en el cuadrante superior izquierdo —anunció Logan, su mirada fija en la pantalla granulada—. Tiene el bazo destrozado y probablemente una rotura hepática. El chico se está desangrando por dentro.

Al entrar en el bloque quirúrgico, el equipo de anestesia ya nos estaba esperando. El proceso fue una coreografía de urgencia. Entubación, colocación de vías centrales, sondaje. La monitorización del chico era una serie de pitidos rápidos y agudos que indicaban que su corazón estaba luchando contra la falta de sangre.

—Bisturí —pidió Logan.

Le entregué el mango del diez. Logan realizó una incisión media con un solo movimiento fluido. En cuanto abrió, la sangre salió a presión, manchando nuestras batas y cayendo al suelo.

—Succión a máxima potencia —ordenó Logan—. Avery, necesito compresas, muchas compresas. Tengo que hacer un empaquetamiento para ver de dónde viene esto.

Empecé a pasarle las gasas grandes de laparotomía. Logan las introducía en la cavidad abdominal con rapidez, intentando taponar

la hemorragia. La presión arterial del chico seguía cayendo. 70/30. El anestesista empezó a pasar unidades de sangre del grupo O negativo a toda presión.

—No lo encuentro, hay demasiada sangre —masculló Logan, sus manos hundiéndose en el abdomen del chico—. Creo que tenemos una rotura de la vena cava o de la arteria ilíaca. La pelvis está inestable. Avery, pon el fijador externo temporal ahora mismo.

Me moví hacia la parte inferior, preparando el instrumental para colocar los pernos en la cresta ilíaca y cerrar el anillo pélvico, esperando que eso redujera el espacio del sangrado. Trabajábamos con una sincronía casi eléctrica, pero los imprevistos empezaron a amontonarse.

—¡La sangre ya no coagula Doctor Pierce! —gritó el anestesista—. Está saliendo por todas partes.

De repente, el pitido rítmico del monitor cambió. Se convirtió en una nota única, larga y estridente.

—¡Asistolia! —exclamó el anestesista—. ¡Ha entrado en parada!

Logan no lo dudó. Retiró sus manos del abdomen, se subió a un taburete para ganar altura y comenzó las maniobras de RCP. El sonido de sus manos golpeando el esternón del chico rítmicamente llenó el quirófano.

—¡Carga a 200! —ordenó Logan mientras seguía con las compresiones—. Avery, adrenalina, un miligramo. ¡Ya!

Inyecté el fármaco por la vía central. La enfermera circulante trajo las palas del desfibrilador.

—¡Fuera todos! —gritó Logan.

El cuerpo del chico se arqueó sobre la mesa con la descarga, pero el monitor siguió mostrando una línea plana. Logan volvió a las compresiones de inmediato. Su rostro estaba tenso, perlado de sudor bajo la luz de gran potencia del quirófano.

—Vamos, chico, no te vayas —susurraba Logan entre dientes, aplicando la fuerza necesaria para mantener la perfusión cerebral—. No hoy.

Pasaron cinco minutos. Diez. Inyectamos más adrenalina, más bicarbonato. El equipo de anestesia seguía bombeando sangre, pero el suelo del quirófano ya era un charco rojo. Yo no podía dejar de mirar el rostro del chico. Mientras seguía ayudando con la RCP, rotando con Logan cuando sus brazos empezaban a temblar por el esfuerzo, el velo de la profesionalidad empezó a agrietarse.

Avery, concéntrate, me decía a mí misma. Pero era imposible.

El chico tenía el pelo castaño oscuro, un poco largo, que ahora estaba pegado a su frente por el sudor y la sangre. Era alto, de complexión atlética, con esas manos grandes típicas de un adolescente que aún no ha terminado de crecer. Inevitablemente, mi mente me traicionó.

Doce años atrás. El olor a nieve y metal quemado. La mano de Carson entre las mías, perdiendo calor.

Aquel chico en la camilla se parecía demasiado a él. Era casi una copia exacta del Carson que yo recordaba, el que debería haber tenido un futuro y que se quedó atrapado bajo un autobús escolar. Sentí que el aire se volvía denso, como si el quirófano se estuviera quedando sin oxígeno. Mis pulmones se negaban a expandirse.

—Sigue con las compresiones, Avery —dijo Logan, notando que mi ritmo había decaído un segundo—. No pares.

Lo hice. Seguí presionando el pecho del chico, sintiendo el crujido de sus costillas, un sonido que me resultaba insoportablemente familiar. Estábamos intentando devolver a la vida a un fantasma.

—Lleva veinte minutos en parada —dijo el anestesista con voz suave, mirando a Logan—. Hemos pasado 8 de adrenalina. No hay actividad eléctrica. El pH es incompatible con la vida. Logan... se ha ido.

Logan se detuvo. Sus manos se quedaron apoyadas sobre el pecho inmóvil del adolescente durante unos segundos que parecieron eternos. Su respiración era agitada. Miró el monitor, luego el abdomen abierto que seguía exudando sangre que ya no circulaba, y finalmente bajó la cabeza.

—Hora de la muerte: 11:42 —declaró Logan. Su voz sonó hueca, despojada de su habitual seguridad.

El silencio que siguió fue violento. El personal de quirófano empezó a recoger el instrumental en silencio, con esa eficiencia que seguía a una batalla perdida. Yo me quedé paralizada al lado de la camilla. Mis manos, todavía enguantadas y cubiertas de sangre, temblaban de forma incontrolable. No podía apartar la vista del rostro del chico. En mi cabeza, ya no era un paciente anónimo del accidente de la autopista 12. Era Carson. Era la representación física de todo lo que perdí hace doce años.

Sentí que el suelo se inclinaba.

—Avery —la voz de Logan me llegó como si viniera de debajo del agua.

Sentí su mano en mi antebrazo. Él ya se había quitado la bata manchada de sangre y me miraba con una expresión de preocupación intensa. Él también veía el parecido, o al menos entendía la transferencia que mi cerebro estaba haciendo.

—Avery, mírame —ordenó él, apretando un poco más mi brazo para traerme de vuelta.

Logré enfocar su rostro. Logan estaba ahí, con su mandíbula tensa y esa mirada que intentaba ser un anclaje para mí.

—Sal de aquí —dijo en voz baja, con una autoridad que no admitía réplica pero que escondía una ternura que solo yo podía percibir—. Yo me encargo de cerrar y de certificar la muerte con Hannah.

—Yo... puedo ayudar —balbuceé, aunque mis piernas se sentían como si estuvieran hechas de gelatina.

—No, no puedes —sentenció Logan—. Es una orden, enfermera Collins. Vete. Ahora.

Salí a trompicones, pero el aire del pasillo de cirugía se sentía demasiado espeso para mis pulmones. Me apoyé contra la pared de azulejos blancos, justo al lado de la puerta de salida de emergencia, intentando que el temblor de mis manos se detuviera. El olor a

desinfectante y a ese rastro metálico de la sangre que no habíamos logrado contener en el quirófano cuatro me seguía, pegado a mi uniforme y a mi piel.

Vi a Sarah, una de las enfermeras de planta que bajaba para reforzar el área de trauma. La detuve antes de que entrara en la zona de lavado.

—Sarah —mi voz sonó áspera, como si hubiera estado gritando, aunque apenas había hablado en la última hora—. Necesito que me cubras en el quirófano cuatro. Logan Pierce está terminando de certificar. Hay tres cirugías más programadas para el turno de tarde por el accidente de la autopista. Por favor, dile al equipo que he tenido que marcharme.

Sarah me miró con preocupación. Debía de tener un aspecto lamentable; el sudor me pegaba el pelo a las sienes y mis ojos estaban demasiado abiertos, fijos en nada.

—Avery, ¿estás bien?

—No —respondí con una franqueza que la sorprendió—. No estoy bien. Necesito salir de aquí.

Me alejé antes de que pudiera hacerme más preguntas. Mis pasos eran rápidos, automáticos, guiados por la necesidad de escapar de las luces fluorescentes que parecían estar escaneando mi ansiedad. En la zona de administración de la planta de cirugía, divisé a Sloane.

Me vio venir desde el otro lado del vestíbulo y dejó la carpeta que estaba revisando sobre el mostrador.

—Avery —me llamó antes de que pudiera pasar de largo.

Me detuve. Me sentí expuesta bajo su mirada analítica. Intenté alisar mi uniforme, pero mis dedos seguían vibrando. Sloane me conocía bien, ambas habíamos trabajado codo con codo durante años.

Sloane se acercó a mí. Observó mi agitación, el ritmo acelerado de mi respiración y la forma en que evitaba su mirada directa.

—Vete a casa, Avery —ordenó Sloane. A pesar de su tono suave, no era una sugerencia —. Alguien te cubrirá. Hablaré con Hannah y

Logan.

—Gracias, Sloane.

—Vete ahora. Y conduce con cuidado.

Salí del hospital casi corriendo. El sol de la tarde golpeaba el aparcamiento, pero no sentí nada. Mi entumecimiento iba más allá de lo emocional. Por suerte, esa mañana había traído mi propio coche porque Logan y yo entrábamos en horario diferente. Subí al vehículo y cerré la puerta, bloqueando el sonido de las sirenas que seguían llegando a la bahía de urgencias.

El trayecto hacia *Stillwater Lodge* fue un borrón. Mis manos se aferraban al volante mientras intentaba no ver el rostro del chico muerto en mi mente. Sabía que Logan estaría ocupado durante horas; las cirugías ortopédicas tras un choque múltiple eran largas y tediosas. Él estaría en su elemento, concentrado en reparar huesos rotos, mientras yo podía recomponerme con cierta privacidad. Aunque sabía que después no podría evitar las preguntas de Logan.

Al llegar a la cabaña, el silencio me recibió como un bálsamo. Subí las escaleras de dos en dos hasta la habitación que había sido mía hasta hacía unas semanas. Me arrodillé en el suelo, frente al pequeño baúl de madera donde guardaba mis pertenencias más privadas, aquellas que no quería que nadie, ni siquiera Logan, viera por casualidad. Aquellas que no había desempaquetado pensando que mi estancia en la cabaña sería temporal.

Saqué el cuaderno de dibujo de Carson.

Estaba desgastado y raído, no solo por el uso que en su momento le dio Carson, sino también por las cientos de veces que yo misma lo había ojeado. En cuanto mis dedos tocaron la superficie fría, el dique se rompió. Me derrumbé en el suelo, con el cuaderno apretado contra el pecho, y empecé a llorar con una desesperación que me dejó sin aire.

Me senté apoyada contra la cama y abrí el cuaderno con manos temblorosas. Las páginas estaban llenas de bocetos a lápiz, de trazos rápidos que capturaban una realidad que el resto del mundo era incapaz de ver.

Recordé su sonrisa. Carson era descarado, divertido, el tipo de chico que iluminaba una habitación simplemente por estar en ella. Era el chico de oro de Wildwater Falls, el atleta perfecto, el orgullo de su familia. Pero entre las páginas de ese cuaderno, Carson era alguien muy distinto.

Había dibujos de figuras abstractas, de sombras que se retorcían bajo la superficie de rostros conocidos. Había paisajes de Wildwater Falls que no eran bucólicos, sino oscuros, con los árboles pareciendo garras y el cielo pesado de nubarrones. Carson era profundamente creativo, pero su arte era un refugio para una parte vulnerable e introspectiva que odiaba mostrar.

Él odiaba ser quién era.

A medida que pasaba las páginas, las lágrimas manchaban el papel amarillento. Carson se sentía torturado por su propio ser. Le dolía ser diferente en un pueblo donde la diferencia se castigaba con el ostracismo o la burla. Le aterraba no ser lo que sus padres esperaban de él, no ser el prototipo de hombre rudo y deportista que los Donovan habían forjado durante generaciones. El peso de las expectativas sociales y familiares lo aplastaba cada día un poco más.

Y yo era la única que lo sabía.

Él confiaba en mí precisamente porque yo no le pedía que fuera el capitán del equipo. Conmigo podía dejar de fingir. Su descaro era una máscara; su alegría, un mecanismo de defensa. Debajo de todo eso, había un chico que se sentía un extraño en su propia piel.

«¿Por qué es tan difícil, Ave?», me preguntó una vez, sentados cerca del río cuando apenas teníamos quince años. «Siento que, si alguien viera lo que dibujo, si alguien supiera lo que realmente pienso... todo este castillo de naipes se vendría abajo».

Aquel chico en la mesa de operaciones hoy no tenía a nadie que guardara sus secretos. Murió solo, sin cinturón de seguridad, volando por el parabrisas.

La pena me consumía. Me sentía agotada por el esfuerzo de mantener su legado intacto, de proteger una imagen de él que no

era real pero que era lo único que su familia quería recordar. Cada vez que Logan me miraba, cada vez que hacíamos el amor, sentía que le estaba robando algo al no contarle quién era Carson en realidad. Al no decirle por qué Trevor tenía tanto poder sobre él. Al no explicarle que la lealtad que me unía a Carson no era solo amistad; era la responsabilidad de ser el único testigo de una verdad que él no fue capaz de verbalizar.

Pasé horas acurrucada en el suelo, con el cuaderno de dibujo junto a mí. La luz de la tarde empezó a desvanecerse, proyectando sombras largas por la habitación, pero yo no me moví. Me sentía incapaz de ponerme en pie. Me quedé allí, rodeada de los trazos de un chico muerto, llorando por el futuro que él nunca tuvo.

De repente, una sombra cortó la luz ámbar de la lámpara de la mesilla.

—¿Avery?

Di un respingo tan violento que el cuaderno se deslizó de mis piernas. Logan estaba allí, de pie en el umbral de la puerta. Todavía llevaba la ropa del hospital, aunque se había quitado la bata. Tenía el pelo revuelto y los ojos inyectados en sangre por el cansancio y la tensión. Su presencia llenó la habitación de una forma que me hizo sentir atrapada.

—¿Qué haces en el suelo? —su voz era baja, como si estuviera hablando con un animal herido al que temiera asustar.

No respondí. Me limité a abrazarme más fuerte a mis propias piernas. Él dio un paso hacia el interior, cerrando la puerta tras de sí. Se acercó con movimientos lentos, como si estuviera tratando con un paciente en estado de shock. Se puso de cuclillas frente a mí, obligándome a mirarlo.

—Te has marchado del hospital sin decir nada —dijo extrañado—. Sarah me dijo que habías hablado con Sloane. ¿Qué ha pasado, Avery?

—No podía estar allí —susurré. Mi garganta se sentía como si hubiera tragado cristales rotos.

—¿Es por el chico? Ya hemos perdido otros pacientes antes. ¿Qué hay de diferente? — ante mi silencio Logan me agarró suavemente por la barbilla, obligándome a enfocar la vista en él—. Avery, mírame. Estás temblando. Sé que perder a un paciente de diecisiete años jode, a mí también me jode, pero tú no eres una novata. ¿Por qué ese chico? ¿Por qué hoy?

Me zafé de su agarre y me alejé de su toque.

—Déjalo estar, Logan. Solo estoy cansada.

—No me voy a ninguna parte —soltó él, endureciendo el gesto. Se sentó en el suelo frente a mí, cruzando las piernas. Estábamos a menos de medio metro de distancia—. Llevamos semanas viviendo juntos. Dormimos en la misma cama. Te he visto lidiar con migrañas y con el insomnio, pero esto es distinto. Te has cerrado en banda. Me estás dejando fuera y no sé por qué.

—Porque hay cosas que no te pertenecen —le espeté, y mi propia voz me sonó extraña, cargada de una rabia incomprensible—. Hay partes de mi vida que no tienen nada que ver contigo.

Logan bajó la vista y sus ojos se clavaron en el cuaderno que yacía en el suelo, entre nosotros dos. Extendió la mano.

—No lo toques —dije, abalanzándome hacia adelante.

Fue tarde. Logan fue más rápido. Recogió el cuaderno de Carson antes de que mis dedos pudieran rozarlo. Se incorporó y se alejó un par de pasos hacia la luz del ventanal, fuera de mi alcance.

—¡Logan, dámelo! Es mío —grité, poniéndome de pie con las piernas tambaleantes.

Él no me hizo caso. Empezó a pasar las páginas con una curiosidad que rápidamente se transformó en concentración absoluta. Sus ojos violetas escaneaban los dibujos, los trazos rápidos, las sombras. Yo intenté quitárselo, pero él puso una mano sobre mi hombro y me empujó hacia atrás con firmeza, manteniéndome a distancia mientras seguía pasando hojas.

—¿De quién es esto? —preguntó sin mirarme. Su tono había cambiado. Ya no era enfado; era sospecha—. ¿Tuyo?

—No sé dibujar, Logan. Lo sabes perfectamente.

—Entonces ¿de quién? —Logan se detuvo en una página y levantó la vista. Su mandíbula estaba tan tensa que se le marcaba un músculo en la mejilla—. Es la firma de Carson Donovan.

El nombre quedó suspendido en el aire. Me quedé quieta, con el corazón golpeando mis costillas. Mi secreto, el que le juré a un chico moribundo que protegería, estaba ahora en manos del hombre que más razones tenía para odiarlo.

—Esa era su visión de las cosas —dije, intentando recuperar la compostura—. De la vida, del pueblo. De lo que amaba y de lo que odiaba. No es más que un cuaderno de un adolescente. Dámelo.

Logan soltó una risotada seca, ácida, que me heló la sangre. Siguió pasando páginas con una rapidez agresiva.

—¿Lo que odiaba? —Logan volvió a mirarme, y esta vez sus ojos brillaban con un resentimiento antiguo—. Entonces Carson debía de odiarme muchísimo, Avery. Porque casi todo este maldito cuaderno son dibujos míos.

Me quedé helada. Sabía lo que había en esas páginas. Lo sabía desde hacía doce años. Pero oírlo de su boca, verlo enfrentarse a la realidad de esos trazos, fue como recibir un golpe directo en el plexo solar.

—Mira esto —Logan me puso el cuaderno frente a la cara, señalando un boceto detallado de él mismo en la biblioteca del instituto, años atrás—. Y este de aquí. Es mi perfil cuando estaba en el equipo de debate. Son docenas, Avery. Docenas de dibujos de mí. El chico que me hacía la vida imposible, el que me humillaba delante de todos, el que se reía histéricamente cada vez que Trevor me partía el labio... se pasaba las horas retratándome.

—Logan, basta... —supliqué, tapándome la cara con las manos.

—No, no basta —Logan tiró el cuaderno sobre la cama con desprecio—. Debía de ser su forma de estudiarme para saber dónde golpear mejor. Debía de ser su trofeo de caza. Tener mi cara

dibujada una y otra vez para recordarse a sí mismo que yo era su propiedad, su saco de boxeo personal. ¡Dios, qué enfermo estaba!

—¡No es cierto! —mi voz estalló en la habitación, rompiendo el control que me quedaba.

Logan se detuvo, sorprendido por la violencia de mi reacción. Me acerqué a la cama, recogí el cuaderno con manos temblorosas y lo abrí por una de las páginas que él acababa de despreciar.

—Míralos bien, Logan —le dije, mi voz temblando por la emoción —. Olvida por un momento el instituto. Olvida que era un Donovan y que tú eras su objetivo. Olvida el ruido y las burlas. Mira los trazos. Mira cómo están dibujados tus ojos. Mira la sombra de tu mandíbula. Mira la atención que puso en la forma en que te recogías el pelo entonces.

Logan frunció el ceño, observando el dibujo que yo le señalaba. Sus ojos recorrieron las líneas finas, la suavidad con la que el lápiz había tratado sus rasgos.

—¿Realmente te parece obra de alguien que te odia? —le pregunté, y las lágrimas volvieron a nublarme la vista—. ¿De verdad crees que alguien dedica horas a capturar la curva de tu sonrisa o el brillo de tu mirada si lo único que siente por ti es asco o ganas de humillarte?

Logan retrocedió un paso, como si el cuaderno quemara. El silencio volvió a la habitación, pero esta vez era un silencio preñado de una verdad que ya no podía ser ignorada. El aire se volvió irrespirable.

—¿Qué estás diciendo, Avery? —preguntó Logan, y su voz era apenas un susurro cargado de miedo. Por primera vez desde que lo conocía, Logan Pierce parecía asustado de lo que estaba a punto de oír.

—Digo que Carson odiaba muchas cosas, Logan. Odiaba el fútbol, odiaba las expectativas de su madre, odiaba vivir en un pueblo que lo asfixiaba —di un paso hacia él, sintiendo que el peso de doce años de silencio estaba a punto de liberarse—. Pero nunca te odió a ti. Jamás.

Logan negó con la cabeza, sus puños apretados a los lados.

—No. Él me acosaba. Él permitía que los Morris me pegaran. Él me llamaba...

—Lo hacía porque estaba aterrorizado —le interrumpí—. Estaba torturado por ser quién era en un sitio como este. Estaba torturado por lo que sentía cuando te miraba.

Me di cuenta de que ya no había vuelta atrás.

—Ha llegado la hora de que sepas la verdad —dije, limpiándome las lágrimas con el dorso de la mano—. La verdad sobre Carson, sobre el accidente y sobre por qué me eligió a mí para darme sus últimas palabras.

Logan se quedó inmóvil, mirándome como si fuera la primera vez que me veía. El pasado y el presente habían colisionado finalmente, y bajo las vigas de madera de *Stillwater Lodge*, el secreto de Carson Donovan estaba a punto de salir a la luz, cambiando nuestras vidas para siempre.

VEINTICUATRO

Logan

El mundo, tal como lo conocía, se detuvo. Me quedé inmóvil, con la espalda pegada a la pared de madera de la cabaña, mirando a Avery como si fuera una extraña que acabara de confesar un asesinato. Sin embargo, lo que acababa de decir era mucho más devastador. Estaba reescribiendo todo mi pasado con una sola frase.

—¿Qué has dicho? —mi voz sonó extraña, una vibración baja y rota que apenas reconocí como propia.

Avery no retrocedió. Sus ojos verdes estaban inundados de lágrimas que se negaban a caer, y su respiración era un silbido errático que llenaba el espacio entre nosotros. No respondió de inmediato. Simplemente señaló el cuaderno que yo todavía sostenía entre mis manos, con los dedos entumecidos.

Bajé la vista al papel. Obligué a mis ojos, habituados a buscar la lógica y el orden en el caos, a mirar de verdad. Ya no eran solo trazos de carbón sobre papel amarillento; eran fragmentos de un pasado que yo recordaba como un infierno, vistos a través de una lente que nunca me permití imaginar.

Pasé la primera página. Era una ilustración de Wildwater Falls, pero no desde el mirador turístico. Era la cascada a la que Carson y yo íbamos de niños, antes de que el instituto y las jerarquías sociales nos separaran. Estaba dibujada con una delicadeza que rozaba la devoción. Los helechos, las rocas cubiertas de musgo, el agua cayendo como seda. En una esquina, casi escondida, había una

figura pequeña sentada en una piedra. Era yo. Tenía diez años y estaba riendo.

Pasé otra página. Una escena en clase de literatura. Yo aparecía de perfil, con el ceño fruncido mientras escuchaba al profesor, con un bolígrafo en la boca. El detalle en la sombra de mis pestañas y en la línea de mi mandíbula era obsesivo.

Otra página. El recreo. Yo estaba sentado solo en un banco de piedra de Cedar Square, pensativo, mirando al vacío. Otra. En el autobús del instituto. Yo llevaba mis auriculares puestos, con la cabeza apoyada en la ventanilla, mirando el paisaje nevado de Wildwater Falls. Y otra más. Esta era de las últimas. Estábamos en una fiesta, yo estaba sentado con Hannah y Noah que en la imagen eran solo un borrón esquemático, tenía el pelo suelto sobre los hombros y me estaba riendo de algo. El dibujo capturaba ese instante exacto de alegría genuina, una que Carson nunca me permitió tener en su presencia.

Sentí que el aire me faltaba. La habitación empezó a cerrarse sobre mí.

—Carson dibujaba lo que más amaba... y lo que odiaba —susurró Avery. Su voz era un hilo que cortaba como una cuchilla—. Mira los dibujos, Logan. No son los dibujos de alguien que quiere destruirte. Son los dibujos de alguien que no podía dejar de mirarte.

Solté el cuaderno sobre la cama como si quemara. Me pasé las manos por la cara, intentando frotar la incredulidad de mis ojos.

—Esto no tiene sentido, Avery. No me jodas —dije, mi voz ganando volumen mientras la rabia intentaba protegerme del colapso—. Ese chico me hizo la vida imposible. Se reía histéricamente cada vez que me humillaban. Permitió que Trevor y los Morris me acorralaran una y otra vez. ¿Me estás diciendo que todo eso era... qué? ¿Un retorcido lenguaje del amor?

Avery dio un paso hacia mí, con las manos temblorosas extendidas, pero sin llegar a tocarme.

—Era miedo, Logan. Pánico puro y visceral —respondió ella, y esta vez una lágrima resbaló por su mejilla—. Carson estaba

enamorado de ti. Lo estuvo desde que éramos críos y empezamos a saber lo que era el amor, desde que la pubertad nos alcanzó y empezamos a fijarnos en las personas que nos gustaban. El problema de Carson es que creció en Wildwater Falls, bajo el ala de la estricta Vera Donovan y a él le gustaba el género equivocado según lo que dictaba la estricta educación a la que fue sometido, a la sociedad en la que vivíamos. Wildwater Falls podía admitir un poco de extravagancia, un poco de diversidad, pero un chico gay de una familia conocida en el pueblo hubiera sido carne de cañón.

El nombre de su madre resonó con un peso plomizo. Vera, la mujer que exigía perfección, que veía la debilidad como una enfermedad. Toda su vida la dedicó a crear la familia modélica según sus estándares tradicionales y cuando está se desmoronó tras la muerte de Carson se lo hizo pagar a todo el mundo, pero especialmente a su hijo Caleb, a su nieta Octavia y la familia O'Malley.

—Tenía miedo —continuó Avery, su voz rompiéndose—. Tenía un miedo atroz a la reacción de su madre. A la decepción de su familia. A perder su estatus como el chico de oro del instituto. Tenía pavor a convertirse en el "chico gay" del pueblo, a ser él quien acabara acosado por Trevor y los demás. Pero, sobre todo, Logan... tenía un miedo extremo a que tú lo rechazaras. A que lo miraras con asco si alguna vez te confesaba la verdad.

Me dejé caer en la silla de madera, sintiendo que las piernas me fallaban. Doce años de resentimiento, de rabia acumulada, de sentirme excluido de un dolor colectivo porque yo no estuve en aquel autobús, estaban siendo desmantelados por la verdad sobre un chico que nunca llegó a los dieciséis años.

—¿Y tú? —pregunté, mirándola fijamente—. Tú eras la Reina del Instituto. Todos pensaban que estabais saliendo. Que terminaríais juntos. Que erais la pareja perfecta de Wildwater Falls.

Avery soltó una risa amarga, cargada de una pena antigua.

—Yo era su tapadera, Logan. Su escudo. Éramos mejores amigos, nada más. Pasábamos horas juntos en silencio, en su habitación o

en el río junto al puente. Pero mientras yo leía mis libros de ciencia, Carson dibujaba. Y casi siempre... lo que dibujaba era a ti. Nunca verbalizaba sus sentimientos. No sabía cómo. El papel era el único lugar donde podía ser honesto.

Se acercó un poco más, pero su mirada seguía anclada en el pasado.

—Construyó esa personalidad de acosador como una armadura —dijo Avery, buscando mis ojos—. Si te atacaba, nadie sospecharía que te deseaba. Si permitía que otros te hicieran daño, él estaba a salvo de ser su objetivo. Fue cruel, fue cobarde y fue injusto, Logan. Lo sé. Él también lo sabía. Se odiaba a sí mismo por hacerlo, y ese odio lo volcaba sobre ti porque eras el recordatorio constante de lo que no se atrevía a ser.

Me cubrí la boca con la mano, sintiendo una náusea violenta. El chico que yo había odiado con cada fibra de mi ser desde el instituto, el que me hizo marcharme del pueblo a los dieciocho años jurando no volver nunca, era en realidad un adolescente torturado que pasaba sus noches retratando la forma en que yo escuchaba música en el autobús.

—¿Cómo es posible, Avery? —mi voz salió ronca, cargada de una incredulidad que me quemaba la garganta—. Éramos mejores amigos. Antes de que todo se fuera a la mierda en el instituto, pasábamos cada minuto juntos. Dormíamos en tiendas de campaña en el jardín, íbamos a la cascada, compartíamos los auriculares para escuchar los mismos discos... ¿Cómo pude no ver ni una sola señal? ¿Cómo pudo alguien ocultar algo así de esa manera?

Avery se abrazó a sí misma. Parecía que intentaba ocupar el menor espacio posible, como si la verdad que acababa de soltar la hubiera dejado sin piel.

—De eso se trataba, Logan —respondió ella, mirándome con una tristeza que me resultó insoportable—. De que tú no lo supieras. De que nadie lo supiera. El miedo tenía a Carson completamente paralizado. No fue una decisión consciente pasar de ser tu mejor amigo a ser tu acosador, al menos no al principio.

Se acercó otro paso, pero se detuvo cuando vio que yo me tensaba.

—Él siempre se sintió diferente —continuó Avery, su voz ganando una pizca de firmeza—. Cuando éramos niños, no le ponía nombre. Pero al llegar a la pubertad, cuando se dio cuenta de que lo que sentía cuando te miraba no era lo que otros chicos o sus hermanos sentían por las chicas, entró en pánico. Se dio cuenta de que se sentía atraído por ti, por su mejor amigo, y decidió tomar distancia de la única forma que un chico de quince años en este pueblo sabía: mediante la hostilidad.

—Eso me costó años de terapia y un odio que me ha consumido por dentro —le recordé, apretando los puños a los lados. —Estuve muy al límite, Avery. Antes del accidente, estaba entrando en un estado depresivo severo. No quería levantarme de la cama, me costaba estudiar, mis notas se resentían, tenía pánico de salir a la calle por si me los encontraba. Imagínate como me sentía cada vez que subía al autobús escolar o entraba en el instituto. Era una tortura constante y mi salud mental era una bomba de relojería. Si aquello hubiera continuado, hoy el que estaría a tres metros bajo tierra sería yo.

—Lo sé. Y él también lo sabía —dijo Avery con un sollozo contenido—. Esa distancia lo empujó hacia el círculo de Trevor y los demás. Una vez que estuvo dentro, una vez que se convirtió en el líder de los populares, ya no supo cómo escapar. Estaba atrapado en su propia fachada. Trevor le daba la validación de ser el macho alfa que su madre, Vera, esperaba. Si acosaba a Logan Pierce, nadie sospecharía jamás que Logan Pierce era lo único que Carson quería. Se convirtió en su propia prisión, Logan. Le dolía cada vez que te hacían algo, me lo decía cuando estábamos a solas, pero el miedo a ser descubierto, a ser el chico gay del instituto y ser el objetivo de Trevor, era mucho más fuerte que su remordimiento.

Me senté en el borde de la cama, sintiendo que el peso de la habitación me aplastaba. Las piezas del puzle que habían estado desordenadas durante doce años empezaron a encajar con un clic

violento y doloroso. Recordé la mirada de Carson aquel último día en el aparcamiento. Recordé la pelea.

—Intentó pararlos —susurró Avery, rompiendo el silencio—. En el último momento, Carson intentó parar lo que estaba pasando.

Levanté la vista hacia ella, con el ceño fruncido.

—¿De qué hablas? Se rio histéricamente una vez más, acabamos a puñetazos la última vez que lo vi.

—Eso fue para mantener las apariencias delante de Trevor —explicó ella, acercándose finalmente y sentándose en el suelo, a mis pies—. Pero la pelea que tuvisteis... las palabras que le dijiste antes de marcharte... eso lo destrozó. Tus últimas palabras para él fueron que odiabas en quién se había convertido. Le preguntaste donde estaba su mejor amigo de la infancia.

Sentí un escalofrío. Mis propias palabras regresando desde el pasado para golpearme.

—En el autobús de regreso de la excursión —prosiguió Avery, bajando la vista al suelo—, Carson oyó a Trevor y a los Morris en la parte de atrás. Estaban más fuera de control que nunca. Trevor estaba planeando llevar el acoso más lejos. Querían acorralarte en el vestuario cuando os quedarais solos el lunes después de la clase de gimnasia. Querían darte una paliza que te mandara al hospital y hacerte otras cosas humillantes mientras lo grababan todo para subirlo a internet. Estaban planeando un nivel de violencia que ponía en peligro tu vida.

Me quedé sin respiración. Trevor siempre había sido un animal, pero esto...

—Carson los oyó —dijo Avery, y una lágrima nueva resbaló por su cara—. Y por primera vez en años, le importó una mierda su fachada. Se levantó de su asiento y fue hacia la parte de atrás para pararlos. Estaba de pie, encarando a Trevor, gritándole que te dejaran en paz, cuando el conductor perdió el control del autobús en la ventisca. Por eso sus heridas fueron tan graves, Logan. Por eso murió él y no otros. Era el único que no llevaba el cinturón de seguridad.

El silencio que siguió fue absoluto. Todo encajaba. La hemorragia interna masiva de Carson. El hecho de que estuviera fuera de su sitio cuando el autobús volcó. Su insistencia en que salvaran a Hannah primero, como una forma de redención.

Y sus últimas palabras. Las palabras que me había ocultado durante semanas.

—«Dile que lo siento» —susurró Avery, como si me leyera el pensamiento—. Eso fue lo último que me dijo antes de morir mientras le daba la mano. «Dile a Logan que lo siento».

Me tapé la cara con las manos, sintiendo que el pecho me estallaba. El chico que yo había odiado había muerto intentando protegerme.

Pero entonces, la rabia cambió de dirección. El dolor por Carson se transformó en una punzada de traición.

Aparté las manos de mi cara y miré a Avery. Ella me miraba con una ternura que en ese momento me resultó hiriente.

—Lo sabías —dije, y mi voz era gélida—. Lo sabías todo. Durante estas semanas que hemos estado viviendo juntos, mientras dormíamos en la misma cama, mientras me dejabas entrar en tu cuerpo y en tu vida... me has dejado seguir odiando a un fantasma por las razones equivocadas. Me has ocultado la verdad sobre lo que pasó en el accidente, sobre el verdadero Carson.

Avery retrocedió, golpeada por mi tono.

—Logan, no era mi secreto —balbuceó, con las manos temblando —. Era el de Carson. Se lo prometí. Le prometí que nadie sabría quién era realmente. Él murió confiando en que yo guardaría su secreto para que su madre y este pueblo no lo destrozaran después de muerto.

—¡Me has mentido, Avery! —exploté, poniéndome de pie. Empecé a caminar por la habitación como un animal enjaulado—. No es solo el secreto de Carson. Es nuestra vida. Me has mirado a la cara todos los días sabiendo que yo vivía en una mentira. Me has dejado

sentirme culpable por no haber estado en ese autobús, por sentirme aliviado porque el accidente paró el acoso.

—¡No podía, Logan! —gritó ella, poniéndose en pie también—. ¿Cómo te lo iba a decir? "¿Sabes el tipo que te hizo la vida imposible? Pues se moría por ti". ¿Como se dice algo así después de doce años? Yoo también era su cómplice, su tapadera. Mi lealtad a Carson me ató de pies y manos en muchos sentidos. He guardado sus secretos tanto tiempo que ya no sé ni como sacarlos de dentro, no sé ni como mirar a los Donovan. ¿Por qué crees que me mantenía fuera de tu camino? ¡No sabía cómo mirarte a la cara sabiendo todo lo que sabía! Pero no puedo seguir siendo la que guarda sus secretos.

—Pues lo has hecho durante mucho tiempo —le espeté, deteniéndome frente a ella. Mi mirada era un escalpelo, fría y cortante—. Has esperado a que yo estuviera totalmente entregado a ti para soltar esta bomba.

Avery bajó la cabeza, derrotada. El silencio volvió a caer, pero esta vez estaba lleno de esquirlas de cristal.

—Logan... —intentó decir, alargando una mano hacia mí.

Me aparté antes de que pudiera tocarme. El contacto que hace unas horas era mi refugio, ahora me quemaba. Necesitaba procesar esto. Necesitaba separar la imagen del Carson que me acosaba de la del chico que me dibujaba en silencio. Y necesitaba decidir si podía seguir mirando a Avery Collins sin ver la sombra de todas las mentiras que había mantenido para proteger a un muerto.

—Necesito irme —dije, sin mirarla.

—¿Qué?

—He dicho que necesito tiempo a solas —repetí, mi voz era un muro de piedra—. Necesito pensar en todo esto. En Carson. Y en ti. Esta noche quédate en esta habitación, Avery.

Avery se quedó inmóvil un segundo, con los ojos llenos de una pena que amenazaba con derrumbarme, pero asintió lentamente.

Recogió el cuaderno de Carson de la cama con una delicadeza que me dolió y los sostuvo apretado contra su pecho.

—Lo siento, Logan —dijo en un susurro.

No respondí. Me di media vuelta como alma que lleva al diablo. Necesitaba sacar todo esto y ordenar mi cabeza. Y rezar porque la vida que había imaginado construir con Avery no estuviera a punto de irse al traste.

* * *

El rugido de la cascada era lo único capaz de silenciar el ruido blanco que se había instalado en mi cráneo. Conducir hasta aquí durante el anochecer había sido un acto instintivo. Aparqué el todoterreno de cualquier manera en el sendero y caminé por las rocas planas hasta el borde del agua, ignorando el frío que empezaba a calar mis huesos y la humedad que empapaba mis botas.

Me detuve en el saliente de piedra, el mismo donde días atrás Avery y yo habíamos hecho el amor. Porque sí, eso es lo que sentía cuando estaba con ella, no era solo físico y no era solo sexo. Nunca lo había sido. Al menos para mí. Qué ironía.

Me senté en el borde, dejando que la bruma de la caída de agua me golpeara el rostro. Mis manos seguían temblando ligeramente.

Todo lo que yo creía saber sobre mi propia vida se había tambaleado en menos de una hora. Durante doce años, mi identidad se había forjado sobre el resentimiento. Yo era la víctima. Yo era el chico brillante que fue humillado por el gallito del pueblo. Ese odio hacia Carson Donovan y los otros acosadores había sido mi motor, mi combustible para marcharme a Chicago, para convertirme en el mejor cirujano, para regresar y mirar a todo el mundo por encima del hombro. Había convertido a Carson en un monstruo al que odiar era fácil.

Y ahora, el monstruo se había desintegrado para revelar a un chico asustado de quince años que dibujaba mi perfil en la oscuridad

porque no se atrevía a decirme que me quería.

Cerré los ojos, y por primera vez en una década, permití que los recuerdos de nuestra infancia fluyeran sin el filtro del rencor. Recordé a Carson en la cascada a la que íbamos, saltando desde las rocas más altas para hacerme reír, desafiándome a nadar hasta la caída del agua. Recordé su risa antes de que se volviera cruel. Recordé la forma en que construíamos fuertes, la forma en que convencíamos a nuestros padres para pasar la noche en casa del otro leyendo cómics y viendo películas de aventuras. Recuerdo la forma en que Carson siempre me decía que éramos un equipo, compañeros hasta el final. Dios, las señales estaban ahí, ocultas a plena vista. Pero yo era un crío que no me enteraba de nada y él jamás me lo dijo.

¿Hubiera cambiado algo si él me hubiera confesado sus sentimientos? No lo sé. Quizá sí. La pena es que jamás sabríamos lo que hubiera pasado realmente, si nuestra amistad habría sobrevivido o si Carson podría haber vivido su sexualidad libremente en un pueblo lleno de cotillas y mojigatos.

Saber la verdad no lo eximía. Mis dedos se cerraron sobre la piedra fría. Que Carson estuviera enamorado de mí no borraba los insultos por los pasillos del instituto, ni las agresiones de Trevor que él permitía, ni la sensación de aislamiento absoluto que me impuso. La responsabilidad de su acoso seguía siendo suya; el dolor que me infligió fue real. Pero ahora, ese dolor ya no era solo mío. Era un dolor compartido por un chico que prefirió destruirme y destruirse a sí mismo antes que enfrentarse a una madre que no aceptaba fallos y a un pueblo que lo tenía en un pedestal de masculinidad tóxica.

Sentí una pena profunda, una que me apretaba el esternón como una prensa. Una pena por aquel Carson Donovan que no confió en su mejor amigo. Me dolía no haber podido tener esa charla pendiente antes de que él subiera al autobús. Me dolía que hubiera muerto con mis últimas palabras de desprecio grabadas en los oídos, cuando lo que realmente necesitaba era que alguien le dijera que estaba bien ser quien era.

Pero entonces, el rostro de Avery apareció en mi mente, y la pena se transformó en una punzada ácida de traición.

Avery. Mi pantera. La mujer que se había instalado en mi vida y en mi cama con una naturalidad que me hizo bajar la guardia. Me sentía descolocado, como si estuviera operando en un quirófano a oscuras. Ella lo sabía. Lo sabía todo. Mientras vivíamos juntos, mientras hacíamos el amor, mientras yo le confesaba mis sombras... ella guardaba el secreto de Carson como si fuera un tesoro sagrado. Me sentía traicionado porque su lealtad a Carson parecía ir siempre antes que nada. Antes que su lealtad a mí.

Me puse de pie, caminando de un lado a otro por el saliente. ¿Cómo pudo guardarse algo así durante tanto tiempo? ¿Cómo pudo mirarme a los ojos cada mañana sabiendo que yo vivía en una mentira? Pensar en lo que ella ha tenido que cargar, sin embargo, me hizo detenerme. Doce años siendo la guardiana de una verdad que nadie quería oír porque el accidente era un tema tabú en este pueblo. Doce años protegiendo la imagen del chico de oro del pueblo para no destrozar a los Donovan. Ella había llevado el peso de Carson, de Trevor y el mío propio sobre sus hombros.

Reconocí ante mí mismo, con una desesperación que me asustó, que la amaba. No era una atracción física pasajera. Amaba a Avery Collins con una intensidad que rozaba lo patológico. No iba a abandonarla. El pensamiento de que ella se marchara de mi vida me producía un vacío mucho más aterrador que cualquier secreto del pasado. Pero el amor no borraba la necesidad de espacio.

Necesitaba tiempo para reconciliar las dos imágenes de Carson que ahora luchaban en mi cabeza: el matón que instigaba el acoso hacia mí y el chico que murió intentando evitar que Trevor me matara. Necesitaba reconciliarme con la Avery que amaba y la Avery que me había mentido por una lealtad mal entendida hacia un muerto.

Regresé al todoterreno, sintiendo que el rugido de la cascada se quedaba atrás, pero el ruido en mi cabeza no cesaba. Me marcharía

un par de días. Solo dos días para procesar la nueva realidad de mi pasado.

VEINTICINCO

Avery

El silencio de la cabaña por la mañana era diferente al de la noche. Me desperté y, por instinto, estiré la mano hacia el otro lado de la cama, buscando el calor de Logan, pero solo encontré las sábanas frías y tensas. El recuerdo de la noche anterior me golpeó con la fuerza de una colisión física.

Logan se había marchado. Después de su huida a la cascada, regresó lo justo para recoger una bolsa de viaje y mirarme con una frialdad que me dejó sin aliento. No hubo gritos, ni más reproches. Solo me dijo que necesitaba distancia, que se marchaba a la ciudad unos días para hacer unas gestiones de las que no me dio ningún detalle. No sabía dónde había dormido. La incertidumbre era una mancha de aceite que se extendía por todo lo que habíamos construido en estas semanas.

Me incorporé lentamente, sintiendo que la habitación daba un pequeño vuelco. Llevaba varios días sintiendo un malestar extraño al despertar, una mezcla de mareo y una pesadez en el estómago que inicialmente atribuí al estrés de las guardias encadenadas y a la tensión con Logan. Pero hoy, mientras el sol de septiembre se filtraba por las cortinas, la náusea fue más nítida e insistente.

Me levanté y caminé hacia el baño, apoyándome en la pared. Me lavé la cara con agua helada, tratando de despejar la bruma de mi cabeza. Al mirarme al espejo, vi a una mujer que apenas reconocía: pálida, con ojeras marcadas y ojos enrojecidos que delataban la mar

de lágrimas que había derramado durante la noche. Abrí el armario del baño para buscar el colirio para los ojos, pero justo al lado vi mis tampones. Tampones que no había usado en mucho tiempo. Me quedé paralizada durante un segundo.

Hice cálculos mentales. Mi ciclo siempre había sido un reloj suizo. Busqué el calendario en mi móvil con los dedos temblorosos. Seis días. Me faltaba el periodo desde hacía seis días. En cualquier otra circunstancia, seis días no habrían significado nada, pero con la náusea matutina martilleando mi estómago y el recuerdo de las noches sin protección en esta misma cabaña, la sospecha empezó a tomar una forma aterradora.

—No —susurré, cerrando los ojos—. Ahora no. Joder. No

La idea de estar embarazada en medio de este naufragio emocional era una complicación que no sabía cómo gestionar. Logan se había ido porque no podía soportar mis secretos del pasado, no me había mirado, ni me había dicho si volvería o quería que lo esperara en la cabaña. Habíamos vuelto a la casilla de salida. No podía imaginar cómo reaccionaría ante una noticia que cambiaría nuestro futuro de forma irreversible cuando ni siquiera sabíamos si teníamos uno.

Necesitaba estar segura. Necesitaba una prueba, pero la idea de ir a la farmacia del pueblo, donde todo el mundo se conocía y los rumores corrían más rápido que el agua del río era impensable. No quería que nadie viera a Avery Collins comprando un test de embarazo. Así que tomé una decisión rápida: iría al hospital. Allí, entre el caos de las urgencias y los turnos dobles, podría hacerme una prueba en el laboratorio o conseguir un test sin levantar sospechas.

Me vestí mecánicamente, me puse un poco de corrector para ocultar la palidez y salí de la cabaña. El trayecto hacia el *Wildwater Regional Trauma Center* fue un borrón de pinos y ansiedad. Cada vez que el coche cogía una curva, mi estómago protestaba.

Al llegar, el hospital bullía con la actividad habitual de un cambio de turno. Entré por la puerta lateral, la que usaba el personal para

evitar la sala de espera de urgencias. Intenté moverme con rapidez, con la cabeza baja, pero la suerte no estaba de mi lado.

—¿Avery?

Me detuve en seco. Hannah estaba al final del pasillo, revisando una tableta de datos. Se acercó a mí con ese paso decidido y profesional que la caracterizaba, pero su expresión cambió en cuanto estuvimos a un metro de distancia.

—Dios, Avery, estás blanca como un papel —dijo Hannah, dejando la tableta a un lado y poniéndome una mano en el hombro —. ¿Te encuentras bien? ¿Es otra migraña?

Forcé una sonrisa, tratando de que mi voz no temblara.

—No, no es eso. Solo... no he dormido muy bien. He tenido una pequeña discusión con Logan y estoy un poco agotada, es todo.

Hannah arqueó una ceja, observándome con esa agudeza clínica que compartía con Logan. Ella era su mejor amiga; nos conocía a ambos demasiado bien.

—¿Una discusión? —preguntó, bajando el tono de voz—. Me extrañaba no verlo por aquí. Tenía un mensaje de voz suyo de primera hora de la mañana pidiendo unos días de permiso. Decía que tenía que hacer unas gestiones urgentes en la ciudad, pero no me dio ninguna explicación. Sinceramente, me pareció que tenía una voz terrible.

Sentí una punzada de culpa. La voz de Logan era terrible por mi culpa. Por el cuaderno de Carson. Por los doce años de silencio.

—Sí, se ha ido unos días —confirmé, desviando la mirada hacia las puertas del laboratorio—. Necesitaba solucionar unos asuntos y.… bueno, supongo que la distancia nos vendrá bien para enfriar las cosas. Probablemente volverá en un par de días.

Hannah no pareció muy convencida. Me estudió en silencio durante un segundo que se me antojó eterno. Su instinto protector estaba en alerta máxima.

—Avery, si necesitas hablar o si ha pasado algo más grave...

—De verdad, Hannah, estoy bien —la interrumpí, quizá con demasiada urgencia—. Solo he venido a recoger unos papeles que me dejé ayer y a comprobar el cuadrante de la semana que viene. No quiero quitarte tiempo, sé que tienes la planta de trauma llena.

Hannah suspiró y retiró la mano de mi hombro, aunque su mirada seguía cargada de preocupación.

—De acuerdo. Pero prométeme que si te sientes peor te irás a casa. Tienes un aspecto espantoso, y lo digo como médico y como amiga.

—Lo prometo —mentí.

La vi alejarse hacia la unidad de cuidados intensivos y solté el aire que no sabía que estaba reteniendo. Me dirigí hacia el área de suministros, pero al llegar a la puerta del laboratorio, me di cuenta de la realidad del lugar. Había enfermeras entrando y saliendo, residentes bromeando cerca de la cafetera y un flujo constante de personal. Si entraba allí a pedir una analítica de Beta-HCG o si me encerraba en el baño con un test del hospital, alguien acabaría haciéndose preguntas. En un hospital tan pequeño como este, la privacidad era un mito.

Sentí una nueva oleada de náuseas, esta vez alimentada por el pánico de ser descubierta. No podía hacerlo aquí. No podía arriesgarme a que Hannah, Sloane o cualquier otro viera el resultado antes que yo misma supiera cómo procesarlo.

Caminé hacia el armario de suministros generales con paso rápido. Aprovechando que la supervisora estaba de espaldas hablando por teléfono, dejé mi móvil sobre la estantería y cogí un par de cajas de test de embarazo rápido de los que guardábamos para las pacientes de urgencias y los oculté en el bolsillo profundo de mi chaqueta. Mi corazón martilleaba contra mis costillas, haciéndome sentir como una criminal.

Salí del hospital casi sin mirar atrás, evitando cualquier otro encuentro fortuito. El aire fresco del exterior me ayudó a recuperar un poco el equilibrio, pero la presión en mi pecho no disminuía.

Regresé al coche y me quedé un momento con las manos apoyadas en el volante, mirando el edificio de piedra gris del hospital. Encendí el motor y puse rumbo a *Stillwater Lodge*.

El aire dentro de la cabaña se sentía estancado. Entré con los hombros hundidos y la garganta seca, sintiendo el peso de los test de embarazo en mi bolsillo. Lo primero que hice fue ir a la cocina. Necesitaba agua. El malestar en mi estómago no era solo físico; era una mezcla de náuseas, agotamiento y un pánico sordo que no me abandonaba desde que Logan cruzó la puerta con su bolsa de viaje.

Bebí un vaso de agua del grifo, fría y directa, intentando que el líquido calmara el incendio en mi pecho. Me apoyé en la encimera, cerrando los ojos.

Caminé hacia el mueble de la entrada para dejar mi bolso. Al soltarlo, el cuero resbaló por la superficie pulida de la madera. Intenté atraparlo, pero fue inútil. El bolso cayó al suelo con un golpe seco y, en su trayectoria, arrastró una carpeta abierta que Logan había dejado allí, probablemente mientras recogía sus cosas. Una pila de papeles ordenados se desparramó por el suelo de la entrada.

—Mierda —mascullé, agachándome con un suspiro de frustración.

Empecé a recoger las hojas con las manos temblorosas. Eran documentos técnicos, algunos planos de lo que parecía una casa nueva, pero entonces lo vi. Un papel de alto gramaje, con un membrete oficial que reconocí al instante: *Chicago Northwestern Memorial Hospital.*

Mis dedos se quedaron congelados sobre el papel. La carta estaba dirigida a Logan Pierce. Era una oferta formal, detallada y definitiva. Lo invitaban a ocupar el puesto de cirujano jefe de la Unidad de Ortopedia. El salario, los beneficios y el prestigio descritos en esas líneas eran algo que cualquier médico mataría por tener. Pero lo que me hizo sentir que el suelo desaparecía bajo mis pies fue la fecha. Era reciente.

Sentí que el aire se volvía denso. Logan me había dicho que se marchaba a la ciudad a hacer gestiones. En mi mente, todo encajó con una violencia devastadora. No se había ido a pensar. No se había

ido a procesar la verdad sobre Carson. Se había ido para aceptar esa oferta. Se había ido para volver a la vida que tenía antes de regresar a Wildwater Falls, para alejarse de mí y de todos los secretos que yo representaba.

—Ya ha tomado una decisión —susurré, apretando la carta contra mi pecho—. Se ha ido.

La ansiedad me golpeó de frente, una ola de calor y falta de aire que me obligó a sentarme en el suelo, rodeada de los papeles de Logan. Mi mente empezó a trabajar a mil por hora. ¿Cómo podía culparlo? Le había confesado que el chico que le hizo la vida imposible lo amaba, y que yo había sido la tapadera de ese secreto durante doce años. Lo había dejado solo con una imagen rota de su propia adolescencia.

Pero antes necesitaba saber si la náusea persistente que sentía tenía una causa tangible.

Me puse en pie, dejando los papeles desordenados sobre el mueble. No me importaba el desorden. Fui al baño compartido, cerré la puerta con el pestillo y saqué uno de los test de la caja. Mis manos no dejaban de temblar mientras seguía las instrucciones mecánicamente. Era una ironía cruel: una enfermera de cirugía, acostumbrada a manejar la vida y la muerte en una mesa de operaciones, incapaz de mantener el pulso para una simple prueba de orina.

Dejé el dispositivo sobre el borde del lavabo y busqué mi móvil. No lo encontré. Así que salí un momento y cogí el reloj de la mesita de noche. Tendría que servir de cronómetro. Cinco minutos.

Me senté en la tapa del inodoro, ocultando el rostro entre las manos. En ese pequeño espacio cerrado, con el sonido del agua goteando en la bañera, mi mente regresó a la noche anterior. La explosión. La forma en que le grité la verdad a Logan mientras sostenía el cuaderno de Carson.

Había sido la peor manera posible de contárselo. Estaba agotada, herida por la pérdida del paciente en el quirófano y abrumada por la

exigencia de Logan de entrar en mis silencios. Había explotado. Pero, a pesar del dolor y de las consecuencias, no me arrepentía.

No sentía que hubiera traicionado la memoria de Carson. Durante doce años, había guardado su secreto como si fuera una losa de mármol que me impedía respirar. Había protegido la imagen de un chico muerto a costa de mi propia salud mental, y más recientemente, a costa de mi felicidad con el hombre vivo al que amaba. Al soltarlo, al decirle a Logan que Carson lo amaba, sentí que esa losa finalmente se agrietaba. Me sentía liberada. Por primera vez en más de una década, ya no era la guardiana de nadie. Solo era Avery.

Miré el reloj. Quedaban treinta segundos. Mi corazón martilleaba contra mis costillas, un ritmo frenético que parecía querer escapar de mi pecho. Si el test salía positivo, la oferta de Chicago se volvía un problema secundario frente a la magnitud de lo que vendría. Si salía negativo, quizá la partida de Logan sería el final definitivo entre nosotros.

El minutero del reloj digital cambió y me levanté lentamente. Me acerqué al lavabo, con los ojos fijos en el suelo, hasta que estuve justo encima del dispositivo. Respiré hondo y miré.

Dos líneas. Rosas, claras, indiscutibles.

Embarazada.

El impacto fue tan físico que tuve que agarrarme al borde del lavabo para no caer. El mundo se volvió borroso por un instante. Estaba embarazada. Dentro de mí estaba creciendo algo real, un vínculo con Logan que no entendía de secretos, ni de pasados traumáticos. El shock me dejó suspendida en un vacío absoluto.

Me quedé allí, mirando el test como si fuera un objeto alienígena, durante lo que parecieron horas. Mis pensamientos eran un caos de imágenes: Logan operando, la carta de Chicago, la cara de Carson, el rostro de un bebé que aún no existía.

Estaba tan sumida en el shock que tardé un rato en procesar el sonido que venía de fuera.

Alguien estaba llamando a la puerta de la cabaña. No era un golpe suave. Era una llamada insistente, rítmica.

Mi primera reacción fue de pánico. ¿Y si era Logan? Pero el tenía llave, me recordé.

La llamada volvió a sonar, más fuerte esta vez. Me miré al espejo una última vez. Tenía las pupilas dilatadas y el rostro desencajado. No estaba lista para ver a nadie. No estaba lista para ser la Avery que el mundo esperaba. Pero los golpes en la puerta no cesaban, y en un pueblo como Wildwater Falls, el silencio solo atraía más curiosidad.

Salí del baño y caminé hacia la entrada, pasando por encima de los papeles de Logan que seguían esparcidos por el suelo. Cada paso se sentía como si caminara a través de lodo espeso. Al llegar a la puerta principal, puse la mano en el pomo, sintiendo el frío del metal.

Giré el pomo.

Hannah estaba en el porche. Todavía llevaba puesto el uniforme del hospital bajo una chaqueta de lana, y tenía el pelo castaño recogido en una coleta desordenada que delataba que no se había detenido desde que nos cruzamos en el pasillo. Al verme, su expresión de profesionalidad tensa se desmoronó, sustituida por una alarma inmediata.

—Gracias a Dios —soltó Hannah, entrando en la cabaña sin esperar invitación—. No me he quedado tranquila, Avery. Te juro que he intentado concentrarme en la ronda de planta, pero te vi esa cara de fantasma y… —se detuvo en seco al bajar la mirada—. Joder.

Mis rodillas cedieron. Mi cuerpo decidió que ya no podía sostener el peso de la gravedad. Hannah fue más rápida que mi colapso. Me sujetó por los hombros con esa fuerza que tienen los cirujanos de trauma y me guio hacia el sofá del salón.

—Respira, Avery. Mírame. Respira conmigo —ordenó Hannah, obligándome a sentarme.

Me dejé caer en los cojines, con la mirada fija en el test que seguía aferrando con los dedos blancos. Hannah se sentó a mi lado, sin soltarme, y su mirada se clavó en el dispositivo de plástico. Su silencio duró apenas tres segundos, pero fue suficiente para que el aire de la habitación se volviera denso.

—¿Es lo que creo que es? —preguntó Hannah, su voz suavizándose.

Abrí la mano, dejando que ella viera las dos líneas rosas. Hannah soltó un suspiro largo y cerró los ojos un momento.

—Avery… —murmuró, volviendo a mirarme—. ¿Es de Logan?

—¿De quién va a ser si no, Hannah? —mi voz salió ronca, cargada de una ironía amarga que ni yo misma reconocí—. No ha habido nadie más.

Hannah asintió lentamente.

—Tienes que decírselo —sentenció ella—. Logan es mi mejor amigo, Avery, y sé que ahora mismo está en algún lugar de la ciudad comportándose como un idiota. No sé lo que ha sucedido entre vosotros, pero esto cambia las reglas del juego.

—No sé si hay un juego al que volver —dije, sintiendo que las lágrimas empezaban a quemarme los ojos—. He visto los papeles en la entrada. Chicago le ha hecho una oferta formal. Cirujano jefe. Es lo que siempre quiso. Es la razón por la que se marchó la primera vez. Y ahora, con lo que pasó ayer… con la forma en que le solté lo de Carson… se va a ir. Lo sé. Se ha ido a la ciudad para firmar su salida de aquí.

Hannah frunció el ceño, confundida.

—¿Qué tiene que ver Carson con Chicago? Avery, explícate. Me estás asustando.

Me tapé la cara con las manos, sintiendo que me asfixiaba.

—Ayer exploté, después de perder al chico en el quirófano —confesé entre sollozos. Sabía que la mayoría de lo que decía no tenían sentido para Hannah, pero confiaba en que pudiera seguir el hilo de mis caóticas palabras—. Logan me presionó, vio el cuaderno

de dibujos de Carson y… se lo conté todo. Le conté que Carson estaba enamorado de él. Que yo solo era su tapadera para que Trevor y los demás no lo destrozaran. Le dije que Carson murió intentando protegerlo de una paliza que Trevor estaba planeando. Le arrojé doce años de mentiras a la cara en mitad de un ataque de ansiedad.

Hannah se quedó petrificada. Sus dedos, que habían estado acariciando mi brazo, se detuvieron.

—¿Carson… estaba enamorado de Logan? —repitió, como si estuviera intentando descifrar un idioma extranjero—. Dios mío. Todo este tiempo… todas las burlas, el acoso…

—Era miedo, Hannah. Pánico puro —respondí, bajando las manos —. Carson no sabía cómo gestionar lo que sentía y eligió la crueldad para ocultarlo. Y yo le ayudé. Fui su cómplice. Dejé que Logan pensara que lo odiábamos cuando, en realidad, Carson pasaba las noches dibujando su perfil. Logan siente que le he traicionado, que le he dejado vivir en una mentira mientras dormía conmigo. Y tiene razón.

Hannah se levantó del sofá, caminó dos pasos y se giró, mirándome con una firmeza que me obligó a enderezarme.

—Escúchame bien, Avery Collins —dijo Hannah, señalándome con el dedo—. El secreto de Carson era de Carson. No era tuyo. Tú eras una niña de quince años que intentaba proteger a su mejor amigo en un pueblo que se lo habría comido vivo si hubiera sabido la verdad. No deberías haber cargado con semejante peso durante una década. No era tu responsabilidad salvar la reputación de los Donovan ni la paz mental de nadie a costa de tu propia integridad.

—Pero le mentí, Hannah. Todos los días.

—Por omisión, no es lo mismo —corrigió ella—. Protegiste a Carson de la vergüenza y a Logan de una verdad que, en aquel entonces, ninguno de vosotros estaba preparado para manejar. Logan es un hombre adulto ahora, y aunque tenga el orgullo herido, acabará entendiendo que tú también fuiste una víctima.

Me eché hacia atrás en el sofá, sintiendo que el test de embarazo pesaba más que nunca en mi regazo.

—Hay más —susurré, y sentí que la última barrera de mi resistencia se desmoronaba—. Carson no solo me pidió que le dijera a Logan que lo sentía antes de morir. Me dio mensajes para todos, Hannah. Mensajes para su familia que nunca he sido capaz de transmitir.

Hannah se volvió a sentar a mi lado, su expresión transformándose en una de absoluta compasión.

—¿Para quién, Avery?

—Para Caleb. Mensajes para Clover, Cormac, para sus padres… —empecé a llorar de verdad, sollozos profundos que me sacudían el cuerpo—. Llevo doce años escuchando sus últimas palabras en mi cabeza cada vez que veo a un Donovan. Al principio era incapaz de verbalizar lo que pasó. Estuve fuera casi dos años antes de empezar la universidad, después volvía al pueblo los fines de semana o en vacaciones. Con el tiempo quise decirles lo que Carson me dijo, pero no sabía cómo. Cada vez era más difícil sacar el tema y luego dejé de probar. Durante años, el accidente ha sido un tema tabú, Vera era un fantasma andante en el pueblo y todos iban con guantes de seda con ella. Siempre sentía que no era el momento.

Hannah me rodeó con sus brazos, atrayéndome hacia su hombro. El olor familiar a hospital de su uniforme se sentía como el único refugio posible.

—Avery, mírame —dijo Hannah, separándose lo justo para que nuestros ojos se encontraran—. La carga que Carson te legó era demasiado pesada para una adolescente. Fue egoísta por su parte dejarte como única guardiana de su verdad. La familia Donovan merece saber cuáles fueron sus últimas palabras, claro que sí. Merecen saber que los quería y que se fue intentando ser mejor de lo que fue en vida. Pero si han esperado doce años, pueden esperar un poco más.

—¿Tú crees?

—Lo sé —afirmó Hannah con seguridad—. No tienes que hacerlo hoy, ni mañana. Lo harás cuando te sientas preparada para soltar ese fantasma. Y Logan… Logan no se va a ir a Chicago, Avery.

—¿Cómo lo sabes? He visto la carta, Hannah.

—Porque conozco a Logan Pierce mejor que nadie en este mundo —respondió ella con una sonrisa triste—. Logan huye cuando siente demasiado, es su mecanismo de defensa. Pero nunca deja a nadie atrás. Y por eso debes decirle lo del bebé. No va a dejar que su hijo crezca aquí, mientras él se cubre de gloria en un hospital de lujo.

Me quedé helada al oír la palabra «hijo». La realidad del test positivo volvió a golpearme.

—Estoy asustada, Hannah —confesé, hundiendo la cara en su hombro—. Estoy aterrorizada. Todo se está desmoronando y yo solo quiero que él vuelva a esta cabaña y me diga que vamos a estar bien.

—Y lo hará — Hannah me apretó más fuerte, dándome ese apoyo incondicional que solo alguien que ha sobrevivido a lo peor puede ofrecer—. Y si no lo hace, si es tan estúpido como para dejar pasar esto, aquí me tienes. Me tienes a mí, tienes a Savannah, tienes a Ian. No vas a estar sola en esto, Avery. Pase lo que pase, somos una manada. Y cuidamos de los nuestros, ¿recuerdas?

Rompí a llorar con más fuerza, pero esta vez era diferente, era un llanto de alivio, de liberación. Por primera vez en doce años, la losa de los secretos de Carson ya no me aplastaba el pecho. Hannah O'Malley, la chica que Carson eligió salvar primero, me estaba salvando a mí ahora de una forma que él nunca habría imaginado.

—Gracias —logré decir entre hipidos—. Gracias por venir.

—No podría haber estado en ningún otro sitio —respondió Hannah, besando mi coronilla—. Ahora, vamos a limpiar este desastre de papeles, vas a darte una ducha y vamos a esperar a que ese cirujano de pacotilla vuelva a casa. Y si no vuelve pronto, iré yo misma a Chicago a traerlo de las orejas.

Me reí débilmente, sintiendo que un pequeño rayo de luz empezaba a filtrarse a través de la tormenta.

VEINTISÉIS

Logan

El acero y el cristal del centro de la ciudad me devolvían un reflejo que ya no reconocía. Salí del estudio de arquitectura con una carpeta de cuero bajo el brazo y una sensación de extrañeza que el asfalto caliente solo lograba acentuar. Durante años, el ambiente urbano había sido mi hábitat natural, en el que me había formado, había mejorado y había forjado al Logan actual. Pero hoy, mientras caminaba hacia el aparcamiento, esta jungla solo me parecía una cárcel de acero. Echaba de menos el olor fresco de la montaña y el ambiente relajado del pueblo.

La reunión con el arquitecto había sido técnica, precisa. Habíamos revisado los planos de la casa que planeaba construir en los terrenos de mis abuelos. Originalmente, el diseño era un santuario de soltero: minimalista, frío, un bloque de hormigón y vidrio suspendido sobre el desfiladero. Sin embargo, mientras el arquitecto señalaba los espacios y las entradas de luz, mi mente no dejaba de superponer una imagen: Avery sentada en ese porche, con un libro en el regazo y su pelo oscuro moviéndose con el viento de la montaña.

Me di cuenta de que no quería dar el visto bueno a esos planos. No sin ella. Quería su opinión sobre la cocina, sobre la orientación del salón, sobre la calidez de la madera que debía equilibrar el cemento. La cita con el arquitecto, que había usado como la excusa perfecta para alejarme y procesar la bomba atómica que Avery soltó sobre Carson, se había convertido en la prueba definitiva de que mi

futuro ya no tenía sentido si no era en ese pueblo. Con ella. Si me aceptaba claro. Eso era algo que aún estaba por ver.

Tenía claro que me asentaría definitivamente en Wildwater Falls.

Saqué el móvil del bolsillo para comprobar la hora y vi un mensaje de Hannah que me detuvo en mitad de la acera.

Hannah: *Llámame. Ahora.*

Hannah O'Malley no usaba puntos finales a menos que estuviera a punto de realizar una traqueotomía de urgencia o de arrancarle la cabeza a alguien. Le devolví la llamada antes de llegar al coche. Contestó al primer tono.

—¿Dónde narices estás, Logan? —Su voz sonó con esa aspereza que solía reservar para los pacientes difíciles o para cuando yo hacía alguna idiotez.

—En la ciudad, Hannah. Te lo dije —respondí, abriendo la puerta del todoterreno. El calor acumulado en el interior me golpeó la cara —. He terminado la reunión con el arquitecto.

—¿Y la oferta de Chicago? —disparó ella.

Fruncí el ceño, tirando la carpeta de planos al asiento del copiloto.

—¿Cómo sabes tú que hay una oferta de Chicago? —le pregunté con extrañeza —Bueno, eso da igual. La he rechazado formalmente esta mañana. He enviado el correo hace una hora. Solo necesitaba alejarme un par de días para pensar. Avery y yo discutimos y necesitaba un poco de distancia.

Hubo un silencio tenso al otro lado de la línea.

—Deja de hacer el imbécil, Logan. Regresa al pueblo ahora mismo. Avery te necesita.

Me quedé inmóvil, con la llave a medio camino del contacto.

—¿De qué hablas? Avery y yo... bueno, tuvimos una discusión. Ya te lo he dicho. Necesitaba distancia para procesar que el tipo que me

jodió la vida estaba enamorado de mí. No es algo que se asimile entre el primer y el segundo plato.

—Olvídate de Carson, Logan —espetó Hannah. Podía imaginarla frotándose el puente de la nariz con frustración—. No puedes permitir que una tragedia de hace doce años y los actos de unos niñatos irresponsables dicten tu futuro y el de Avery. Tienes que empezar a ver las cosas como un adulto.

—¡Soy un adulto, Hannah! Por eso estoy aquí, planeando una casa y rechazando el puesto de mi vida para quedarme cerca de una mujer que me ha ocultado la verdad durante una década —le espeté, sintiendo que la rabia volvía a burbujear.

—No, no lo eres. De verdad, Logan. Te quiero con todo mi corazón, eres mi hermano tanto como Patrick. —Hannah bajó la voz, pero el tono se volvió más letal—. Pero haz el favor de sacar la cabeza del culo. Sé que la herida que te dejó el acoso ha sido difícil de sanar. Y todos siempre llevaremos dentro una parte de esos niños acosados que tenían miedo de poner un pie en el instituto. Pero ahora eres un hombre, espero que con perspectiva, y Avery es la mejor puta cosa que te pasará jamás. Y si no quieres perderte ver nacer y crecer a tu hijo, más vale que espabiles, metas el coche en la autopista y le pidas perdón de rodillas por ser tan corto de miras.

El mundo se inclinó. El ruido del tráfico de la ciudad desapareció, sustituido por un zumbido ensordecedor en mis oídos. Mis dedos se apretaron contra el marco de la puerta del coche hasta que los nudillos se pusieron blancos. Tuve que entrar y sentarme dentro del coche antes de caer de culo en medio de la acera.

—¿Qué... qué has dicho? —balbuceé.

—Lo que has oído, Logan. Avery está embarazada.

Sentí un golpe en el plexo solar que me dejó sin aire.

—¿Está... está segura? —pregunté, mi voz reducida a un susurro.

—Se hizo el test hace media hora. Está de unas semanas. Y antes de que preguntes, sí, he roto su confianza al contártelo, pero lo he hecho por una única razón: porque esa mujer cree que no la

quieres. Cree que has aceptado la oferta de Chicago porque no puedes soportar lo que ella representa. Cree que la has dejado tirada.

Sentí una punzada de dolor que me obligó a frotarme el centro del pecho con el pulgar. La idea de Avery sola en la cabaña, procesando un positivo mientras yo huía a la ciudad para mirar planos de casas vacías, y tomarme mi tiempo lejos de ella como una princesita dramática me hizo sentir como la peor clase de despojo humano.

—¿Me lo estás diciendo tú porque ella iba a callárselo? —pregunté, más para mí que para Hannah.

—Avery es muy capaz de no decirte nada, Logan. La conozco. Es la persona más leal que conozco, ha guardado los secretos de su mejor amigo durante años. Imagínate su nivel de lealtad contigo si cree que lo que más deseas es irte a Chicago a perseguir la gloria. Cree que, si te lo dice, te estará encadenando a un pueblo y a una vida que odias. No quiere ser la persona que vuelva a hacerte daño o que te robe tu futuro brillante en la ciudad.

Cerré los ojos, apoyando la frente contra el cuero del volante. La imagen de Avery guardando ese secreto para protegerme, después de haber cargado con el de Carson durante doce años para proteger a un muerto, me destrozó. Ella siempre estaba protegiendo a alguien, incluso a costa de su propia felicidad.

—Hannah... yo... —Tragué saliva, sintiendo un nudo en la garganta que no podía disolver—. Estoy enamorado de ella hasta las trancas. No me he ido para dejarla. Me he ido porque soy un imbécil que no sabía cómo procesar que el pasado no era lo que yo creía.

—A mí no me sirve de nada que me lo digas, Logan —respondió Hannah, recuperando su tono sarcástico y afilado—. Me importa un bledo tu epifanía romántica. Mueve el culo, pon ese todoterreno en la carretera, regresa a Wildwater Falls y díselo a ella. Dile que la quieres, dile que te quedas y, por el amor de Dios, intenta no comportarte como un cirujano arrogante durante al menos diez minutos seguidos.

—Voy para allá —dije, encendiendo el motor.

—Más te vale. Y Logan... —Hannah hizo una pausa, y su voz recuperó un matiz de la complicidad que nos unía desde niños—. Felicidades, idiota. Vas a ser un padre excelente si dejas de estorbarte a ti mismo.

Colgó sin esperar respuesta. Tiré el móvil al asiento del copiloto, junto a los planos de la casa que ahora, por fin, tenían un propósito real. No era una casa para un cirujano de hielo; era una casa para un hombre que acababa de descubrir que en pocos meses iba a tener una familia a la que cuidar. Una familia a la que amar.

Puse la marcha atrás, salí del aparcamiento quemando rueda y encaré la autopista hacia el norte.

El motor del todoterreno rugía acompasado con el latido frenético de mi sangre mientras devoraba los kilómetros de asfalto que me separaban de las montañas. Tenía las manos aferradas al volante con tanta fuerza que los nudillos me dolían, pero no aflojé la presión. El paisaje urbano de cemento y cristal había quedado atrás, sustituido por la silueta oscura de los bosques de pinos que empezaban a alzarse contra el cielo del atardecer.

Llamé a Avery por quinta vez consecutiva. El tono de llamada sonó una, dos, tres veces hasta que la voz aséptica del buzón de voz me cortó la comunicación. Colgué el teléfono a través del manos libres y eché un ojo a la carpeta de cuero con los planos que ahora eran inútiles. Definitivamente no iba a construir una casa si no era bajo las instrucciones y preferencias de Avery Collins.

—Mierda, Avery. Coge el teléfono —mascullé entre dientes.

Agarré el móvil esta vez. No iba a llamarla para que saltara el contestador otra vez. Pulsé el icono del micrófono. Si no quería hablar conmigo, al menos tendría que escucharme.

Inspiré hondo, intentando que el temblor de mi voz no empañara la seguridad de mis palabras.

—Avery, soy yo. No cuelgues, por favor. Escucha esto —empecé, y mi voz sonó ronca, cargada de una urgencia que no podía ocultar.

Hice una pausa breve, escuchando el silbido del viento contra las ventanillas.

—Lo primero que tienes que saber es que no estoy en Chicago. No estoy firmando ningún contrato. He rechazado la oferta esta misma mañana. Nunca aceptaría un puesto así sin sentarme contigo a decidirlo. Jamás me marcharía de Wildwater Falls si eso significara dejarte atrás. Y si alguna vez decidiera que este pueblo se me queda pequeño, te pediría que vinieras conmigo, porque me importa un bledo el hospital o el cargo si no eres tú la que está al otro lado de la mesa de operaciones.

Cambié de marcha, adelantando a un camión mientras la carretera se volvía más sinuosa, acercándose al desfiladero.

—Siento haberme marchado ayer de esa forma. Fui un capullo egocéntrico. Me asusté. Me sentí traicionado por los secretos, pero ahora me doy cuenta de que no tengo derecho a juzgarte. Yo mismo he cometido errores, he cargado con un rencor que me ha impedido ver la realidad. El pasado, lo que Carson sintiera o dejara de sentir, lo que hiciéramos en el instituto... nada de eso importa ya. No quiero que vuelvas a pedir perdón por proteger a un chico que estaba aterrorizado. Lo que importa es lo que tenemos nosotros ahora.

Me detuve un segundo, tragando saliva. Las palabras que Hannah me había dicho sobre el hijo que esperaba me golpearon con una ternura violenta.

—Hay tantas cosas que nunca te he dicho porque siempre he intentado mantener ese muro de profesionalidad y control —continué, y mi tono se volvió más íntimo, más bajo—. Me gusta tu amabilidad, incluso cuando intentas ocultarla tras esa fachada de eficiencia. Me gusta tu carácter decidido, la forma en que no te achantas ante nadie en el hospital o fuera de él. Pero, sobre todo, me vuelve loco tu reserva, ese misterio que siempre pareces guardar y que me hace querer pasar el resto de mi vida intentando descifrarlo.

Cerré los ojos un instante, visualizándola en la cocina de la cabaña.

—Me gusta la forma en que me miras cuando defiendes a alguien que te importa, esa chispa de fuego en tus ojos verdes que te convierte en una pantera. Me encanta verte trabajar, la pasión que pones en cada gesto, cómo te anticipas a cada uno de mis movimientos como si leyeras mi mente. Eres preciosa, Avery. Joder, eres lo más bonito que ha entrado nunca en *Stillwater Lodge*. Echo de menos tus besos, pero sobre todo echo de menos la forma en que me miras justo después de que te bese, cuando todavía tienes los labios entreabiertos y esa expresión de absoluta entrega que me hace sentir que soy el único hombre en el mundo.

Apreté el volante, viendo ya el último tramo de carretera antes de enfilar *Riverbend Road*.

—No te muevas de la cabaña. Me quedo porque quiero estar contigo. Me quedo porque no me imagino despertando un solo día sin ver tu cara en la almohada de al lado. Espérame. Voy a por ti. Voy a casa.

Solté el botón de grabación y envié la nota de voz. El pequeño tic de confirmación sonó en el habitáculo. Lancé el teléfono de nuevo al asiento y pisé el acelerador. El pasado de Carson Donovan, las sombras del instituto y la carta de Chicago ya no eran más que estática en la radio.

Iba a llegar. Iba a abrir esa puerta y, antes de que pudiera decir una sola palabra sobre Chicago o sobre el pasado, iba a decirle todo lo que no había sido capaz de meter en ese mensaje. Iba a decírselo cara a cara.

El motor de mi todoterreno rugía en una nota constante y agresiva mientras devoraba los kilómetros de la *Riverbend Road*. El asfalto, húmedo por la bruma persistente de las montañas, brillaba bajo los faros.

La decepción por no haber sido capaz de mantener una conversación adulta antes de marcharme me amargaba el paladar. Pero lo que más me dolía, lo que me hacía apretar el acelerador

hasta que el motor protestó, era no haber estado allí cuando vio esas dos líneas rosas en el test. Ella se había enterado sola. Había procesado el inicio de un cambio irreversible en nuestras vidas mientras yo estaba mirando planos de una casa de soltero en la ciudad.

Pero entonces, la idea se asentó. Una personita. En pocos meses, Avery y yo íbamos a ser padres. Un bebé que tendría su mirada decidida y, con suerte, algo de mi persistencia. La euforia me golpeó con la fuerza de un desfibrilador, una descarga de satisfacción pura que me hizo sonreír en mitad de la oscuridad. Iba a ser el mejor padre que este pueblo hubiera visto jamás. Iba a ser el ancla de Avery y de ese niño.

Entré en el tramo más peligroso de la *Riverbend Road*, una zona sinuosa donde el bosque se cerraba sobre el asfalto y la carretera se estrechaba entre el talud de la montaña y el precipicio que caía hacia el cañón. Era un tramo de casi tres kilómetros que todos en el pueblo conocíamos como el "agujero negro": la cobertura de teléfono desaparecía por completo debido a la densidad del follaje y la orografía.

De repente, el movimiento de unas luces al frente me sacó de mis pensamientos.

A unos cien metros, una camioneta blanca circulaba en sentido contrario, pero no iba por su carril. El vehículo estaba haciendo eses violentas, invadiendo el eje central. Mi instinto se puso en alerta máxima. Reduje la velocidad, pero la camioneta no corregía la trayectoria.

—¡Eh! —grité, como si pudieran oírme, mientras ráfagueaba con las luces largas.

Fue cuestión de segundos. La camioneta dio un bandazo brusco hacia la derecha, chocando con el guardarraíl metálico en una explosión de chispas y ruido de metal desgarrado. El impacto no la detuvo; la hizo rebotar. El vehículo, fuera de control, salió despedido de vuelta hacia el centro de la calzada, describiendo un arco que lo puso directamente en mi trayectoria.

Mis pupilas se dilataron. El tiempo pareció ralentizarse, esa extraña distorsión de la percepción que ocurre justo antes de un trauma masivo. Vi el rostro del conductor por un instante, una mancha pálida de terror tras el parabrisas. Vi cómo su vehículo se precipitaba hacia el mío, ocupando todo mi campo de visión.

No había espacio. No había tiempo para frenar.

Di un volantazo violento hacia la derecha, intentando buscar el margen mínimo entre la camioneta y la pared de roca, sintiendo cómo los neumáticos perdían tracción sobre el asfalto húmedo y el sonido del impacto inminente ya llenaba mis oídos.

VEINTISIETE

Avery

El vapor de la ducha no había logrado disipar la sensación de irrealidad que se había instalado en mis huesos. Salí del baño envuelta en una toalla gruesa, mientras sentía como las palabras se asentaban en mis huesos. Estaba embarazada. La palabra se sentía pesada, un ancla física que me recordaba que, pasara lo que pasara con Logan, mi vida ya no me pertenecía solo a mí.

Me vestí con movimientos lentos, eligiendo ropa cómoda: unos vaqueros desgastados y una camiseta suave que olía al detergente que Logan usaba. Me detuve un segundo a oler el tejido, cerrando los ojos.

Bajé las escaleras hacia la cocina. Hannah estaba junto a la encimera, de espaldas a mí. Justo en el momento en que puse un pie en el salón, la vi bajar el brazo, guardando su teléfono móvil en el bolsillo de su chaqueta de lana. Lanzó un suspiro tan profundo que sus hombros se hundieron un par de centímetros antes de girarse y forzar una sonrisa al verme.

—Vaya, tienes mejor cara —dijo Hannah, aunque sus ojos seguían escaneando mi palidez con preocupación.

—¿Con quién hablabas? —pregunté, con curiosidad.

Hannah no se inmutó. Empezó a servir un tazón de crema de verduras humeante.

—Solo quería asegurarme de que todo estaba bajo control en el hospital —respondió con rapidez, como si hubiera ensayado la respuesta—. Me he ido a mitad de mi turno para venir aquí, Avery. Sloane me arrancará la piel si las urgencias se colapsan y su jefa de Trauma está haciendo de cocinera a domicilio.

La miré fijamente. Sospechaba que Hannah ocultaba algo, quizá había llamado a Logan para saber dónde estaba. Y por su expresión cuando guardó el teléfono quizá no eran buenas noticias. Prefería no insistir más, al menos por el momento.

—Come algo —insistió Hannah, empujando el plato hacia mí en la mesa de madera—. No acepto un no por respuesta. Necesitas energía.

Me senté y me obligué a coger la cuchara. No tenía hambre. Mi estómago se sentía apretado, una combinación de náuseas y ansiedad pura. Sin embargo, sabía que Hannah no me dejaría en paz hasta que viera el fondo del plato.

Mientras comía en silencio, Hannah empezó a charlar para llenar el vacío.

—Deberías haber visto a Octavia ayer en el entrenamiento —dijo Hannah, con un brillo de orgullo genuino en los ojos—. Caleb dice que ha mejorado su técnica de proyección de una forma increíble. En otoño se inscribirá en una nueva competición estatal. Está emocionada, aunque intenta hacerse la dura, igual que su padre.

Escuché su relato sobre la niña y sus avances en judo. Hannah hablaba de sus planes con Caleb, de cómo estaban organizando la logística para el torneo y de la cena que Mary y Ben O'Malley querían preparar para celebrar el próximo cinturón de la pequeña.

Sentí una punzada de nostalgia y una envidia sana que me dolió en el pecho. Me gustaba que Hannah me incluyera en las noticias sobre su familia, que me hiciera sentir parte de ese núcleo que Caleb y ella habían conseguido construir tras doce años de exilio y culpa. Me imaginé, por un segundo fugaz, teniendo algo así con Logan. Una casa que fuera un hogar, un proyecto compartido, una vida en la que los fantasmas del instituto no acecharan en cada rincón.

Pero sacudí la cabeza, desechando la idea. Prefería no hacerme ilusiones.

—Octavia será una campeona —logré decir, forzando una pequeña sonrisa.

—Lo será —asintió Hannah con una sonrisa —. Y tú estarás allí para verlo.

Salimos al porche para que el aire de la montaña terminara de despejarme. El anochecer estaba empezando a caer sobre el valle de Wildwater Falls, tiñendo los pinos de un azul oscuro y profundo. Nos sentamos en las sillas de madera, envueltas en el silencio de la montaña, cuando de repente, un sonido agudo y estridente rompió la calma.

Era el tono de emergencias del teléfono y el busca de Hannah. El sonido cortó el aire como una cuchilla. Hannah sacó el dispositivo al instante, su rostro transformándose en una máscara de concentración profesional absoluta.

—Es Sloane —anunció Hannah, poniéndose en pie de un salto—. Emergencia de trauma. Accidente de tráfico múltiple en la *Riverbend Road*, zona del desfiladero. Hay informes de desaparecidos y heridos críticos.

Busqué instintivamente en mis bolsillos, pero no encontré nada. Me di cuenta entonces, con un vuelco en el corazón, de que mi teléfono se había quedado en la sala de suministros del hospital horas atrás, cuando fui a hurtadillas a por el test de embarazo y salí de allí huyendo de mi propia sombra.

—Mi teléfono... —balbuceé—. Me lo olvidé en el hospital.

Hannah me miró fijamente. Seguía estando pálida, y mis manos todavía temblaban un poco.

—Avery, necesito que seas sincera conmigo —dijo Hannah, agarrándome por los hombros—. ¿Estás en condiciones de ir? Es un accidente múltiple. Va a ser un caos. Y después de lo de ayer...

—Puedo ir —respondí, aunque mi voz no sonó del todo segura.

—Escúchame —insistió Hannah—. Logan está fuera, en la ciudad. No tenemos a nuestro cirujano ortopédico estrella y el equipo de trauma va a estar al límite. Necesito tu experiencia en la organización de los quirófanos y necesito tener tus manos listas si hay cirugías complicadas. Eres la mejor instrumentista que tenemos, Avery. Pero si sientes que no vas a poder, dímelo ahora.

Inspiré hondo el aire frío de la montaña. La enfermera de cirugía enterró a la mujer asustada bajo una capa de deber y adrenalina. El accidente era en la *Riverbend Road*, una de las carreteras más peligrosas del condado. Era donde habíamos perdido a Carson, donde los Donovan se estrellaron hacía unos meses y donde casi perdemos a Hannah. Gente necesitaba ayuda y yo podía proporcionarla. Podía marcar la diferencia.

—Estoy bien —dije, esta vez con firmeza—. Vamos.

Hannah asintió y corrimos hacia su coche. Mientras bajábamos a toda velocidad por la carretera sinuosa hacia el *Wildwater Regional Trauma Center*, la calma de la cabaña quedó atrás.

El chirrido de los neumáticos de Hannah sobre el asfalto al entrar en el aparcamiento de urgencias fue el pistoletazo de salida. Bajamos del coche antes de que el motor terminara de detenerse. El aire frío de la noche me golpeó la cara, pero la descarga de adrenalina ya estaba haciendo su trabajo, manteniendo a raya el cansancio y las náuseas. Cruzamos las puertas automáticas a paso rápido, moviéndonos por un entorno que conocíamos como la palma de nuestra mano.

En la zona de recepción de trauma, nos esperaba Sloane. Estaba de pie junto al puesto central, con los brazos cruzados y una expresión de concentración que indicaba la gravedad de la situación.

—Hannah, Avery, gracias por venir —dijo Sloane sin preámbulos, su voz cortando el ruido ambiente de los monitores y las carreras del personal de enfermería.

—¿Qué tenemos exactamente? —preguntó Hannah, poniéndose directamente el fonendoscopio alrededor del cuello y agarrando una tableta de datos.

—Hace veinte minutos recibimos un aviso de un conductor —explicó Sloane, señalando un mapa digital de la zona en la pantalla central—. Ha visto un tramo de guardarraíl roto y marcas de frenazo violentas en la *Riverbend Road*, cerca del desfiladero. Ha bajado lo suficiente para confirmar que hay dos coches accidentados en el fondo del barranco, pero el terreno es totalmente inaccesible y no hay ni rastro de cobertura móvil en ese punto. Ha tenido que conducir varios kilómetros para poder darnos el aviso.

Sentí un frío repentino que no tenía nada que ver con el clima exterior. Ese punto de la *Riverbend Road* era el "agujero negro" de Wildwater Falls, una carretera sinuosa donde los accidentes solían ser fatales debido a la altura de los cortes de roca, la profundidad del cañón y la falta de cobertura móvil. Casi siempre la conexión satelital fallaba por lo que las tareas de búsqueda y rescate eran una pesadilla.

—¿Estado de los heridos? —intervine, tratando de mantener mi voz firme y profesional.

—Desconocido —respondió Sloane—. La persona que avisó no pudo bajar hasta los vehículos. No sabemos cuántas personas hay implicadas ni la gravedad de las lesiones.

Hannah se giró hacia mí, sus ojos escaneando la planta de trauma con rapidez.

—Avery, coordina el protocolo de Recepción de Trauma de Múltiples Víctimas. Quiero los Box 1 y 2 libres de inmediato. Avisa a anestesia y asegúrate de que los respiradores estén calibrados. Necesito que los quirófanos 3 y 4 estén preparados y en reserva. Llama a urgencias, que despejen la zona central para triaje. Nos espera otra noche movida.

Asentí y me puse en marcha. Avisé a la enfermera jefe de urgencias para activar los protocolos mientras corría por el pasillo del ala quirúrgica para asegurarme que los quirófanos estuvieran despejados. En el quirófano cuatro mis manos se movían de forma automática, preparando el instrumental, revisando las bandejas de laparotomía de urgencia y verificando los suministros de fluidos. El

hospital ya había cambiado su frecuencia operativa; el murmullo habitual había sido sustituido por el ritmo tenso y eficiente de una emergencia mayor.

Savannah se acercó al puesto de trauma, con el rostro marcado por la fatiga de su turno de doce horas que acababa de alargarse indefinidamente. Llevaba un registro de existencias en la mano y su expresión no era buena.

—Hannah, Sloane —dijo Savannah, interceptándolas cerca de la estación de enfermería—. Tenemos un problema de suministros. Tras el accidente múltiple en la autopista de ayer, el banco de sangre está a medio gas. Nos faltan unidades de O negativo y los suministros de plasma y cristaloides están bajo mínimos en urgencias.

Sloane frunció el ceño, procesando la información.

—Savannah, pide un envío de emergencia al centro regional de Boise. Hannah, prioriza el uso de sangre solo para casos con inestabilidad hemodinámica extrema hasta que lleguen los refuerzos. Avery, activa el recuperador de sangre en el quirófano para optimizar lo que tengamos.

—Entendido —respondí, moviéndome hacia el almacén de suministros quirúrgicos para preparar el equipo de autotransfusión.

Mientras trabajaba, oía el zumbido lejano de la radio que estaba conectada a la Base de rescate aéreo. El equipo Alfa y Beta ya estaban en marcha. Dos helicópteros de búsqueda y rescate sobrevolaban la zona del accidente, pero la comunicación era intermitente debido a la orografía del cañón. Se había hecho de noche por completo y la oscuridad en Wildwater Falls era absoluta, solo rota por los focos halógenos de los equipos de emergencia. La búsqueda era una pesadilla logística: una zona de vegetación espesa y cerrada, con árboles de gran altura que dificultaban enormemente la visión térmica y visual desde el aire.

De repente, la estática de la radio en el puesto central de trauma se aclaró. La voz de Caleb Donovan llegó a través de los altavoces, tensa y filtrada por el ruido de las palas del helicóptero.

—*Base, aquí Alfa Uno* —anunció Caleb—. *Hemos localizado el punto de impacto. Repito, hemos localizado los vehículos. La zona es un desastre. Hay una camioneta blanca destrozada contra una formación rocosa. Hay un segundo vehículo implicado.*

Me detuve en seco, con un paquete de gasas estériles en la mano, escuchando la descripción.

—*El segundo coche es un todoterreno de color oscuro* —continuó la voz de Caleb, y noté una vacilación extraña en su tono, una que no solía estar allí—. *He logrado identificar la matrícula desde el aire con los focos. Es el coche de Logan. Repito, es el vehículo del doctor Logan Pierce.*

El mundo se inclinó bajo mis pies. El paquete de gasas resbaló de mis dedos y cayó al suelo, pero no lo sentí. El pitido de los monitores de fondo pareció alejarse, dejando solo el sonido de mi propio corazón martilleando contra mis oídos. Logan. Él estaba allí fuera, en ese agujero negro sin cobertura, en el fondo de un barranco inaccesible.

—Alfa Uno, aquí Centro de Coordinación de Urgencias Médicas, ¿pueden confirmar ocupantes? —la voz de Sloane sonó urgente a mi espalda, pero yo no podía moverme.

—*Negativo, CCUM* —respondió Caleb—. *La visibilidad es nula por la vegetación. No podemos determinar si el doctor Pierce está en el interior atrapado o si ha salido despedido. Estamos preparando el descenso con el bombero Collins ahora mismo. La zona es inestable*.

Miré a Hannah. Ella estaba tan pálida como yo, con la mano apretada sobre el mostrador de trauma. Logan, su mejor amigo, estaba en el fondo de ese desfiladero.

Me obligué a respirar. Logan no sabía que íbamos a ser padres. Nunca le dije que lo amaba.

El ruido del hospital se convirtió en un zumbido estático en mis oídos. Mi mente, traicionera, proyectó la imagen del desfiladero, del autobús escolar de hace doce años convertido en chatarra contra las rocas del río helado. De repente esa imagen mutó, ya no era un

autobús, ahora era el todoterreno de Logan el que estaba en el fondo del barranco. El aire se me escapó de los pulmones.

—Avery. Respira —la voz de Hannah cortó mi pánico y me ancló al presente.

Sentí sus manos firmes apretando mis hombros con una fuerza que me obligó a enderezar la columna. Hannah no me miraba con lástima; me miraba con la determinación de la jefa de trauma que no permite que su equipo se desmorone antes de que llegue el primer herido. Su rostro estaba pálido, pero sus ojos estaban totalmente bajo control.

—Mírame, Avery —ordenó Hannah, sacudiéndome ligeramente—. No tenemos tiempo para esto. Logan está ahí fuera, y tú sabes mejor que nadie lo que eso significa en la *Riverbend Road*. Si está herido, voy a necesitar que seas mi mano derecha en el quirófano. Necesito a la enfermera que organiza un campo quirúrgico en treinta segundos, no a una superviviente en shock.

—Es su coche, Hannah… él estaba volviendo… —mi voz era un hilo roto, pero Hannah no me dejó terminar.

—Lo sé. Pero escucha bien: el equipo Alfa está sobre el terreno. Caleb está pilotando el Alfa Uno, y tiene a Noah listo para estabilizarlo en cuanto lo saquen. Y lo más importante, Avery: tu hermano está bajando por ese cable ahora mismo. Ian Collins no ha dejado a nadie atrás en doce años, y no va a empezar hoy con Logan. Confía en Ian. Él lo sacará de donde sea.

Las palabras de Hannah sobre mi hermano mayor, el hombre que encontró el autobús hace doce años y que ha dedicado su vida al rescate, me devolvieron un gramo de cordura. Ian era el mejor bombero de rescate que había visto este hospital. Si alguien podía rescatar a Logan de un amasijo de metal en mitad de un barranco inaccesible, era él.

Me limpié las lágrimas con el dorso de la mano con un gesto brusco, casi violento. Logan no se iba a morir en ese barranco. No hoy.

—Tienes razón —dije, y mi voz recuperó el tono seco y directo de la profesional que era. — ¿Qué necesitas?

—Necesito que te mantengas firme —respondió Hannah, soltándome los hombros cuando vio que mis pupilas volvían a enfocarse.

—Sloane, dame la radio de frecuencia de rescate. —pedí respirando hondo.

Sloane, que observaba la escena con una contención admirable desde el puesto central, me entregó el dispositivo.

Agarré la radio con la mano temblorosa, pero mi dedo apretó el botón de transmisión con decisión. Necesitaba hablar con él. No con Logan, sino con el único hombre capaz de sacarlo de allí.

—Alfa Uno, aquí la enfermera Avery Collins desde el centro de Coordinación de Urgencias Médicas. ¿Me recibís? —dije, proyectando la voz hacia el micrófono.

Hubo unos segundos de estática, el rugido del viento del cañón filtrándose por el canal. Entonces, una voz profunda, calmada y cargada de una autoridad absoluta respondió.

—*Aquí Alfa Uno, te recibimos CCUM* —la voz de Caleb se filtró con claridad a través de la radio.

—Necesito hablar con el bombero Collins.

Un segundo de espera y después oí la voz de mi hermano, clara y serena.

—*Aquí Ian. Te recibo, Avery.*

—Ian… —mi garganta se cerró por un segundo al oír a mi hermano, pero la urgencia se impuso—. Ian, sácale de ahí. No me importa cómo lo hagas. Tienes que sacarlo de ese coche y traérmelo de una pieza.

Hubo un silencio al otro lado. Ian no era hombre de muchas palabras; su carácter estoico y reservado era su marca de identidad en las situaciones límite. Podía imaginarlo colgado de un arnés en medio de la oscuridad, rodeado de vegetación espesa y el olor a

gasolina de la camioneta blanca y el todoterreno, evaluando la inestabilidad del terreno.

—*Estamos en ello, Avery. El acceso es complicado* —informó Ian con su tono profesional, el que usaba para ocultar sus propias emociones.

—Ian, escúchame bien —continué, y sentí que Hannah y Sloane se tensaban a mi lado—. No solo estás salvando a un amigo o a un compañero. No es solo el doctor Logan Pierce.

Me detuve, inspirando hondo. El secreto que solo Hannah compartía conmigo ahora iba a cruzar las ondas de radio.

—Si le salvas a él, estás salvando al futuro padre de tu sobrino, Ian. Estoy embarazada. Así que no te atrevas a fallarme. No le dejes ahí abajo.

El silencio que siguió en la radio fue absoluto, roto únicamente por el siseo del canal abierto. Hannah me apretó la mano en silencio. Sloane se quedó inmóvil junto a la pantalla de monitorización. En el helicóptero, Caleb y Noah seguramente habrían compartido una mirada de asombro, pero fue Ian quien habló.

Pasaron cinco, diez segundos. Una eternidad en términos de rescate.

—*Entendido, Avery* —respondió Ian finalmente. Su voz no había cambiado de tono, seguía siendo la misma roca inamovible, pero había una nota de peso emocional que solo yo, como su hermana, podía detectar.— *Te juro por mi vida que te lo llevaré de una pieza. Collins fuera.*

La comunicación se cortó.

Me quedé mirando la radio, sintiendo que por fin había soltado todo lo que podía hacer desde la distancia. La suerte estaba echada y mi hermano acababa de hacer una promesa que no rompería, aunque tuviera que mover la montaña con sus propias manos.

—Muy bien —dijo Hannah, rompiendo el silencio del pasillo de trauma con una palmada enérgica que nos sacó a todos del estupor

—. Ya lo habéis oído. El Alfa Uno va a traerlo, y nosotros vamos a estar listos. Avery, revisa la coordinación de quirófanos otra vez.

Caminé hacia el quirófano cuatro, el que Logan solía considerar su territorio personal. Estaba preparando el terreno para la batalla más importante de mi vida.

Mientras abría las cajas de instrumental ortopédico y verificaba la presión del oxígeno, mi mano se posó en mi vientre de forma inconsciente.

—No te atrevas a irte, Logan —susurré para las paredes de azulejos blancos del quirófano.

De repente, una punzada de lucidez me atravesó: no tenía mi teléfono. Y además me di cuenta de que nadie había avisado a los padres de Logan. Maggie y David Pierce necesitaban saber que su único hijo estaba siendo rescatado de un amasijo de metal.

Atravesé el pasillo con paso rápido, esquivando a un residente que transportaba suministros de laboratorio. Entré en la sala de suministros donde había olvidado mi teléfono por la mañana. Lo rescaté de la misma estantería en la que lo había dejado, cerca de los test de embarazo. Necesitaba privacidad para esta llamada; no podía desmoronarme frente a los internos que esperaban mis órdenes para preparar el quirófano. Salí de allí y me dirigí a la sala de descanso de médicos, la sala en la que Logan y yo habíamos dormido juntos por primera vez.

Busqué el número de Maggie Pierce. Mis dedos temblaban tanto que casi se me cae el dispositivo. Al tercer tono, Maggie respondió con su voz habitual, alegre divertida y extravagante.

—¿Avery? Hola, cariño. Justo estaba pensando en llamaros para ver si queríais venir a cenar mañana.

Se me cerró la garganta. El contraste entre su cotidianidad y la violencia del accidente fue como un golpe físico.

—Maggie —empecé, y mi voz sonó más rota de lo que pretendía —. Maggie, escucha. Ha habido un accidente en la carretera del desfiladero. El coche de Logan está implicado.

El silencio al otro lado de la línea fue absoluto durante un segundo eterno, antes de ser roto por un jadeo ahogado.

—¿Qué? Avery, ¿de qué estás hablando? ¿Logan está bien? —Maggie empezó a hablar rápido, su voz subiendo de tono, al borde del llanto.

—No tenemos todos los detalles todavía, Maggie —dije, tratando de canalizar la firmeza que Hannah me había exigido minutos antes. — El Equipo Alfa ya está allí. Mi hermano Ian, Caleb y Noah están encabezando la búsqueda y el rescate. Están bajando al fondo del barranco ahora mismo.

—¡Oh, Dios mío! David, ¡David! —oí a Maggie gritar el nombre de su marido. El sonido de algo cayendo al suelo llegó a través del auricular—. Avery, dime que no es verdad. Mi niño...

—Maggie, necesito que me escuches —la interrumpí, endureciendo mi tono para que no se perdiera en la histeria—. Tenéis que manteneros enteros. Tenéis que estar listos para cuando llegue aquí. Ian me ha dado su palabra; me ha jurado que traerá a Logan de una pieza, y mi hermano nunca rompe una promesa.

Maggie lloraba abiertamente ahora, un sonido desgarrador que me hizo apretar el vientre de forma instintiva. La noticia de mi embarazo quemaba en mi garganta, pero me obligué a tragarla. No era el momento.

—Estamos yendo para allá —sollozó Maggie—. David ya está cogiendo las llaves. Estaremos allí en diez minutos.

—Os estaré esperando en la entrada de urgencias —dije, y colgué antes de que mis propias lágrimas me impidieran hablar.

Me quedé mirando la pantalla del teléfono, tratando de recuperar el aliento. Fue entonces cuando vi las notificaciones. Seis llamadas perdidas de Logan. Y una nota de voz de hace horas.

El corazón me dio un vuelco. Pulsé el icono de reproducción y pegué el teléfono a mi oreja, cerrando los ojos para bloquear la luz fluorescente de la sala de descanso.

—Avery, soy yo. No cuelgues, por favor. Escucha esto —la voz de Logan sonó ronca, cargada de una urgencia que no podía ocultar. Podía oír el silbido del viento contra las ventanillas de su coche mientras conducía por la autopista.

Hizo una pausa breve, y juraría que podía oír su respiración agitada.

—Lo primero que tienes que saber es que no estoy en Chicago. No estoy firmando ningún contrato. He rechazado la oferta esta misma mañana. Nunca aceptaría un puesto así sin sentarme contigo a decidirlo. Jamás me marcharía de Wildwater Falls si eso significara dejarte atrás. Y si alguna vez decidiera que este pueblo se me queda pequeño, te pediría que vinieras conmigo, porque me importa un bledo el hospital o el cargo si no eres tú la que está al otro lado de la mesa de operaciones.

Solté un sollozo ahogado, tapándome la boca con la mano libre. No se había ido. No me había abandonado.

—Siento haberme marchado ayer de esa forma. Fui un capullo egocéntrico —continuó Logan, y oí el ruido de su motor al cambiar de marcha—. Me asusté. Me sentí traicionado por los secretos, pero ahora me doy cuenta de que no tengo derecho a juzgarte. Yo mismo he cometido errores, he cargado con un rencor que me ha impedido ver la realidad. El pasado, lo que Carson sintiera o dejara de sentir, lo que hiciéramos en el instituto... nada de eso importa ya. No quiero que vuelvas a pedir perdón por proteger a un chico que estaba aterrorizado. Lo que importa es lo que tenemos nosotros ahora.

Me dejé resbalar por la pared hasta quedar sentada en el suelo, llorando sin control.

—Hay tantas cosas que nunca te he dicho porque siempre he intentado mantener ese muro de profesionalidad y control —su tono se volvió más íntimo, más bajo—. Me gusta tu amabilidad, incluso cuando intentas ocultarla tras esa fachada de eficiencia. Me gusta tu carácter decidido, la forma en que no te achantas ante nadie en el hospital o fuera de él. Pero, sobre todo, me vuelve loco tu reserva,

ese misterio que siempre pareces guardar y que me hace querer pasar el resto de mi vida intentando descifrarlo. Me gusta la forma en que me miras cuando defiendes a alguien que te importa, esa chispa de fuego en tus ojos verdes que te convierte en una pantera. Me encanta verte trabajar, la pasión que pones en cada gesto, cómo te anticipas a cada uno de mis movimientos como si leyeras mi mente. Eres preciosa, Avery. Joder, eres lo más bonito que ha entrado nunca en *Stillwater Lodge*.

Hizo una pausa, y casi pude olerlo, esa mezcla de café y colada recién hecha.

—Echo de menos tus besos, pero sobre todo echo de menos la forma en que me miras justo después de que te bese, cuando todavía tienes los labios entreabiertos y esa expresión de absoluta entrega que me hace sentir que soy el único hombre en el mundo.

La grabación llegaba a su fin, y el ruido de fondo indicaba que ya estaba cerca de las montañas.

— No te muevas de la cabaña. Me quedo porque quiero estar contigo. Me quedo porque no me imagino despertando un solo día sin ver tu cara en la almohada de al lado. Espérame. Voy a por ti. Voy a casa.

El mensaje terminó con un clic seco.

Me quedé allí, sentada en el suelo de la sala de descanso, con el teléfono apretado contra el pecho y el rostro empapado de lágrimas. Él volvía. Volvía por mí. Volvía por nosotros. Y mientras grababa esas palabras, mientras me decía que era lo más bonito que había entrado en su vida, se había salido de la carretera. El miedo de perderlo me atenazó las entrañas, una angustia tan física que me obligó a doblarme sobre mí misma.

—No te mueras, Logan —susurré hacia el vacío de la sala—. Por favor, no te mueras ahora que por fin estamos en el mismo lado.

Me obligué a ponerme de pie. Me limpié la cara con un gesto tosco, usando el agua fría del lavabo de la sala para bajar la inflamación de mis ojos. No podía permitirme el lujo de derrumbarme. Logan estaba en algún lugar de la oscuridad de la

Riverbend Road, y el Equipo Alfa lo traería de vuelta. Mi hermano Ian no fallaba, y Hannah estaba esperando en el box de trauma con el equipo de cirugía listo.

Salí de la sala de descanso con el paso firme. La urgencia médica no esperaba por nadie, y yo iba a estar lista para recibirlo. Guardé el teléfono en mi bolsillo, sintiendo el peso de su voz dándome fuerzas.

—Vamos allá —dije para mí misma, cruzando de nuevo las puertas dobles hacia el corazón de la emergencia.

VEINTIOCHO

Logan

El humo acre de los airbags inundaba el habitáculo, mezclándose con el olor a tierra removida y metal recalentado. Abrí los ojos, parpadeando con fuerza para disipar la neblina blanca que nublaba mi vista. El silencio que siguió al estruendo del impacto era casi absoluto, solo roto por el siseo del radiador y el crujido de la madera bajo el peso del coche. Mi pecho ardía; sentía una presión lacerante en las costillas, la marca indeleble del cinturón de seguridad que me había salvado de salir disparado por el barranco.

—Joder —mascullé, comprobando mis extremidades con la rapidez de un cirujano que evalúa a un paciente en urgencias.

Estaba vivo. Tenía las costillas doloridas y la respiración entrecortada, pero estaba ileso. Intenté abrir la puerta, pero el chasis estaba deformado contra el tronco de un pino de gran envergadura. Forcejeé con el pestillo y empujé con el hombro durante lo que parecieron horas hasta que, con un crujido de metal, la puerta cedió.

Al salir, la oscuridad de Wildwater Falls me envolvió por completo. La visibilidad era mínima; la densa capa de vegetación del desfiladero bloqueaba cualquier rastro de luz lunar. Me apoyé un segundo en el coche, estabilizando mi equilibrio mientras el frío de la noche me golpeaba la cara. No había tiempo para el shock. Fui hacia la guantera y saqué una linterna de gran capacidad, iluminando el terreno a mi alrededor. Mi todoterreno estaba para ir directo al

desguace, pero el verdadero caos estaba uno metros más abajo, donde la camioneta blanca que me había sacado de la carretera estaba destrozada.

Fui hacia el maletero con paso inseguro, intentando no resbalar por la ladera. Abrí el compartimento y saqué mi maletín de trauma y una mochila de rescate equipada con bengalas. Sabía que el otro coche había corrido mucha peor suerte que el mío. Al asomarme al borde del terraplén, vi los faros delanteros todavía encendidos, apuntando al vacío, y las luces traseras rojas brillando como ojos ensangrentados en el fondo del barranco. El vehículo estaba empotrado contra una formación rocosa.

Descendí por la pendiente con el maletín a cuestas, ignorando el dolor punzante en mi costado. Al llegar a la camioneta blanca, lo primero que me golpeó no fue el olor a gasolina, sino un intenso hedor a alcohol que emanaba del habitáculo. Iluminé el interior con la linterna.

Había tres ocupantes. Me quedé helado al reconocer los rostros: los hermanos Morris en los asientos de atrás y Trevor en el del conductor.

—Soy el doctor Pierce, no os mováis —ordené de forma profesional.

El coche estaba suspendido en el barranco, pero parecía lo suficientemente estable como para soportar mi peso. Abrí la puerta trasera para evaluar primero a los ocupantes traseros.

Los hermanos Morris estaban conscientes, gimiendo de dolor. Parecían tener heridas de diversa consideración, fracturas evidentes en las extremidades superiores y múltiples raspones, pero sus constantes vitales parecían estables dentro del trauma. Eran heridas graves, pero no mortales de forma inmediata.

Entonces enfoqué la luz hacia el frente. Trevor no llevaba puesto el cinturón de seguridad. El parabrisas estaba destrozado; la fuerza del impacto lo había hecho atravesar el cristal. Estaba tendido sobre el capó, rodeado de fragmentos de vidrio, con el cuerpo en una posición antinatural.

En ese momento, el rugido rítmico de un helicóptero sobrevoló la zona. No podía verlo por la oscuridad y los árboles de casi treinta metros que cerraban la cúpula del bosque, pero sabía que estaban cerca. Esperaba con toda el alma que fuera el Equipo Alfa.

Me alejé unos metros del coche accidentado, buscando un claro mínimo entre las ramas. Saqué una bengala de la mochila, tiré de la anilla y la lancé hacia arriba. El resplandor rojo iluminó momentáneamente el cañón, marcando nuestra posición exacta para Caleb y los demás. No sabía si me habían visto, pero confiaba ciegamente en la coordinación del equipo de rescate.

Regresé corriendo hacia Trevor, dejando el maletín de trauma a su lado. El hombre que me había hecho la vida imposible, el que me había humillado y el que, según Avery, pretendía darme una paliza mortal hace doce años, estaba ahora en mis manos.

—Vamos, Trevor —murmuré, poniéndome los guantes quirúrgicos con manos firmes—, no te mueras ahora.

Empecé la evaluación primaria, buscando signos de hemorragia masiva o compromiso de la vía aérea mientras el helicóptero de rescate empezaba a maniobrar sobre nuestras cabezas.

La respiración de Trevor era superficial y el pulso débil. Sin el equipo médico adecuado sería difícil sacarlo de ahí con vida. Mi objetivo hasta que llegaran a nosotros era estabilizarlo.

Lo moví lo mínimo indispensable para asegurar su vía aérea, pero mi diagnóstico interno era sombrío: sospecha de fractura de columna, probablemente a nivel cervical o torácico alto. Pero era imposible saberlo sin una resonancia completa. Estaba inconsciente, y su respiración superficial cada vez era más débil, indicando que su sistema estaba al borde del colapso.

A unos metros, los hermanos Morris se quejaban, pero estaban vivos y estables bajo mi supervisión técnica. Estaban cumpliendo con la orden de no moverse a rajatabla. El olor a alcohol seguía impregnando el lugar, un recordatorio amargo de la irresponsabilidad que nos había traído hasta aquí.

De repente, un haz de luz halógena de una potencia cegadora se filtró a través del dosel de árboles gigantescos. El foco del helicóptero barrió la vegetación, creando sombras largas y distorsionadas en la pared de roca. El ruido era ensordecedor, pero para mí era el sonido de la élite en camino.

Escuché el siseo del cable de acero descendiendo. Al cabo de unos pocos minutos, dos figuras vestidas con el equipo naranja y negro de rescate aparecieron entre la maleza espesa sobre nuestras cabezas. Ian Collins lideraba el descenso, moviéndose con esa agilidad felina y segura que lo había convertido en una leyenda en Wildwater Falls. Lo acompañaba un bombero del Equipo Beta, cargando con el material de excarcelación y la camilla de nido.

Ian aterrizó en el suelo de piedra con una precisión milimétrica. Se subió la visera del casco y me miró fijamente. Sus ojos escrutaron mi estado físico antes de asentir con una brevedad profesional.

—Me gusta verte de una pieza, Logan —dijo Ian, su voz proyectándose por encima del estruendo de las palas.

—No puedo decir lo mismo de ellos —respondí, moviéndome hacia él para entregarle el parte médico con la rapidez de un cirujano de guerra—. Trevor Johnson. Glasgow 7, descendiendo. Sin cinturón de seguridad, eyectado a través del parabrisas. Sospecha de fractura de columna inestable. Necesita collarín cervical, tabla espinal y una extracción de urgencia en bloque. Los otros dos ocupantes están en la parte trasera: fracturas en extremidades superiores, estables, pero con dolor agudo.

Ian asintió, activando su radio.

—Alfa Uno, aquí Ian. Tenemos contacto. El doctor Pierce está ileso y tiene tres víctimas. Una crítica. Iniciamos protocolo de extracción masiva. Necesito al Equipo Beta para los ocupantes traseros y el Equipo Alfa se queda con el crítico.

La coordinación fue perfecta. El Equipo Beta descendió poco después, encargándose de los hermanos Morris con una eficiencia mecánica. Mientras tanto, Ian y yo, nos centramos en Trevor. Cada

movimiento estaba coreografiado: el collarín, la tabla, el aseguramiento de los arneses. No había dudas, no había errores. Éramos profesionales de élite trabajando en el agujero negro del desfiladero.

—Asegurando camilla —gritó Ian cuando por fin tuvimos a Trevor inmovilizado en el nido de rescate.

El cable empezó a tirar hacia arriba. Ian se enganchó al arnés lateral de la camilla para estabilizarla durante el ascenso, mientras yo subía por el segundo cable de seguridad. El viento del cañón nos golpeaba, pero mi mente estaba fija en el paciente.

Entramos en el habitáculo del Alfa Uno. Caleb Donovan estaba a los mandos, manteniendo el helicóptero en un vuelo estacionario impecable a pesar de las turbulencias generadas por la orografía del terreno. Ian aseguró la camilla al suelo de la aeronave en un movimiento fluido y me pasó unos auriculares.

—*¡Saliendo de la zona!* —anunció Caleb por el intercomunicador, inclinando el morro del helicóptero hacia el hospital.

Noah, ya estaba sobre Trevor, conectando el monitor y preparando la medicación de emergencia. Yo me situé al otro lado, revisando el acceso venoso que le había puesto en el suelo del barranco.

En ese momento, entre el fragor de los motores y las vibraciones del metal, Trevor abrió los ojos.

Su mirada estaba empañada, desenfocada. Sus pupilas estaban dilatadas, pero no por la luz, sino por la conmoción cerebral y el shock traumático. Empezó a mover la cabeza de forma errática, intentando luchar contra el collarín cervical.

—*¡Quieto, Trevor! ¡No te muevas!* —ordenó Noah, presionando sus hombros contra la camilla.

—¿Logan? —Trevor soltó un jadeo, su voz era un susurro roto que apenas se oía sobre el ruido del helicóptero—. Logan... ¿dónde estamos?

—Estás en el helicóptero de rescate, Trevor. Estás a salvo —le dije, manteniendo mi mano sobre su pecho para intentar calmarlo. No sabía si me oía por encima del rugido de los rotores.

Trevor parpadeó, y de repente, una expresión de pánico puro inundó su rostro. No era el miedo de un hombre accidentado en el presente; era el terror de alguien que había viajado doce años atrás en el tiempo.

—¿Dónde está Carson? —preguntó Trevor por encima del ruido, y sus palabras me helaron la sangre—. Logan, ¿cómo se encuentra Carson? No lo veo... no lo he visto desde antes de caer por el barranco...

Miré a Noah, que seguía ajustando el goteo. La desorientación de Trevor era total. Su mente había regresado al autobús del instituto, al día del accidente.

—Carson estaba de pie... —continuó Trevor, su voz ganando una urgencia febril—. Estaba gritando... no llevaba el cinturón. Salió despedido, Logan. Lo vi... chocó contra una de las barras superiores del techo antes de que todo se volviera oscuro. ¡Dime que está bien! ¡Búscalo!

El silencio que se produjo en la cabina del Alfa Uno, a pesar del rugido exterior, fue ensordecedor, todos escuchaban las palabras de Trevor a través de mis auriculares. Caleb, a los mandos, se tensó visiblemente. Ian, que terminaba de asegurar el equipo, se quedó inmóvil mirando a Trevor. Los detalles que Trevor estaba soltando coincidían con lo que Avery me había contado: Carson se había levantado para defenderme, para parar a Trevor.

—Carson está bien, Trevor —mentí, mi voz sonando extrañamente calmada mientras la rabia y la compasión luchaban dentro de mí. No es que dudara de las palabras de Avery. Pero la confirmación era como una puñalada fría—. Está bien. Ahora mismo preocúpate de ti mismo. Necesito que te quedes quieto y que intentes mantenerte con vida.

Trevor pareció relajarse un milímetro, pero luego su expresión cambió a una de confusión absoluta.

—Logan... —susurró, con los ojos fijos en el techo de la aeronave —. No siento nada. No me duele nada. ¿Eso es malo? ¿Por qué no me duele el cuerpo?

Noah y yo compartimos una mirada sombría sobre el cuerpo de Trevor. Como sanitarios, sabíamos exactamente lo que significaba la ausencia de dolor tras un impacto de esa magnitud contra una roca: shock espinal o una sección medular completa. Trevor estaba vivo, pero el hombre que me había acosado durante años quizá nunca volviera a caminar.

—Estamos en camino al hospital, Trevor —dije, ignorando su pregunta porque no tenía una respuesta que él quisiera oír—. Solo aguanta.

El habitáculo del helicóptero vibraba con una intensidad metálica mientras Caleb ganaba altitud para sortear las crestas de los árboles. Dentro, la luz roja de emergencia bañaba la escena. Noah y yo estábamos inclinados sobre el cuerpo de Trevor, monitorizando cada fluctuación de su pulso errático.

De repente, el pitido rítmico del monitor se convirtió en una línea plana y un sonido agudo y continuo que perforó mis oídos.

—*¡Parada!* —gritó Noah, moviéndose con la rapidez de quien ha hecho esto mil veces.

No hubo necesidad de órdenes adicionales. Éramos un equipo de élite en pleno funcionamiento. Mientras Noah preparaba el ambú para ventilar, yo entrelacé mis manos sobre el esternón de Trevor y comencé las compresiones torácicas con un ritmo preciso de cien por minuto. El crujido de las costillas bajo mis palmas era un recordatorio brutal de la fragilidad del hombre que una vez pareció invencible en los pasillos del instituto.

—Uno, dos, tres, cuatro… —contaba mentalmente, coordinando mi esfuerzo con las ventilaciones de Noah.

—*Cargando a doscientos julios* —anunció Noah, agarrando las palas del desfibrilador. — *¡Fuera todos!*

Me aparté un milisegundo. El cuerpo de Trevor se arqueó bajo la descarga y volvió a caer pesadamente sobre la camilla. Miré el monitor. Nada.

—Sigo con compresiones —dije, retomando el masaje cardíaco sin perder un segundo. Sentía el sudor resbalando por mis sienes a pesar del frío que se filtraba en la cabina.

Noah inyectó una dosis de adrenalina en la vía que yo mismo había canalizado en el barranco. Intercambiamos posiciones tras el segundo ciclo con una fluidez casi coreografiada. La confianza mutua era absoluta; no había espacio para la duda. Tras tres minutos de agonía técnica, el monitor emitió un sonido esperanzador. El primer pico apareció en la pantalla, seguido de otro.

—*Recuperamos ritmo* —jadeó Noah, comprobando el pulso —. *Sinusal a noventa. Está con nosotros, Logan*.

Me desplomé contra el mamparo del helicóptero, recuperando el aliento mientras aseguraba de nuevo el tubo endotraqueal que Noah le había colocado tras la parada. El silencio regresó a través de los auriculares, solo roto por el estruendo constante de las palas.

—*Logan* —la voz de Caleb llegó por la frecuencia interna, sonando tensa pero controlada—. *¿Qué ha sido eso que ha dicho Trevor sobre Carson? ¿Qué quería decir con que estaba de pie?*

Fui consciente de que Ian y Noah también escuchaban a través de sus cascos. Era una frecuencia abierta para los ocupantes de la aeronave. Miré el cuerpo inconsciente de Trevor y luego la nuca de Caleb al frente de los mandos.

—Carson estaba discutiendo con él, Caleb —respondí, proyectando mi voz hacia el micrófono del casco. — Según lo que Trevor ha balbuceado y lo que Avery me confesó ayer, Carson se levantó de su asiento justo antes del impacto. Intentaba parar a Trevor y a los Morris de darme una paliza de muerte al día siguiente de la excursión. Por eso iba sin cinturón. Se sacrificó intentando evitar que lo que estaba pasando en ese autobús llegara a más.

Caleb no respondió de inmediato. El helicóptero se inclinó ligeramente mientras corregía con precisión el rumbo hacia las luces

del hospital que ya brillaban en el horizonte.

—Yo no sabía nada de esto, Caleb. Nadie lo sabía, excepto Avery —continué, sintiendo el peso de la verdad en cada palabra. — Ella tiene mensajes de Carson para todos vosotros. Para su familia. Mensajes que ha guardado durante doce años por una promesa que le hizo a tu hermano. Cuando las cosas se calmen, ella misma os contará todo sobre esos últimos momentos.

El silencio se prolongó durante varios segundos, una eternidad en mitad de un vuelo de emergencia. Finalmente, la radio emitió un pequeño chasquido.

—*Gracias, Logan* —dijo Caleb, y su voz, habitualmente firme, estaba cargada de una emoción que me hizo apretar los dientes para no emocionarme yo también.

Miré a Ian directamente a los ojos. Me observaba con su habitual calma, pero su mirada brilló un poco más de lo normal cuando hizo un gesto de aprobación casi imperceptible con la cabeza. Noah, a mi lado, me lanzó una sonrisa triste mientras reajustaba el goteo de Trevor.

En ese momento, suspendido a mil metros sobre el valle de Wildwater Falls, sentí que algo dentro de mí terminaba de encajar. La imagen de Carson como el villano de mi adolescencia se disolvió para siempre, sustituida por la de un chico que, en su último aliento, eligió la redención. La última cuenta pendiente entre nosotros estaba sanando, cerrándose al ritmo de los latidos del hombre que ahora intentábamos salvar.

—*Tres minutos para la llegada* —anunció Caleb, su voz ahora recuperando el tono profesional—. *Avisad al equipo de trauma. Que nos espere en el helipuerto.*

—Ellas estarán allí —dije, mirando por la ventanilla cómo el helipuerto del hospital se hacía cada vez más grande.

El Alfa Uno tomó tierra con una sacudida controlada, las palas del rotor todavía girando a gran velocidad y proyectando un vendaval sobre la superficie del helipuerto. El estruendo era ensordecedor, pero mi atención estaba fija exclusivamente en las dos figuras que

aguardaban junto a la bahía de descarga. Hannah estaba allí, con su bata de trauma ondeando violentamente, pero era la mujer a su lado la que detenía mi pulso. Avery. Tenía el rostro pálido bajo las luces halógenas, pero sus ojos verdes, incluso a la distancia, brillaban con una intensidad que atravesaba la bruma de la noche.

Noah e Ian no perdieron un segundo. En cuanto los patines del helicóptero se asentaron, abrieron las puertas laterales y deslizaron la camilla de nido hacia fuera con una coordinación milimétrica. Salté de la cabina, ignorando el pinchazo agudo en mis costillas por el impacto del cinturón de seguridad, y me uní al grupo en un movimiento fluido.

—¡Trevor Johnson, veintisiete años! —grité para hacerme oír por encima del motor del helicóptero, dándole el parte a Hannah mientras corríamos hacia el ascensor de trauma. — Accidente de tráfico de alta energía con eyección del vehículo. Ha entrado en parada cardiorrespiratoria en vuelo, revertida tras un ciclo de RCP y epinefrina. Sospecha de fractura de columna inestable a nivel cervical-torácico, shock espinal probable. Glasgow actual 7, intubado y ventilado.

Hannah asintió, asumiendo el mando con esa frialdad quirúrgica que la hacía imbatible.

—¡Box de críticos uno! —ordenó Hannah, señalando a los celadores mientras entrabamos en el edificio. — ¡Quiero un TAC de cuerpo entero y una resonancia de columna inmediata en cuanto lo estabilicemos! ¡Avisad a neurocirugía de guardia!

La camilla desapareció por el pasillo central escoltada por Noah e Ian. Me detuve en seco. Avery se había quedado un paso atrás, mirándome con una mezcla de horror y alivio que amenazaba con desbordarse en las lágrimas contenidas que empañaban sus pestañas. Estaba allí, viva y real.

No pedí permiso. No me importó quién estuviera mirando en el pasillo del helipuerto. Crucé el espacio entre nosotros en dos grandes zancadas y la atrapé. Enganché mi mano en su nuca,

enterrando los dedos en su pelo oscuro, y la atraje hacia mí con una urgencia desesperada.

El beso fue abrasador, una colisión de amor, pasión y el terror residual de habernos perdido para siempre. Avery se aferró a mis brazos, soltando un jadeo contra mis labios mientras las lágrimas que había estado reprimiendo finalmente resbalaban por sus mejillas. No hacían falta palabras; el contacto físico era nuestra única forma de procesar que el mensaje que le envié desde la autopista no iba a ser mi última palabra para ella.

Me separé lo justo para mirarla fijamente, manteniendo mis manos en su nuca y acariciando su pómulo con el pulgar, limpiando las lágrimas que seguían cayendo. Mi respiración todavía era errática, una mezcla de fatiga física y adrenalina pura.

—Después vamos a tener una charla muy larga, Avery —le dije, mi voz sonando ronca y cargada de una promesa inquebrantable. —Pero ahora te necesito. Necesito a la mejor enfermera instrumentista de este estado para la cirugía de nuestras vidas.

Avery me miró, parpadeando para despejar su vista, y asintió levemente.

—He escuchado el audio, Logan —susurró, y la suavidad de su voz fue el bálsamo que terminó de cerrar mis propias heridas de la noche.

Asentí, apretando ligeramente su nuca para transmitirle mi seguridad.

—Entonces espero que ya se te haya quitado de la cabeza esa loca idea de que yo estaría mejor sin ti o de que soy capaz de irme a Chicago y dejar esto atrás —sentencié, clavando mis ojos en los suyos para que no quedara lugar a dudas. —Eres mi hogar, Avery Collins.

Avery cerró los ojos un momento, inspirando profundamente. Cuando los volvió a abrir, la mujer vulnerable que lloraba en el pasillo había desaparecido. Frente a mí estaba la enfermera de élite que siempre tenía todo bajo control en el quirófano. Su mirada se volvió acerada, centrada y absolutamente profesional.

—Vamos a ver el diagnóstico de Trevor —dijo, su voz recuperando la firmeza que la caracterizaba en el hospital. —Yo mantendré todo en orden en el quirófano cuatro. Tendrás el instrumental listo antes de que termines de lavarte.

Le di un último beso rápido, un sello de nuestra nueva alianza, y ambos nos separamos para dirigirnos al campo de batalla. Cruzamos las puertas de la zona quirúrgica con un objetivo común. Trevor Johnson estaba sobre la mesa, y aunque representaba todo lo que nos había causado dolor, hoy no era un enemigo. Era un paciente, y Avery y yo íbamos a salvarle la vida juntos.

VEINTINUEVE

Avery

La sala de diagnóstico del Wildwater Regional Trauma Center estaba sumida en una penumbra azulada, solo rota por el resplandor de las pantallas de alta resolución que mostraban la reconstrucción tridimensional de la columna de Trevor Johnson. El aire estaba cargado de ozono y de esa tensión que precede a las decisiones que cambian vidas. Hannah estaba de pie frente al monitor principal, con los brazos cruzados sobre su pijama de cirugía, flanqueada por Sloane y dos residentes de neurocirugía.

Logan y yo entramos con paso firme, él todavía tenía una mancha de hollín en la mandíbula y se movía con una ligera rigidez debido al golpe de las costillas contra el cinturón de seguridad, pero su mirada era un bisturí de precisión.

—Dime qué tenemos, Hannah —ordenó Logan, colocándose al lado de su mejor amiga sin preámbulos.

Hannah señaló una sección de la zona lumbar en la imagen digital.

—Fractura por estallido inestable en L1, con un desplazamiento de fragmentos óseos hacia el canal medular de aproximadamente un 40%. Trevor ha tenido suerte dentro de la desgracia: el cono medular está comprimido, no seccionado. Presenta un déficit motor severo en extremidades inferiores, pero conserva sensibilidad. Si no entramos ya para descomprimir y estabilizar, el edema y la isquemia harán que la parálisis sea irreversible.

Logan se acercó más a la pantalla, analizando los pedículos y la integridad de los cuerpos vertebrales adyacentes. Su cerebro médico estaba procesando vectores de fuerza y ángulos de inserción de tornillos a una velocidad que siempre me asombraba.

—Necesita una laminectomía descompresiva inmediata seguida de una fijación posterior con instrumentación pedicular de T12 a L2. Es una cirugía de columna compleja, Trevor tiene una densidad ósea comprometida por años de sedentarismo y alcoholismo, pero es su única oportunidad de volver a caminar.

Hannah asintió y se giró hacia él, cediéndole el mando con un gesto solemne.

—Es tu quirófano, Logan. Tú eres el mejor cirujano ortopédico que ha pisado este estado. Yo me encargaré de las laceraciones abdominales y de monitorizar el bazo mientras tú trabajas en la espalda. Si hay una hemorragia masiva, intervendré, pero la prioridad es esa columna.

—Avery, ¿cómo estamos de instrumental? —me preguntó Logan, girándose hacia mí.

—El quirófano cuatro está listo. He pedido el set de columna vertebral de Medtronic, el intensificador de imágenes y el sistema de monitorización neurofisiológica intraoperatoria. Tenemos seis unidades de sangre O negativo en reserva y el recuperador de células está purgado.

Logan me dedicó una inclinación de cabeza casi imperceptible, un reconocimiento a mi eficiencia que me hizo sentir que, a pesar del caos exterior, nosotros seguíamos siendo el eje sobre el que giraba esta unidad de cirugía.

—Vamos allá —sentenció Logan.

Veinte minutos después, me encontraba en el centro del quirófano dirigiendo la preparación final. Mis manos se movían con la velocidad de quien había hecho esto cientos de veces, organizando las gubias, los destornilladores dinamométricos y las barras de titanio sobre la mesa auxiliar. Trevor ya estaba anestesiado

y colocado en posición sobre los rodillos, con la espalda expuesta y preparada con clorhexidina.

A través del amplio ventanal que separaba el área de limpieza del quirófano, vi a Logan. Se había cambiado al pijama médico azul marino y estaba hundido en el ritual del lavado quirúrgico. Sus manos y antebrazos estaban cubiertos de espuma blanca mientras frotaba con una intensidad metódica. Tenía la mirada fija en un punto indeterminado de los azulejos blancos, pero yo sabía exactamente qué estaba haciendo: estaba operando a Trevor Johnson en su mente. Estaba previendo la dureza del hueso, la fragilidad de los nervios comprimidos y la posibilidad de que un solo milímetro de error dejara al hombre que lo acosó postrado en una silla de ruedas para siempre.

Logan levantó la mirada y la fijó en mí a través del cristal. No hubo necesidad de palabras. En ese contacto visual, le transmití todo lo que no podíamos decirnos con el personal de enfermería presente: que sabía que estaba dolorido por el accidente, que confiaba en él más que en nadie en el mundo y que, fuera de esas paredes, nos esperaba una vida nueva con el hijo que crecía en mi interior. Su mirada respondió con una determinación férrea, una promesa de que nada fallaría hoy.

Logan entró en el quirófano con las manos en alto, goteando agua estéril. Me acerqué a él con la bata quirúrgica abierta. Deslicé sus brazos por las mangas y anudé las cintas con la precisión y firmeza que sabía que le gustaban a Logan. Después, le presenté los guantes de látex del número 8. Entró en ellos con un chasquido seco que resonó en el silencio del quirófano, solo roto por el rítmico suspiro del respirador.

—Recuento de gasas e instrumental completado —anuncié, mi voz clara y profesional bajo la mascarilla.

—Monitorización neurofisiológica lista —añadió el técnico, señalando las ondas de los potenciales evocados que indicaban que los nervios de Trevor todavía respondían.

Logan se acercó a la mesa de operaciones y se situó a la derecha del paciente. Yo me coloqué frente a él, convirtiéndome en su sombra, en la extensión de sus manos. Hannah estaba al pie de la mesa, observando los monitores hemodinámicos.

—Iniciamos cirugía de descompresión y fijación posterior L1-L2 —declaró Logan, su voz recuperando ese tono gélido y autoritario del Cirujano de Hielo. —Hora de inicio: 22:45.

Extendió la mano derecha hacia mí, con la palma hacia arriba y los dedos listos para cerrarse.

—Bisturí del diez —pidió.

Cogí el mango del bisturí y lo coloqué con firmeza en su mano, asegurándome de que el contacto fuera sólido. Logan no bajó la mirada; sus ojos seguían fijos en la zona lumbar de Trevor, donde la piel marcada por el trauma esperaba su intervención.

Con un movimiento fluido y decidido, Logan realizó la primera incisión en la línea media. El acero cortó el tejido con una limpieza quirúrgica, marcando el inicio de la operación más compleja y simbólica de su carrera. Mientras yo utilizaba el aspirador para mantener el campo limpio de sangre, sentí que este no era solo un acto de medicina, sino el primer paso hacia nuestra propia liberación de las sombras de nuestro pasado.

* * *

El silencio que siguió al cierre de la última sutura fue casi doloroso. Durante nueve horas y doce minutos, el mundo exterior había dejado de existir. No había pasado, ni secretos de instituto, ni accidentes en barrancos; solo existía la mesa de operaciones y la voluntad de hierro de Logan Pierce para reconstruir una columna destrozada.

Logan se había comportado como un auténtico maestro. Lo vi manipular fragmentos óseos con la delicadeza de un relojero,

descomprimiendo el canal medular con una precisión que desafiaba cualquier estadística de supervivencia. Al final, las pruebas de monitorización neurofisiológica confirmaron el milagro: las señales nerviosas fluían de nuevo hacia las extremidades inferiores. Trevor volvería a caminar.

El último celador salió del quirófano tras retirar los restos de material estéril y los contenedores de residuos biológicos. La puerta automática se cerró con un suspiro neumático, dejándonos finalmente solos en el santuario de azulejos blancos y luces frías.

No pudimos más. Me dejé resbalar por la pared, ignorando que mi pijama quirúrgico estaba empapado de sudor y cansancio, hasta que mis nalgas tocaron el suelo de linóleo. Logan hizo lo mismo a mi lado. Se quitó el gorro y la mascarilla, revelando un rostro marcado por la fatiga extrema y la sombra de una barba de varios días.

Logan estaba muy quieto, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en la pared fría. Yo tenía la mirada perdida en el techo, observando las lámparas ahora apagadas. Mi mente era un torbellino de imágenes: la sangre de Trevor, el test de embarazo en el cajón de la cabaña, y la voz de Logan en mi teléfono diciéndome que yo era su hogar. Acabábamos de salvar la vida y la movilidad del hombre que había sido nuestra pesadilla, y lo habíamos hecho juntos, como el equipo infalible que siempre estuvimos destinados a ser.

En mitad de ese vacío absoluto de energía, el brazo de Logan rozó el mío. Fue un contacto leve, pero cargado de una electricidad estática que me hizo vibrar la piel. Entonces, de forma casi imperceptible, su meñique buscó el mío, enganchándose en una caricia silenciosa y desesperada.

—Te amo.

Las palabras salieron de su boca como un suspiro, pero resonaron en el quirófano vacío con la fuerza de un trueno. Logan no las había pronunciado en el audio; las había guardado para este momento.

Giré la cabeza y lo miré fijamente. Sus ojos estaban abiertos ahora, con ese azul violeta profundo, despojados de cualquier rastro de la frialdad que le valió su apodo en el hospital. Al ver la verdad

absoluta reflejada en su mirada, la presa que contenía mis emociones se rompió por completo.

Empecé a llorar. No fue un llanto silencioso o delicado; fue un sollozo desconsolado, un llanto de liberación que sacudía todo mi cuerpo. Lloraba por Carson, por los doce años de silencio, por el miedo a perder a Logan en la carretera y por el futuro que ahora latía con fuerza en mi vientre.

Logan reaccionó al instante, olvidando su propio agotamiento. Me rodeó con sus brazos, pegándome a su pecho con una fuerza que me hizo sentir protegida por primera vez desde la última vez que me abrazó.

—Shhh... Te amo, Avery. Te amo —me repetía una y otra vez al oído, su voz rompiéndose mientras hundía el rostro en mi cuello, aspirando mi olor que todavía sobrevivía bajo el antiséptico. —Estamos bien. Estamos a salvo. Te amo.

Se quedó allí, abrazándome contra el suelo del quirófano, dejando que mi agitación se calmara contra la solidez de su cuerpo. Cuando mis sollozos se convirtieron en hipidos cansados, Logan se separó lo justo para besarme la frente. Con un esfuerzo físico que solo podía nacer de la pura adrenalina del amor, me recogió en sus brazos.

—Logan, no... estás cansado y tus costillas... —murmuré, intentando bajar, pero él me apretó más fuerte.

—No te voy a soltar, pantera. Nunca más.

Atravesó los pasillos desiertos del área quirúrgica cargándome como si yo no pesara nada, ignorando el dolor de sus propias costillas lesionadas. Llegamos a la sala de descanso de médicos, nuestro pequeño refugio personal. Me depositó con delicadeza en la cama estrecha y se tumbó a mi lado, envolviéndome en un abrazo posesivo y tierno a la vez.

Apoyé mi espalda contra su pecho, sintiendo el latido rítmico de su corazón contra mis omóplatos. Logan no dejó de abrazarme, manteniendo una mano protectora sobre mi vientre, como si ya supiera que allí crecía nuestro bebé.

—Quédate conmigo —susurró contra mi pelo.

—Siempre —respondí, cerrando los ojos.

Me quedé dormida arrullada por sus susurros de amor y por la certeza de que Logan Pierce siempre sería la luz que me traería de vuelta a casa.

* * *

Dos días después, el sol de la mañana en *Stillwater Lodge* se sentía diferente. El aire era nítido, con ese aroma a pino y tierra húmeda que solo el valle de Wildwater Falls podía ofrecer en septiembre.

Estaba sentada en una de las sillas de madera del porche, con los pies apoyados sobre la barandilla y una taza humeante entre las manos. Era una infusión de jengibre; el remedio que Hannah me había recomendado para las náuseas que, puntuales como un reloj, seguían saludándome cada mañana. Me sentía extrañamente relajada, como si la tormenta de la cirugía de Trevor hubiera limpiado toda la estática de mi cabeza.

Escuché la puerta corredera del porche abrirse y, poco después, los pasos firmes de Logan sobre los tablones del porche. No tuve tiempo ni de saludar. Logan se acercó, dejó su teléfono sobre la mesa pequeña y, sin mediar palabra, me rodeó la cintura con sus manos grandes y me levantó de la silla como si fuera una pluma. Me sentó a horcajadas sobre su regazo mientras él ocupaba mi lugar en el asiento.

—Te he echado de menos —murmuró contra mi cuello, inhalando mi aroma antes de mirarme a los ojos con una intensidad que todavía me hacía temblar.

—Solo he salido a respirar, y eres tú el que se ha levantado a las seis y media, con las costillas magulladas, para tu carrera matutina —respondí, rodeando su nuca con mis brazos.

Logan se acomodó, sujetándome con firmeza. Sus ojos estaban más claros que nunca, despojados de la neblina de agotamiento de la cirugía que nos había dejado fuera de combate dos días seguidos.

—Avery, necesito explicarte algo —dijo, y su tono se volvió serio —. Las gestiones que hice en la ciudad, esas de las que no te hablé antes de irme como un idiota... fue para ir a visitar un estudio de arquitectura.

Me quedé en silencio, recordado la carpeta que vi en el suelo de la cabaña. Él continuó, acariciando mi espalda con movimientos lentos.

—Quieren empezar el proyecto de una nueva casa. En los terrenos que me legaron mis abuelos, a las afueras del pueblo. Fui allí con la idea de cerrar el diseño de una vez.

—¿Y qué pasó? —pregunté en un susurro.

Logan soltó una pequeña risa seca, negando con la cabeza.

—Pasó que salí de allí sin tomar ni una sola decisión. El arquitecto me enseñaba planos, materiales, distribuciones... y durante todo el tiempo yo solo podía pensar en si tal o cual cosa te gustaría a ti. No podía visualizar un salón sin verte a ti leyendo en un rincón, o una cocina donde no estuviéramos los dos.

Sentí una oleada de emoción que me apretó la garganta.

—El próximo fin de semana podemos ir juntos —continuó él, ignorando mi silencio—. Quiero que empecemos a decidir las cosas. De verdad. Desde el color de las vigas hasta el cuarto que... bueno, el cuarto que necesitemos.

Le miré fijamente, procesando la magnitud de lo que estaba diciendo.

—Logan... ¿esto es una invitación a vivir juntos? ¿De forma permanente?

Él arqueó una ceja, esa chispa de arrogancia divertida volviendo a su rostro por un momento.

—Bueno, aún no he escuchado a Avery Collins decir que me ama. Y yo ya he gastado mi cupo de confesiones por esta semana.

Me reí, una risa que terminó en un suspiro tembloroso. Era el momento. No más sombras, no más miedos a ser una carga.

—Estoy embarazada, Logan.

Logan me miró sonriendo con una picardía que me dejó sin aliento. No se sorprendió. No se asustó.

—Lo sé —dijo con suavidad, rozando mi mejilla con el pulgar—. Hannah tiene la boca muy grande cuando se trata de evitar que yo cometa el mayor error de mi vida.

—Te amo —solté de golpe, y sentí como si el último gramo de peso que cargaba desde los quince años se evaporara—. Te amo tanto que me da miedo. No quiero que sientas que esto, que el bebé, es una cadena. No quiero atarte a un lugar o a una vida que no elegiste.

Logan me tomó la cara entre las manos, obligándome a mirarlo con una seriedad que me atravesó.

—Avery, escúchame bien. Por favor, átame. Encadéname a ti y no me dejes ir nunca. No hay ningún otro lugar en el mundo donde quiera estar que no sea donde estés tú. Chicago no tiene nada para mí si tú no estás allí. Wildwater Falls no es un refugio, es mi hogar porque tú estás en él.

—Te amo, Logan Pierce.

—Te amo, Avery Collins.

Se inclinó y me besó. Fue un beso apasionado, cargado de la promesa de todas las mañanas que vendrían, de las casas que construiríamos y de la vida que ya latía entre nosotros. En el porche de *Stillwater Lodge*, el pasado finalmente descansó en paz, dejando espacio para que dos supervivientes empezaran, por fin, a vivir.

EPÍLOGO

Avery

La luz dorada de finales de septiembre se filtraba por las ventanas de la casa de mis padres, bañando el comedor con una calidez que parecía borrar, al menos por unas horas, las sombras que habían perseguido a nuestra familia durante doce años. El aroma a asado dominical y romero llenaba el aire, un olor que para mí siempre significaría "hogar", aunque ahora ese concepto se hubiera expandido hasta incluir cada rincón de la cabaña de Logan Pierce.

Sentada a la mesa, rodeada de la vajilla de los domingos y del murmullo tranquilo de mis padres, sentí una mano cálida posarse sobre la mía. Miré de reojo a Logan. No necesitaba decir nada; su mirada violeta me decía que él también sentía esa paz. Con un movimiento casi imperceptible, bajó su mano hasta mi vientre, todavía plano bajo la blusa, pero cargado con la promesa de la vida y de la felicidad que a veces me asustaba por su intensidad.

—Tu madre se ha superado con el postre —susurró Logan cerca de mi oído, y su aliento me provocó un escalofrío que no tenía nada que ver con el clima de la montaña.

—Eres un goloso, Pierce —respondí con una sonrisa cómplice.

Él soltó una pequeña risa, esa que ahora compartía conmigo con más frecuencia, y me apretó la mano. Estábamos bien. Habíamos sobrevivido a la tormenta de Carson, a la oferta de Chicago y a una cirugía de nueve horas que había devuelto la esperanza a un hombre que no la merecía, pero que la necesitaba para redimirse.

Sin embargo, había un hueco vacío en la mesa.

—¿Dónde está Ian? —preguntó mi madre, mirando el reloj de pared con una mezcla de impaciencia y preocupación materna—. Ya debería estar aquí. Nunca llega tan tarde a una comida de domingo.

—Seguramente se le ha echado el tiempo encima en alguna ruta —dijo mi padre, aunque él también miraba hacia la puerta—. Ese chico no sabe cuándo parar.

—Es un Collins —intervine yo, intercambiando una mirada con Logan—. La obsesión con el trabajo y el deber viene en el ADN.

Justo cuando Logan iba a replicar algo sobre mi propia terquedad profesional, su teléfono y el mío vibraron simultáneamente sobre el aparador. El sonido seco y rítmico del tono de emergencia rompió la burbuja de calma familiar.

No era una alerta general de trauma. Era un mensaje directo de Hannah.

—Es Ian —dijo Logan, poniéndose en pie antes de que yo pudiera procesar el nombre—. Ha tenido un accidente de escalada. Está en urgencias.

El trayecto al hospital fue un borrón de pinos y ansiedad contenida. Mis padres iban en el asiento trasero, en silencio, mientras Logan conducía con esa precisión que aplicaba a todo en su vida. Al llegar al Hospital Regional, el ambiente de urgencias nos recibió con su habitual actividad, pero mis ojos se dirigieron directamente al Box 2.

Allí estaba mi hermano mayor. Ian, el hombre que parecía hecho de la misma piedra que las montañas de Wildwater Falls, estaba sentado en la camilla, con el torso desnudo y el brazo izquierdo inmovilizado contra el pecho musculoso. Tenía el rostro sucio de tierra y una mueca de dolor que intentaba ocultar bajo su habitual máscara de estoicismo.

A su lado, Hannah no parecía muy dispuesta a dejarle pasar ni una. Desde que ella y Caleb estaban juntos era raro ver a Hannah

en una guardia de domingo, pero agradecía que ella estuviera aquí para avisarnos.

—Ian Collins, si vuelves a decirme que "solo es un golpe" mientras tu clavícula está literalmente partida en dos, te juro que te sedo yo misma hasta el próximo mes —le espetó Hannah, señalándole con una radiografía con un gesto autoritario.

—Solo ha sido un mal apoyo, Hannah. No es para tanto —gruñó Ian, aunque se tensó visiblemente cuando Savannah se acercó con una bandeja de curas.

Savannah se movía con una delicadeza inusual, evitando la mirada directa de Ian. Sus mejillas estaban más encendidas de lo normal bajo las luces fluorescentes.

—Tienes una fractura de clavícula desplazada, Ian —añadió Hannah, cruzándose de brazos al vernos llegar—. Necesitas reposo absoluto. Y cuando digo absoluto, me refiero a que no quiero verte cerca de la base de rescate, ni de una cuerda de escalada, ni de un arnés en las próximas seis semanas. Si intentas darte de alta antes de tiempo o cometer uno de tus excesos habituales, me encargaré personalmente de que te reasignen a tareas de oficina de forma permanente.

—Hannah tiene razón —intervine, acercándome a la camilla—. Te conozco, Ian. Eres capaz de intentar colgarte de un helicóptero con un solo brazo si suena la alarma. Esta vez vas a tener que parar.

Ian me miró, y por un segundo vi en sus ojos la vulnerabilidad de alguien que no sabe cómo estar quieto. Alguien cuyo motor de vida es estar en un helicóptero de rescate salvando vidas.

Logan se acercó y, con un gesto profesional, le pidió las radiografías a Hannah. Las estudió durante unos segundos, frunciendo el ceño con esa concentración que tanto me gustaba.

—Hannah se queda corta —sentenció Logan, devolviendo las placas—. La fractura está limpia, pero el desplazamiento es traicionero. Necesitas reposo total y ayuda en casa para las tareas básicas durante las próximas semanas. No puedes mover ese hombro si quieres que suelde correctamente sin cirugía.

—No necesito ayuda —masculló Ian, aunque el sudor de dolor en su frente decía lo contrario.

—Hijo —intervino mi padre con firmeza —deberías venir a casa unas semanas. Tu madre y yo estaremos encantados de ayudarte con todo. Vas a necesitar ayuda hasta para vestirte.

Ian miró a mis padres entre el horror y la negación. Para mi hermano pensar en que su madre les estaría poniendo los calzoncillos las próximas seis semanas era una forma de tortura en sí misma.

—Me las apañaré —insistió. —No voy a ir a casa, papá. Gracias, pero os lo repito: no necesito ayuda.

Maldito cabezota.

—Sí que la necesitas —dijo Savannah de repente. Su voz fue suave pero firme, interrumpiendo el silencio del box. Se aclaró la garganta y, por un instante, su mirada se cruzó con la de mi hermano—. Yo... yo me encargaré de ayudarle. Mi turno termina en una hora y su piso está de camino a mi casa. Puedo pasarme antes y después de mi turno para echarle una mano.

El silencio que siguió a la oferta de Savannah fue denso, cargado de una electricidad que se podía palpar en el aire. Savannah se había mudado a la antigua cabaña de Hannah en *Raven Ridge* después de su divorcio. Era cierto que el piso de Ian le quedaba de camino, pero no estaba ni remotamente cerca. Hannah arqueó una ceja, lanzándome una mirada rápida que decía más que mil palabras. Mis padres suspiraron aliviados, pero yo me quedé observando la reacción de mi hermano.

Ian, el hombre que nunca aceptaba ayuda de nadie, el rescatista que siempre cargaba con el peso de los demás, no protestó. Se quedó mirando fijamente a Savannah, con una intensidad oscura y hambrienta que me hizo contener el aliento. Sus ojos verdes, idénticos a los míos, recorrieron el rostro de la enfermera, deteniéndose en sus labios antes de volver a sus ojos.

—Está bien —respondió Ian, con una voz más ronca de lo habitual—. Acepto.

Savannah se sonrojó violentamente, bajando la vista hacia la bandeja de curas mientras sus manos temblaban ligeramente al ajustar el vendaje de Ian. La tensión sexual y emocional entre ellos era tan evidente que el resto de nosotros nos sentimos, de repente, como intrusos en un momento privado.

Logan me rodeó los hombros con el brazo, atrayéndome hacia él. Noté cómo una sonrisa divertida curvaba sus labios mientras observaba la escena. Él también lo había visto.

—Parece que no somos los únicos con asuntos pendientes en Wildwater Falls —me susurró Logan al oído.

Apoyé la cabeza en su hombro, sintiendo el latido de su corazón y la fuerza de su abrazo. Miré a mi hermano, que seguía sin apartar la vista de Savannah, y luego a Logan. A pesar de los accidentes, de las cicatrices y de los secretos, la vida seguía abriéndose paso en el valle.

Nuestra historia de hielo había terminado, dejando paso a la luz de un futuro compartido. Pero mientras veía a Savannah y a Ian, supe que otra historia estaba a punto de empezar a escribirse entre los picos de las montañas y los pasillos de este hospital.

Sonreí, cerrando los ojos un momento y disfrutando del peso de la mano de Logan sobre la mía.

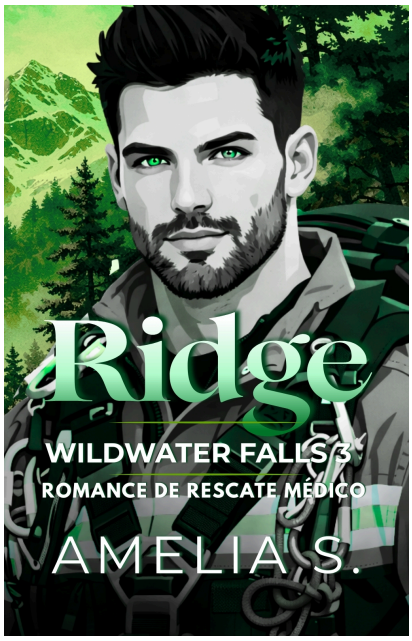
Ya no había nada que temer.

Estábamos en casa.

FIN

PRÓXIMAMENTE

La historia de Ian y Savannah
26 DE JUNIO



¡GRACIAS POR LLEGAR HASTA AQUÍ!

Querida lectora, gracias por llegar al final de esta historia. Espero que acompañar a Logan y Avery haya sido un camino tan emocionante como lo ha sido escribir su historia. El acoso escolar es un tema serio que hay que tratar con responsabilidad. En ningún momento intento romantizar las situaciones o restar importancia al efecto que teine en la salud mental de las víctimas, al contrario, pretendo que se tome como un tema que puede afectar hasta la adultez, dejando cicatrices y traumas difíciles de superar.

Este es el segundo de una larga serie de libros en los que ese accidente de hace doce años será el punto de partida y el punto de inflexión para muchos de los protagonsitas. El "Evento 0" estará presente en cada uno de los libros para entender lo que sucedió ese día desde el punto de vista de todos a los que afectó.

Espero de corazón que quieras seguir caminando con todos los personajes de Wildwater Falls.

Si te ha gustado el libro por favor déjame una valoración o un comentario aquí, y si no te ha gustado también agradeceré sugerencias y propuestas de mejora. Si quieres seguirme puedes hacerlo en mi página de Amazon y en mi Instagram ameliasautora.

LA AUTORA

Amelia S. es el nombre ficticio de una investigadora que desde muy joven le apasionan las novelas románticas, y ahora, después de ser madre por segunda vez, ha decidido contar sus propias historias. Los machos alfa dominantes han sido siempre su fetiche, pero como mujer que ha crecido en un matriarcado, busca escribir sobre mujeres fuertes, independientes y que hayan superado traumas y conflictos, que tengan cicatrices y aun así puedan ver la felicidad en el mundo.

Sus historias siempre tienen un final feliz, porque para finales amargos ya está la vida real.

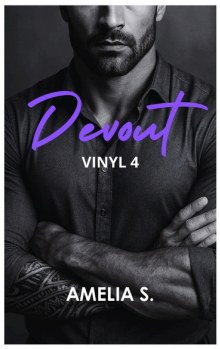
OTROS LIBROS DE LA AUTORA

SERIE VINYL

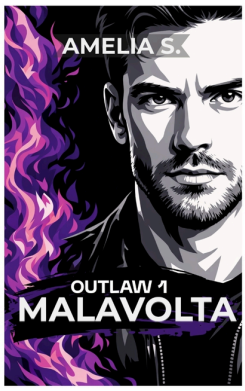


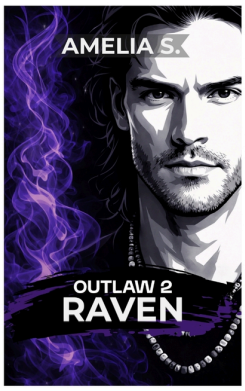




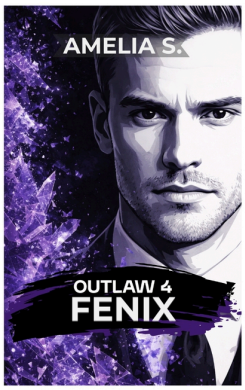


SERIE OUTLAW


AMELIA S.
OUTLAW 1
MALAVOLTA


AMELIA S.
OUTLAW 2
RAVEN


AMELIA S.
OUTLAW 3
BLACKBIRD


AMELIA S.
OUTLAW 4
FENIX